



APOSTANDO EL
Corazón

HELENA PINÉN



Apostando el corazón

La cabaña azul II

Helena Pinén



Primera edición en ebook: julio 2019
Título Original: Apostando el corazón
©Helena Pinén, 2019
©Editorial Romantic Ediciones, 2019
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Isla Books
ISBN: 978-84-17474-46-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Para todos los que habéis creído en mí.

PRÓLOGO

Meses antes...

Rebeccah bajó del taxi tambaleándose. Fue un milagro que no cayera de bruces contra la acera y se hiciera una brecha en la frente. Pero ella ni pensó en eso. Se concentró en que los pies la llevaran en línea recta hasta la puerta del local donde su mejor amigo trabajaba desde que salió de la Universidad, donde había estudiado Bellas Artes.

Se volvió hacia el taxi cuando éste arrancó y se alejó. Quiso gritarle al taxista; un hombre decente hubiese esperado a que la joven descocada llegase sana y salva al portal o donde fuera que fuese. No había sido el caso, si bien pudo controlarse a tiempo. Pese ir bebida, Rebeccah conocía bien sus límites.

Sólo los había cruzado una vez, años atrás, cuando su padre murió y se emborrachó con sus hermanos. Entonces se tatuaron y Rebeccah terminó devolviendo hasta la primera papilla minutos después. Se había levantado destrozada física y anímicamente a la mañana siguiente. Desde entonces no probaba el alcohol y se desvivía por su trabajo.

Hasta ese día.

Acababa de enterrar a su madre. Y sus hermanos mayores, todos hombres, todos felizmente casados, en vez de invitarla a su casa para que pudiera apoyarse en ellos, empezaron a preguntarle por qué no tenía una pareja a la que acudir en esos momentos. Se había ido de allí para terminar en un bar de mala muerte. Se había tomado dos chupitos y otros dos margaritas bien cargados. Había estado tentada de pedir una tercera ronda de todo, pero con una risita tonta había saltado del taburete y había caminado descalza hasta la parada de taxis más cercanas.

Si había sido igual de estúpida que cuando su padre falleció, bien podría repetir la mayor locura de su vida.

Golpeó la puerta del estudio y se apoyó en la jamba de la puerta con una sonrisa alcoholizada.

Había luz al otro lado, por lo que supuso que B.B estaba esperándola. Su mejor amigo la conocía desde siempre. Habían nacido con dos semanas de diferencia y como sus madres eran buenas amigas y vecinas, habían crecido

queriéndose más como hermanos que como amigos. Si alguien la conocía mejor que ella misma, no eran sus hermanos, sino Big Brian. Por lo que era de suponer que su amigo había imaginado que su gran y nefasta noche terminaría en un salón de tatuajes.

¿Y cuál mejor que el suyo?

—Estás molesto, ¿eh? —se rio.

B.B había abierto la puerta y se había cruzado de brazos, demostrándole así que estaba muy disgustado.

Rebecca no le tenía miedo. Aunque midiese dos metros de alto por otros dos de ancho y fuera puro músculo, a ella no le parecía peligroso. No lo era. Aunque atrajera muchas chicas porque veían en él el típico motero con cazadora de cuero y tatuajes por todo el cuerpo, ella sabía ver más allá. Conocía al hombre que había detrás de la leyenda.

—Nos has tenido muy preocupados, Reb.

Ella volvió a reírse, tan absurdo era lo que había dicho su amigo. Apartó a B.B de un manotazo y fue, dando trompicones y haciendo eses, hasta el sofá de piel que había en la pequeña sala de espera, junto al mostrador. Se estiró en él.

—Sólo te has preocupado tú —y lo señaló con el índice—. Mis hermanos están... con sus mujercitas —un hipido.

B.B meneó la cabeza. Odiaba ver a su mejor amiga de aquella forma, pero comprendía que hubiera huido del funeral de su madre.

Sus hermanos mayores habían decidido enamorarse y casarse cuando su progenitor había muerto. Brian no creía que estuvieran realmente contentos con sus vidas. Se habían forzado a iniciar relaciones para no quedarse solos como su madre; ellos mismos lo admitían. Los consideraba unos cobardes. Pero Rebecca había preferido volcarse en el cuerpo de policía y esperar a que el amor llegase cuando tuviera que llegar. Y ahora se encontraba sola, sin padres, rodeada de hermanos que creían que solo sería feliz con un hombre a su lado. Se sentía sola, incomprendida.

Sin embargo, él sí lo hacía.

Suspiró y la levantó en brazos como si fuera una muñeca.

Apeataba a tabaco y a alcohol. La llevó a la sala de descanso privada de los tatuadores que trabajaban con él en el estudio. Ella ronroneó cuando la tumbó en el sofá-cama, que Brian había desplegado horas atrás, cuando vio que Reb había desaparecido y supuso que estaba en cualquier bar antes de visitarlo.

—Tienes que descansar, Reb.

—Quiero tatuarme —susurró ella con un tono tan infantil, que B.B tuvo que hacer un gran esfuerzo por no sonreír. Estaba tan graciosa con esa sonrisa bobalicona y esa voz melosa...

—Buscaré un diseño que le haga justicia a tu madre —le prometió, tapándola con una manta—. Ahora, ¿por qué no duermes?

Ella hipó y sonrió antes de arrebujarse en la manta y cerrar los ojos, dispuesta a obedecer como una niña pequeña. Su respiración pronto se acompasó y su rostro se relajó, dulcificando sus facciones.

Volvió a ser su Rebeccah, pensó Brian.

B.B se inclinó y le dio un suave beso en los labios cerrados, aunque le llegó el regusto de un margarita amargo. Suspiró al apartarse. Amar desde la distancia siempre era doloroso, pero verla tan sola y abandonada lo destrozaba por dentro.

Fue a su estudio y puso música a un volumen que no la despertaría.

Diseñó un tatuaje discreto. Algo que la madre de Reb no vería bien, pues odiaba los tatuajes con toda su alma, pero que fingiría que no estaba ahí, de lo pequeño que era. Decidió que tenía que ser un dibujo que representase todo lo que Julianne Lennox había sido y vivido hasta el final, cuando la enfermedad la venció por completo. Lo pintó de color rosa.

Lo observó, satisfecho. Era sencillo, para nada su estilo, pero bonito y cargado de significado y emociones.

El sol despuntaba cuando Rebeccah abrió los ojos y lo encontró sentado en el sofá que quedaba justo delante. Se incorporó sobre un codo, el pelo cayendo en cascada sobre su cara. Se lo apartó con un gruñido.

—¿Resaca?

—Merecería estar peor —admitió mientras se sentaba con lentitud. Bufó al darse cuenta de lo arrugada que estaba la ropa. No quiso ni pensar en cómo luciría el discreto maquillaje que se había aplicado para el entierro—. No te he dejado dormir, ¿verdad? Lo siento... —Y volvió a bufar por la nariz.

—Toma, bebe esto.

Rebeccah aceptó el zumo de naranja y se tomó las dos aspirinas de un trago.

B.B sonrió, satisfecho, y le tendió un papel.

—Oh, Dios... lo has encontrado. El diseño perfecto —susurró.

—Ajá.

A Rebeccah le temblaron las manos cuando vio el lazo rosa que simbolizaba la lucha contra el cáncer de mama. Su madre había trabajado en diversas organizaciones para recaudar fondos contra el cáncer. Luego, ese mismo

monstruo que ella tanto detestaba la había devorado hasta despojarla de la vida.

Levantó la cabeza y vio a su mejor amigo borroso por las lágrimas. Escuchó cómo Brian le explicaba que había pensado hacerlo en la parte baja del esternón, por debajo de los pechos.

—Es cómo un lazo decorativo de un sujetador —le explicó él, un poco sonrojado, aunque Reb lo pasó por alto—. Sólo se vería cuando estuvieras desnuda. Es discreto, femenino. Creo que encaja con tu madre y también contigo.

—No tienes que convencerme, B.B. Me encanta —le aseguró con un murmullo.

Rebecah volvió a mirar el minúsculo tatuaje. No le preocupaba el tamaño, tampoco el dolor. Llevaba en el muslo derecho una gran ancla de color azul marino, en memoria de su padre, un buen marine que había muerto en un accidente cuando aprovechaba unos días de permiso para estar en su velero. Podía hacerse aquel precioso y diminuto dibujo en el busto por su madre, por supuesto.

Intentó sonreír cuando se puso de pie. No sabía si le temblaban las piernas por los recuerdos de Julianne en sus últimos días, por la resaca o porque estaba agotada. B.B la sostuvo.

—Va a doler.

—¿Y qué más da? Hagámoslo, Brian.

CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte... Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer malabarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido

mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Tanner Montgomery encendió la cafetera y puso el pan de molde en la tostadora. A sus hermanos y a él les gustaba el café frío, cuánto antes lo sirviera mejor. Y sus hijos acostumbraban a tomar un par de tostadas con el tazón de leche y el vaso de zumo, que empezó a preparar exprimiendo un par de naranjas.

Desde la muerte de su hermana, los tres hermanos habían acordado desayunar siempre juntos. Se turnaban. A veces lo hacían en casa del menor, Nicholas. Otras, en casa de Remington; este último había decidido no dedicarse al rancho familiar y se había hecho policía, por lo que ofrecía su casa sobre todo cuando no tenía guardias nocturnas.

Nicholas había estado la tarde anterior operando a un potrillo, pero la cosa se había complicado y se le había hecho de noche hasta las tantas de la madrugada. Era veterinario y trabajaba por y para el criador de caballos de la familia. Era el pequeño pero Tanner a veces lo consideraba el mayor de todos: era el más lúcido de todos ellos.

Remington llevaba bastantes semanas sin trabajar de noche. Su esposa había dado a luz el pasado Acción de Gracias y en comisaría le habían puesto facilidades para que pudiera echar una mano en casa, al menos las primeras semanas, cuando las noches eran más largas.

Miró al techo con una sonrisa al escuchar las carreras de sus hijos en el piso superior. Se habían despertado cinco minutos antes de lo previsto. Era el último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad, estaban excitados por ello.

Santa Claus pronto llenaría sus calcetines de regalos, también el árbol adornado junto a la chimenea.

Dejó las tostadas en un plato, los zumos en vasos y el café servido en cuatro tazas, para subir a vestir y peinar a sus dos diablillos. Pero cuando llegó al dormitorio que sus hijos compartían, se apoyó en el marco de la puerta y observó, divertido, como Irina y Roth saltaban sobre las camas, gritando que ya era Navidad.

Roth no era su hijo, aunque lo quería como si realmente lo fuera. Brenda había decidido ser madre soltera. Pero luego había muerto y Tanner había aceptado adoptar a su sobrino.

Sus ojos se clavaron en Irina. Su hija había sido fruto de su primer y único

matrimonio. Cada día que pasaba veía más rasgos de su madre en ella, pero también de los suyos.

No obstante, Carina quería ver más a Irina. Ella, que solamente la quería a su lado un par de días al año, la quería en su casa durante seis meses. ¿Y todo por qué? Porque se había ido a vivir con un hombre que ya tenía tres hijos de otra relación y quería demostrarle que sabía ser una buena madre, porque quería que los trillizos de cuatro añitos tuvieran una hermana mayor.

No iba a permitir que la mujer más egoísta del mundo cuidase a su hija durante tanto tiempo.

La lengua envenenada de Carina volvería a Irina en su contra y no quería perderla sólo porque su mujer quisiera fingir ser la madre del año. Jamás lo sería. Era caprichosa, materialista, mentirosa. Tenía más defectos que virtudes... Aún no sabía cómo había podido enamorarse de ella.

Su abogado ya estaba trabajando en ello, aunque admitía que siendo padre soltero, lo tenía crudo. Los jueces no querían separar a las madres de sus hijos. Y sin una figura materna que guiase a Irina mientras estaba en Blue Valley... la cosa no pintaba bien.

Había conseguido que la negociación se alargase y que, como medida cautelar, Irina no se marchase con su madre a pasar la Navidad. Temía que no la devolviera al rancho a tiempo.

Pero ahora todo dependía de un juez.

Se obligó a no pensar en ello.

—Vais a despertar a Cameron.

La pared del dormitorio de sus hijos comunicaba directamente con el dormitorio principal de Remington. Hasta que el bebé no fuera más grande, la cuna estaba junto la cama de matrimonio. Si hacían mucho ruido, el pequeño pronto se enteraría.

Sus hijos se volvieron hacia él con un chillido y Roth le respondió, sin dejar de saltar:

—Cameron lleva rato llorando. ¿No lo *odes*? —Resopló cómo solía hacerlo su madre—. Él nos ha despertado.

Tanner se obligó a mantenerse serio. Su sobrino tenía unos pulmones increíbles y era capaz de berrear hasta altas horas de la noche. Él mismo lo oía algunas madrugadas, aunque dudaba que el niño estuviera llorando en esos momentos. Hacía rato que en la casa de Remington reinaba el silencio.

Pero fingió que no pasaba nada y se acercó hasta sus hijos para cogerlos en

brazos.

—¡Papá! —rio Irina.

—A vestirse y a desayunar... ¡Hoy es el último día!

—¡No queremos ir al colegio! —siguió Irina—. ¡Queremos empezar hoy nuestras vacaciones de Navidad!

—¡Eso! —chilló Roth, pataleando.

Vestirlos y peinarlos fue un trabajo complicado pero muy divertido, él lo disfrutaba.

A veces Tanner desearía tener a alguien a su lado para que lo ayudase, porque él solo no podía controlar a dos niños tan traviesos, pero se las apañaba bien. Trabajar en el rancho le permitía dedicarle tiempo a sus hijos y esos momentos por las mañanas era su pedacito de gloria.

Amaba su vida, su rutina, por más que otros la considerasen insulsa o compleja. No quería ni pensar qué ocurriría si le quitaban esos momentos.

Cuando bajó a la cocina, después de hacer las camas y recoger la sopa sucia, sus hijos ya estaban sentados en sus sillas. Roth estaba aprendiendo a untar la mantequilla con un cuchillo redondo, sin punta; Irina había descubierto que el zumo estaba más rico sin azúcar.

Sonrió ante la escena, hasta que la notó a ella.

La colonia floral a la que se había acostumbrado desde que sus cosas llegaron desde Boston en grandes cajas, llegó hasta su nariz y lo hizo volverse hacia su cuñada.

Amanda Montgomery Jefferson estaba entrando en la cocina, cargada con una tarta, que sin duda era casera.

—Buenos días. —Su sonrisa era tan radiante que Tanner entendía que su hermano estuviera enamorado de ella—. Esto es para ti.

—Tiene una pinta estupenda, Amanda. —Besó su mejilla mientras aceptaba el molde.

Observó cómo su cuñada saludaba a sus sobrinos. La adoraban, toda la familia lo hacía.

Aunque los adultos iban más allá en su adoración: la admiraban.

Amanda había llegado al pueblo bajo una identidad falsa: Mandy Jeff, cocinera y huérfana. Nada más lejos de la verdad. Amanda era dueña de un anticuario, sus padres eran millonarios y tenía un hermano mayor.

Y aunque ahora había recuperado su color de pelo natural, los Montgomery la habían conocido con el pelo teñido de negro, más corto y con los ojos de color

chocolate cubiertos por unas lentes de contacto grises. Lejos quedaba aquella imagen de la rubia alegre que tenía ante sí.

Había llegado a Blue Valley huyendo de un hombre demasiado agresivo y excesivamente rico.

Llegó embarazada, pero para los Montgomery, Cameron era uno más; el hijo de Remington a todos los efectos, como Roth lo era de él, aunque en su partida de nacimiento tuviera un padre desconocido y su madre se llamase Brenda Montgomery...

—He invitado a Rebeccah a pasar la Nochebuena con nosotros —dijo Amanda y un leve rubor cubrió sus mejillas—. Nick está de acuerdo, Tanner si tú...

—Está bien, no te preocupes. Es como de la familia —dijo él, cogiendo un cuchillo para cortar la tarta y haciendo un aspaviento, restándole importancia.

Rebeccah Lennox era la compañera de Remington. Agente de policía de gran ciudad, había terminado en un pueblo de menos de mil habitantes. Se había adaptado muy bien al cambio, no parecía extrañar su antigua vida.

La deseaba.

Había algo en aquella mujer de ojos almendrados que lo enloquecía. Era un deseo visceral e incontrolable. Cada vez que la veía tenía que resistir las ganas de tomarla por la nuca, pegarla a su cuerpo y besarla.

—¡Tío Remington!

Tanner acababa de dejar las porciones de tarta de manzana en la fuente cuando escuchó el grito de Irina. Se volvió hacia su hermano y sonrió al verle entrar cargado con una bolsa llena de pañales y toallitas en un brazo, mientras que con el otro sujetaba protectoramente contra el hombro a Cameron, su hijo de apenas un mes.

Estaba hecho todo un padrazo.

—Buenos días. —Su sonrisa lucía tan cansada como las ojeras que se adivinaban bajo sus ojos grises, pero también era la viva imagen de la felicidad.

Su hermano era muy feliz desde que Amanda y él habían empezado a salir oficialmente, pero desde el nacimiento de su hijo, parecía que Remington no cabía ni en su propia piel.

Se alegraba por él.

Pero también envidiaba que tuviera a una mujer en su lado que lo mirase de esa forma.

Él había creído tener a alguien una vez, pero la que fue su mujer había

resultado ser una víbora sin sentimientos que había hecho pedazos los suyos.

Olvídala; Carina no vale la pena, pensó.

Nicholas llegó cuando todos estaban en la mesa dando buena cuenta de su desayuno. Sin duda, tampoco había pasado buena noche, pero prefirió ser educado antes de atacar su café con leche e inflarse de energía con un buen chute de cafeína.

—¡Buenos días, mi princesa! —Abrazó con fuerza a Irina y por poco la levantó en brazos. Le chocó los cinco a Roth con un—: ¡Qué pasa, campeón! —Y besó con suavidad la cabecita de Cameron, que en esos momentos también desayunaba pegado al pecho de su madre—. Buenas, pequeñín.

—Nick, aparta la cara de ahí —gruñó Remington.

Amanda se rio y le puso la mejilla a su cuñado para que el pequeño de los Montgomery le diera un sonoro beso de buenos días.

—Hola, Nick.

—Amanda, cada día estás más guapa. Ya sabes que si algún día te peleas con Remington... —Cogió su taza y la levantó como si brindase con el aludido, que lo fulminaba con la mirada—. Vivo a pocos metros de ti.

—Ni se te ocurra, Nicholas.

—Vamos, vamos, relajaos —rio Tanner.

Por supuesto, Nicholas no iba a intentar nada con Amanda. Respetaba los matrimonios ajenos, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Por no decir que seguía enamorado de su amor de adolescencia, Ray London, una chica que se había marchado del pueblo hacía más de diez años. Por aquel entonces, Nick y ella contaban con dieciocho años. Eran jóvenes, pero al parecer la heredera de los London había dejado hipnotizado a Nicholas.

Quizá por eso su hermano era un mujeriego y no era capaz de tener una relación seria ni duradera. A todas las comparaba con Ray. Ninguna mujer lo hacía volar.

—¿Falta mucho para que *venda* Papá Noel? —preguntó Roth, ajeno a las bromas cargadas de tensión de los adultos.

—No, cariño —Amanda le sonrió—. Papá Noel vendrá en unos días y estoy segura de que dejará muchos regalos.

—Ya tenemos puesto el árbol, ¿a qué es bonito? —dijo Irina, con los labios manchados de leche con cacao—. ¿Puedo coger un poco de tarta, papá?

—Un último trozo, cielo —y le tendió otra porción.

—¿Yo también puedo repetir? —Roth lo miró con ojos suplicantes.

—Roth, tienes que terminarte la tostada —explicó tranquilamente.

Viendo que un berrinche se avecinaba y sabiendo lo que era que los tres niños empezasen a llorar a la vez, Amanda decidió intervenir:

—Nosotros no hemos tenido tiempo a prepararlo. Tenemos el árbol en el salón pero sin ningún adorno...

—¿No? —Irina parecía espantada.

—Cameron nos tiene ocupados a tiempo completo. Cariño... —Amanda desvió los ojos hacia Remington con la nariz arrugada, mientras acunaba con suavidad al niño—. ¿Crees que...?

—Chicos, ¿qué os parece si nos ayudáis a tía Amanda y a mí a preparar el árbol cuando volváis del colegio? —preguntó él.

Los chillidos de alegría hicieron llorar a Cameron. Sus berridos hicieron que su madre lo cargara mejor en brazos y saliera de la cocina para calmarlo.

—¡Niños! —los riñó Tanner.

Sus hijos se sonrojaron y agacharon la cabeza, aceptando la regañina que había en esa única palabra.

—Si prometéis no gritar más —dijo entonces Nicholas, con las comisuras manchadas de hojaldre de la tarta—, también dejaré que me ayudéis a terminar de decorar mi árbol de Navidad.

—¡Tío Nicky! —Irina rio y se tapó la boca con las manos para no molestar más a Cameron, cuyos llantos se amortiguaban poco a poco—. Tú lo preparaste el mismo día que nosotros.

—Pero no me gusta cómo le decoré. ¿Me echaréis una mano o no? —levantó el índice—. Pero recordad, ¡delante de Cameron os comportaréis como niños grandes!

—Ya son grandes —Amanda regresó y tomó asiento, con un dormido Cameron contra el pecho.

—Eso ha sido rápido —susurró Remington contra su mejilla antes de darle un beso en la sien.

—¡Te ayudaremos! —siguió diciendo Roth, mientras dejaba lo que quedaba de tostada en el plato—. No tengo más hambre, papi.

—Terminate el zumo y la leche, Roth.

—Vale.

Tanner se levantó para servirse otro café. Se volvió con disimulo para mirarlos por encima del hombro. Sus hijos parloteaban con Remington, y Amanda y Nick charlaban tranquilamente sobre Cameron, que parecía dormir

más por las noches.

Míranos Brenda, hemos conseguido lo que tú querías, pensó mientras miraba de reojo la fotografía que había pegada en la puerta de la nevera con un imán; te echamos de menos, pero hemos conseguido ser la familia que querías que fuéramos cuando te marchaste.

Cuando volvió a la mesa, su hermana seguía sonriéndole desde el papel.

CAPÍTULO 2

La vio al salir del supermercado.

Estaba parada delante del destartalado todoterreno que había comprado de segunda mano al llegar a Blue Valley. Hablaba por teléfono. Aunque llevaba un anorak muy largo, bufanda y un monísimo gorrito a conjunto, Tanner tuvo suficiente como para notar que la sangre le hervía. Dejó de notar el frío que lo envolvía y que se le había calado en los huesos al salir a la calle.

Se distrajo observando sus largas piernas, enfundadas en unos vaqueros oscuros, de pitillo, que se escondían en unas botas de ante, de tacón alto y grueso.

Por supuesto, sabía cómo eran esas piernas sin tanta ropa encima. En verano, Rebecch Lennox llevaba faldas y pantalones cortos, mostrando sus largas piernas. Torneadas, bronceadas.

Tenía un tatuaje en el muslo.

Y Tanner quería saber qué dibujo formaba ese pedazo minúsculo de tinta azul que siempre quedaba a la vista.

Había algo ella que lo volvía loco. Era magnética incluso cuando no estaba presente; cuando menos se lo esperaba, ahí estaba ella, en su mente.

En sus sueños.

Joder, estaba en todas partes.

Como si se sintiera observada, Rebecch se volvió hacia él y sonrió. Tanner creyó morir ante aquella sonrisa. Era pequeña, y si bien él conocía las de verdad, las sinceras y preciosas, aquella también bastaba para acelerarle el corazón.

Rebecch levantó un dedo, pidiéndole un minuto. Parecía querer hablar con él.

Tanner se acercó cuando vio que, segundos más tardes, bajaba el teléfono móvil y lo guardaba en el bolsillo del anorak.

—Hola —lo saludó ella. Estaba adorable a la luz de las farolas, con la nariz roja por el frío—. Siento haberte hecho esperar.

—Has tardado segundos en colgar, Lennox —bromeó él, tras dejar las bolsas de la compra en el suelo.

Ella resopló, pero sus comisuras pronto volvieron a elevarse.

¿Se había sonrojado?

—Oye, Tanner, quería hablar contigo porque no sé si has hablado con

Remington sobre la Nochebuena... —Carraspeó. Algo le decía al ranchero que la policía estaba nerviosa, le dio espacio. La madurez y la experiencia le habían enseñado que a veces las mujeres merecían llevar la batuta en situaciones que no podían controlar, las hacía sentir más seguras—. Me sabe mal que me acojáis en vuestra casa cuando ya pasé con vosotros Acción de Gracias...

Tanner la interrumpió apartándole un mechón de la mejilla y ella parpadeó, casi tan sorprendida como él por el gesto.

¿Se había atrevido a acariciarla? Demonios, ¿ahora cómo iba a librarse de aquel cosquilleo ardiente que le quemaba el dorso de los dedos que había pasado sobre su fría pero suave piel?

Buscó la voz en su garganta mientras metía las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Odiaba sentirse incómodo, pero mucho más hacerla sentir tan desubicada.

—Entiendo que el trabajo te absorbe y que tu familia vive muy lejos. No mereces pasar ninguna fiesta sola, Rebeccah. En la familia te queremos mucho y estamos encantados de que pases las Navidades con nosotros —le aseguró, sonriéndole.

Ella se mordió el labio inferior. Estaba dudando sobre si debía aceptar o no la oferta de los hermanos Montgomery. Le gustaría pasar con ellos la Navidad, sobre todo porque Amanda era una buena amiga que había aprendido a apreciar y le encantaba estar con ella; era la única mujer de su edad con la que se llevaba bien y la soledad en Blue Valley empezaba a ser desgarradora.

Pero las Navidades se pasaban en familia y la noche de Fin de Año con amigos. Y Rebeccah no quería molestar en fechas tan especiales.

El reloj de la torre del Ayuntamiento resonó desde la lejanía. La casi sonrisa, la casi respuesta de Rebeccah, se convirtió en una adorable mueca que desprendía un poco de oportunismo, rabia y, a la vez, ternura y felicidad.

Tanner pensó que era tan espontánea...

Tan distinta a Carina o al resto de mujeres que había conocido... a excepción de Amanda, que era especial.

—Es el toque de queda —le informó con la nariz todavía arrugada—. Tengo que ir a casa a dejar la compra. En quince minutos empieza mi turno y...

—No te preocupes, ve —la animó con un asentimiento de cabeza—. Serás bienvenida en el rancho, así que deja de creer que molestas.

—Está bien. Pero traeré bebidas... ¡Y algo de postre!

Tanner no tuvo tiempo de replicar, pues Rebeccah ya se había metido en su

coche. Se apartó y la observó alejarse hacia la esquina, donde desapareció de su vista cuando giró a la derecha.

Meneó la cabeza.

Aquella mujer siempre creería que les debía algo.

Cuando eran ellos, su familia, quienes estaban en deuda con ella.

Cuando el ex de Amanda había ido a Blue Valley a por ella, habían estado a punto de perder a su cuñada. Ese hombre había estado dispuesto a matarla, incluso había herido a Remington de un disparo. Por suerte, Rebeccah había llegado a tiempo. Le había detenido de la única forma que se podía terminar aquella pesadilla.

Apretando el gatillo.

Si no fuera por Rebeccah y su determinación, Remington, Amanda y el pequeño Cameron posiblemente estarían muertos.

Tenerla en su casa para las fiestas y cumpleaños era un placer.

Una bendición.

Volvió sobre sus pasos, pues su coche estaba en dirección contraria.

Carraspeó a medio camino cuando la mejor amiga de su tía salió del supermercado, que era de su propiedad. Estaba tramando algo. Su sonrisa, tan traviesa y sabionda, la delataba.

Carla era una mujer mayor con la vitalidad de una adolescente. Fumaba puros después de la cena y tomaba tres cafés por la mañana. Y era más inteligente de lo que hacía creer a la gente.

Siempre que la veía, le temblaban las piernas.

—¿Vas a besar a la agente Lennox de una vez por todas, querido?

—¿Por qué iba a besarla? —dijo estupefacto por su forma de saludarlo y por el significado que encerraba aquella pregunta, Tanner se detuvo frente a ella.

—Porque Cindy me ha contado que Remington la ha invitado a pasar las Navidades con vosotros y porque es tradición besarse bajo el muérdago —le explicó como si fuera obvio, incluso le pellizcó la mejilla, como si fuera un crío.

Se imaginó a Rebeccah entre sus brazos, algo bastante habitual desde las últimas semanas.

Notó unos labios femeninos sobre los suyos, unas manos suaves y de dedos largos acariciarle la piel del abdomen, como si fueran reales, como si imaginar a Rebeccah desnuda delante de él no fuera fruto de su imaginación.

Cambió el peso de pie cuando sintió un tirón que fue del pecho hasta la cremallera de los pantalones.

—Yo besaré a mis hijos, Carla —logró decir.

—¿A quién pretendes engañar, Tanner?

—¿A qué te refieres? —le respondió con el mismo tono.

—Puede que sea mayor, pero no necesito gafas para ver cuando un hombre está interesado en una mujer.

Mierda.

Al parecer sus hermanos no eran los únicos que se habían dado cuenta de que Rebeccah le atraía demasiado.

—No pienso besar a Rebeccah. Sólo somos muy buenos amigos, nada más.

¿Hasta cuándo podrás seguir engañándote de esa forma? parecían decir los ojos de Carla, que se entornaron peligrosamente.

Ella le palmeó el hombro, dejando claro que no creía que aquello fuera a cumplirse y volvió a entrar en el supermercado diciendo que era el momento de hacer cuadrar la caja y encarar los productos, algo que Charlie, la estudiante que llevaba trabajando para ella dos años, no parecía capaz de hacer sin su supervisión.

Carla era una mujer a la que le gustaba creer que el amor pululaba por todas partes.

Y ahora parecía centrada en Rebeccah y en él, algo que no le hacía mucha gracia. La familia creía que Carla era medio bruja; incluso tía Cindy, que la adoraba y la quería cómo si fuera una hermana, decía que los Mortimer tenían un don que los hacía especiales y extraños a ojos de los escépticos. Parecía ver cosas que al resto se le pasaba desapercibido.

Echó a andar hacia el coche, preguntándose si Rebeccah sabía el efecto que tenía sobre él, visto que cada vez era más obvio.

Confiaba que no.

Se intentó convencer de que lo mejor que podía hacer era obligarse a no desearla. Rebeccah era peligrosa. No porque tuviera fuerza física, no porque llevase un arma y supiera usarla. Era peligrosa porque era de esas mujeres que se meten bajo la piel, hurgando más y más allá, colándose en el pecho, alrededor del corazón.

Sonrisas que calan.

Voces que se incrustan en los recuerdos.

Miradas que atrapan.

Aquello lo espantaba. Quería sentir el latido de la vida, pero no sabía si Rebeccah era una enfermedad letal o un desfibrilador que lo despertaría de un

largo coma emocional.

CAPÍTULO 3

Rebeccah cerró la taquilla con fuerza y fue hacia su escritorio. Esa noche tenía una guardia nocturna y estaba ella sola, algo que agradecía. No estaba de humor y podía morder a quien le dirigiera la palabra.

Había llegado tarde a comisaría porque había recibido la llamada de uno de sus hermanos.

Marcus había cumplido los cuarenta hacía apenas dos semanas. Era el mayor de todos y se había encargado del resto de hermanos cuando su padre había muerto.

Con la pérdida de su padre, sus hermanos habían empezado a darle vueltas al asunto. Querían aprovechar la vida. Enamorarse, casarse y tener hijos; ellos ya podían hacerlo. Sólo Rebeccah era menor por aquel entonces.

Todos lo habían logrado, aunque habían dejado varios corazones rotos por el camino, porque ninguna les parecía ser adecuada: una no era lo suficientemente guapa, otra no sabía cocinar, otra no quería tener hijos tan pronto, otra creía que casarse a los tres meses de conocerse era muy apresurado. En menos de tres años, todos sus hermanos se habían casado y tenido su primer hijo.

Marcus había sido también primero en pasar por el altar, cinco meses después del funeral de su padre. Se había dado prisa, aunque todos los Lennox esperaban que se comprometiera más pronto que tarde con Mary, su novia de toda la vida. Después de nueve años casado, tenía dos hijos preciosos y la había llamado para decirle que Mary estaba embarazada de nuevo. En Julio tendría otro sobrino.

Pero, por supuesto, Marcus no había llamado solamente para darle la buena noticia.

Sus hermanos no entendían por qué a sus veintisiete años seguía soltera y sin hijos.

No comprendían que quisiera trabajar en vez de depender de un hombre. No entendían que quería esperar a enamorarse de verdad.

Ella solo daría el paso con el indicado, aunque se arriesgase a no encontrar nunca al hombre que le revolotease el corazón, el estómago y el cerebro. Al mismo tiempo. Siempre había sido una romántica y nunca había encontrado

nadie que cumpliera con todas sus expectativas, quizá porque estaba hastiada de la vida que sus hermanos le planteaban como perfecta y prefería ser un lobo solitario.

Rebeccah soñaba con casarse por amor, no en estar con alguien por miedo a estar solo. ¿Amaban sus hermanos a sus cuñadas? ¿O se engañaban a sí mismos por temor a la soledad que ella tanto apreciaba?

Suspiró mientras se desplomaba en su silla y abría la fiambarrera de la cena. Los tallarines con salsa de cuatro quesos que se había preparado esa tarde seguían calientes.

Los enrolló en el tenedor que había cogido de la pequeña cocina que tenían en la sala de descanso, donde estaban las taquillas y donde había también dos camas individuales para las largas noches donde la tranquilidad se imponía a la criminalidad.

¿Por qué sus hermanos insistían tanto en que se casara? ¿Por qué no comprendían que no era como ellos? ¿Por qué se empeñaban en emparejarla con amigos y conocidos cuando ella quería seguir viviendo en paz en Blue Valley y olvidar aquella mañana, en la que todo se fue a la mierda y su mundo entero se rompió?

El teléfono sonó, sobresaltándola y haciéndola dejar el tenedor a un lado. Era pronto para que hubiera una emergencia. Rezó para que no hubiera habido un accidente. Las bajas temperaturas helaban las carreteras, que eran sinuosas y peligrosas en esa época del año. Habían tenido varios sustos a lo largo de Diciembre, posiblemente habría varios más a lo largo del invierno y principios de primavera.

—Comisaría de Blue Valley, le atiende la agente Rebeccah Lennox.

—Qué sería te pones cuando trabajas.

Rebeccah cerró los ojos con fuerza y se reclinó en su silla.

Marcus había tardado muy poco en acudir al clan Lennox para pedir refuerzos. Si la hermana pequeña se negaba a entrar en razón, había que intentarlo por todos los medios... y eso incluía lanzar un *SOS* al hermano que más se parecía a ella en cuanto a carácter.

—No estoy aquí de vacaciones, Spencer.

—Lo sé, hermanita. Lo sé. —La risa de su hermano le pareció tan falsa, que la recorrió un escalofrío—. Sólo llamaba para ver cómo estás, preguntarte si vendrías unos días por Navidad.

—He hablado con Marcus hace veinte minutos. Ya le he dicho a él que me es

imposible y estoy segura que te ha puesto al día de todo.

—Puedes coger un avión y...

—Sólo libro el día de Navidad y Fin de año.

—Y el primero de Enero —la interrumpió Spencer con dureza—. Son dos días que puedes pasar con nosotros, Becks. ¿Por qué nos evitas? —la pinchó—. ¿Es porque insistimos en que sientes la cabeza?

Claro que prefería pasar las Navidades con los Montgomery que con su familia.

No eran ellos el por qué se había marchado de la ciudad, pidiendo ocupar la plaza vacante de la discreta comisaría de un pueblo perdido de la mano de Dios en Texas. Pero si un aliciente más. La soledad y la culpabilidad le devoraban el alma y sentirse constantemente perseguida por sus hermanos no ayudaba en absoluto a lamerse las heridas.

La presionaban para que viviera una vida que ella no deseaba todavía, siempre sacando el mismo tema de conversación cuando la veían, ¡incluso mientras enterraban a su madre le dijeron que, de haberse casado ya, no estaría pasando por aquel mal momento ella sola!

La hacían sentirse mal consigo misma por, según ellos, no conseguir que un hombre se fijase en ella con el interés ni deseo necesario como para crear una vida juntos. Empezaba a sentirse acosada, más que presionada. La ansiedad la asfixiaba cuando no tenía guardias nocturnas y le daba por pensar en la soledad de su gran cama: ¿y si su familia tenía razón?, ¿había algo malo en ella para no contentarse con un hombre?, ¿acaso no llamaba la atención?, ¿qué fallaba de su personalidad que espantaba a los hombres?, ¿por qué era tan exigente con ellos?

Y sobre todo, ¿por qué sus hermanos no dejaban de insistir e insistir sabiendo lo mal que lo pasaba ella con tanta presión? ¿Por qué les costaba tanto aceptarla como era? ¿Por qué no la querían un poco menos, pero algo mejor?

—¿Becks?

No pudo más.

Gruñó antes de hablar:

—Pues sí, mira. Prefiero pasar mis días libres con los amigos que he hecho en Blue Valley y que no dicen estupideces cada vez que me ven o hablan conmigo —exclamó.

—¡Nos preocupamos por ti, joder! —Spencer tampoco sabía mantener la boca cerrada. Cuando se enfrentaban, saltaban chispas. Eran los dos hermanos más temperamentales de los Lennox—. ¡Sólo queremos que tengas a tu lado a un

hombre bueno y que te trate como mereces! ¡Que te ayude en la vida, que te apoye en los malos momentos!

—Yo soy mi propia ayuda. No necesito apoyarme en nadie para salir adelante.

—Superar la muerte de mamá no es fácil si no tienes unos brazos que te sostengan por la noche, Rebeccah. Mírate. Estás tan a la defensiva... yo encuentro cada noche mi calma en los brazos de mi esposa.

—¿Qué te hace pensar que yo no tengo alguien que me apoye?!

El silencio se hizo al otro lado de la línea, y también en comisaría.

Rebeccah dejó caer la cabeza en la mano, cubriéndose los ojos con los dedos. Había perdido el control y ahora había dicho algo que haría saltar las alarmas en su familia.

No había sido muy clara, pero había dejado entrever que había encontrado a ese hombre que sus hermanos tanto ansiaban que hubiera en su vida.

Y no era así.

Su vida amorosa era muy gris desde hacía demasiado tiempo. Había olvidado cuándo había tenido su última relación seria; por no decir que hacía un año que no metía a un hombre en su cama. La tristeza era su único acompañante.

—¿De verdad? ¿Tienes... novio?

—Yo... —Respondió a la vez con un hilo de voz. Mejor callar, decidió.

—¡Llevas meses diciéndonos que estás sola! —el grito de su hermano le hizo dar un bote en la silla—. ¿Y ahora resulta que nos has mentado? ¡¿Por qué?!

Que su hermano viniera exigiendo era algo que la crispaba, pero ya había metido la pata por no saberse mantener calladita, así que se obligó a morderse la lengua.

Suspiró.

—Spencer...

—¡Quiero una jodida razón para que nos lo hayas hecho pasar tan mal, Becks!

Rebeccah quiso reír. ¿Qué ella se lo estaba haciendo pasar mal a sus hermanos? ¡Era ella la que no se sentía aceptada ni comprendida, tampoco se sentía bien consigo misma al verse tan sola!

Se frotó la frente con la mano libre.

Necesitaba un café. O una infusión.

—Estoy esperando, Becks.

El tono de su hermano la devolvió al presente. Respiró hondo y decidió seguir con aquella farsa, ¡de perdidos al río!

Mientras sus hermanos creyeran que estaba con alguien, dejarían estar el tema y durante unos meses podría respirar tranquila, sin presiones. Seguramente debería inventarse una ruptura de lo más dolorosa cuando los Lennox quisieran conocer al hombre que la había enamorado, y así se ahorraría tener que poner excusas para no presentarlo formalmente ante ellos.

—Llevamos saliendo juntos desde... lo de mamá. Bueno, ahí nos estábamos conociendo. Y no me pareció oportuno comentároslo. Pero por ahora estamos bien, muy ilusionados —improvisó, intentando teñir su voz de una timidez y una alegría que no sentía.

Tragó saliva y pidió al cielo que Spencer se lo creyera. Aunque cuando pasase el parte informativo a los hermanos los tendría a todos llamando en busca de más información.

Su hermano carraspeó: ¿se había emocionado?

—¿Y cómo es? ¿Te... te trata bien?

—Es... perfecto, de verdad. Es inteligente, cariñoso... y muy trabajador. ¿Y cómo quieres que me trate? —siguió diciendo—. Soy policía. Tengo permiso de armas y tengo una puntería tremenda. O me cuida o aprieto el gatillo.

Cuando Spencer se rio al otro lado del hilo telefónico, respiró hondo, aliviada.

¡Se lo había creído!

Ojalá todos sus hermanos lo hicieran. Y eran cuatro huesos muy duros de roer. Quizá Spencer era el más sencillo de convencer, pero los demás tenían la piel más dura. Sobre todo Marcus.

—¿No vas a decirme nada más? —la presionó él.

—Me hace muy feliz —¿qué más quería saber Spencer?

—¿Es muy mayor? ¿Se ha casado antes? ¿Tiene hijos?

—Dos —dijo sin pensar, abrumada por aquel bombardeo de preguntas.

Un momento... ¿qué?

Oh, mierda.

Quiso golpearse la frente contra la mesa, contra el teclado del ordenador o con la puerta metálica de la taquilla.

¿Cómo se le ocurría decirle que estaba con un hombre que ya tenía dos hijos?

—Estás hecha toda una madraza, entonces, si te han aceptado y tú a ellos.

Pero no te olvides de tener tus propios hijos. Es una bendición que espero que vivas, Becks —el tono de su hermano se había convertido en miel fundida.

¿Qué se responde a eso? pensó, haciendo una mueca, agradeciendo que su hermano no podía verla, pero se había quedado blanca.

Por suerte, Spencer siguió hablando, como si no la hubiera dejado muda y con el corazón golpeando fuertemente contra el pecho.

—Y cuéntame más, ¿cómo se llama?

—Todavía es muy pronto para que os cuente tanto de él —contestó ella, dándole un trago a la botella de agua de litro y medio que había llevado al escritorio desde la taquilla.

Se había metido en un buen lío.

Pero no iba a dar marcha atrás. Casi nunca lo hacía cuando tomaba una decisión.

Por más nefasta que fuera.

—Sólo el nombre. Vamos... —Spencer sabía que no iba a ceder, así que decidió usar sus intenciones en su contra—: Te prometo que, si me dices cómo se llama, no te volveré a preguntar por él hasta que no seas tú quien inicie la conversación.

Rebecca apoyó el auricular contra su frente, preguntándose qué nombre podría darle a Spencer para que la dejase estar.

Desvió los ojos hacia el escritorio de Remington y se irguió en su silla cuando le vino a la cabeza una mirada...

Un par de ojos verdes y grises, tan diferentes a los de su jefe, pero a la vez, tan parecidos, la asaltaron. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Siempre que la miraba, el corazón le daba un estúpido vuelco que no volvía a repetirse hasta que no se despedía de él, como si no quisiera alejarse de su colonia, de su sonrisa, de su ronca voz.

Sí, lo deseaba desde el primer día que lo vio, nunca lo había negado y no empezaría a engañarse a sí misma ahora.

Con su altura, sus hombros anchos y su cadera estrecha. Con sus camisas de cuadros, siempre manchadas de polvo. Con sus tejanos caídos y rotos. Con su mentón hundido, sus duras facciones y su sonrisa de pillo.

La había conquistado.

Y tenía una historia bien parecida a su mentira: tenía dos hijos, era un hombre inteligente y trabajador que la trataba bien, pues la respetaba.

Podía funcionar.

Entrecerró los ojos y cruzó los dedos. Sus hermanos odiaban los pueblos, por lo que ir a visitarla no era una opción viable. Si daba su nombre, si decía que era él quien estaba con ella día y noche, nunca lo conocerían.

—Está bien, pero prométeme que no volverás a insistir.

—¡Te lo prometo! —el tono de voz de Spencer era triunfal.

Mordiéndose el labio inferior, sabiendo que aquello era un error, la agente de policía dio un nombre:

—Estoy saliendo con Tanner Montgomery.

CAPÍTULO 4

Cuando la vio entrar, Tanner no pudo evitar sonreír. Llevaba esperando aquel momento desde que se la había encontrado en la puerta del supermercado, y acababa de darse cuenta de ello.

La había echado de menos, habían pasado días sin versa...

¡Llevaba gafas!

Y le quedaban muy bien aquellas monturas de pasta, finas y oscuras, que dejaban ver limpiante sus ojos de avellana.

Observó, casi anonadado, como dejaba la gruesa chaqueta sobre una silla, perfectamente doblada.

Rebecca se había vestido con unos pantalones oscuros que se ajustaban demasiado bien a sus piernas, y un jersey de cuello alto de color cereza. Se había calzado unas impresionantes botas. Sí a eso se le sumaba el escaso maquillaje y la sencilla trenza que empezaba en lo alto de la cabeza, Tanner tenía que admitir que estaba arrebatadora.

Tanner estaba deseando ver el modelito que se pondría para Nochevieja, sobre todo porque Amanda había comentado en el desayuno, como si nada, que había visto el vestido de Rebecca...

—Es precioso. Le queda espectacular.

—Cariño, tú también estarás estupenda, espero que lo recuerdes —le había respondido su marido, mientras le acariciaba el costado y le besaba la curva del cuello.

Amanda había perdido mucho peso después de dar a luz a Cameron, pero no pasaba desapercibido que tenía más curvas que antes. Su cuñada quería recuperar pronto su esbelta silueta, aunque no parecía tener prisa para ello. Ni siquiera se había puesto a dieta. Sólo se obligaba a hacer algo más de ejercicio.

Tanner se preguntó si Rebecca iba al gimnasio para mantenerse en forma. Al fin y al cabo, Blue Valley no necesitaba policías especialmente entrenados para el servicio, pues eran rondas relajadas...

La imaginó sudorosa, bajo su cuerpo, y pensó que aquella era una buena forma de *hacer ejercicio*.

Cuando sus ojos se clavaron en él, los labios de Rebecca se ensancharon en una sonrisa natural y preciosa como ella sola.

Como si fuera inocente.

Como si nunca hubiera hecho nada fuera de las leyes y valores que seguía a rajatabla.

Te tengo, Rebeccah, pensó para sí.

Ajena a sus pensamientos, ella levantó un par de bolsas que llevaba en las manos y Tanner dejó a un lado el trapo con el que se estaba secando las manos.

—¿Crees que me da tiempo a ponerlo bajo el árbol mientras los niños están con Nick?

Su sonrisa era tan resplandeciente...

—No deberías haberles comprado nada, Rebeccah.

Aunque su tono estaba teñido de reproche, la felicidad de ver que estaba ahí, con ellos, y que era detallista con sus hijos, delataba que no estaba tan enfadado como quería aparentar.

Y ella se dio cuenta, por supuesto.

—Oh, vamos. Tengo seis sobrinos, ¿de verdad crees que me importa comprar unos pocos regalos más? —Rebeccah puso los ojos en blanco. Dejó las bolsas sobre la encimera y le dio un abrazo que lo tomó tan por sorpresa, que Tanner no tuvo tiempo de estrecharla contra él. Notó su aliento sobre la oreja y contuvo la respiración—. Feliz Navidad, Tanner.

Si un edificio tuviera sentimientos, así debería sentirse cuando una bola de demolición impactase contra su estructura.

Rebeccah se alejó como si su susurro no le hubiese erizado el vello de la nuca. Ella jamás sabría el poder que ejercía sobre él.

La siguió cuando la vio ir hacia el abeto y se sentó en el sofá para observarla mientras escondía dos paquetes bajo el árbol de Navidad, coloridamente adornado.

Se preguntó cómo se comportaría con sus sobrinos cuando celebraba las fiestas en casa.

Le era muy sencillo imaginarla sentada en un sofá, rodeada de pequeños diablillos que se le tiraban encima y le pedían, a la vez, que les hiciera cosquillas. La había visto sonreír a sus hijos y podía verla con esa misma vitalidad grabada en la boca con seis niños sin rostro. Porque ella no se comportaba así por obligación, era su forma de ser.

¿Sabía Rebeccah Lennox el efecto que tenía su lado maternal en los hombres como él?

—Deja de mirarme así —comentó ella sin levantar siquiera la mirada.

—¿Así cómo? —preguntó, sorprendido.

¡Ni que hubiese estado mirándole el trasero, por el amor de Dios!

Rebecca lo miró por encima del hombro con las cejas ligeramente fruncidas por la diversión. Se incorporó con cuidado y se sacudió las manos en los tejanos, como si las tuviera llenas de polvo.

—Como si quisieras comerme.

Tanner pestañeó, y ella también. Ninguno de los dos podía creer que aquellas palabras hubieran salido de sus labios.

—Lo siento, Tanner. No pretendía decir eso —se apresuró a decir ella, cerrando los ojos con fuerza.

—Ya lo creo que sí —replicó levantándose con lentitud.

Ella abrió la boca, pero supo que no tenía defensa posible, así que la volvió a cerrar. Había hablado sin pensar, y no solamente esa vez, se dijo Tanner mientras se acercaba hacia su presa con mirada felina.

No había querido sacar el tema tan rápido, pero estaban solos y ella misma se había servido en bandeja. Era el momento de sacar tajada, pues sabía la verdad tan bien como ella, pero jugaba con ventaja.

La agente Lennox no sabía que estaba al tanto de su mentira.

Tenía un plan. Uno que Rebecca había puesto en marcha sin saberlo cuando había dicho en voz alta que salían juntos. Claro, ella iba a colaborar, sino, desmontaría su juego.

Rebecca reculó un paso, pero no más.

—Quiero decir... me mirabas muy fijamente.

—No intentes arreglarlo —musitó mientras alzaba la mano para acariciarle la mejilla— *amor*.

Sus ojos se abrieron como platos tras las lentes de las gafas y sus mejillas se tiñeron de un precioso color rojo, muy parecido al de su jersey.

Él sonrió como un depredador y le recorrió la curva del cuello con la nariz, mientras sus brazos le rodeaban la cintura para acercarla a él. Rebecca quiso apartarlo, pero cuando sus manos tocaron sus hombros, se quedaron ahí, inertes, calientes.

Aquella mujer era fuerte, ágil, decidida. Sabía defenderse sola, por algo llevaba una placa colgando del cinturón. Pero que no lo golpease con fuerza o le diese un buen rodillazo ahí donde más le dolía, ya decía mucho.

Le encantaba saber que Rebecca no era inmune a él, ni a sus caricias; tenía el poder de deshacerla, tal y como ella lo convertía en plomo fundido cuando se

marchaba contoneando sus pecadoras caderas.

Quiso colar las manos bajo el jersey, saquearle la piel hasta que tuviera su tacto grabado en ella. Estuvo tentado a ello, ya tenía los dedos rozando el bajo de la prenda, incluso notaba el cinturón contra las uñas. Pero se contuvo recurriendo a todo el autocontrol que quedaba en su sangre.

Podía comportarse como un canalla, pero seguía siendo el hombre serio e íntegro que habían educado sus padres.

—No te resistas. Llevamos tiempo juntos, ¿recuerdas? —le susurró al oído antes de atrapar el lóbulo de la oreja entre los dientes y darle unos decadentes toquitos a la perla del pendiente con la lengua.

—No sé... de qué me hablas... —tartamudeó ella.

—Claro que lo sabes, *amor*.

—¡Deja de llamarme así! —exclamó ella, sus manos ahora convertidas en puños que lo golpearon en el pecho. No consiguió separarse de él, pues Tanner la estrechó con más fuerza.

—Le has dicho a tus hermanos que estamos liados.

Rebecca se quedó rígida entre sus brazos. Poco a poco empezaba a comprender la situación, sus palabras, y la vergüenza se apoderaba de cada célula de su ser, haciéndola todavía más vulnerable de lo que ya estaba.

Era el momento de dejarla ir, pero le era muy difícil soltarla. Finalmente, sus dedos obedecieron a su cerebro y la dejaron libre de su agarre. Sin embargo, tuvo que sujetarla por el codo cuando trastabilló y por poco cayó sobre el árbol.

Temblaba como una hoja cuando se soltó dando un fuerte tirón.

Rebecca casi le empujó al pasar por su lado. Con las mejillas sonrojadas y las manos temblorosas como nunca antes, caminó hacia el sofá jugueteando con nerviosismo con las puntas de la trenza. Se desplomó con la mirada perdida, aunque algo le decía a Tanner que en su cabeza, los engranajes funcionaban a toda máquina.

Sus ojos danzaban por la estancia sin mirarlo, como si buscasen una salida, una excusa fiable.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó al fin con un hilo de voz, los ojos húmedos por la impresión.

Ahí, encorvada, con la culpa brillando tras las gafas, la vio tan niña que, durante un momento, Tanner se arrepintió de haber ido a por ella con tanta decisión.

—¿Tanner? —insistió ella.

—Tu hermano Marcus me ha llamado esta mañana.

—¿Qué? —se incorporó, pero pronto se dejó caer hacia atrás, reclinándose por completo en el sofá. Se tapó la cara con una mano, dejando a la vista su boca. Su preciosa boca.

Esa que Tanner no había osado besar. Iba a tener serias dificultades para conciliar el sueño ahora que había olido su perfume desde tan cerca, ahora que sabía lo sabrosa que era su piel.

—Me buscó en el listín telefónico —le explicó, intentando no mostrar ninguna emoción en su voz. Ojalá fuera un experto en hacerlo como su hermano Remington, policía de pura cepa—. Al parecer, uno de sus hermanos le había contado que su hermanita estaba saliendo con Tanner Montgomery, de Blue Valley.

Ella gruñó.

Cuando se sentó a su lado, los ojos de Rebeccah dejaron de esconderse tras su mano.

—Lo siento —su voz estaba desbordada de sinceridad; Tanner se odió por no haber ido de frente y haber cedido a sus anhelos para torturarla y ponerla a prueba, para *ponerse a prueba*—. No pensé que te buscarían ni que te llamarían.

—Imagino que tienes un buen motivo para contarle a tu familia semejante mentira.

Ella se levantó y empezó a caminar por el salón mientras le explicaba que tras la muerte de su padre, sus hermanos empezaron a temerle a la soledad, a no dejar un legado. Todos ellos habían empezado una especie de cruzada para encontrar a su alma gemela, a la cual habían intentado arrastrarla.

—Dudo que mis cuñadas sean sus medias naranjas. Pero son sus vidas, ellos verán —añadió mientras se sacaba las gafas y las limpiaba con el jersey—. Llevo casi una década soportando que me presenten amigos, que me concierten citas a ciegas cuando en teoría voy a cenar con ellos.

—Debe ser duro —comentó él, que llevaba callado todo aquel tiempo, escuchando con atención lo que parecía haber sido el infierno particular de Rebeccah Lennox.

—Ni te lo imaginas.

En realidad, no. No sabía lo que era que la familia te presionase para que no te quedases solo.

Sus hermanos siempre le dieron espacio cuando se había separado de Carina y cuando empezó a tener alguna que otra cita, le recordaban que fuera despacio,

nunca presionándole a que dejara de ver a mujeres o insistiéndole en que viera a más.

Tenía una hija. Ahora no podía ir buscando amor en cualquier mujer, todos lo sabían. Había una niña en su vida, iban en un *pack*. Y ahora eran uno más, un tres por uno: desde hacía un tiempo, tenía un niño, otro hijo al que cuidar, querer y criar.

La mujer que terminase siendo la segunda esposa de Tanner Montgomery debía amarle a él y a sus dos pequeños.

Rebeccah se volvió a sentar.

—No puedo más —confesó, abatida—. No dejan de insistir en que me busque a un hombre que me trate bien y que me pueda mantener si un día me da por retirarme antes de tiempo.

—Un hombre es más que afecto y una cuenta bancaria —susurró él.

—¡Exacto! Yo quiero a alguien que me haga vibrar, que me haga feliz aunque haya momentos que su mera presencia me ponga triste o de mal humor —casi gritó Rebeccah. Lo hizo con tanta pasión, que Tanner vio por primera vez una mujer con un mundo interior bestial que estaba muy bien escondido—. El dinero me da igual.

—Pero no el afecto.

—Yo busco algo más que afecto, Tanner. Deseo, respeto, confianza, buena comunicación —añadió, moviendo una mano como si aquella enumeración fuera obvia.

—Creo que eso es lo que busca todo el mundo, Rebeccah.

La risita nerviosa y cansada que escapó de sus labios, hizo que Tanner se preguntase cómo era realmente aquella mujer. Parecía fuerte, de hierro, un lobo solitario que se las apañaba bastante bien, cuando en realidad era una mujer con mucho fuego, con alma, con inseguridades y miedos, anhelos y sueños, como un humano más.

—¿Por eso les dijiste que estabas conmigo?

Ella suspiró.

—Creí que dándoles un nombre me dejarían en paz —se frotó la frente—. No pensé que te llamarían. Supongo que los subestimé.

Cuando, esa mañana, Tanner había escuchado a Marcus Lennox al otro lado del teléfono, diciéndole que esperaba que hiciera feliz a su hermana y que terminasen pasando por el altar, había estado tentando de contarle la verdad. Pero algo le había dicho que ella debería haber montado esa gran farsa por una

buena razón.

No sabía si la tenía o no, no podía juzgar su sufrimiento ni la presión a la que estaba sometida, pero comprendía que hubiese tomado una decisión tan desesperada.

Al verse acorralada incluso desde la distancia, acosada por llamadas constantes donde sus hermanos mayores querían saber de su vida amorosa, Rebeccah lo había utilizado a él como escudo.

O como cómplice.

Le había seguido el juego hasta que Marcus Lennox había colgado.

—¿Por qué yo, Rebeccah? —se atrevió a preguntar, todavía no dispuesto a abordar el tema que tenía entre manos.

Sus ojos, hasta entonces fijos en el ángel que coronaba el árbol de Navidad, volvieron a mirarlo a él.

—¿Sinceramente? —al ver que él asentía, encogió un hombro mientras intentaba esbozar, en vano, una sonrisa de medio lado—. No lo sé —fue apenas un murmullo.

Tanner no sabía si sentirse halagado o insultado.

Pero pronto dejó aquella confusión a un lado y se inclinó para tomarle una mano.

Aquel juego era peligroso, tanto como el fuego; por supuesto, Tanner estaba dispuesto a quemarse.

Por su familia, valía la pena.

Por tener más cerca a Rebeccah, también.

—Prometo no delatarte si me dejas usar esa mentira a mí también.

Rebeccah lo miró, vacilante, varios segundos. El tiempo se alargó hasta que Tanner ya no supo diferenciar un segundo de un minuto.

—¿Y si no lo hago? —preguntó con una ceja enarcada.

—Entonces llamaré a tu hermano y le explicaré que te lo has inventado todo. Estoy seguro de que a Marcus le encantará conocer Blue Valley —añadió Tanner con una sonrisa torcida que era la viva imagen de la picardía.

—¡No te atreverías! —casi gritó Beccah.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—¿Por qué quieres que esta farsa sea de dos?

Entonces fue él quien se levantó. Ahora era el momento de abrirse el pecho en canal y explicar por qué necesitaba que fingiera ser su novia.

Para ella no había sido sencillo, tampoco lo iba a ser para él.

Tanner iba a necesitar una copa para hablar de aquel tema. Rebeccah lo siguió hasta la cocina y se sentó sobre la encimera despejada al ver que se servía un vaso de vino tinto.

Se la bebió de un trago.

Ella hizo girar los ojos sobre sus órbitas, para nada impresionada.

—Mi exmujer quiere quitarme a mi hija —vio como las mejillas Rebeccah perdían todo color—. Mi abogado cree que, si tengo una relación estable con una mujer que aporte felicidad y amor a Irina, el juez se pondrá de mi parte.

—Puedes inventarte una novia cualquiera, Tanner. Diles mi nombre y ya está, no tienes porque...

—No, no lo entiendes. Cuando tu hermano me ha llamado, he creído oportuno quedarme tu mentira para mí.

Sus ojos se entrecerraron tras las lentes y bufó, pero Tanner no se amilanó.

—Ya he hablado con mi abogado y con el de Carina, Rebeccah —se acercó a ella y sin darse cuenta, apoyó las manos en sus rodillas para separarlas y colarse entre sus piernas. Ella se echó hacia atrás, tragando saliva. Tanner ignoró por primera vez su cercanía—. Mi exmujer viene a visitarme dentro de un mes, *amor*, y quiere conocerte.

—¿Qué?

—Ya me has oído, Rebeccah.

—Pero... pero...

Él la tomó con delicadeza por la barbilla para obligarla a mirarlo.

—¡Papá! —la niña entró como un vendaval en la cocina y se quedó paralizada al ver a su padre tan cerca de la mejor amiga de tía Amanda.

—Ahora no, Irina —dijo él sin apartar sus ojos de los suyos, hipnotizándola, diciéndole con la mirada que aquella mentira los había atrapado a los dos.

—Tía Cindy quiere que vayamos ya a cenar...

—Danos cinco minutos, cariño.

—Papá...

—¡Irina!

Rebeccah había oído ese tono antes. En su propio padre. Era una forma de decir que no estaba enfadado, por eso su voz sonaba siempre tan dulce, su expresión relajada, como si durmiera. Pero el tono que empleaba... Era una orden, no una sugerencia.

Irina sonrió lo justo mientras en sus mejillas aparecían unos manchurrónes color escarlata. Echó a correr llamando a su tía abuela a gritos.

—Yo no sé si...

Cuando el índice de Tanner cubrió sus labios, sintió dentro de ella una bestia rugir y que la incitaba a darle un buen mordisco a ese dedo caliente y calloso que seguramente sabía hacer mejores cosas que mandarla callar.

—Carina conoce Blue Valley. Lo mejor será que hoy nos empecemos a comportar como una pareja normal y corriente. Para cuando ella venga, todo el pueblo habrá aceptado que estamos juntos.

—¿Pretendes que la gente también se crea esta patraña? ¿Hasta tu familia? — por poco gritó ella, con el corazón en un puño... ¡porque aquello no podía estar pasando!

Tanner la tomó por la cintura para bajarla de la encimera de forma que quedase atrapada entre ésta y su musculoso cuerpo. Su pecho rozaba su imponente torso al respirar, por lo que Rebeccah intentaba llenar lo menos posible sus pulmones.

Piel con piel era demasiado, incluso con ropa de por medio.

—Tanner...

Él rozó sus mejillas con los labios, obligándola a cerrar los ojos.

—Marcus quiere venir a verte pasado San Valentín, unos días después de Carina. Puedo ayudarte si tú me ayudas —susurró contra su piel—. Finge. Haz de esta mentira *nuestra mentira*. Ven a vivir conmigo.

Rebeccah suspiró, rendida al montaje y a su cercanía.

¿Cómo había podido decirle su nombre a Spencer habiendo muchos solteros guapos y menos conocidos en Blue Valley?

¿Cómo había podido enredarse todo de aquella forma?

¿Cómo había podido Tanner trazar aquel absurdo plan?

Supuso que era cosa del karma, que le devolvía lo que había sucedido la mañana que había decidido largarse de la gran ciudad.

Tenía sentido. Era un buen castigo: una vida real por la suya, simbólicamente hablando...

—Eh, chicos... —Su mejor amiga entró en la cocina con voz risueña, si bien se quedó paralizada y con las palabras suspendidas en los labios—. Oh, vaya... es cierto que estáis demasiado juntos —aunque había sido poco más que un susurro, había llegado hasta sus oídos.

Tanner enarcó una ceja. Rebeccah fue la única que lo vio. Quiso gruñir, deseó que viera en sus ojos cuánto lo detestaba. En vez de decirle que estaba loco y que no iba a participar en aquel juego, se volvió hacia Amanda. La engañó:

—Siento mucho no habértelo contado antes, Amanda. Pero... queríamos saber qué sentíamos exactamente el uno por el otro antes de contárselo a nadie.

—¿Estáis juntos? —Amanda estaba boquiabierta.

—Sí, desde hace un tiempo. Estamos muy enamorados —había añadido él, el muy mentiroso, mientras la abrazaba por detrás—. ¿Y sabes qué, Amanda? Rebeccah acaba de darme mi regalo de Navidad. ¡Va a venir a vivir conmigo!

Rebeccah no había aceptado todavía, pero ya no podía echarse atrás. Él lo había dicho en voz alta, así que no podía deshacer lo que Tanner había comentado. Demonios. Estaba total e irremediabilmente perdida.

CAPÍTULO 5

Encontró a Rebeccah en la cocina de Remington. Estaba cocinando con su cuñada y tía Cindy. Las tres reían y hablaban de recetas, bebés y anécdotas con médicos que parecían haber hecho más campanas que exámenes en la facultad.

Se apoyó en la pared para observar cómo se desenvolvía con su familia la agente en su día libre.

Porque ya no era solo Rebeccah.

Ahora las Montgomery la aceptaban como *su chica*.

Llevaba toda la noche preguntándose si era buena idea hacerla pasar por el amor de su vida, pero cuando oyó a Irina llamarlo casi al amanecer porque tenía sed, supo que haría cualquier cosa por su hija.

Además, no podía quejarse. Su compañera de aventuras caía bien a Irina y a Roth. Cuando supieron que Rebeccah estaba con él y que iba a vivir en el rancho, prácticamente le saltaron encima de alegría. Y ella los había acogido entre sus brazos con una carcajada sincera, si bien cuando sus ojos lo habían mirado de reojo, Tanner pudo ver un incendio tras las gafas.

Nadie pondría en duda que Rebeccah adoraba a sus dos hijos y que con él se mostraba tal y como era: inteligente, divertida, sexy, exagerada... ella misma, al natural y sin colorantes.

Por no decir que era mujer de piel dura y curtida, preparada para enfrentarse a las adversidades con la barbilla bien alta.

La recordó la noche anterior, al principio desconcertada, luego rabiosa y, finalmente, cuando se sentó a la mesa con ellos, toda sonrisas y sonrojos. Se había comportado como si en sus venas realmente hubiera sangre y no magma volcánico.

Aquella mujer era camaleónica.

Sonrió al ver cómo Rebeccah, sin dejar de reírse con Amanda, se inclinaba en el horno para meter una bandeja con carne. Esta vez sí que observó sin disimulo su trasero. Le encantaría besarla y recorrerle la espalda con los dedos hasta que su gran palma abarcara sus nalgas para apretarla contra sus caderas...

Tragando saliva por la corriente eléctrica que empezó a sacudirle la columna vertebral, alzó los ojos y se topó con la mirada de Rebeccah.

—Un intruso —canturreó ella, como si el día anterior no la hubiera sacado

de sus casillas ni la hubiese obligado a dejarse enredar por una farsa que ella misma había inventado.

—Hola, amor —la saludó sonriente, descruzando los brazos y acercándose.

Ella apartó sutilmente la cara cuando se inclinó para besarla, y sus labios terminaron sobre su mejilla.

La noche anterior también había esquivado su beso, aprovechando que solo los niños estaban presentes. ¿Qué diría ahora para rehuirle delante de su familia, que creía que llevaban juntos desde que Parker se presentó en Blue Valley, a principios de otoño?

—No seas tímida, Rebeccah —dijo con alegría su tía Cindy—. Amanda y yo somos mujeres adultas, sabemos lo que es el amor. Podéis besaros como si no estuviéramos.

Tanner adoró el intenso rubor que cubrió sus mejillas.

¿Cómo podía una mujer ser hielo y fuego a la vez? ¿Cómo podía haber dureza y ternura en un mismo mirar?

—Con las prisas de ayer, ¡no os besasteis bajo el muérdago! —se quejó Amanda.

—Tienes razón, ¡vamos a solucionarlo ahora mismo! —comentó Tanner antes de tomarla de la mano y llevarla hasta la ramita de muérdago, decorada graciosamente con una pequeña bola roja que debería estar en el árbol. La tomó por los hombros para que no se escapase en cuanto se colocaron debajo—. ¿Estás bien? ¿Por qué tiembles?

Di que es por mi presencia, pensó.

—Estamos en el porche, y aunque esté cubierto y tengáis radiadores, fuera hace mucho frío —protestó ella con voz gélida. Miró hacia las escaleras e intentó zafarse de Tanner—. Estamos solos... —Susurró—. Suéltame.

—Tenemos que besarnos.

—¡Podemos decirles que ya lo hemos hecho aunque no sea verdad!

Se armó de paciencia.

—Vamos a vivir juntos, vamos a compartir cama, Rebeccah —le explicó como si se tratase de su hija Irina. Pasó por alto su jadeo ahogado—. Tenemos que aprendernos nuestros cuerpos. Cuando Carina o Marcus vengan, tendremos que besarnos.

—¿Y quieres practicar? —se quejó ella con dientes apretados y el ceño ligeramente fruncido—. Yo ya me sé la teoría, sabré aplicarla cuando tenga que hacerlo...

—¡No es que estemos aprendiendo a conducir! —al ver cómo se removía, rodeó su cintura con un brazo y la pegó a él, robándole la respiración a ella, acelerando la suya.

—Tanner...

—Tenemos que mostrarnos confidentes, cómodos... —bajó la cabeza para besarle suavemente la sien. Rebeccah ladeó la cabeza, como si tratase de escapar. Pero él no se lo permitiría. Repartió delicados besos en su mejilla, bajando hasta su barbilla, casi obligándola a que echase la cabeza hacia atrás—. Llevamos meses acostándonos en secreto. Besándonos. Acariciándonos...

Rebeccah no tardó en interrumpirlo con un susurro ronco.

—He captado el mensaje —con un quejido, ella se rindió y se apoyó contra su pecho.

Tanner casi sonrió. Le acarició la mejilla con la otra mano y el corazón se saltó un latido al ver cómo sus ojos se cerraban y ladeaba la cabeza para perderse en aquella inocente caricia.

¿Cómo podía aquella mujer encenderle la sangre de esa forma?

Inclinó la cabeza y tanteó aquella boca color cereza con la suya. Fue un simple roce que los hizo temblar a los dos, porque ambos sabían que era algo más.

Una promesa de lo que estaba por venir.

—¡Papi!

Esto no puede estar pasando, se dijo mientras reprimía un suspiro de pura frustración.

Los hombros de Rebeccah temblaron en un solo espasmo y Tanner comprendió que estaba conteniendo una carcajada. Apoyó la barbilla en su frente, imaginando sus dientes atrapando su carnoso labio inferior para no reírse por lo absurdo del momento.

Se obligó a soltarla y a separarse un paso. No la miró cuando se giró hacia su hijo, que acababa de llegar al porche y que no se había dado cuenta de lo que acababa de interrumpir.

—Papi, papi... —Roth corrió hasta sus brazos y él lo alzó como si no pesara nada—. ¿Quieres jugar conmigo?

No podía decirle que no a esos ojos brillantes y suplicantes, ni a esos dedos entrelazados apoyados bajo su barbillita, tan parecida a la de su querida hermana Brenda.

Roth lo manejaba a su antojo, tal y como había hecho Brenda cuando era

adolescente y necesitaba a sus hermanos pequeños para hacer alguna trastada que no pudiera llevar a cabo ella sola.

—Claro...

Como si acabase de recordar que Rebeccah estaba con él, se volvió hacia ella, que los miraba conmovida y, a la par, divertida y aliviada.

—¡Rebeccah! —el niño la miró con adoración—. ¡Hemos abierto los regalos que Papá Noel dejó bajo el árbol de tu parte!

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¡Me encanta mi nuevo coche *telidriri*...! —viendo que no le salía la palabra que buscaba, el niño se cruzó de brazos, frustrado—. ¿Papi?

—Teledirigido, Roth.

—¡Eso! *Telerirido*.

—Me alegra que Santa Claus te haya dejado un buen regalo, pequeño —y Rebeccah lo besó suavemente, preguntándose por qué los ojos de Tanner ya no se mostraban tan fieros, más bien todo lo contrario.

Estaba maravillado. Era una imagen tan enternecedora, ver a Rebeccah así le provocó un aleteo en el corazón que lo asustó durante unos segundos.

Rebeccah le revolvió el pelo, intentando concentrarse en el niño y no en el padre.

—Papi... ¿jugamos? —Roth ladeó la cabeza en busca de su mirada.

—Ahora voy —lo dejó en el suelo y lo observó marcharse a la carrera después de decirle adiós a Rebeccah con la mano.

—Creo que deberemos seguir diciendo que nos hemos besado cuando no ha sido así, Tanner.

Le puso un mechón de pelo tras la oreja y se inclinó para susurrarle a escasos milímetros de sus labios, mirándola con fijeza en los ojos y perdiéndose en su color avellana y en sus pupilas, repentinamente dilatadas.

—Esto no acaba aquí, amor.

La vio respirar hondo, pero la admiró porque le siguió sosteniendo la mirada.

Era toda una guerrera.

—Puede que no, pero he ganado tiempo.

—Estás cantando victoria demasiado pronto. Creo que no lo has... entendido. Terminaré besándote, Rebeccah —le prometió mientras se apartaba lo suficiente como para dejarla trémula. Le perfiló el labio inferior con un nudillo, deseando atraparle entre los dientes, tirar de él y atormentarlo con la lengua—.

No puedes escapar de mí. Huir de esto no es posible.

Como toda respuesta, recibió un bufido. Ella se marchó con la espalda bien erguida y la mirada serena, aunque Tanner estaba seguro de que la rabia bullía en su interior como si fuera un volcán preparándose para entrar en erupción.

—Quiero saber la verdad. Tú y Rebeccah Lennox jamás habéis estado juntos.

Tanner levantó los ojos hacia su hermano Nicholas. Era el pequeño de los tres hermanos Montgomery. Era el veterinario del rancho, era el mejor tío y hermano que nadie pudiera imaginar, como también era un mujeriego que hacía perder la cabeza a todas las mujeres que se cruzaban por su paso... pero no se le conocía pareja estable desde los dieciocho años.

Por eso se sorprendía que un hombre que todavía seguía enamorado de un recuerdo, fuera tan observador y viera más allá.

—Claro que sí, Nick. Beccah y yo nos queremos. ¿Te molesta que vaya a vivir con nosotros? —preguntó con el ceño fruncido.

Su hermano se rio y atizó un poco más el fuego. Nicholas había sido el único que había querido poner una chimenea en el salón, por lo que su casa era la única que en esa época del año lucía realmente navideña y acogedora.

No le había creído.

Pensó en la comida familiar que habían compartido ese día.

Rebeccah se había mostrado cariñosa y misteriosa con él. Tanner había estado a punto de perder los estribos cada vez que ella, que se había sentado a su lado, se había inclinado para susurrarle al oído con una pícaro sonrisa pintada en sus carnosos labios. Y estaba seguro de que a nadie se le había pasado desapercibido el cómo ella le acariciaba el brazo cada vez que podía y se mordía el labio inferior mientras lo miraba.

Él también se había comportado como un adolescente enamorado. Le había besado la mejilla un par de veces. Le había apartado el pelo de la cara, le había limpiado con el pulgar un poco de nata de la comisura de los labios. Incluso le había acariciado el muslo por debajo del mantel en varias ocasiones-

¿Cómo podía ser que Nick hubiera visto la verdad?

Debía esforzarse un poco más.

Abrió la boca para hablar, pero su hermano se le adelantó:

—Sé que te llamó la atención desde que llegó a Blue Valley, pero dime,

¿cuándo has tenido tiempo para enamorarte de ella? Te ocupas de un rancho y tienes dos hijos. Muchas noches cenamos juntos. Nos tienes al tanto a Remington y a mí de tus salidas nocturnas —el avispado de Nick se sentó delante de él con una taza de chocolate en las manos. Sonrió de medio lado al ver la mueca que desfiguraba los labios del mayor—. Confiesa. Es un plan que has creado para que Carina no gane el juicio.

Tanner miró el fuego crepitar y terminó por suspirar.

Quizá necesitaba un confidente. Alguien que supiera la verdad y que lo apoyase cuando su determinación a fingir ser el hombre de Rebeccah flaquease. Porque terminaría pasando. Tarde o temprano tendría ganas de tirar por la borda aquella falsa relación.

Remington estaba tan enamorado de su esposa que no prestaba atención a ese tipo de cosas. Su tía Cindy quizá era la más escéptica, pero algo le decía que había confabulado con Carla para que lo suyo con Rebeccah terminase siendo más que una mentira, aunque si su tía sabía que aquello era puro teatro, no había comentado con él nada al respecto.

Nick podía ser su vía de escape.

—Está bien.

—Espera, espera... ¿lo estás admitiendo?

—Sí —y levantó su copa de brandy a su salud antes de apurarla de un solo trago—. Rebeccah y yo fingiremos ser pareja durante un tiempo.

Su hermano le aplaudió cómicamente antes de probar el espeso chocolate que siempre tomaba por las tardes cuando era Navidad.

Pero se puso serio.

—Estás jugando con fuego.

—¿Por qué dices eso? —Enarcó una ceja.

Nick echó la cabeza hacia atrás y su carcajada llenó el ambiente, de lo más colorido y navideño.

—Tío, esa mujer es puro fuego. Por dentro y por fuera. Aunque admito que tiene un toque dulzón que comprendo que te seduzca —se inclinó hacia delante—. Pero ve con cuidado. Alguien dijo una vez que hay amores que aparecen por sorpresa, sin darte cuenta, y que crecen poco a poco.

Tanner se sirvió otra copa. Sí, él era el sabio romántico de los tres, el consejero de sus hermanos cuando tenían problemas con aquellas emociones tan intensas. Cuando Remington había empezado a ver a Amanda con otros ojos, él mismo le avisó.

Que había amores de verdad tan fuertes que con una mirada bastaba para saber que estaba ahí.

Que había amores pasajeros, que parecían ser algo más que puro deseo.

Que había amores que llegaban como si nada y permanecían en ti para siempre, creciendo cada día, con cada mirada, con cada caricia, con cada sonrisa.

—No pienso enamorarme de Rebeccah.

No podía permitírselo. Ya había sufrido bastante con el abandono de Carina, que se había marchado como si su hija, o él, no importasen los más mínimo.

Por supuesto, aquel amor no había sido el *verdadero*, pues había podido pasar página. A diferencia de su abuelo, que había muerto consumido por la pena y la añoranza apenas seis meses después de que su esposa, la mujer de sus sueños, muriera después de dos años sin recordar quién era aquel hombre que le había construido una cabaña; sin recordar lo que era el amor, la complicidad o cómo se llamaban sus hijos o sus nietos.

No iba a permitir que su corazón latiera al son del de Rebeccah Lennox.

Podía gustarle como mujer y como persona, podría incluso acostarse con ella, pero no pensaba entregarle más.

—¿Estás seguro de que no terminarás loco por ella como Remington lo está por Amanda? —Nick parecía no tenerlo tan claro y Tanner lo detestó.

Rebeccah lo atraía. Mucho. Como ninguna otra. Pero no despertaba en él esas sensaciones que su abuelo y su padre habían dicho sentir cuando estaban con sus esposas; la familia Montgomery se caracterizaba por amar profundamente, hasta más allá de la muerte. Remington era la prueba de que se podía querer a una mujer con desesperación, con calma, sin oponer resistencia.

No sentía una opresión en el pecho si pensaba en qué pasaría si un día, ella se marchase de Blue Valley.

No había mariposas en el estómago, ni rodillas temblorosas, ni fuertes latidos golpeando el pecho hasta amenazar con crear un cardenal en el torso.

Tampoco sentía celos de ningún hombre que la mirase con deseo.

—¿Quieres apostar que terminas loco por ella, Tanner?

Menudo *deja vú*. Habían apostado eso mismo con Remington. Había pagado con gusto.

—Cállate.

—¡Eh! Si quieres ser convincente, hazle un regalo de Navidad —le aconsejó el pequeño, tomándolo por sorpresa—. Si quieres hacer creer que su regalo era irse a vivir contigo, me parece bien. Todos hacemos un regalo de esos románticos

en nuestra vida. Pero deberías haber considerado dejar alguno para ella bajo tu árbol.

Tanner cerró los ojos con fuerza durante unos segundos.

Mierda.

CAPÍTULO 6

Rebeccah aparcó frente la comisaría deseando que el analgésico que acababa de tomarse le hiciera efecto pronto. Le dolía a horrores la cabeza. Entre la falta de sueño y la discusión que acababa de tener con B.B por teléfono, se sentía emocionalmente incapaz de soportar una guardia de lo más aburrida.

—¿Estás con un hombre desde hace meses y me he tenido que enterar por Billy?

Su hermano era un bocazas. Por eso Brian se había enfadado con ella, y con razón. A simple vista, todo parecía indicar que pese a hablar cada dos o tres días, le había ocultado que tenía pareja.

Y no podía decirle que no era del todo cierto, porque B.B no sabía mentir y si sus hermanos le preguntaban algo sobre Tanner, lo cazarían al vuelo.

No podía arriesgarse, por más mal que se sintiera por engañarlo, por más mal que se sintiera por haberle hecho sentir un cero a la izquierda en su vida.

Llevaba varios días con aquella mentira, pero estaba mucho más tranquila. Sus hermanos solo la habían llamado para felicitarle las fiestas, para agradecer los regalos para sus hijos.

Por supuesto, Marcus y Spencer se habían ganado una buena reprimenda por buscar a Tanner y telefonarlo, pero había recibido numerosas disculpas desde entonces. ¿Cuánto hacía que sus hermanos no le pedían perdón por comportarse como unos críos? ¿Acaso lo habían hecho en alguna ocasión?

Se puso la chaqueta y la bufanda y salió al exterior. Hacía mucho frío a esas horas, desde bien temprano era noche cerrada. Cargada con la mochila donde llevaba la fiambarrera, la botella de agua, el termo con el café y el uniforme planchado, entró en la vieja edificación.

Desde que Remington y Amanda estaban juntos, había un tercer agente en comisaría. Por supuesto, Blue Valley no era tan problemático, pero Remington ahora necesitaba menos turnos nocturnos y ella no podía acarrearlos todos ella sola. Iban a tener que ampliar la plantilla.

—Hola, Rebeccah.

—Buenas noches, Phil —intentó sonreír—. Voy a cambiarme, ¿vale?

—Tranquila, tu turno empieza... dentro de diez minutos —su nuevo compañero le mostró el reloj de pulsera que colgaba de su muñeca izquierda.

Rebecca se metió en la sala de descanso y abrió su taquilla después de dejar las cosas en el perchero. Primero se puso los pantalones del uniforme y se sacó el jersey por la cabeza intentando no pensar en la discusión que acababa de tener con B.B.

Brian y ella se conocían muy bien. Tanto que era prácticamente imposible que se peleasen. Pero en esa ocasión, había un frente abierto que Rebecca no había podido evitar.

Saber que su mejor amigo estaba más que enfadado con ella la hacía sentir un nudo en el estómago que la incomodaba. Ya había perdido un buen amigo, no quería perder otro.

Pero aquello podía solucionarse, estaba segura de ello. La experiencia le había enseñado que todo tenía arreglo, excepto la muerte.

Se puso la camisa y con un suspiro busco el primer botón con los dedos...

Unos brazos fuertes, de hombre, le rodearon la cintura. Ella ahogó un gemido cuando chocó con un fuerte torso masculino.

Durante un momento, a su mente acudió el ataque de Parker Benedict, el ex de Amanda.

Cuando había llegado a Blue Valley para encontrar a Amanda, había pasado antes por comisaría. Había matado a un agente de policía y a ella la había dejado grogui con un buen golpe en la cabeza. Muchas noches soñaba con él.

Pero la colonia de Tanner era inconfundible. Y aunque jamás le había prestado atención, últimamente estaba mucho entre aquellos familiares y fuertes brazos, y había terminado por aprenderse de memoria aquel olor tan intenso, tan masculino.

—Cuando vine jamás imaginé encontrarte así...

Rebecca tragó saliva. Su presencia siempre la había afectado, pero desde que sabía el efecto que tenían sus labios sobre su piel, sus manos recorriéndola por encima de la ropa, algo había cambiado.

Su voz ronca y sus calientes manos la estaban excitando.

—No deberías estar aquí.

—Le he dicho a Phil que necesitaba verte, que no podía estar sin ti tanto rato... —Una de sus manos se movió hasta la cadera y Rebecca cerró los ojos, perdiéndose en su calidez hasta el punto de no darse cuenta de que Tanner estaba respirando entrecortadamente.

—¿Le has dicho que estamos juntos? —logró decir con voz temblorosa—. Mañana lo sabrá medio Blue Valley.

Ese era el plan, ¿no? le dijo una vocecita en su cabeza, una que Rebeccah no llegó a oír.

—Y si nos dejamos ver en el café, haciéndonos carantoñas —dijo él con voz rasposa y sensual, mientras le apartaba con la nariz el pelo del cuello para dejar un suave beso sobre su piel—, en un par de días todo el mundo hablará de nosotros. Todos sabrán que Tanner Montgomery ama a Rebeccah Lennox y que ella lo ama a él.

Rebeccah no pudo acallar un gemido cuando la otra mano de Tanner dejó de sujetarla fuertemente para abarcar su vientre desnudo.

—Tanner... ¿qué estás haciendo?

Perdiéndome en tu piel, quiso decir.

Pero se mordió la cara interna de la mejilla para acallarse. Afianzó con más fuerza sus dedos sobre su desnudez. Cuando la había visto así al entrar se había quedado mudo. Y no podía apartarse de ella, ni de aquella piel de marfil cuya suavidad lo inducía a querer más.

—Familiarizarme con tu cuerpo, amor.

—No me llames así... —Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en su hombro. Su cerebro no quería rendirse, pero su cuerpo no obedecía y claudicaba ante el delicado pero decadente toque de Montgomery.

—Durante unos meses, somos uno, ¿recuerdas? —Y la envolvió entre sus brazos para apoyarla contra la taquilla cerrada de Remington. Ahora se sostenían las miradas.

—Deberíamos mantener las distancias, Tanner. Al menos en privado.

—¿Por qué?, ¿te doy miedo?

—No me das miedo.

Puso los labios sobre las arruguitas que se habían formado en su frente cuando había fruncido el ceño.

—Te asusta que te bese, que te toque, que te tenga así, entre mis brazos —susurró mientras le recorría la mejilla con la boca.

Sus ojos de chocolate se entornaron como si se tratase de un felino. Su boca se apretó en una fina línea.

—Prefiero elegir a mis amantes.

—Curioso que digas eso, Rebeccah: fuiste tú quién me escogió para este trabajito cuando tu hermano te llamó, ¿no? —Puso la mano que antes había estado en su abdomen en la taquilla, junto a su cabeza.

Se inclinó sobre su rostro, maravillado por el juego de sombras que la escasa

luz de la sala lanzaba sobre sus facciones.

—Te gusta torturarme y hacerme sentir incómoda, ¿verdad?

—Te sientes así porque reaccionas a mí, amor, y yo reacciono ante ti. Eso es lo que te asusta... —Le soltó la cadera para tomarle la barbilla entre los dedos y, como si sus palabras no fueran lava, le alzó el rostro para poder mirarla a los ojos—. No me temas, Rebeccah.

—Ya te he dicho que... no te tengo miedo.

—¿Entonces me dejarás besarte?

No. Claro que no.

Pero no iba a acobardarse delante de él, su orgullo se lo impedía.

Asimismo, Tanner tenía razón. Había sido ella quien había empezado aquel estúpido juego que ahora se le volvía en contra. Y no podía hacer nada para poder evitarlo.

Se removió hasta que le soltó el mentón y lo fulminó con la mirada.

—Quizá en otra ocasión, Montgomery —respondió mientras se recogía el pelo en una cola alta—. Mi turno acaba de empezar.

Él rio mientras se apartaba de ella. Una carcajada sincera, una que hizo que el corazón de Rebeccah, que latía frenéticamente y viajaba entre el estómago y su garganta, se detuviera durante una milésima de segundo y empezase a bombear sangre a un ritmo normal y corriente. Como si su risa fuera un calmante.

—Ven aquí, anda. —La cogió del cinturón y la atrajo hacia él, robándole de nuevo el aliento—. No querrás tentar a Phil y escandalizar a su esposa y a sus cuatro hijos, ¿no?

Rebeccah desvió la mirada y dejó que Tanner le abrochase la camisa. También permitió que la sentase en una silla y le pusiera los zapatos. Se sintió como una princesa cuando hizo eso último, ¡menuda tontería!

Sonrojada, intentando no temblar, se puso las esposas, la pistola y la placa en el cinturón. Y se volvió hacia él, que se había apoyado en la mesa y la observaba con los brazos cruzados.

—¿Por qué has venido exactamente, Tanner?

Porque mi hermano me ha dado una lección y he corrido a verte porque no soportaba imaginar que me había portado mal contigo.

Por supuesto, esas palabras jamás llegaron a ser pronunciadas. Tanner hizo un gran esfuerzo para contenerlas en lo más hondo de su garganta.

—Porque quería darte una cosa... —Cogió la chaqueta de forro polar que había dejado en el perchero y del bolsillo extrajo una cajita alargada que le

tendió.

—¿Y esto? —No pudo evitar que sus comisuras se tensasen hacia arriba, dibujando una tímida e ilusionada sonrisa.

—Feliz Navidad, amor.

Era la primera vez que Tanner usaba la palabra *amor* sin la provocación ni el desdén envenenando sus labios. Desde que aquella pantomima había empezado, nunca había hablado con ese tono tan... cariñoso.

Por eso aceptó el regalo y lo tomó entre sus manos, preguntándose qué habría en aquella caja forrada de terciopelo.

Se encontró con un precioso colgante de plata que terminaba en una gran y solitaria perla. Lo sacó de la caja, maravillada por la sencillez y elegancia de aquel collar. Miró a Tanner y vio lágrimas en sus ojos.

Casi en *shock* por verle tan conmocionado, dejó el colgante y la caja sobre la mesa y le acarició el rostro para captar su atención, que estaba fija en el regalo.

—¿Qué ocurre, Tanner? —susurró.

—Era de mi hermana.

Rota por el dolor que impregnaba su voz y que encerraban aquellas cuatro palabras, lo acercó hasta ella y lo abrazó. Lo notó temblar e imaginó que el dolor que debía sentir en su interior debía ser devastador.

Ella detestaba a sus hermanos, pero, a la vez los adoraba.

Perder a uno de ellos podría volverla loca.

—No puedo aceptarlo, entonces.

—Debes —fue un susurro tembloroso, poco autoritario.

—Tanner... —Apoyó la frente en su pecho mientras sus dedos se tensaban sobre su espalda—. No puedes pretender que acepte de por vida algo tan importante para ti. Yo solo estaré contigo unas semanas.

La retiró de él, más no la soltó en ningún momento.

—Quiero que lo tengas tú, Rebeccah.

Fue un impulso, algo se apoderó de ella, y no supo controlarlo. Aunque no fue un beso entusiasta ni visceral, fue especial. Le puso una mano en la mejilla, la otra en el pecho, justo sobre el corazón. Se alzó de puntillas para llegar hasta sus labios, apresando con suavidad su boca con la suya.

Tanner notó un fuerte tirón en el pecho cuando los labios de Rebeccah rozaron los suyos y luego hicieron más presión, obligándolo a responder a aquel beso tan lento, tan inocente, lleno de consuelo y comprensión, de gratitud incluso.

La rodeó con sus brazos, perdiéndose en aquella boca entreabierta, húmeda y caliente.

Había dado muchos besos, había recibido otros tantos, pero ninguno había resultado ser tan diferente al que Rebeccah le estaba dando. Porque aquello no era físico, no era pura pasión, no era un beso de despedida tras una cita que se esperaba que se repitiera.

Era algo más.

Algo que remueve, que sacude, que amenaza con hacer temblar el interior de la persona que lo recibe, que lo vive.

Rebeccah se apartó con lentitud de él, casi aguantando la respiración. Había sido un beso casto, pero algo le decía que era el más bonito que jamás había dado a un hombre. No había habido caricias excitantes luchando por colarse bajo su ropa, tampoco lenguas que saquean y borran tu sabor para dejar el suyo... pero quizá por eso le parecía tan bonito.

Abrió los ojos y soltó el rostro de Tanner, que suspiró, todavía con las pestañas rozando sus mejillas.

—¿Estás bien? —consiguió preguntar.

Por fin, se encontró con sus ojos. El gris se había convertido en plata, el verde de su iris ahora titilaba como si se tratasen de esmeraldas; dos materiales que chocaban y brillaban en la oscuridad. Y sus labios se elevaron en una pequeña sonrisa que decía más de lo que parecía.

—Oh —susurró cuando Tanner la abrazó.

—Siento que llegues tarde al trabajo. Pero no siento que me hayas besado —le confesó.

Rebeccah dejó que sus dedos le apartasen la coleta, y se mordió el labio inferior cuando notó el colgante posarse sobre su clavícula.

—Déjame verte... —La tomó de los hombros para que se volviera hacia él. Y sonrió, bastante satisfecho—. Te queda perfecto. Mi hermana estaría encantada si supiera que lo llevas tú.

—De verdad que no puedo aceptarlo.

Pero sus dedos ya habían atrapado la preciosa perla.

—Quiero que lo tengas tú. Un colgante especial de una mujer especial para otra mujer especial —murmuró Tanner antes de besarle la frente hasta que los labios se le quedaron blancos—. Me recuerdas a ella, tan valiente y tan fuerte...

—Carraspeó—. Te dejo trabajar. Pero espero desayunar contigo mañana, y pasado, y pasado...

—Entendido, ahí me tendrás mañana —no pudo evitar reír.

—Quiero que vengas a vivir al rancho antes de Nochevieja.

Menuda bomba, pensó Rebeccah.

Pero tampoco podían retrasarlo mucho más, así que quejarse por recibir aquella orden serviría más bien de poco.

—Está bien. Pasado mañana tengo la tarde libre. Trae la ranchera, Tanner — y le guiñó un ojo casi sin humor como para hacerlo—. Hagamos esto. Hagámoslo bien.

CAPÍTULO 7

Cuando Rebeccah cerró la puerta de la casita donde había vivido desde su llegada a Blue Valley sintió un dolor en el pecho, como si alguien la golpease una y otra vez. No sólo porque irse significaba adentrarse en un mundo al que temía, pues Tanner la tentaba con sonrisas y caricias que deberían estar prohibidas; se marchaba del que consideraba su hogar, había vivido muchos meses entre esas cuatro paredes, refugiándose cuando las cosas salían mal, cuando la soledad coqueteaba con ella, cuando los recuerdos la perseguían o cuando necesitaba un respiro para seguir adelante. Había hecho de una casa de alquiler un lugar acogedor, donde cada rincón olía a ella y donde se sentía mejor consigo misma nada más cruzar el umbral.

No era sencillo despedirse de aquello que tenía un pedacito de tu corazón.

Se subió a la *pickup* de Tanner con los dientes castañeándole por el frío.

—¿Lo llevas todo?

—Sí. No vine con gran cosa.

—De acuerdo.

El ranchero encendió el motor y empezó a circular por las calles estrechas de aquella zona del pueblo. Cuando vio que el panel indicaba que el motor empezaba a calentarse, encendió la calefacción y la escuchó suspirar de alivio.

Entendía que estuviera tensa y con los ojos húmedos por las lágrimas. Él tampoco se sentía bien con aquella mentira, pero al menos no había tenido que dejar su casa para ello. Por suerte, había hablado con la propietaria de la casa y habían acordado que Tanner pagaría una parte simbólica de la renta a cambio de que nadie la ocupase. Para que nadie creyera que pensaba romper esa relación tan nueva y tan amada por todos los habitantes del pueblo, le había comentado entre toses fingidamente incómodas a la señora Petroy que quería la casa para tener escapaditas nocturnas con Rebeccah, lejos de los niños e indiscreciones fraternales.

Cuando Carina y Marcus se marchasen del pueblo, Rebeccah podría volver a su hogar y seguir su vida como si nada hubiera pasado.

Llegaron al rancho con las primeras gotas de lluvia. Rebeccah quería que nevase, aunque era extraño que Texas se cubriera de blanco.

—Si nieva, lo hará a principios de año —le dijo él.

Ella le sonrió, la nariz colorada. Le pareció joven y adorable y se sintió mayor y traicionero.

Aun así, la ayudó a cargar con maletas y cajas antes de que cayera una buena tormenta, que empezó a descargar, en cuanto cerraron la puerta del rancho.

Ambos respiraron tranquilos.

—¿Y los niños? —preguntó Rebeccah al ver que la casa estaba en silencio, algo inusual, ya que Irina y Roth eran un terremoto.

—Con Cindy. Nos dejan la tarde libre para que te acomodes.

—¿Qué hay más? —lo instó a seguir al ver que tomaba las escaleras rehuendo su mirada—. ¡Tanner!

Lo había seguido a regañadientes escaleras arriba, hasta el piso superior, donde estaban los dormitorios. Se encontró con una preciosa habitación con cama de matrimonio que le quitó el hipo. Era acogedora, luminosa, y la cama le provocaba pequeños infartos cuando la miraba.

—Quieren que pasemos la noche juntos —le explicó Tanner, algo sonrojado, mientras dejaba tres cajas en el suelo.

—¿Qué? —A Rebeccah por poco se le desencajó la mandíbula—. Pero... pero...

—Nosotros dos sabemos la verdad, pero todos creen que nos acostamos. Quieren darnos intimidad para celebrar nuestra primera noche viviendo juntos...

—se encogió de hombros y le arrebató las maletas para dejarlas sobre la cama—. Te he hecho espacio en el armario. También en los estantes y en los tres cajones de arriba de la cómoda.

—Espera... —Al ver cómo Tanner abría la puerta corredera de los armarios empotrados, notó que el corazón le daba un vuelco—. ¿Me has dejado un espacio? ¿Es tu dormitorio?

Sabía que debían dormir juntos y compartir cama para ganar confianza y hacer creer a los niños que eran una pareja de verdad, pero una cosa era saberlo y otra muy distinta vivirlo.

No estaba lista para ello, y mucho menos después de saber lo cómoda que se estaba en brazos de Tanner.

—Beccah, es lo que hacen las parejas. Comparten armario, cama y vida.

—Qué filosófico, Montgomery.

—Lo sé. Pero no ibas a dormir en la habitación de invitados.

—Lo preferiría.

Él la ignoró.

—Te dejo sola para que dejes tus cosas por aquí. —La besó en el pelo, dejándola paralizada en el sitio. Ese hombre era un demonio, pero cuando quería, sabía ser tierno y encantador y Rebeccah temía por su corazón—. Este dormitorio es el único que tiene baño privado. Tienes también espacio para tus cosas. Ahora mi casa también es tuya.

Rebeccah sólo atinó a asentir con la cabeza. Le agradeció sin palabras que la dejase sola para reorganizar su vida, porque había perdido la voz.

Lloró cuando sacó su ropa de la maleta y la colgó de perchas y la guardó en cajones.

Se sentía acorralada y muy sola. B.B no le hablaba y contarle a sus hermanos la verdad sería un despropósito. Había pensado en sincerarse con Amanda, pero no quería que su mejor amiga tuviera que fingir delante de nadie. Cuánto menos supiera, más creíble sería y menos forzada a mentir estaría. Era mejor así, por lo que Rebeccah tendría que asumir sus actos y tragar cada una de las consecuencias que trajera.

Se dio cuenta que la mesita de noche del lado izquierdo estaba vacía y la ocupó con su ropa interior y las medias. También dejó la funda de las gafas, de las lentes de contacto. Se quitó el reloj de pulsera y lo guardó junto a la bisutería. Era una suerte que Tanner durmiera en el lado derecho, junto a la puerta, pues ella no estaba acostumbrada a ese lado de la cama.

Lo peor fue el baño.

Ver tazón de cepillo de dientes para dos fue una tortura. Compartir armario del lavabo y plato de ducha era una pesadilla; le traía recuerdos demasiado dolorosos y recientes como para ser ignorados. Se le encogió el estómago y se obligó a desterrar a Wallace de sus pensamientos.

Salió del baño y fue directa a la ventana y apartó la cortina para apoyar la frente en el frío cristal.

Había anochecido hacía rato y la lluvia descargaba contra el rancho. No era habitual que lloviera tanto en aquella zona del país, pero el cambio climático lo había puesto todo del revés.

Los vio. Tanner había salido a comprobar los caballos con su hermano Nicholas y ahora regresaban a la carrera de los establos, empapándose y llenándose las botas de barro.

Se dejó caer en la cama.

—¿Qué te pasa?

Rebeccah no se movió cuando Tanner entró en la habitación, pero sí que

entreabrió los ojos, observándolo con disimulo entre las pestañas. Estaba calado hasta los huesos. Al menos se había descalzado y se había quitado el anorak. Rebeccah no le respondió y cerró los ojos cuando vio como sus manos empezaban a desabotonar la camisa de cuadros.

Su extenuación física y emocional era palpable y la había dejado flácida sobre la cama, pero era muy consciente de los susurros de la ropa de Tanner al caer al suelo. Tragó saliva al imaginarlo desnudo. En verano lo había visto con el torso al aire y debía decir que tenía un cuerpo de infarto.

No caigas en eso, se dijo para sí.

No respiró tranquila ni siquiera cuando escuchó la puerta del baño cerrarse. El agua de la ducha era otra especie de tortura, una distinta a la que había sentido al dejar su champú y su gel de baño junto al suyo. Era dulce y húmeda, que la hacía ser muy consciente del tiempo que llevaba sin estar con un hombre.

Quiso meterse bajo el agua con Tanner y disfrutar de su masculinidad.

Rebeccah dio una vuelta sobre sí misma y enterró la cara en el cojín mientras el repiqueteo de la ducha despertaba sus terminaciones nerviosas al completo. Intentó pensar en otras cosas. Incluso se atrevió a recordar el miedo y el dolor que le causó que el ex de Amanda la secuestrara, como si jugar con los agentes de policía fuera algo sencillo y de lo más entretenido...

Pero Tanner Montgomery parecía ser capaz de alejar las pesadillas, los malos recuerdos y los vuelcos de estómago.

Cuando Tanner salió del baño, con una toalla anudada alrededor de la cintura, Rebeccah ya había contado hasta cincuenta y vuelta a empezar con tal de calmarse. No obstante, fue verlo con el pelo peinado hacia un lado, con un rasguño en el brazo y se perdió. Fue poner los ojos sobre la tentadora línea de vello que descendía de su ombligo hasta perderse por debajo de la toalla, y un fuego interior que daba por apagado se reavivó, de una forma cruda y salvaje que la hizo incorporarse lentamente.

Él también la miraba con fijeza mientras se pasaba otra toalla más pequeña por el pelo.

Se sentó en el borde de la cama, dejando abandonada la toalla sobre sus hombros; lo hizo con tanta pesadez, que parecía que el tiempo se había detenido para ellos.

La cogió de los tobillos y la atrajo hasta él, haciendo que abriera las piernas para poder acomodarse contra su cuerpo. Le pasó un brazo por la cintura mientras usaba la mano libre para apartarle el pelo de la cara.

Joder, era una sensación de paz y fuego que la hizo morderse el labio inferior.

—¿Por qué llorabas?

Porque Wallace ya no está. Porque mi familia me agobia y me hace sentir poca cosa. Porque mi mejor amigo no me habla. Porque me obligas a mantener esta farsa. Porque vivo contigo y eso son palabras mayores. Porque confío más en ti de lo que quiero admitir. Porque te temo, porque me temo.

Pero no podía confesarse de aquella manera.

—Creo que no soy feliz —suspiró, temblaba por tal verdad, cuando los labios de Tanner le recorrieron la mejilla.

Su boca capturó con ternura la suya, pero con una fuerza devastadora. Sus lenguas se enredaron, se trenzaron, anhelando calor y sabor. Las manos de Rebeccah buscaron su piel caliente y resbaladiza, mientras que las de él se colaban bajo el jersey, desesperado por acercarla.

—Te deseo, Rebeccah. —Mordisqueó su labio inferior, luego su barbilla, atacó su cuello, haciendo que un río de humedad se colase entre sus piernas—. Te necesito. Necesito besarte y acariciarte. A todas horas. Necesito estar... —Su mano apareció por el cuello del jersey y le acarició la base de la yugular, haciéndola estremecer—, dentro de ti.

La acostó sobre la cama con cuidado después de sacarle el jersey por la cabeza y admirar unos segundos lo tersa que era su piel y lo suave que se adivinaba.

Permitió que Beccah le quitara la toalla y aprovechó que se lo comía con los ojos, para romper brutalmente el botón del tejanos. Salió disparado, golpeó la pared y cayó en algún rincón del dormitorio, cuya temperatura había subido varios grados.

—Eres preciosa... —Fue un susurro ronco junto al oído; al instante notó los dientes de Tanner tirando del lóbulo de la oreja y una corriente eléctrica la sacudió, obligándola a clavar las uñas en sus hombros. Él ronroneó mientras jugaba con sus pezones por encima de la tela del sostén con una mano mientras la otra se colaba bajo su ropa interior—. Eres tan tentadora, tan suave...

Enardecida por sus palabras y sus caricias prohibidas, le recorrió la espalda, encantada ante la sensación de notar los tonificados músculos de Tanner bajo la yema de sus dedos.

Nunca un roce le había parecido tan erótico como notar su fuerza bajo sus manos.

—Oh, Dios... —¿Aquel gemido había salido de su boca?

—Beccah... —La besó profundamente, mientras uno de sus dedos se colaban en su interior, haciendo que se arquease bajo su cuerpo—. Beccah...

Abrió los ojos de golpe y se incorporó, respirando con dificultad. Tanner estaba ante ella, más vestido que en su sueño. Porque sólo había sido eso, un sueño.

—Me he quedado dormida...

—Lo sé —la sonrisa de Tanner era perezosa—. Estabas cansada —Le apartó un mechón de la mejilla y Rebecca notó un cosquilleo en la piel después de que sus nudillos entrasen en contacto con su pómulo. Joder, después del sueño que acababa de tener, no necesitaba mimos ni caricias—. Has empezado a revolverte y... ¿una pesadilla?

¿Estaba tanteando el terreno o de verdad creía que estaba teniendo un sueño horroroso?

Fuera como fuera, pensaba hacerse la tonta. No pensaba aclararle que había tenido un sueño ardiente que hubiera acabado en un tremendo orgasmo apenas minutos más tarde.

Encogió un hombro mientras se echaba el pelo hacia atrás.

—No lo sé. Yo... no lo recuerdo.

En sus ojos no vio ninguna acusación, así que quizá no había hablado mientras dormía. Mejor.

Aunque esa noche sería peor, tenerlo al lado, con lo loco que estaba su subconsciente... ¿y si gemía en sueños su nombre? ¡Joder!

—Te has puesto pálida. ¿Estás bien? —Le tocó la frente—. No, fiebre no tienes.

—En pocos días mi vida ha cambiado... bastante. Dame una tregua.

Tanner la miró con los ojos entrecerrados, parecía querer colarse en su alma, pero no dijo nada. Quizá se sentía culpable por haber seguido con la mentira o por haberla arrastrado hasta el rancho. Pero eso Rebecca nunca lo sabría. Sólo asintió y la instó a tumbarse de nuevo en la cama, esta vez bajo el cobertor. Ella obedeció, pues sentía los brazos entumecidos. Y nada tenía que ver con el sueño. Aunque en cuanto se colocó de lado, hecha un ovillo, y notó un escalofrío entre los muslos, supo que aquello sí tenía mucho que ver con el Tanner onírico.

—Te avisaré cuando la cena esté lista.

—Nunca imaginé que supieras cocinar...

Él le sonrió y miró el techo unos momentos. No parecía incómodo por su

pulla y Rebecca necesitaba una conversación distendida para recuperarse del calor que le recorría el cuerpo; la sensación de sus labios sobre los suyos, de su dedo hundiéndose dentro de ella, había sido tan real, tan vívida...

—Mis padres murieron cuando yo era muy joven. Mi tía cocina de maravilla, pero no puedo estar siempre en el café. Me las apañé. Mis hermanos y yo nos buscamos la vida, algo aprendimos —soltó una pequeña carcajada, perdido en algún recuerdo que Rebecca jamás conocería—. Cuando me casé, Carina se encargaba de la cocina, pero cuando se marchó... —En esa ocasión, fue él quien se encogió de hombros—. Tuve que apañármelas solo. Tengo dos niños que cuidar.

—Tenemos —lo corrigió, sin saber bien por qué.

Su mirada se clavó en la suya y una pequeña sonrisa se esbozó en sus pecaminosos labios.

—Sí, ahora también son tuyos... —Se inclinó y le dio un beso en la frente. Ahí estaba de nuevo, ese comportamiento fraternal tan desalentador—. ¿Llevas el colgante?

—Sí —lo buscó bajo el jersey y se lo mostró—. Es precioso, pero sigo creyendo que...

—Tienes que llevarlo tú —Tanner bajó de la cama y buscó una camiseta de manga corta. ¿Aquel hombre no tenía frío?—. Creo que no puede estar en mejores manos.

—Pero... debería llevarlo Irina.

Que mencionase a su hija hizo que Tanner respirase hondo mientras se ponía una sudadera. Bajó las manos y la miró unos segundos a los ojos. Parecía tan frágil y temblorosa, así con el rostro pálido y las mejillas ligeramente sonrojadas...

Rebecca se preocupaba por sus hijos, estaba claro que los adoraba y no sólo porque los niños se le dieran bien. Había un vínculo muy fuerte entre ellos. ¿Y si estaba cometiendo un error dejando que se acercase tanto a su familia? Cuando se fuese, porque iba a irse, Irina y Roth quedarían devastados por su marcha.

—No te preocupes. Se lo devolverás —le aseguró.

La realidad de aquellas palabras fue tan dura que ambos enmudecieron y decidieron tomar caminos separados en ese momento. Ella se acostó y cerró los ojos y Tanner dio media vuelta y bajó a la cocina.

Ella estaba de paso. No iba a quedarse para siempre en su vida, ambos lo sabían, pero ahora se sentía tan vacío y preocupado cuando pensaba en tener a

Rebeccah Lennox lejos de él...

Ni siquiera mientras salteaba unas verduras pudo dejar de pensar en ella. Sus labios carnosos, que estaba deseando volver a besar, lo perseguían.

Y que Dios lo amparase, porque no sabía cómo iba a dormir teniendo a la personificación de la excitación junto a él.

CAPÍTULO 8

Superaron la primera noche. Los dos fingieron dormir las primeras horas. Eran demasiado conscientes de que ya no dormían solos, ahora compartían cama. Y con alguien a quien deseaban arrancar la ropa a mordiscos, nada menos. Pero se contuvieron y se obligaron a hacer creer al otro que estaban rendidos. El primero en dormirse fue Tanner. Luego, fue Rebeccah, a la que venció el cansancio; temía tener alguna pesadilla, sabía que gritaba en ellas, y rezó para que su pasado no llamase a la puerta de su subconsciente esa noche.

Él se despertó con el alba, como era costumbre. Ser ranchero no era una vida cómoda. Había que madrugar, aunque ahora que hacía frío y que las temperaturas eran bajas, no hacía falta levantarse antes de que saliera el sol...

La habitación no estaba sumida en la total oscuridad, por eso pudo observar a Rebeccah dormir unos segundos. Sin maquillaje y totalmente relajada, era muy guapa. Quizá no tanto como Carina, pero tenía una belleza escondida que él sabía apreciar bien; había aprendido que el exterior no valía la pena si el interior, si el alma de una persona, estaba podrido.

Rebeccah se despertó sola. Se incorporó en la cama, desorientada. No reconocía el colchón, ni el olor del ambientador. Pronto recordó que estaba en el dormitorio de Tanner y que en el aire flotaba su colonia junto con el olor a cuero.

Se dio una ducha rápida y se puso el uniforme. Era su último día de trabajo antes de tener cinco días de descanso y quería llegar pronto para revisar que el papeleo estuviera en orden.

Su corazón se derritió un poco cuando vio una nota en la cocina. Tanner le había preparado café y lo había dejado junto a una cestita de bollos caseros, que Rebeccah reconoció como los bollos rellenos de chocolate de Cindy.

Durante unos segundos, esperó a que Tanner apareciera de la nada y la abrazase por la espalda, apartase el pelo de su cuello con la nariz y le diera un beso en la sensible piel, encima de la yugular, y que se demorara para notar su pulso bajo los labios.

Tragó saliva al darse cuenta de que aquel pensamiento no era muy correcto.

Se comió un par de bollos mientras se tomaba un café con leche bien caliente. Se preguntó por qué no había ido a la cafetería, como hacía muchas

mañanas, pero decidió quedarse en la cocina del rancho. No estaba preparada para enfrentarse a los cotillas de Blue Valley. Esperaría a Montgomery para eso, eran dos en ese estúpido juego.

Detuvo el coche cuando pasó por delante de *La Cabaña Azul*. La cabaña tenía muchas décadas sobre sus espaldas. La había construido el abuelo de Tanner. Su decoración, delicada y de color azul, hacía honor a su nombre. Ahí había sido donde Amanda había vivido los primeros meses que pasó en el pueblo. Ahí se había enamorado de Remington. Allí se había entregado a la confianza y al amor, pero no había tenido problemas en dejarla atrás para formar un verdadero hogar en el rancho.

Era un lugar con magia.

Llamó a comisaría.

—Llegaré un poco tarde, Remington. ¿Te importa?

Su amigo también era el jefe de la policía local, así que él tenía la última palabra.

—Está todo muy tranquilo. Recupera a la hora de irte lo que llegues tarde y estaremos en paz —le dijo al otro lado de la línea telefónica.

—Gracias —le dijo antes de quitar el manos libres y bajar del coche. Observó el cielo. Estaba despejado, pero el frío se colaba en los huesos. Entró en la cabaña—. ¿Tanner?

Él estaba ahí. Su ranchera estaba aparcada fuera, por eso Rebeccah había decidido hacer un alto en el camino.

Lo encontró en la cocina, mirando por la ventana. Se detuvo para observarlo. Estaba ligeramente inclinado hacia el cristal, un antebrazo apoyado en él. Estaba concentrado en fuera lo que hubiera al otro lado, ni siquiera la había escuchado llamarlo.

Quiso abrazarlo y pegar su mejilla a su espalda. Beccah sabía que algo estaba cambiando para que, de repente, quisiera abrazarlo y necesitase que se lo devolviera. Pero era algo de lo que ya se preocuparía más adelante.

—Tanner.

Sus hombros se tensaron durante unos segundos, señal suficiente para decirle que acababa de percatarse de su presencia.

—Cuando necesito pensar, vengo aquí —reconoció sin volverse a mirarla.

Rebeccah esperó un par de minutos apoyada en la jamba de la puerta. Si él no le quería contar qué le rondaba por la cabeza, qué le preocupaba, ella no pensaba presionarlo para que lo hiciera. Sólo eran dos desconocidos que jugaban

a conocerse demasiado bien-

Quizá ella había mostrado un resquicio de su alma y se hubiera ganado otro poco por su parte, si bien eso no les convertía en grandes amigos o en una pareja de verdad.

Decidió aligerar el ambiente.

—¿Y dónde meditabas cuándo Amanda vivía aquí?

¿Había Tanner esbozado una leve y efímera sonrisa...? Tal vez había visto un espejismo en el reflejo de la ventana.

—Me iba a cabalgar hasta los límites de nuestra finca —explicó, y finalmente la miró por encima del hombro—. Ahora que la cabaña está libre, ya no tengo que agotar a *Londres*.

Becks sonrió al pensar en el precioso caballo que Tanner siempre dirigía con mano de hierro pero con infinita ternura. Remington le había comentado, en verano, que no servía cómo semental para el criador de la familia, pero que su hermano mayor era incapaz de deshacerse de él, le tenía demasiado cariño.

—Mi hermana vivió aquí sus últimos meses de vida —su voz se quebró y Rebeccah se arrimó a su vera. Siempre que notaba su sufrimiento, necesitaba hacerle ver que no estaba solo—. Estar aquí me hace sentir cerca de Brenda, por eso vengo cuando no puedo pensar en claridad.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Vas a besarme, Beccah?

—¿Qué?

—No me mires cómo si estuviera loco... —Le tomó la cara entre las manos y se inclinó lo justo para que su frente reposara en la de ella—. Nuestro único beso fue en comisaría, porque te hablé de Brenda. Sólo te acercas a mí cuando estoy con la guardia baja.

—Ya te dije que no te tengo miedo —le recordó Becks, aunque no pudo evitar que su voz fuese un susurro entrecortado.

Su cercanía la estaba consumiendo. Apenas había pegado ojo sabiendo que, con un simple movimiento, sus pieles se rozarían bajo el cobertor.

—Entonces, ¿vas a besarme?

—No...

—¿No? —sus labios rozaron los de Rebeccah, que notó que se mareaba—. Está bien.

La apartó con cuidado de él y la despachó, pidiéndole que cerrara la puerta al salir. Beccah se quedó boquiabierta. La había envuelto entre sus brazos con un

aire de seducción y peligrosidad imposible de ignorar, y ahora la echaba de su lado como si sacársela de encima fuese fácil.

Pensar que sólo la utilizaba y que su presencia no lo perturbaba en absoluto, la desanimó, y Rebeccah detestó sentirse tan vulnerable ante él. No tenía motivos para sentirse rechazada...

Pero en realidad Tanner no era inmune a ella. En esos momentos, era plenamente consciente de que ella estaba aún tras él, vacilando, patidifusa por su trato.

Necesitaba mantener las distancias con Rebeccah. Esa mezcla de ternura y sensualidad no dejaba a nadie indiferente, y mucho menos a él. Esa misma noche había tenido que recurrir a todo su autocontrol para no acariciar su piel de marfil y recorrerle el cuello con los labios hasta despertarla y hacerla suya.

Ese despertar sería una gozada, pero no era el correcto.

Por eso había huido del rancho y se había refugiado en el único lugar donde podía pensar con claridad: *La Cabaña Azul*.

Deseaba a esa mujer con toda su alma. La pensaba a todas horas, la imaginaba contra su cuerpo, contra sus manos, contra su boca. Todo él se encendía al imaginarla desnuda en su cama, y aquella fantasía empezaba a ser muy recurrente desde aquel tímido beso en comisaría.

Verla en sujetador lo había trastornado.

Verla dormir con un pijama de pantalón corto había despertado en él sensaciones que ya no podía dejar a un lado.

Y en esos momentos, sólo quería devorarla.

En cuanto vio cómo giraba sobre sus talones, orgullosa, para irse, no pudo dejarla marchar.

No así sin más.

La cogió del codo y la hizo volverse hacia él. Su melena, recogida, le golpeó la mejilla cuando la apretó contra su cuerpo. Rebeccah quiso protestar, pero la asaltó antes de que pudiera insultarlo.

Sus lenguas se enredaron con saña y sus manos se buscaron con desesperación. Los dedos de ella se enterraron entre su pelo; los de él se afianzaron en la base de su espalda. Ella se acercaba, él lo hacía más. Querían ser uno pero no sabían cómo.

Se separaron para respirar, pero no se soltaron. Tanner acarició su sien con la nariz mientras le recorría el cuello con las manos, los dedos aprendiéndose el recorrido de su yugular hasta la base de su clavícula. Rebeccah se apoyó en su

torso, mientras dejaba caer las manos hasta sus costillas.

—Perdóname.

—No sé qué estamos haciendo.

—Respondiendo el uno al otro —le susurró él, mientras bajaba la cabeza y le mordía el labio inferior, arrancándole un gemido—. No podemos fingir que entre nosotros no hay nada, Becks.

—Y no lo hay.

Un rugido gutural escapó de la garganta de Tanner, que la hizo levantar la cabeza ahuecando su cara en una de sus manos. La volvió a besar. Con rabia esta vez.

¿Cómo osaba negarlos así cuando la chispa que había entre ellos era tan evidente?

—Me deseas.

—No... —Un susurro ahogado por su boca, que volvió a poseer la de ella.

La saqueó. La convirtió en luz y en oscuridad, la elevó al cielo, la hizo descender. La buscó, la encontró. La tentó y la moldeó a su antojo hasta que supo que las rodillas de Beccah se habían convertido en gelatina y que todo su peso se había apoyado en él.

—Sé sincera —Hundió los dientes en su mentón y descendió por su cuello, provocándole escalofríos—. Rebeccah...

Tanner tragó saliva cuando las manos de ella buscaron sus mejillas para obligarlo a ascender hasta su rostro. Lo besó, su lengua jugueteó con su labio inferior mientras dejaba que las manos callosas del vaquero descendieran por su espalda y abarcasen sus nalgas para acercarla a su abultada bragueta.

—Sí... —Lo besó—. Hay algo entre nosotros...

El teléfono móvil de Rebeccah, que había dejado en el salón, empezó a sonar. Y rompió el momento. Tanner quiso dejarlo sonar, pero ella sabía que no podía hacerlo. Debía ser de comisaría. Remington le había dado permiso para ausentarse, pero una rápida ojeada al reloj la hizo ponerse casi histérica. Llevaba tres cuartos de hora de retraso, ¡y todo porque Tanner besaba tan bien que la hacía perder el norte!

—Esta noche haremos el amor —le prometió mientras retenía su mano entre la suya para que no se marchase a todo correr. Rebeccah quiso protestar, pero él la acalló con un beso suave que la dejó tiritando, porque escondía promesas húmedas y calientes—. No huirás de mí. No esta vez, Rebeccah.

—Dormimos juntos, no podría escapar de ti ni aunque quisiera —le

recordó, tragando saliva.

—Bien, porque no pienso permitir que te marches muy lejos... —La sonrisa de Tanner era jodidamente seductora. Le puso la chaqueta y se la abotonó con mimo, como si fuera su hija—. Le diré a Cindy que se quede con los niños. Voy a hacerte gritar, amor.

¿En qué lío se había metido, por el amor de Dios? Rebeccah se pasó una mano por la cara al salir fuera. Fingir que eran una pareja enamorada hasta las trancas ya era de por sí una locura, pero dejar que la pasión los consumiese de verdad era otra cosa...

—Creí que lo vuestro era una mentira...

—Y lo es, Nick —el suspiro de Tanner se perdió con el viento helado—. Pero tiene algo que me vuelve loco.

—Nunca te había visto tan perdido por una mujer. Ni siquiera por Carina.

Tanner guardó silencio mientras hacían regresar a los caballos hasta la casa. Habían revisado las vallas fronterizas y todo estaba en orden esa noche. Se avecinaba otra gran tormenta y con el suelo convertido en piscinas de barro, no podrían salir a hacer su patrulla rutinaria.

Nicholas tenía razón.

Nadie le había calentado la sangre ni absorbido las entendederas de aquella forma tan absoluta y arrolladora.

No quería pensar por qué Rebeccah, con sus ojos color almendra y su media melena, lo tenía tan ensimismado...

Carraspeó y se atrevió a formular cierta pregunta en voz alta:

—¿Crees que estoy en problemas?

Su hermano pequeño se tragó una sonrisa, aunque bajo los ojos le aparecieron unas diminutas arrugas de diversión.

—Lo estás desde que esa mujer apareció en Blue Valley.

CAPÍTULO 9

¿Cuánto tiempo hacía que no se acostaba con un hombre? se preguntó mientras salía de la ducha y se secaba el cuerpo con una toalla, delante del calefactor que había traído de su casa.

Hacía por lo menos... dos años.

Suspiró mientras pasaba el brazo por el espejo cubierto de vapor. Dos años sin sentirse deseada era mucho tiempo, eso explicaría por qué temblaba tanto. En comisaría había tenido que repetir un par de documentos y había confundido varios nombres mientras hablaba por teléfono. Tenía la cabeza en otro lado, un cosquilleo le atormentaba el estómago.

Había olvidado lo que era el sexo.

Quizá porque siempre había preferido que hubiera una base de confianza para eso.

Y últimamente los únicos hombres con los que se codeaba eran policías ya casados o con B.B.

Ni sus compañeros ni Brian la atraían lo más mínimo. Llevaba mucho tiempo sin sentir nada hacia un hombre. Pero Tanner Montgomery había despertado una bestia en su interior. Y aunque el animal aullaba y estaba deseando salir a divertirse... también estaba nervioso y espantado.

¿Y si se tensaba y no lo disfrutaba? ¿Y si cometía algún error que desanimaba a Tanner? ¿Y si al verla sin ropa decidía que no valía la pena...?

Basta, se dijo mientras cogía el secador. Era guapa. Se miraba en el espejo y no le desagradaba lo que veía, al contrario. La edad adulta le sentaba mejor que los diecisiete años.

Con el pelo seco, se vistió y bajó al salón.

Tanner todavía no había regresado. Le había enviado un mensaje al móvil diciéndole que se retrasaría. Los niños dormían en casa de Cindy, pero habían insistido en que papá cenase con ellos y les contase un cuento. Por suerte para los adultos, Roth e Irina tenían un horario distinto, más temprano, por lo que cuando ellos estuvieran en la cama, Rebeccah estaría preparando la cena.

Porque Tanner querría cenar antes, ¿no?

Demonios, no se le daban bien las relaciones. Sólo había tenido una en su vida y fue a los dieciséis, antes de la muerte de su padre. Y fue una desgracia para

su corazón, que terminó hecho trizas.

Por eso buscaba el amor verdadero. Uno que le demostrase que aquella mala experiencia había sido eso, una experiencia que debía olvidar de una vez por todas.

Se sentó en el sofá, pero se encontró cambiando una y otra vez de canal. En todos sitios hablaban de sexo y pareja. Así, Rebeccah no conseguía tranquilizarse.

Se mordió el labio inferior cuando puso un canal de dibujos animados, de seguro el preferido de los niños. Intentó concentrarse en la trama, infantil y poco compleja, pero no lograba sacarse de la cabeza los devastadores besos que Tanner le había dado esa mañana.

Estaba húmeda sólo de recordarlos.

Se cruzó de piernas y volvió a descruzarlas.

Al ver que no dejaba de removerse, fue e a preparar la mesa con una exclamación. Cocinar no la relajaba, pero quizá le fuera de ayuda vérselas con unas pechugas de pollo que había comprado esa tarde en el supermercado de Carla.

—¿Estás nerviosa, amor?

Estremeciéndose, Rebeccah soltó un gritito ante la voz masculina, que venía de atrás y la tomó totalmente por sorpresa. Quiso apartarse, pero los brazos del vaquero salieron de la nada y la aprisionaron hasta que su espalda se topó con su férreo torso.

—Te dije que no ibas a escapar... —La nariz de Tanner se paseó por su cabello y las rodillas de Becks flaquearon cuando sus labios se hundieron en la sensible piel de su cuello.

—No creí que llegarías tan temprano...

Tanner se rio y su risa vibró a través de su cuerpo.

—Sabiendo lo que me espera esta noche, créeme, mi intención era llegar muy pronto... —un pequeño mordisco en el cuello—. Hay que guardar esto, amor. Tengo hambre, pero no de comida.

Le quitó el pollo de las manos y lo dejó en la nevera. Se volvió hacia ella y la tomó de la muñeca, donde depositó un beso que la hizo estremecer.

—No vas a echarte atrás, ¿verdad? —Al ver cómo Rebeccah negaba con la cabeza, Tanner la atrajo hacia sí y le acarició la mejilla—. Sabes qué puedes negarte en todo momento, ¿cierto? No voy a obligarte a hacer algo que no quieras.

—Sé que tú no eres de esos, Tanner.

—Me alegra que confíes en mí, porque te voy a hacer gritar.

Rebeccah tragó saliva, consciente de que se le había puesto la piel de gallina.

Amanda le había comentado entre risas una vez, mientras se acariciaba la enorme barriga que tienen todas las embarazadas de nueve meses, que Remington era un hombre muy atento, aunque tenía un punto tentador que lo hacía irresistible.

Bien, pues Beccah acababa de descubrir que Tanner no era como su jefe, eso estaba claro. Era un hombre duro y brutal en cuanto al sexo. No se callaba ni adornaba las cosas que pensaba o sentía.

Y al parecer a ella le gustaba que Tanner fuera así de insolente y dominante, porque tembló por la anticipación.

Tanner la había cogido en brazos y llevado hasta su dormitorio. Rebeccah había insistido en subir las escaleras por su propio pie, pero él se había reído y, con una sonrisa de medio lado que dejaba sin respiración a toda mujer que la recibiera, la había besado con suavidad sin detenerse.

—No soy un viejo. Puedo subir las escaleras perfectamente contigo en brazos, tampoco pesas tanto...

La dejó encima de la cama, de pie. Le quitó las botas de peluche y luego le bajó un calcetín de lana, besando la piel de su pierna a medida que quedaba al descubierto. Luego repitió la misma operación con la otra pierna.

Rebeccah no sabía si gemir o llorar, su amante se estaba tomando mucho tiempo para saborear sus piernas. Su lengua acariciaba ahora el dorso de su rodilla derecha, y sus manos ascendían por sus muslos.

—Hace mucho tiempo que quiero saber qué escondes... aquí —Acarició un lado de su muslo y se sentó en el borde de la cama para tener mejores vistas de su tatuaje. Rebeccah se estremeció cuando su índice recorrió el trazo de la aguja que delimitaba el ancla pintada de color azul—. Es... vaya, muy bonito.

—Lo llevo en honor a mi padre. Era marine —explicó.

Los ojos oscuros de Tanner la miraron un segundo y su sonrisa fue cálida y sincera, llena de emociones. Estaba siendo él, el hombre que también tenía hermanos y familia y se permitía sentir más allá del deseo y el erotismo de la situación.

—Es un gesto precioso, Rebeccah —Inclinó la cabeza y lamió la punta

inferior del ancla, mientras la otra mano buscaba la calidez que había ya entre sus muslos—. Llevas pantalones —parecía sorprendido.

Rompió el botón de los shorts. Se los bajó sin miramientos. Su cara de concentración, sus ojos oscurecidos por el deseo y la fina capa de sudor que se adivinaba en sus sienes... le daban un toque tan sexy, que a Beccah ni le importó quedarse sin unos pantalones.

—Tanner... —Suspiró al notar cómo él colaba las manos por debajo de su jersey tamaño XL y acariciaba el elástico de las braguitas.

—Esto ya pinta mucho mejor...

La tomó de la cintura para bajarla de la cama y tenerla a su altura. La besó con la intención de hacerle perder el mundo de vista y ella se aferró a sus hombros, tirando de él, deseando más, queriendo más.

Tanner se quitó el jersey en cuanto sus labios se separaron y ella lo imitó.

Se quedó maravillado al verla en ropa interior. No porque la hubiera elegido a conjunto, de color blanco. Sino porque aquella era la verdadera mujer, la que se escondía un uniforme de policía que le quedaba grande.

Tanner vio la leve curva que hacía su vientre, los huesos de las caderas marcándose bajo la piel; que el sujetador no le quedaba del todo ajustado, la pequeña cicatriz que tenía cerca de una axila.

Pero no le parecieron imperfecciones.

Era ella.

Rebeccah.

Al ver cómo la devoraba con la mirada, la mujer insegura y tensa que la había dominado durante todo el día se esfumó.

—Eh, sigues teniendo demasiada ropa —protestó ella mientras enganchaba la hebilla del cinturón de Tanner y lo acercaba a su cuerpo.

Tanner se dejó quitar el cinturón y los pantalones. Observó maravillado como Rebeccah se pasaba la lengua por los labios, sin duda excitada por su cuerpo duro y ejercitado. Ser un vaquero y hacer esfuerzos físicos a diario tenía alguna que otra recompensa.

—¿Te gusta lo que ves?

En esa ocasión fue ella quien lo miró con una sonrisa torcida. Recorrió sus abdominales con los nudillos, con lentitud. Devolviéndole la tortura que él había provocado con su languidez al quitarle aquellos calcetines.

—Nunca había estado con un hombre como tú —Tanner carraspeó—. ¿Vas a quedarte ahí plantado...?

Tanner bufó y la acercó a su cuerpo con un buen tirón. Ella se rio y se agarró a sus hombros con las manos, mientras que enrolló las piernas a su alrededor, como una hiedra.

Cayeron en la cama.

La besó en el hombro. Luego en la clavícula y subió por el cuello hasta la piel sensible que había tras la oreja, mientras las manos descendían hasta sus pechos y los masajeban, primero con suavidad y luego con más rudeza.

Como respuesta a sus besos, mordiscos y lametones, la mujer le clavaba las uñas en los abdominales. Lo arañaba.

Ronroneó cuando Rebeccah clavó los talones en el colchón y se arqueó contra él.

Le quitó el sostén y se quedó quieto en el sitio. La luz de las mesitas de noche, la única encendida, iluminaba otro tatuaje. En esta ocasión, era uno más pequeño. Era diminuto y de color rosa. Un lazo con una forma imposible de obviar.

La lucha contra el cáncer.

Lo recorrió con el pulgar.

—Lo tenías bien escondido —susurró, sabiendo que la madre de Beccah había muerto hacía poco a causa de un cáncer demoledor, igual que le había ocurrido a Brenda.

—Si llevo ropa interior no se ve... es discreto —murmuró ella, acariciando arriba y abajo sus costillas, su fuerte pectoral.

—Sí —lo besó con suavidad, con respeto, y a Rebeccah se le humedecieron los ojos.

Pero Tanner no estaba dispuesto a arruinar la noche. Le mordisqueó las curvas turgentes y fue a por las cimas rosadas. Usó labios, dientes y dedos para estimularla. Estaba a punto de estallar contra los calzoncillos, pero se contuvo por ella, porque quería darle placer y porque verla retorcerse y convertirse en gelatina ante su toque era adictivo, un afrodisíaco de lo más intenso.

—Tanner...

Su suspiro, tan femenino y sensual, fue como pasar una cerilla por la banda de fósforo. Tanner le mordisqueó el vientre y las caderas mientras le bajaba las braguitas.

—Hoy no quiero ir despacio.

—Yo tampoco, Tanner.

Sin perder la sonrisa, Rebeccah jugueteó con sus labios mientras le recorría

los hombros con las uñas y él se frotaba contra su humedad para tentarla, provocarla y llevarla aún más al límite. Lo estaba consiguiendo.

—¿De veras vamos a hacer esto? —preguntó ella al verle sacar un preservativo del cajón de la mesita de noche.

El vaquero, que se había sentado a horcajadas sobre ella, perdió la sonrisa de medio lado que había esbozado antes de romper el pequeño envase del preservativo con los dientes.

—Si me pides que me detenga, lo haré.

—No quiero que pares. —Y era verdad. Estaba en llamas y deseaba que aquel incendio que la consumía se apagase cuanto antes—. Pero me preocupa el futuro. ¿Seguiremos siendo amigos?

—Amor, tú y yo nunca hemos sido amigos —Se inclinó y le dio un mordisco a su labio inferior, ya hinchado y sensible por los besos compartidos. Ella se revolvió bajo su peso, excitada—. Siempre nos hemos deseado.

Era cierto.

Siempre habían fingido llevarse bien cuando en realidad se sentían tremendamente atraídos el uno por el otro. Rebeccah había creído disimularlo bien, ¿cómo iba un padre soltero fijarse en una mujer como ella? Y cada vez que había visto la llama del deseo en la mirada oscura de Tanner, se había convencido a sí misma de que eran imaginaciones suyas...

Tomó el preservativo de sus dedos y con una ceja enarcada, se lo colocó a lo largo de su erguido miembro. Sonrió con el encanto de una gatita satisfecha cuando lo escuchó respirar entre dientes, demasiado afectado con su decadente y lánguido contacto.

—Sabes cómo inflamarme, amor.

Las manos de Tanner buscaron sus muslos para abrirle más las piernas. Un beso en el cuello la distrajo mientras él guiaba sus rodillas para que se doblasen a su antojo. Rebeccah estaba entregada. Buscó su rostro, hincó las uñas en su cuero cabelludo y lo obligó a besarla. Sus lenguas se enzarzaron en una lucha de poder.

La penetró de una profunda estocada que la apartó de su boca y la hizo boquear. Echó la cabeza hacia atrás, la boca abierta en una extasiada O mientras Tanner se zambullía aún más hondo en su estrecho interior, provocando unos escalofríos de lo más placenteros.

—¿Te he hecho daño?

Rebeccah dejó caer la cabeza sobre la almohada, todavía sin respiración. Lo notaba en cada parte de su ser. Encajaban a la perfección, aunque lo sentía tan

apretado en su interior que temía romperse en cuanto empezasen a mecerse al mismo ritmo.

—No... —Cerró los ojos al levantar más las caderas y permitir que se adentrara del todo en su humedad—. Oh...

El ritmo que Tanner marcó era delicado. Le estaba dando tiempo para acostumbrarse a su invasión. Se besaron entre gemidos ahogados y guturales. Con la respiración entrecortada, se acariciaban.

—¿Has visto lo perfecto que es si estamos juntos? —el murmullo de Tanner le erizó el vello del vientre.

—Más —le suplicó mientras le rodeaba las caderas con las piernas—. Dame más.

Él echó la cabeza hacia atrás y le sonrió con suficiencia cuando sus miradas se encontraron en medio de la penumbra.

—Creí que nunca me lo pedirías.

Aunque sus embestidas ya no se daban tan seguidas, eran mucho más hondas y mortíferas que las anteriores.

Rebecca creyó desmayarse de placer; tuvo que desanclar las uñas de sus costillas, temiendo dejarle marca o hacerle sangre, y enterrarlas en las almohadas en las que descansaba, cuya tela se retorció fría y gustosa entre sus dedos.

Nunca creyó que un hombre la excitaría y la llenaría hasta ese extremo, pero lo cierto era que ya notaba el latigazo de placer y dolor entre las piernas, amenazando con convertirla en un montón de fuegos artificiales explotando en el cielo, como si fuera Cuatro de Julio.

Tanner sabía que Rebecca estaba al borde del orgasmo. Se contraía a su alrededor, apretándolo con fuerza sin saber que aquello lo dejaba indefenso ante el éxtasis, que empezaba a dominarlo, dejando atrás sus férreas intenciones de hacer que ella se corriera antes. Su boca sonrosada buscaba aire desesperadamente y ya no era capaz de gemir ni ronronear, tan noqueada estaba Becks por el placer que le daba. Se retorcía bajo su cuerpo en busca de una liberación que pronto llegaría.

—Eres perfecta —La besó y ella volvió a enredar las manos en su cuello, obligándolo a bajar el torso hasta que sus pechos quedaron totalmente aplastados bajo su pecho—. Rebecca...

—Más...

—Más, amor. —Él obedeció adelantando una y otra vez las caderas hasta que sólo pudo escuchar la piel entrecuchar con piel y el susurro de las sábanas

bajo ellos—. Soy para ti. Soy tuyo...

Sus palabras la lanzaron al precipicio del placer de una forma devastadora que la hizo echar la cabeza hacia atrás, ofreciendo su cuello en un arco perfecto que Tanner aprovechó para succionar con avidez.

Gritó hasta que se quedó sin aire en los pulmones, hasta que sus dedos dejaron de estar agarrotados sobre la nuca de su amante. Se dejó caer en la cama consciente de que él todavía bombeaba salvajemente en su interior.

Beccah le acarició la mejilla con dedos temblorosos, toda ella tiritaba. Él sudaba y apretaba con fuerza la mandíbula para alargar el orgasmo, quizá con la esperanza de que Rebeccah volviera a gritar de placer, pero ella ya había saltado al abismo. No quería que Tanner tardase mucho más en dejarse ir. Le sonrió y adelantó los labios hasta que rozaron los suyos al hablar:

—Dame más... Tanner.

Y, sin aire, sin fuerza, lleno de luz y energía y dolor y éxtasis, Tanner explotó en mil pedazos gritando su nombre.

Rebeccah estaba enamorada de otro hombre. No de él.

Rebeccah se acostaba con otro hombre. No con él.

Rebeccah ya vivía con ese hombre. No con él.

Rebeccah había elegido a otra persona para compartir vida, almohada y plato de ducha... y no era él.

No soportaba la idea de pensar que alguien que no fuera *él* hubiera conquistado el corazón frío pero soñador de la agente Lennox. ¿Qué tenía ese tipo de diferente y especial para hacer que *su mujer* cayera a sus pies? ¿Quién se creía que era para arrebatarle lo que más quería?

¿Y Rebeccah? ¿Cómo osaba traicionarlo de aquel modo?

Había soportado durante muchísimo, *demasiado*, tiempo sus desaires.

Que se acostase con otros de vez en cuando.

Que coquetease cada vez que salía de fiesta.

Que le sonriera a otros hombres a la mínima oportunidad, ya fuera en la calle, en el supermercado o estando de servicio.

Pero no pensaba permitir que otro que no fuese *él* la tuviera para siempre.

Rebeccah Lennox acabaría siendo suya.

De un modo u otro.

Tanner se despertó a las dos de la madrugada, sobresaltado por un trueno. Durante unos instantes, esperó oír los lloros de Roth, pero pronto recordó que su hijo no estaba en casa.

O mejor dicho, lo recordó cuando se dio cuenta de había alguien durmiendo con él.

Se estiró de lado, cuan largo era, ahora mucho más tranquilo. Se apoyó en un codo para poder observarla mejor.

Rebeccah estaba tumbada boca abajo, desnuda. El cobertor estaba a sus pies y la sábana y la manta con la que la había tapado se había deslizado en algún momento hasta la base de su espalda.

La lamparita de las mesita de noche seguía encendidas y lanzaba reflejos anaranjados sobre su piel. Después de hacer el amor dos veces esa noche, se habían quedado dormidos y se habían olvidado de apagarla.

Sonrió con ternura al apartar unos mechones de pelo que hacían de cortina sobre su rostro. Sus ojos cerrados aparecieron ante él, junto con la elegancia y altivez de un pómulo. Apartó un poco más la espesa cabellera, que ahora era un enredo de nudos.

Aquella noche había disfrutado como nunca del sexo. No quería saber por qué había sido tan especial, por qué había sentido que conectaba con una mujer. Con Carina nunca hubo esa química, ese entendimiento, si bien siempre habían sido apasionados.

Con Rebeccah al lado, temía entrar en combustión espontánea, tanto la deseaba.

Se inclinó y le besó el omóplato. Fue un beso casi superficial, el tacto de una pluma.

Rebeccah se removió y se dio la vuelta, dejándole así una visión casi perfecta de sus pechos. Tanner tragó saliva, notando que una parte de su anatomía empezaba también a desperezarse.

Ella abrió los ojos, lo justo para reconocerlo. Sonrió sin quitarse la pereza de encima.

Tanner adelantó la mano y le recorrió la mandíbula, con sumo cuidado. Ella movió la cabeza y los labios de Rebeccah besaron sus dedos con un gruñido somnoliento; asintió cuando le susurró si podía tocarla.

Nunca haría nada sin su consentimiento. Ella marcaba los momentos, los tiempos. Si Rebeccah no deseaba algo, Tanner no lo haría. No la obligaría a ello, no la haría culpable por no desear ir más allá. Era su cuerpo, su templo, y ella decidía el cuándo, cómo y quién. Y acariciarla estando dormida no era jugar limpio.

Sintiéndose honrado por la confianza que le entregaba descendió por su cuello y su clavícula. Pasó el valle de los pechos con reverencia y rodeó el ombligo. Siguió bajando la mano hasta pasar el límite de la sábana, más debajo de sus caderas.

Encontró el botón de nervios y placer que buscaba y dejó de mirar la piel que quedaba expuesta para concentrarse en su rostro. Jugó con ternura con aquella maraña de deseo. Lentamente. Con todo el tiempo del mundo. Lo tenía, de veras que sí.

Sus párpados se apretaron con fuerza y sus pestañas presionaron lo alto de sus mejillas antes de aletear una vez. Y otra. Tanner aumentó un poco la presión de los dedos cuando ella alzó al fin los párpados, totalmente despierta.

Rebeccah respondió a sus caricias. Se entregó a él adelantando las caderas y arqueándose.

Hundió un dedo en su interior y, al notar lo caliente que estaba, tuvo que hacer un gran esfuerzo por no subírsela a horcajadas. Quería que aquel momento fuera único, sólo para ella.

—Tanner...

—No —Le sonrió cuando vio que lo atraía hacia su cuerpo, en busca de un consuelo mayor—. Siénteme, amor.

La torturó durante minutos, horas, décadas, siglos. Rebeccah no era consciente de la hora que era, ni del rato que llevaba bajo el hechizo de aquel hombre. Sólo sabía que Montgomery tenía un toque mágico. La hacía gemir, la dejaba sin respiración, la tentaba susurrándole al oído. La encendía, la hacía volar, pero luego la hacía regresar al aquí y al ahora; la buscaba, la encontraba, la hacía suya, la alejaba. Le mostraba el orgasmo y luego se lo arrebatava; la resquebrajaba pero no la dejaba romperse.

Cuando por fin le permitió llegar al éxtasis, agotada y sensible, no pudo evitar que se le escapasen un par de lágrimas. Gritó su nombre. Le clavó las uñas en los brazos.

Tanner la observó. Rebeccah se sacudía en pequeños espasmos por lo mucho que había tardado en alcanzar el orgasmo. Estaba despeinada y llorosa, pero

nunca la había visto tan hermosa como en ese instante, que le pertenecía a él.

—Deberías dormir.

—Tanner...

—Estoy bien así. He disfrutado muchísimo. —Y era cierto: le daba igual que no se encargase de su majestuosa erección, en esos momentos sólo necesitaba una cosa—. Duerme conmigo...

—Duermo contigo. Desde ayer...

La acalló abrazándola para que su calidez se fundiera con la suya.

Esto no significa nada, pensó él.

—Compartimos cama, pero no duermes conmigo —Cogió su pequeña mano de uñas rojas y se la puso sobre la costilla, para estrechar el abrazo que le estaba dando. Rebeccah apoyó la otra en su pecho antes de quedarse dormida—. Ahora sí, amor —susurró contra su frente—. Ahora estamos durmiendo juntos.

CAPÍTULO 10

Rebeccah escuchó las risas infantiles y se acercó al salón, donde los niños habían formado, con sábanas viejas y toallas, una especie de campamento, usando los sofás y mesitas de soporte. Parecía una carpa de circo. Su padre les había enganchado un par de sábanas a un perchero de pie que trajo del porche cubierto, por lo que los pequeños debían sentirse pequeños en un mundo enorme.

Se apoyó en la pared mientras saboreaba su té.

Irina y Roth la habían aceptado gustosos desde el primer momento. No parecían enfadados por tener una nueva mamá, al contrario.

Esa mañana, cuando Tanner los trajo a casa después de dos noches durmiendo con la tía Cindy, Irina le había preguntado si le contaría un cuento esa noche y si podría ser su dama de honor, en caso de que se casase con su papá. Noqueada, había aceptado.

Y Roth... el pequeño había enloquecido al saber que sabía hacer pizza casera y que era una amante de los tacos y los burritos. Quería que hubiera una noche de pizza y otra de comida mejicana, cada semana. Como una tradición.

—Vamos papi... —Le había suplicado con las manos bien juntas, como si rezase—. Di que sí... ¡di que sí!

Nunca se había sentido tan arropada. Nunca se había sentido parte de una familia, a excepción del día que sus hermanos y ella se tatuaron el ancla en memoria a su padre.

Ahora veía que su familia no lo era del todo. El concepto que sus padres habían creado con sus hijos tiempo atrás no se parecía en nada a lo que los Montgomery hacían. Los Lennox no desayunaban juntos, nunca. Cada uno tenía su vida y cogía lo primero que pillaba en la cocina. Nunca se llamaban durante el día para ver cómo estaban, ni se preocupaban de si la nieve o el barro les impedía seguir circulando, ¡sus hermanos nunca se habían ofrecido a ir a recogerla a la universidad o al trabajo cuando había llovido o el viento era infernal! Nunca celebraban los cumpleaños, siempre tenían algo mejor que hacer que reunirse en una misma mesa para compartir platos, una tarta y unos pocos regalos.

No se quejaba, quería mucho a sus hermanos mayores y había adorado muchísimo a sus padres, pero ahora veía que había tenido una infancia muy

distinta a la del resto de gente.

Los Montgomery eran el claro ejemplo de cohesión familiar. Se querían y respetaban y se ayudaban siempre que podían.

Maldición.

No llores, se dijo, mientras parpadeaba lo más rápido posible. Odiaba ponerse sentimental, no se le daba bien.

—Rebeccah...

Se volvió hacia el murmullo de Tanner, que le indicó con la cabeza que lo siguiera a la cocina. Estaba helado. Venía de estar con un par de caballos.

—¿Has hecho mucha comida?

—Unos cuantos macarrones. Pensaba preparar unas alitas de pollo cuando llegases.

—Guarda la pasta en la nevera. Haz esas alitas. Yo me encargo de las patatas fritas y... —Tanner que estaba mirando en la nevera para echarle mano a algún refresco o algún batido de chocolate, silbó—. Y de la ensalada, también.

—¿Se puede saber qué pretendes? —se cruzó de brazos e intentó esconder una sonrisa.

Tanner le dio un trago a un refresco de limón y dejó la botella casi vacía en la mesa. Se acercó a la encimera, donde dejó el plato de ensalada protegido con plástico transparente. Le subió las gafas que se le resbalaban por el puente de la nariz y la besó, en un intento por distraerla... que por poco funciona.

—Quiero que hagamos un picnic.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Hace mucho frío. Creo que todavía faltan unos meses para poder ir de picnic.

Él refunfuñó y la atrajo hasta su cuerpo. Ella por poco soltó un grito, más todo su cuerpo se puso en tensión.

—¡Estás empapado!

La carcajada de Tanner resonó entre los muebles de la cocina como si tuviera eco.

—Eres una quejica, agente Lennox.

Ella se retorció, porque la humedad de la ropa de Tanner le daba escalofríos. El vaquero quiso besarla entre risas y ella se encontró también sonriendo, burlándose de él. Cuando consiguió zafarse, lo apuntó con un trapo.

—Compórtese, Montgomery.

—Me enciendes cuando te pones en modo policía.

Ella se mordió el labio inferior, intentando contener una sonrisa que le llegaría hasta los ojos de seguir así.

—Tanner...

—Si las esposas las dejas en comisaría, deberías traerlas alguna noche sin que mi hermano te viera.

—¡Tanner!

—Está bien, está bien. Me doy una ducha rápida y prometo venir a echarte una mano —puso morritos, imitando a Roth cuando pretendía convencer a un adulto de algo.

—Así me gusta, vaquero —Se burló, dándole una leve cachetada en la cadera con un trapo—. ¿Pero dónde pretendes ir de picnic?

Rebecca se estremeció cuando vio un rayo a lo lejos. Todavía tenía malos recuerdos de la noche que tuvo que matar a Parker Benedict, aunque era él o su amiga Amanda... aquella noche de tormenta jamás la olvidaría.

—¿Has visto lo que tienen montado en el salón? —Tanner la hizo girarse hacia él, como si se hubiera dado cuenta hacia dónde viajaba su mente—. Vamos a aprovecharlo. Comeremos ahí, escondidos del mundo —sus dedos le acariciaron la mejilla y se perdieron en la cabellera—. Los niños verán luego una película en la *tablet* y tú y yo nos echaremos una siesta.

—Tanner...

—Por favor —y le robó un último beso antes de ir hacia la ducha. Ella meneó la cabeza y sacó un par de bols de plástico de un armario—. Beccah.

Se volvió ante su llamada, las cejas enarcadas y la boca en un fingido rictus de enfado. Pero tuvo que reír cuando Tanner le lanzó la camisa de cuadros y se marchó silbando, con el torso al aire.

—Pedazo de cavernícola...

Y dejó con un golpe seco la camisa en la silla, sin poder ocultar aquella gran sonrisa que llevaba minutos tironeando de sus comisuras.

Tanner debía reconocer que Rebecca era una excelente cocinera. Cindy era la mejor, su cuñada Amanda también era un as con los fogones y él se defendía como podía. Pero le gustaba cómo especiaba Beccah las alitas de pollo antes de freírlas, o cómo añadía nueces y fruta a la ensalada para darle un sabor distinto.

—Te ha quedado muy bueno —le dijo mientras buscaba un tomate cherry

en el plato hondo de la ensalada.

Roth se lo robó en el último momento y se sostuvieron las miradas como lo habrían hecho dos *cowboys* del viejo oeste antes de desenfundar sus pistolas y dispararlas.

—Tanner... mírame.

Con un bufido, sabiendo que la batalla estaba perdida pues su hijo ya se había puesto el tomate en la boca, miró a Rebeccah. Se quedó parado cuando se encontró con que sus dedos sujetaban un tomatito cherry. Ella se lo apoyó en los labios y esperó a que se lo comiera para guiñarle un ojo.

Aquel momento había sido demasiado erótico y Tanner ya notaba que los pantalones le apretaban demasiado. Nunca había deseado tan fervientemente a nadie, ni siquiera cuando era adolescente y tenía las hormonas de lo más revolucionadas.

Pero, por suerte o por desgracia, no estaban solos y el parloteo constante de Irina los hizo salir de la calurosa burbuja en la que habían empezado a encerrarse.

Con el paso de los minutos, su erección desapareció, pero no el interés que Rebeccah despertaba en él.

Tanner la había obligado a entrar en sus vidas con la fuerza de un tornado, pero también quería saber si había acertado abriéndole las puertas de su casa.

Una cosa era acostarse con una mujer.

Otra era meterla de lleno en un ámbito familiar donde sólo había un adulto ejerciendo de padre y madre para dos niños pequeños.

Rebeccah tenía buena mano con los niños. Roth e Irina también la adoraban a su vez. Siempre la habían considerado amiga de la familia, pero ahora estaban en una nube. Iban a tener una mamá. Guapa, divertida, ¡y sabía quién era Bob Esponja, o Elsa, la princesa de *Frozen*! Además, era policía. Sabía disparar y pegar puñetazos y eso le encantaba a su hijo, que prefería la acción a las películas de animación.

Cindy le había comentado que daban saltos de alegría de pensar que ahora ya no iban a ser solo tres.

Y aquello estaba empezando a preocuparle.

Si sus hijos se habituaban demasiado a Rebeccah, se les rompería el corazón cuando tuvieran que fingir una ruptura imposible de solucionar y ella se marchase del rancho.

Qué demonios, él también podía acostumbrarse a dormir junto a alguien, a

tener una mujer a quien besar al llegar a la casa. Podría acostumbrarse a la buena compañía, a ver a sus hijos tan contentos.

Rebecca era una mujer especial que hacía los días más llevaderos.

Y aquello no era bueno.

—Papi, ¿podemos ver la peli ya?

—Claro, cielo —Les pasó la fina *tablet* y dejó que los niños escogieran la película.

—¿Estás bien? —susurró Rebecca, acercándose un poco más a él—. Has estado muy callado.

—Sí —Cogió los platos de plástico y los bols y se los llevó a la cocina.

Rebecca lo siguió. No le creía en absoluto y le volvió a preguntar qué le ocurría. Y, durante unos momentos, Tanner quiso decirle que creía haber hecho mal siguiendo aquella farsa más allá de una simple llamada telefónica. Porque ella se estaba convirtiendo en alguien demasiado importante.

Pero la tomó de la cintura y la cargó sobre el hombro.

Prefería sentirla a perder el tiempo charlando.

—¡Tanner! ¡Bájame! —protestó Becca, riendo.

Él entró en la cabaña improvisada de telas y la dejó sobre el sofá. Los niños, que estaban en un extremo alejado, ni levantaron la vista de la película, cuyas voces solo oían ellos gracias a unos increíbles casos inalámbricos que Papá Noel había dejado bajo el árbol de tío Nick.

Se tumbó a su lado, arrinconándola contra el respaldo del sofá y cuando vio que iba a protestar de nuevo, la besó. Sus labios, dientes y lenguas chocaron como lo harían dos trenes de mercancías que circulan demasiado deprisa por la misma vía.

La besó hasta que ella se aferró a él como si fuera un náufrago a la deriva y Tanner fuera una tabla de salvación.

—He pasado más tiempo mirándote que comiendo, Rebecca. —Reconoció en voz baja—. Me distraes. Me hipnotizas.

—Dices cosas de seductor de manual —le reprendió ella, dándole un pellizco en el abdomen por encima de la ropa.

Se sentía celosa de otras mujeres que hubieran probado su labia, y sus labios, y sus caricias, y que supieran lo entregado que era en la cama. Odiaba pensar que otras mujeres habían saboreado un tremendo orgasmo a nombre de Tanner Montgomery. Un pensamiento sin sentido, por supuesto, pues no albergaba ninguna emoción romántica hacia él.

Maldición, ella no quería caer en sus redes, pero aquel hombre era como un imán que la atraía más allá de la sensatez. Por eso había aceptado montar aquella mentira, por eso había aceptado acostarse con él la noche anterior.

—Me das una fama que no merezco, amor.

—No me llames así.

—Rebeccah —La estrechó contra sus brazos mientras buscaba la manta que debía haber bajo un cojín—. Duérmete. No hemos dormido mucho esta noche y estás agotada. Estás de vacaciones. Sólo... —La arrojó contra él y le besó el pelo, sin saber cuándo empezó a sentir verdadera ternura hacia ella—. Duerme.

Ella rezongó y Tanner reprimió una carcajada.

Tenía que descansar.

La había visto tomarse un par de cafés y otros tantos té, a la espera que la cafeína y la teína la reavivasen, pero seguía luciendo ojeras. Estaba destrozada después de hacer, durante semanas, el turno de noche y no había recuperado las horas de sueño perdidas.

Fin de año era al día siguiente, por lo que no podría descansar mucho más.

Un ronquidito lo hizo pestañear y por poco cae del sofá por el ataque de risa que le entró y que contuvo atrapando entre los dientes la cara interna de las mejillas. Se controló para no despertarla. ¡Rebeccah roncaba!

La observó y sonrió mientras le quitaba las gafas. Las dejó en el suelo, bajo el sofá; un pisotón de Roth, y Beccah tendría que usar las lentes de contacto una larga temporada.

Estaba preciosa así, durmiendo en sus brazos, usándolo de almohada. Deseó poder pasar así mucho más tiempo. Sabía, pero, que las vacaciones de Navidad pronto llegarían a su fin. Empezaría la rutina y las idas y venidas del hermano de Beccah... y la visita de Carina.

No quería pensar en su exmujer.

Pero recordar que todo lo que estaba haciendo era por Irina le hizo serenarse.

Estaba haciendo aquello por su familia. Por mantenerla unida. Para impedir que alejasen a su pequeña de su lado.

Porque si Irina se marchaba, la perderían para siempre. Carina tenía ese don y lo usaría con la cría: la convertiría en una niña mimada, de ciudad, que adoraba más un bolso de mil quinientos dólares a un buen paseo a caballo.

Y Tanner no podía permitirlo.

—¡Papi! —la exclamación de Irina fue simultánea a que la luz se marchase

después de titilar unos instantes por encima de su improvisada tienda de campaña—. ¿Vamos a buscar la linterna?

—¡Yo tengo la mía! —Roth la sacó de debajo de un cojín y la levantó con ambas manos como si fuera un trofeo de béisbol—. ¡Ay!

—¡Irina! No pegues a tu hermano, o te castigaré dos días sin ver la televisión —la riñó. Rebeccah se removió pero no se despertó—. Podéis seguir viendo la película. Tenéis batería para tres horas al menos, para entonces... ya habrá vuelto la luz.

—¿*Segundo*?

—Sí, tonto —lo riñó Irina, quien se ganó una mirada furiosa de su padre. Se sonrojó por la vergüenza y le palmeó con cariño la mano a su hermano—. Si papá dice que la luz volverá antes, volverá.

Él también esperaba que así fuera. Irina detestaba la oscuridad tanto como Roth los truenos.

Tanner aprovechó para mandarle un mensaje a Nicholas. Su hermano respondió casi al instante. Estaba luchando por volver a darle vida al cuadro eléctrico general, aunque seguramente hasta que la lluvia no dejase de ser tan violenta, no consiguieran restablecer el servicio.

Dio gracias de que Rebeccah estuviese de vacaciones. Si Blue Valley se había quedado sin luz, como ellos, los teléfonos de comisaría debían estar sacando humo...

Envió otro mensaje de texto a Amanda, que también estaba en la casa de al lado. Remington trabajaba esa tarde, jornada que vistos los acontecimientos podría alargarse hasta la noche. Por suerte, su cuñada no estaba sola. Habían ido a pasar las Navidades, a Blue Valley, su hermano y su pareja, un agente del FBI muy buen amigo de Remington. Estaban con ella en el rancho.

Todo está en orden, pensó, aliviado.

Un trueno que hizo estremecer hasta los cimientos del rancho rompió el silencio haciendo que Roth gritase.

—No, no... —Le susurró a Rebeccah, que esta vez sí se había despertado sobresaltada—. Vuelve a dormir. Son sólo los niños...

Irina asumió el puesto de hermana mayor con maestría, algo que no hacía con frecuencia. Bufando, le puso los auriculares para que el niño sólo escuchase la película y Tanner dio gracias a ello.

No soportaba ver sufrir a sus hijos. Él había tenido también sus fobias infantiles y las recordaba con especial desagrado. Odiaba pensar que sus hijos

estaban indefensos ante unos miedos que sólo superarían con la madurez.

—¿Qué...?

El susurro ronco y nervioso de Rebeccah hizo que sus ojos volaran a ella de nuevo.

—Tranquila... ha sido un trueno —Y la apretó con fuerza contra su pecho.

Su cuerpo, tenso como la cuerda de un violín, empezó a relajarse contra él. Y Tanner también se dejó llevar por la calma y el silencio, únicamente roto por el repiquetear de la lluvia contra la ventana. Cerró los ojos mientras un cosquilleo de lo más agradable se extendía desde su nuca hasta su espalda.

—Estaba soñando con Parker —le confesó Rebeccah, haciendo que volviera a abrirlos.

—Creí que te habías vuelto a dormir.

—No —ella se removió hasta que apoyó la barbilla en su pecho—. A veces sueño con él. Y con lo que hizo en comisaría.

Tanner siempre había intentado no pensar en aquella fatídica noche. Amanda se había salvado de la pistola de aquel maníaco, pero sí había muerto un agente de policía... delante de Rebeccah.

Ella nunca hablaba del tema, pero Remington había comentado una noche, mientras cenaban, mucho antes de que Cameron naciera, que su amiga no había terminado de superar lo ocurrido.

Si Parker Benedict estuviera aún vivo, iría a buscarlo a la cárcel y trataría de estrangularlo con sus propias manos por haber atacado por la espalda a Rebeccah, haberla dejado casi inconsciente y haberla atado a una silla como si fuera un muñeco de ropa.

La había humillado, no sólo golpeándola, también con palabras.

Y luego había terminado con la vida de su compañero delante de ella, sin compasión.

Ese miserable merecía estar en el hoyo donde reposaba.

—No me gustó nada tener que dispararle.

Él lo sabía.

Todos lo hacían.

—Hiciste bien en terminar con su vida, Rebeccah. Si no lo hubieras matado, Remington y Amanda estarían muertos.

—Lo sé... —Suspiró y se echó el pelo hacia atrás—. Pero nunca había tenido que disparar y... fue extraño usar el arma contra alguien, ¿sabes?

—¿Qué soñabas? —Le recorrió la ceja con un dedo.

—Que se aliaba con sus hermanos y me llevaban arrastras hasta ese maldito bosque... —Tragó saliva y se estremeció—. Ya sabes, donde le maté. Querían acabar conmigo. Y tenían látigos y cilicios... y... ¡Era horrible!

—Shhh... —la abrazó para que dejara de temblar y odió a Parker por hacer que una mujer tan fuerte tuviera miedo—. Parker ya no puede hacerle daño a nadie más. Y... su familia está en la ruina. La empresa familiar quebró —le explicó, acariciándole el pelo.

—Sí, ya lo sé... pero ¿y sus hermanos? Pueden querer venganza.

No, no querían. Estaban hundidos en la miseria. Su única preocupación ahora era pagar las facturas a fin de mes y encontrar un trabajo que no tuviera en cuenta la gran mancha de su apellido.

—Están contra la espada y la pared. Cuando salió a la luz lo que Parker le hizo a su esposa y lo que pretendía hacer aquí, muchas mujeres que habían sido ninguneadas por esos canallas... —Se calmó para no desatar la furia que lo corroía, ¡sólo de pensar que un malnacido pudiera acercarse a su hija y tratarla del modo que esas mujeres habían relatado ante un juez...!—. Ya no son nadie. Los votantes no los tienen en alta estima y antes de Navidad anunciaron que se retiraban de la política.

—Lo sé.

—Sus esposas quieren divorciarse y quitarles la custodia de sus hijos.

—Tanner, ¡Eso es terrible!

Lo conmocionó Rebeccah se compadeciera de una familia que había usado el dinero y el poder de su apellido para hacer y deshacer a su antojo el ciclo de la vida: abusar de mujeres, embarazarlas, obligarlas a abortar, amenazarlas para que no hablasen... ¡incluso se había descubierto que Parker había pagado una suma indecente a un tipo, cuando iba al instituto, para que matase de una sobredosis a una chica que estaba esperando un hijo suyo!

Era demasiado buena.

Demasiado frágil.

Una mujer delicada como una flor escondida tras un duro traje de policía. Pero bajo aquella coraza había alguien sensible, con miedos y sentimientos. Él había podido ver bajo aquel muro y le había gustado lo que había visto. Quizá por eso Remington y Amanda la adoraban tantísimo, porque habían podido ver más allá de lo que ella mostraba al mundo.

Y detestaba que sus hermanos la presionasen para encontrar a un hombre con quien casarse.

Rebecca merecía a un hombre que viera precisamente lo que escondía. Merecía a alguien que la quisiera en sus altos y sus bajos, que apreciase sus virtudes y defectos. Merecía respeto, cariño y un amor absoluto y tan cierto como que mañana sería un nuevo día. A la porra la seguridad y las ganas de formar una familia, ella no podía conformarse sólo con eso, no sería justo para un alma tan noble.

Pero mientras él estuviera ahí, a su lado, intentaría ser, aunque fuera una jodida mentira, el hombre que merecía.

—El tiempo pone a cada uno en su lugar, amor. La familia Benedict no se ha portado bien desde hace mucho tiempo, ahora sólo reciben lo que merecen...

—No has sido muy... suave, por así decirlo, pero me has calmado —Se inclinó para besarle la mejilla—. Gracias, Tanner.

—De nada, amor.

—¡No me llames así! —Casi fue un sollozo; Rebecca se dejó caer hacia un lado, contra el respaldo del sofá. Se tapó la cara con un brazo—. Deja de practicar... Carina y mi hermano todavía no están aquí.

—Pero tiene que parecer real —protestó.

No entendía por qué de nuevo ella había alzado aquellas barreras. Pensaba que estaba aclarado que la intimidad que debía de haber entre ellos debía parecer real, como si de verdad fueran una pareja.

No se había acostado con ella por las apariencias.

Pero eso Rebecca no lo sabía. Y ahora había empezado a dudar de ello. Y había empezado a sentirse poca mujer. La humillación, junto con los restos de la pesadilla, empezaban a correr por sus venas.

Sólo quería huir.

—Amor...

—Cállate —Recibió un buen puñetazo en el torso antes de que ella saltase por encima de su cuerpo y, sin buscar las gafas, salió como pudo de aquel edificio de ropa para ir a la cocina.

Él la siguió a tientas, conocedor de cada palmo de su casa aunque estuviera en penumbra, y cuando le hizo darse la vuelta, ella ya tenía una vela encendida en la encimera. Lo encaró dándole un buen empujón. Tanner chocó contra la mesa de la cocina, pero no protestó ante la punzada de dolor que le provocó la esquina de madera en la base de la espalda.

—No quiero que me vuelvas a llamar así, ¿me oyes? Ni que vuelvas a tocarme. Esto es una farsa, Montgomery —y levantó la barbilla, orgullosa. ¿Por

qué lloraba? ¿Por qué lo alejaba de ella? ¿Por qué volvía a negarse la pasión que sentían sus cuerpos cuando estaban cerca? Quiso hablar, defenderse, pero ella le dio la espalda—. No me desprecies así, no te burles de mí de este modo.

—No me estoy burlando.

—Lo haces, claro que lo haces. —Bufó y se acercó a la ventana, donde un rayo lejano iluminó su rostro pálido—. Usas ese apelativo como arma para recordarme que estamos así por mi estúpida mentira.

—Es cierto que fue tu mentira, pero yo la hice mía. Estamos a mano, ¿no te parece? —Meneó la cabeza y adelantó un paso—. Y no la considero estúpida.

Era verdad. Gracias a aquella farsa, Carina sabía que ya no tenía tantas posibilidades de arrebatarse la custodia de Irina y había empezado a tener miedo de que el juez no se pusiera de su parte, como había planeado con su carísimo abogado.

Y estaba conociendo a Rebeccah a fondo. Y no estaba decepcionado por el resultado. Quería descubrir más. Encontrar sus capas, apartarlas una a una, conocer sus secretos, besarle la piel y más allá. Mucho más allá.

—No voy a permitir que me trates de esta forma —sentenció Becks—. La única persona que alguna vez va a llamarme así de nuevo no serás tú.

El corazón de Tanner empezó a latir con fuerza ante aquella declaración.

—¿Entonces quién? —La aferró de los brazos y ella se deshizo de sus dedos de un tirón de lo más violento.

—El hombre que sí me querrá y sí se casará conmigo... algún día.

Lo decretó con vehemencia, con tanta pasión, que Tanner quiso besarla. O apartarse y emprenderla a puñetazos con la pared. Pero se contuvo apretando fuertemente los puños y alejándose de ella con un resoplido nasal.

Le dolía imaginar a otro hombre, aunque no tuviera rostro, junto a Rebeccah.

Le dolía imaginar a otro hombre diciéndole que la quería, llamándola *amor* y provocándole un orgasmo tras otro, como había hecho él esa misma noche.

Pero no eran celos. Claro que no, no podían serlos. Para que el aguijónazo de los celos ataque, decía siempre, debe haber sentimientos muy profundos de por medio, y él solamente...

Solamente sentía rabia de ver que Rebeccah lo trataba con desdén cuando él estaba intentando poner las cosas fáciles entre ellos para que no se descubriera que estaban actuando.

—Como quieras, Rebeccah —dio media vuelta justo cuando la luz regresaba

y los iluminaba por entero. La miró por encima del hombro y no reconoció la mujer que había en la cocina; era la agente Lennox quien estaba ante él—. Hoy dormiré en la habitación de invitados, puedes quedarte tú en *mi* dormitorio.

Y se marchó sabiendo que aquel golpe bajo había vuelto a llenar los ojos de lágrimas de Rebeccah.

Pero no echó la vista atrás.

Por irracional que pareciera, quería hierirla como ella acababa de hacer con él.

Solo cuando se sentó en el sofá, se preguntó de dónde habría surgido aquella absurda discusión; por qué Rebeccah se había revuelto en su contra después de unos minutos tranquilos y de intimidad...; y por qué él también se había contagiado de su mal humor.

CAPÍTULO 11

Era la mujer más hermosa y atractiva del lugar, pensó Tanner, boquiabierto, al verla entrar en el salón. Estaba acompañada por Amanda, que había llegado una hora antes con una bolsa llena de ropa, diciendo que no sabía qué ponerse y que elegiría el conjunto en el dormitorio, junto a Rebeccah.

Sí, su cuñada estaba muy despampanante con aquel vestido rojo, sobre todo teniendo en cuenta que, pese haber recuperado su figura tras el embarazo, todavía seguía estando algo hinchada.

Pero Rebeccah deslumbraba. La luz se dirigía hacia ella para luego explotar en esquirlas de miles de colores a su alrededor.

Ella lo miró con un aleteo de pestañas y le dedicó una gran sonrisa. Era buena actriz, se dijo Tanner mientras levantaba la copa de champán en su dirección. Esa noche habían dormido por separado y no se habían dirigido la palabra. Habían disimulado delante de sus hermanos esa mañana, en el desayuno, pero luego no habían cruzado ni una sola frase.

Y ahora Rebeccah le sonreía como si nada hubiera sucedido, y Tanner sólo quería besarla y borrarle el carmín de los labios para castigarla por hacerle sentir miserable y solitario.

Ella le susurró algo a Amanda y caminó hacia él con un sensual contoneo de caderas.

Tanner se cuadró de hombros y tomó otra copa de champán. Se le tendió y ella la aceptó:

—Gracias, Tanner.

Ambos ignoraron que sus dedos se habían rozado y que un reguero de fuego había empezado a consumirlos.

—Estás preciosa esta noche, Beccah —le susurró, haciendo tintinear su copa contra la suya.

Llevaba un precioso vestido de color negro. Era palabra de honor, creía que Corina siempre se había referido a él como escote con forma de corazón. La falda le llegaba hasta por encima de la rodilla, muy elegante. Si bien la parte delantera se ajustaba a sus pechos a la perfección, la piel de la espalda quedaba a la vista, pues la tela del vestido sólo cubría la base de la esta, lo justo para que nadie viera la ropa interior.

Al conjunto se le sumaban a unos tacones de infarto de tacón grueso, un reloj de oro y varias pulseras doradas. Apenas se había maquillado, aunque los labios estaban cubiertos de un carmín llamativo y tentador.

Ella se sonrojó por el cumplido y lo recorrió de arriba abajo con la mirada, empezando por los zapatos relucientes, los pantalones negros y subiendo hasta la camisa blanca metida por debajo del cinturón, de hebilla dorada.

Parecía que antes no le había prestado atención a su atuendo, aunque Tanner se había arreglado con esmero para aquella noche.

No sólo para tener una buena salida y entrada de año.

No porque era lo que debía ponerse esa noche.

Quería seducir a su *novia*.

—Es el traje que usaste en la boda de Remington y Amanda, ¿no? — preguntó antes de esconderse tras la alargada copa y beber el burbujeante oro líquido que contenía.

—Pero sin el chaleco y la corbata —y le dedicó una sonrisa torcida que enloquecía a la mayoría de mujeres.

Rebecca enarcó una ceja. Se había dado cuenta de su estrategia, pero no pensaba rendirse sólo porque ella estuviera al tanto de sus intenciones.

—¿No tienes calor con la americana?

Un amigo de la familia pasó por su lado, diciendo que el niño de Amanda era precioso y mirándolos de refilón, todavía sin poder creer que estuvieran enamorados.

Tanner le sonrió con cortesía mientras se inclinaba para susurrar junto a su oído:

—Ahora que estás aquí, sí, me sobra toda la ropa.

Rebecca se apartó, acalorada. Se tomó de un largo trago el champán y le sonrió, visiblemente incómoda.

¿Estaría excitada por su voz, por sus palabras, por su significado? Diablos, le encantaría acorralarla en la cocina y colar la mano entre sus muslos para saber si estaba húmeda.

—Si me disculpas, creo que voy a echar una mano a Amanda con el niño. ¿Dónde están Irina y Roth? —preguntó mientras barría la sala con la mirada.

—Están con Nick, allí.

Rebecca volvió medio cuerpo en dirección al sofá, dejando a la vista la curva de su cuello y Tanner tuvo que coger otra copa para no lanzarse sobre su yugular y lamerla desde el hombro hasta la mandíbula.

Nicholas estaba con los niños, jugando a las muñecas. Había dos mujeres jóvenes con él y se les caía la baba al verle tratar con tanto mimo a sus sobrinos. Las reconoció después de quitarles en su cabeza las cinco capas de maquillaje que llevaban sobre la cara. Eran veinteañeras con cuerpos de infarto que llevaban tiempo tras él, que parecía encantado con las atenciones... pero sin ganas de catar a ninguna de aquellas dos preciosidades.

Se volvió hacia Tanner, una pequeña sonrisa todavía cubriendo sus labios.

—Cuando tengas que acostarlos, dímelo y te ayudaré —le dijo con un leve asentimiento de cabeza.

Él la tomó de la cintura para apretarla contra su cuerpo al ver que retrocedía un paso. No sabía por qué, pero no quería que se marchase de su lado. Quizá porque todos los observaban, ávidos por saciar la curiosidad que había despertado aquella nueva pareja en la comunidad. O quizá porque la echaba de menos aun estando en la misma habitación.

Notó cómo Rebeccah ahogaba una exclamación y su vientre se encogía durante unos segundos bajo la tela y contra su mano. Lo miró con los ojos muy abiertos.

Tanner apoyó los labios contra su oreja y la oyó coger una bocanada de aire.

Quizá Rebeccah se empañaba en apartarse de él de todas las formas posibles, pero seguía deseándolo.

—Tú empezaste con este juego, Becks. Ahora estamos a media partida, no puedes abandonar.

—Tanner... —Lo miró con ojos entornados, como una gata—. No puedo olvidar que esto es puro teatro cuando cada vez que puedes estás recordándomelo.

—Sé cariñosa, no te alejes mucho de mí. Estás enamorada, *estamos* enamorados. Se supone que no podemos estar mucho tiempo separados, no lo soportamos —le recordó.

Ella se estremeció entre sus brazos, con la piel de gallina.

—Lo sé. Por eso estamos viviendo juntos.

—Exacto.

Rebeccah gruñó, se apartó un poco para dejar la copa junto a la mesa y apresó entre sus dedos la pechera de la camisa. Lo acercó a ella mucho más y lo obligó a bajar la cabeza con la mano libre, apoyándola en su mejilla. Lo besó con pasión, colando la lengua en el interior de su boca sin previo aviso.

Todo dio vueltas a su alrededor.

El tiempo se detuvo y la gente dejó de importar.

Fue como si estuvieran solos, en su dormitorio, custodiados por la noche.

Tanner todavía la tenía sujeta por la cintura, así que la acercó más y más, hasta que notó su vientre contra los muslos.

Aquello era pecado y paraíso al mismo tiempo... debían venir más besos después de aquel. Su cuerpo no se conformaría con tan poco. Ni el de ella tampoco, estaba seguro que Rebeccah también anhelaba más.

El carraspeo de su hermano Remington los separó. Ella se arregló el pelo y muy digna, esbozó una sonrisa tímida, se aseguró de no tener pintalabios en la comisura de la boca y fue a por Amanda sin siquiera despedirse de un Tanner demasiado conmocionado como para hablar.

Su cuñada la esperaba en la puerta del salón con Cameron en brazos.

—Vamos al baño, anda. A retocarte esos morros —bromeó al verla llegar, en voz innecesariamente alta, arrancando una carcajada a todos los presentes.

Rebeccah echó un vistazo a Tanner por encima del hombro y le dirigió una mirada condescendiente.

Maldijo para sí mismo mientras tragaba saliva y buscaba una tercera copa; le había pedido a Rebeccah que jugase y eso era lo que ella había hecho. Había dado espectáculo, le había seguido la corriente y le había devuelto la jugada.

Cameron estaba dormido antes de las diez.

Roth e Irina cayeron rendidos apenas el reloj marcó las once en punto de la noche.

Tanner tomó en brazos a su hija y Rebeccah hizo lo mismo con Roth, que se acurrucó contra su hombro.

—Míralos —bromeó Tabitha Grayson, dándole un codazo a su marido—. Realmente están hechos unos padrazos.

Rebeccah por poco se atragantó ante aquel comentario. No consintió que nadie viera lo afectada que estaba por aquellas palabras, sólo sonrió y se disculpó. Tenían que acostar a los niños y tardarían un poco en bajar.

Por suerte, el rancho era de los Montgomery y ellos serían los anfitriones perfectos... por más fuera la casa de Tanner; aunque Remington estuviera más pendiente del cochecito cubierto con un pañuelo XXL de Amanda; aunque Nicholas pareciera más melancólico de lo normal y le costase sonreír.

—¿Me contarás un cuento, Rebeccah? —le preguntó Irina con su dulzura habitual, mientras Tanner subía las escaleras.

Beccah levantó la vista. Él iba varios escalones por delante y la cabecita de su hija asomaba por su hombro. Le sonreía con el sueño dibujado en el rostro y una repentina timidez cubriéndole las mejillas. Irina se quedaría dormida antes de que pasase la primera página, pero no podía negarse.

Aquellos niños se habían adueñado de su corazón de una forma que jamás hubiera creído que pasaría. Adoraba a sus sobrinos, incluso al hijo de Remington y Amanda, pero se había encariñado demasiado con Irina y Roth. Cando se marchase de las tierras de los Montgomery, en unos meses, dejaría medio corazón con ellos en aquella casa.

Pero no podía apartarse de los pequeños sólo por la certeza de que iba a sufrir. No merecían ser despreciados de aquella forma por cobardía.

—Sí, claro. ¿Qué te parece *El gato con botas*?

—¡Nooooo! —casi chilló la niña, frunciendo el ceño y levantando la cabeza de golpe.

Los niños tenían una gran capacidad para perder y recuperar el cansancio a su antojo. Asombroso. Ojalá tuviera ella la mitad de su energía...

—¡Irina, por favor, no grites! —protestó Tanner.

Rebeccah se compadeció de él. Sabía que había pasado mala noche. Había parado de llover a la hora de la cena, pero los truenos se habían sucedido hasta las tres de la madrugada. Roth había querido dormir con su padre y lo habían hecho juntos en la habitación de invitados, que ya de por sí tenía una cama que pedía un nuevo colchón a gritos. Para cuando el sol invernal empezó a alzarse en el horizonte, Tanner ya estaba vestido, listo para marcharse a trabajar con los caballos, y le había llevado a un dormido Roth a su cuarto.

—¿Te importa? —le había preguntado, sin rastro de la rabia de la tarde anterior en el rostro o en la voz.

Aún medio dormida, ella se había incorporado y había apartado la colcha para que el niño durmiera con ella. Tanner lo había depositado con cuidado entre las sábanas y ni siquiera la había mirado a los ojos.

—¿Vas a trabajar tan pronto?

—Sí —había sido su escueta respuesta antes de calarse el sombrero e irse con la mirada fija al frente.

No se había detenido, trabajando sin parar, hasta apenas una hora antes de que llegasen sus amigos.

Había tenido el tiempo justo para ducharse y arreglarse. Le había dejado a ella toda la tarea de preparar el salón y la ropa de los niños, ¡suerte que Cindy y su amiga Carla le habían echado una mano!

Sin embargo, no podía ni pensaba culparle por ello.

—¡Irina! —se quejó de nuevo cuando la pequeña empezó a patalear.

—¡Pero es que quiero algo de princesas, papi! ¡Roth ya está dormido, le dará igual!

—Está bien, algo de princesas —rio Rebeccah, intentando tranquilizar a Tanner mientras dejaba en la otra cama a Roth.

Nunca había cambiado de ropa a un niño dormido. Al menos, no con esa edad. Estaba acostumbrada a sus sobrinos, bebés y que llevaban *body's* como pijamas. Pero un niño de tres años era harina de otro costal y, para cuando por fin lo tuvo sólo en calzoncillos sobre la colcha, Tanner ya había terminado de ponerle el pijama a Irina, que se estaba lavando los dientes en el cuarto de baño, bajo su supervisión.

Dejó sobre la silla los pantalones negros y la camisa blanca, luego las bambas y los calcetines en el suelo. Suspiró, notando los músculos de la espalda duros como una piedra.

Estaba poniéndole los pantaloncitos cuando Tanner volvió con Irina sobre el hombro, riendo, como si fuera un cavernícola que acababa de secuestrar a una princesa.

Rebeccah se quedó paralizada observándolos. No era la primera vez que veía aquel lado de Tanner, pero desde que estaba en el rancho, cada día era testigo de lo mucho que adoraba ese hombre a sus hijos.

Pero verlo con Irina siempre la impactaba.

Y era entonces cuando entendía que Tanner quisiera que aquella farsa funcionase.

Tiene que salir bien, pensó con el corazón golpeando con dureza su caja torácica.

Por algún extraño motivo, sintió unas terribles ganas de llorar.

—¡A dormir! —Tanner la soltó en la cama antes de hacerle unas pocas cosquillas.

—Tanner.

La sorpresa estaba dibujada en su rostro cuando se volvió hacia ella.

—¿Por qué no terminas de ponerle el pijama a Roth y yo le leo el cuento a Irina...?

Su sonrisa, de lo más tierna, le provocó a Becks una punzada en el corazón.
Otra más.

Tanner se sentó en la cama de Roth y terminó de ponerle con cuidado la parte superior del pijama. El pequeño se revolvió con un par de gemidos pero no se despertó, su padre era cuidadoso. Lo metió bajo las mantas y lo arropó, como cada noche.

—Buenas noches, campeón —le susurró mientras le besaba en la frente.

Levantó el rostro hacia Rebeccah, que leía *Blancanieves* a Irina, que ya estaba cerrando los ojos con varios parpadeos. Tenía una voz suave, impregnada de una alegría contenida que podía apreciarse en su suave sonrisa.

Se le detuvo el corazón unos cuantos segundos.

Carina nunca había leído un cuento a Irina. Siempre se había encargado él, porque su ex decía que ella no podía perder tiempo durmiendo a la niña cuando ésta podría dormirse por sí sola dejándola en la cuna y permitiendo que llorase hasta caer rendida...

Se levantó sin hacer ruido y se acercó hasta Rebeccah. Le apoyó la mano en el hombro y cuando sus ojos se alzaron hacia él, notó un fuerte tirón en el pecho.

—Ya se ha dormido.

—Lo sé —respondió ella, también hablando en voz baja—. Pero quiero leerle un par de páginas más, para que no se despierte...

Él la instó a seguir con un ademán de barbilla.

Estudió su perfil. La finura de su cuello, la curva de su barbilla, sus labios rojos moviéndose mientras ondulaban las palabras. Miró sus pestañas, tan largas, sus párpados cubiertos de sombra de ojos.

Inclinó la nariz hasta rozar su pelo con ella y se empapó de su perfume. Era embriagador. Notó cómo el cuerpo de Beccah se tensaba contra sus manos, que habían descendido hasta sus brazos. También le llegó el temblor de su voz ante su contacto.

Habían discutido, sí, pero ella todavía reaccionaba a él.

—Vamos, déjalo —le quitó el libro con cuidado y lo dejó en el estante.

Se volvió hacia Rebeccah cuando ésta se estaba poniendo de pie y se arreglaba la falda. Tragó saliva cuando la tela cubrió el tatuaje que él tan bien había llegado a conocer. La tentación lo asfixió y el deseo lo endureció.

La metió de un empujón en su dormitorio, tomándola por sorpresa.

Y también sorprendiéndose a sí mismo por ceder de ese modo a sus instintos.

Pero ella también respondía ante él, maldita sea. Lo había visto. Y sentido en sus labios, en la lengua, en el corazón y en cómo le hormigueaba la piel cuando ella estaba en la misma habitación.

Si Rebeccah ya no lo desease, algo dentro de él hubiera muerto.

Si ambos deseaban aquello, ¿por qué se lo negaban? ¿Por qué decidían fingir estar cuerdos cuando estaban locos el uno por el otro?

—Tanner, ¿qué...?

La besó. Había echado de menos su boca, siempre echaba de menos su boca. Si por él fuera, viviría anclado al pie de sus labios.

Mordió y lamió el carmín y apretó la cintura femenina contra sus caderas. Ella gimió como respuesta y envolvió su cuello con los brazos; diciéndole sin palabras lo mucho que lo necesitaba también, pese querer odiarlo.

—Nos están esperando —murmuró Beccah, mientras los labios de Tanner tanteaban los suyos, buscándola y apartándose.

La espalda femenina chocó contra la pared mientras él se sacaba la americana y la dejaba abandonada en el suelo.

Los labios volvieron a juntarse, desesperados, olvidadas las palabras y la personas que había en la planta baja.

La tela de la falda subió con un susurro pecaminoso.

Las manos masculinas desgarraron el tanga de encaje, las de ella por poco rompieron los botones para abrirle la camisa.

Rebeccah sabía que aquello no estaba bien, que debía plantarse, decirle a Tanner que no. Recordarle que el día anterior le había parados los pies y que tenía palabra. Pero su cuerpo no compartía la opinión del raciocinio. Se dejaba llevar.

Gimió, separándose de su boca, arqueándose hacia él. Tanner era un experto con los dedos. Se hundía en su interior mientras frotaba su punto más nervioso e hinchado, haciéndola estremecer. Notaba las piernas temblar, como si fueran de gelatina; si no estuviera apoyada en la pared, Beccah caería al suelo.

Algo en su cabeza hizo clic, inflamada por el fuego que la consumía. La Rebeccah trémula, que notaba un placer eléctrico asaltarla entre las piernas, se decidió a actuar.

Lo cogió de las solapas de la camisa abierta y lo estampó en la pared, girando las tornas. Se sintió vacía porque ahora ya no tenía la mano de Tanner acariciándola, pero le devolvió la jugada arrancándole el cinturón y bajándole los pantalones de un tirón. Él sujetó su mentón cuando los dedos femeninos se

colaron en sus calzoncillos. Quiso besarla, rehuirla, pero sólo pudo respirar entre dientes. El placer que Rebecca le estaba dando era demasiado fuerte como para resistirse a él.

Cuando la boca húmeda y caliente de Beccah se posó sobre su clavícula, lamiéndole una gota de sudor, se tensó de pies a cabeza. Estaba atacándolo en diversos frentes y él ya no podía controlarlos a todos. Las sensaciones eran demasiado poderosas como para ignorarlas.

No pudo aguantar mucho más. Le mordió el labio inferior con fuerza, buscó su mano para separarla de su miembro y la arrastró entre besos hasta el cuarto de baño.

Rebecca se apoyó en la puerta cerrada mientras Tanner abría un cajón para sacar un preservativo.

El corazón le latía a toda velocidad, el oxígeno entraba a raudales en su cuerpo. Se sentía mareada y temblorosa. Excitada por lo ocurrido y lo que estaba por venir...

Se mordió el labio inferior cuando los pantalones de Tanner cayeron al suelo. Se puso el preservativo y se acercó a ella con la mirada entornada, una pantera dispuesta a lanzarse sobre su presa.

Tanner tocó la punta de su cabellera. Las caricias compartidas en el dormitorio habían sido furtivas, saqueadoras, y su pelo no había salido intacto del breve encuentro.

—Sabrán qué hemos estado haciendo —susurró ella cuando las manos de Tanner subieron más su falda.

—Me da... —le bajó sin delicadeza las copas redondas del escote palabra de honor, sus senos quedando a la vista, alzándose, rosados y hinchidos, hacia él—, igual.

Rebecca aceptó su beso con ferocidad. Todos los invitados que había en el piso inferior sabrían que habían tardado en bajar porque estaban haciendo el amor, pero Tanner lo hacía parecer todo tan sencillo y divertido...

Tiró de la camisa hasta que esta cayó al suelo, a la vez que Montgomery la alzaba.

Se agarró a sus hombros desnudos cuando la colocó en la posición correcta y la penetró limpiamente y sin dolor. Estaba húmeda desde el primer beso, sólo él había logrado que se excitase posando su boca sobre la suya.

Beccah cedió a las sacudidas que circulaban por su sistema nervioso a una velocidad vertiginosa.

Aquel hombre sabía exactamente cómo moverse para hacer temblar una mujer.

Era brutal y tierno al mismo tiempo, una combinación que a Rebeccah siempre le había gustado.

A punto estuvo de alcanzar el orgasmo cuando abrió los ojos y los desvió hacia el gran espejo que ocupaba parte de la pared, bajo los dos lavabos que compartían. El reflejo del perfil de Tanner, moviéndose contra ella, cuyas piernas y brazos lo rodeaban en un abrazo desesperado, era demasiado erótico.

Lo más erótico que había visto jamás.

—¿Te gusta lo que ves?

Si Rebeccah no estuviera tan anestesiada por el éxtasis que Tanner le proporcionaba, se habría sonrojado desde los dedos de los pies hasta la raíz de los cabellos. La había pillado de lleno. Le mordió la mandíbula como respuesta.

—¡Eh! —casi lloró cuando Tanner la bajó con cuidado.

La sonrisa ladeada de Tanner la hizo fruncir el ceño. Él también estaba disfrutando, lo notaba en cada golpe de pelvis, en cómo besaba sus hombros. No entendía por qué se divertía privándolos del éxtasis.

Casi gritó cuando de otro tirón, él la dejó frente al lavabo. De acuerdo, no esperaba que la dejase frente al espejo. Abarcó uno de sus senos con una mano, con la otra empezó a trazar decadentes círculos en uno de sus muslos.

Una imagen de lo más... intensa.

—Míranos, amor —susurró en su oído, haciendo que el corazón de Rebeccah se estremeciera bajo la piel—. No apartes los ojos del espejo.

Cuando su miembro volvió a embestirla, Rebeccah se agarró a los bordes del lavabo y se inclinó hacia delante con un gemido agudo.

—Tanner...

—Mira lo bien que encajamos...

Sus palabras, susurros pecaminosos con voz grave y ronca, sólo avivaban el torrente de fuego que causaban sus embestidas. Notó que un tornado de calor se arremolinaba en su abdomen, que sus piernas empezaban a convulsionarse. El placer estaba llegando a su auge y pronto estallaría en mil pedazos. Nunca había alcanzado el orgasmo tan rápido, pero no se sentía ridícula ni vulnerable. Al contrario: estaba más viva que nunca.

Su garganta se cerró, la respiración se entrecortó.

—No tan deprisa... No te corras todavía, amor.

Maldito fuera Tanner, era tan bueno leyendo su cuerpo...

Ralentizó el ritmo, la mano que reposaba en su seno dejó de jugar con el pezón sensible y rosado. Le estaba arrebatando todo aquello que había conseguido. Beccah quiso llorar y gritar y girarse y golpearlo por dejarla en aquel estado, pero el poco placer que le entregaba la llenaba lo suficiente como para hacer que un agradable cosquilleo recorriera todo su cuerpo.

—Tanner... por favor.

—Amor, estoy aquí para darte placer —apoyó la frente en su hombro y volvió a clavarse con firmeza en su interior—. Confía en mí.

—Más —pidió con un jadeo que para Tanner fue como gasolina en unas llamas demasiado vivas.

Abarcó su vientre con un brazo, justo debajo de las costillas. La enderezó, afianzando su peso en las piernas, que ya empezaban a quejarse por el goce que sentía y las ganas que tenía de correrse.

—Tú mandas, yo obedezco, Rebeccah —le mordió el lóbulo de la oreja y ella se agarró a su fuerte brazo, mordiéndose los labios.

Siempre había creído que aquel hombre y su impresionante miembro la llenaban por completo, pero ahora lo sentía en todo el cuerpo. Como nunca antes. Como si se hubiera quedado atascado en su interior, como si pudiera acariciar el límite de su útero.

Aquella nueva postura era dolorosa a la par que una delicia.

—Muévete, Tanner. Ahora —su voz autoritaria teñida de lágrimas hizo que Montgomery volviera a mover con fuerza sus caderas.

Aquel fuego que lo arrasaba con todo volvió con la misma fuerza con la que Tanner se lo había llevado. La abrasó, dejándola sin aire y sin defensas. Estaba desvalida, esclava de un placer hasta ahora desconocido.

Empezó a ver borroso. Incluso puso los ojos en blanco cuando un latigazo de placer y dolor la atravesó a la altura de su sexo.

—No cierres los ojos —fue una orden que Rebeccah no podía cumplir.

—No puedo aguantar... —Sus palabras se perdieron en medio de un gemido—. Quiero...

La gente empezó a gritar la cuenta atrás en el salón. Sus gritos llegaron hasta ellos a través de las paredes; por suerte los niños no se despertarían, llevaban tiempo suficiente en la cama como para no enterarse de que el nuevo año se acercaba y que era cuestión de segundos de que el actual terminase.

—Míranos —Con suavidad, pero con rudeza, Tanner la agarró por el cuello. No la asfixió, no le hizo daño, sólo la obligó a alzar la cabeza para que sus

miradas se encontrasen en los reflejos que ofrecía el espejo—. *Mírame.*

Fue suficiente una embestida más para que Rebeccah abriera la boca y soltase un grito silencioso, expulsando todo el aire que había contenido sin saberlo.

Tanner apoyó la barbilla en su hombro y encandilado por aquella imagen tan sexual que tenía ante los ojos, se dejó llevar, hundiéndose por última vez en ella. Gritó contra su hombro, la piel amortiguando el sonido.

Nunca había sentido nada igual. Montgomery apreciaba el buen sexo, pero aquello había sido diferente. Nunca había deseado ser tan buen amante como aquella vez y lo había logrado. El orgasmo que lo había asaltado a él también había sido demoledor, nunca lo había vivido con tanta intensidad.

Se apartó de ella y se quitó el preservativo con dedos temblorosos. Se sentía vibrar, extasiado y agotado. Sólo de pensar en bajar al salón y fingir que nada había sucedido le parecía un mundo. Se sentía demasiado bien y exhausto como para celebrar el fin de año como si nada hubiera ocurrido, porque había ocurrido. No importaba el mañana, esa noche era suya y había ocurrido.

Ojalá pudiera coger en brazos a Rebeccah y llevarla hasta la cama. Acurrucarla junto a él, pedirle perdón por la discusión de la otra tarde. Hacerle el amor en mitad de la madrugada. Hacer que volviera a estremecerse de placer, decirle con caricias lo especial que era para él cuando se entregaba.

—Feliz año nuevo, amor —Tanner la abrazó con fuerza mientras retrocedía hasta que su espalda tocó la mampara echada de la ducha. Se dejó caer con cuidado porque la arrastró con él al suelo, donde la acunó.

Ella levantó el rostro. Tanner estaba arreglándole el vestido. Sonrió al verlo tan concentrado, el motivo por el cual habían dormido separados esa noche olvidado para siempre. Le acarició la mandíbula y cuando sus ojos la miraron, asombrados por su delicadeza, lo besó suavemente en los labios.

Ya no estaba enfadada, siendo sincera consigo misma había pagado con Tanner el miedo al pasado: Parker, Wallace; demasiado sufrimiento se agolpaba en su corazón de tanto en tanto, haciéndola estallar. No era justo. No obstante, no sabía cómo contarle por qué había reaccionado así, le daba vergüenza, le daba pavor abrirse con tanta profundidad.

De algún modo, él lo supo. Lo probó de la punta de su lengua, lo averiguó en el pozo de sus ojos. Aquello no había sido un encuentro furioso y puntual en el baño. Había sido una reconciliación especial.

—Feliz año nuevo, Tanner Montgomery.

CAPÍTULO 12

Habían pasado varios días desde fin de año. Rebeccah había regresado al trabajo, a las guardias nocturnas que la dejaban molida. Tanner se encargaba de cuidarla esos días donde las horas de sueño se acumulaban de más.

Le preparaba baños y a veces se presentaba en comisaria con un termo lleno de café recién hecho.

Nadie dudaba que esos dos estaban enamorados; todo el pueblo ya estaba convencido de que habían mantenido la relación en secreto por precaución. Ningún padre soltero metería a cualquiera en su vida, a sabiendas que quizá la relación terminaba, dejando así a sus hijos huérfanos de una nueva figura materna que lo acaparaba todo.

Incluso Nicholas vio el cambio en Tanner.

Su hermano mayor nunca había estado tan ilusionado con una mujer, ni siquiera con Carina. Estaba convencido de que había encontrado la mujer de su vida en Rebeccah Lennox, pero prefirió no decir nada. Esta clase de sentimientos deben descubrirse por sí solos. Él no podía insistir, aunque si le pedía opinión, Nick no dudaría en darle ese pequeño empujón que a veces parecía necesitar el mayor de los hermanos.

Y es que Tanner empezaba a entender que se estaba acostumbrando a tener aquella mujer en su vida de otro modo al que solía. Compartir con ella la cocina, desayunos y cenas; leer juntos cuentos a los niños para dormir; discutir por saber qué serie se vería esa noche en el televisor; dormir abrazados y hacer el amor a cualquier hora, probando cosas nuevas, descubriéndose el uno al otro.

Ya no le recordaba constantemente que aquello era una farsa. Quizá porque él tampoco quería tenerlo siempre presente. Engañarse a sí mismo era mejor que aceptar la realidad, aunque todavía no quería plantearse cuál.

Los problemas llegaron a mediados de enero.

Carina llamó para anunciar que llegaría a Blue Valley la tarde siguiente, junto a su prometido. Quería pasar el fin de semana junto a su hija, así que se quedaría en el rancho durante tres días.

—Ha adelantado su visita más de dos semanas —rugió Rebeccah, llevándose las manos a la cabeza.

—No puedo hacer nada para evitarlo, Beccah.

Y tenía razón. Si le impedía a Carina presentarse cuando quisiera, podría sospechar y Tanner no podía permitirselo.

Pero ella tampoco podía dar de lado a su trabajo así como así, por más que él le pidiera que se pidiera el fin de semana libre para no estar solo frente su exmujer.

—No puedo pedirme fiesta cuando en Navidad ya tuve mis días, Tanner.

Así llegó la primera discusión.

Cuando se metieron en la cama minutos más tarde, Rebeccah intentó dejar de lado el orgullo. Era lógico que Tanner estuviera susceptible. Ella no podría aguantar la compostura de estar en su lugar.

Se apoyó en un hombro.

—Soy policía. El juez verá que conmigo los niños están bien. Protegidos — cuando sus ojos se encontraron en la sombra, le acarició la mejilla, la barba raspándole la yema de los dedos—. Eso es un punto a tu favor, Tanner.

—Carina puede llegar a ser muy convincente.

—Nosotros también.

Rebeccah pronto descubrió que, con la llegada de Carina al rancho, los problemas no habían terminado la noche anterior.

La agente salió de trabajar dos horas antes para poder recibirla, pero cuando aparcó el coche, junto al de Tanner ya había un precioso todoterreno cuya etiqueta rezaba que era una de prestigiosa empresa de alquiler. Rechinó los dientes e intentó no comprobar su aspecto en el retrovisor interior, obligándose a bajar del automóvil. Había esperado poder cambiarse de ropa, deshacer la coleta y peinarse más adecuadamente, pero le resultaría imposible.

Carina era todo lo contrario a ella. Lo vio nada más encontrársela frente a frente. Era bella, tenía una figura envidiable, una cabellera lacia y brillante, y unas pestañas largas y deslumbrantes que le daban un aire coqueto. Podría ser modelo si quisiera, tenía la altura y la talla necesaria para presentarse a certámenes de belleza pese rozar la cuarentena.

Era la viva imagen de una Irina adulta y más sofisticada.

La anterior esposa de Tanner también vio las diferencias entre ambas y cuando él las presentó, Beccah apreció la superioridad en su mirada.

Fue sencillo detestarla al instante.

—Es insoportable —le había confesado Remington, esa mañana, mientras iban a desayunar al *Valley's Coffee*, como era habitual.

Realmente, lo era.

Incluso su voz aguda y modulada para sonar más glamurosa sonaba impertinente.

—Así que agente de policía, ¿eh? —preguntó Carina cuando Rebeccah se sentó junto a Tanner—. ¿No te aburres en este pueblucho?

Blue Valley no era gran cosa y los casos que manejaba no eran muy complicados. Pero ya había disparado su arma una vez y prefería no tener que volver a hacerlo. Le gustaba cumplir la ley, pero sin tomar demasiados riesgos.

—Todo trabajo tiene sus momentos.

—Rebeccah es... —Tanner ni la miró mientras buscaba la palabra adecuada—. Muy buena en su trabajo.

Si aquello debía sonar como un halago, no lo hizo. No obstante, Becks intentó restarle importancia. Había mucho en juego, que Tanner estuviera irritable era normal. Porque eran nervios lo que lo enmudecían, ¿verdad?

—Conoces a Remington, entonces.

La obviedad era humillante, pero Rebeccah siguió con la espalda bien derecha. Se ajustó las gafas al puente de la nariz, deseó haberse puesto las lentes de contacto esa mañana.

—Trabajamos codo con codo. Es imposible no conocer a mi cuñado.

La rabia centelló unos segundos en los ojos de la otra y Rebeccah se apuntó un tanto. Pequeñito, pero un tanto al fin y al cabo.

—Debéis pasar muchas horas... *solos*.

Rebeccah se hubiera reído si la insinuación la hubiera hecho otra persona. Pero viniendo de Carina, que había acompañado sus palabras con una sonrisa viperina, se sintió insultada hasta el punto que las mejillas le ardieron. Cualquiera diría que era vergüenza o timidez y que, quizá, Carina tenía razón. Pero era cólera en su estado más puro.

Miró de reojo a Tanner, pero él no parecía dispuesto a decir nada. Estaba cautivado mirando a Carina. Suerte que la odiaba, pues sino estaría como el prometido de ésta. Embobado, mirándola solamente a ella como si fuera el centro del Universo.

Ambos parecían ser sus esclavos. Hombres que adoraban una divinidad que podía caminar por la Tierra y que sólo osaban hablar cuando ella les daba permiso para ello.

Bien, tendría que salir sola de aquella.

—Tener un compañero en este trabajo es muy importante. Necesitas que te cubran las espaldas, y no puedes confiarle la vida a alguien que no te cae bien. La

confianza es clave —se encogió estudiadamente de hombros; lo cierto era que en Blue Valley unían más las horas muertas que las situaciones de vida o muerte, pero su rival no tenía por qué saberlo—. Por suerte, Remington es como un hermano para mí. Y así pude fijarme en Tanner.

Enfatizó sus palabras dándole una palmada suave pero firme en el muslo.

Nada, no llamó su atención.

Carina se aprovechó de ello y siguió atacando, viendo que Montgomery la había vendido ante una ametralladora que sabía qué balas disparar y hacia dónde.

Incluso sacó a relucir el encontronazo de Parker Benedict con la familia. Había salido en todos los diarios. Su nombre jamás había llegado a aparecer en prensa, sólo sus iniciales, pero no era necesario ser muy inteligente para saber que sólo había una R.L en comisaría.

—Hice lo que tenía que hacer —susurró.

Odiaba esos recuerdos. Lo sucedido aquella noche la perseguiría de por vida.

—¿No te atormenta pensar que eres una asesina?

Esa palabra le dolió más por Wallace que por Parker.

El rostro de Beccah perdió todo color.

Durante unos momentos, Rebeccah ni pensó en el bosque ni en los Montgomery. Volvió a estar en aquella calle, las sirenas de policía rodeándola, los coches pitando y acelerando, otros frenando. Los gritos de los viandantes cercanos. Y la sensación de su Glock quemándole la cadera.

Wallace.

Deseó tener un vaso de agua a mano.

—Quiero decir, puede que Parker Benedict fuera un peligroso asesino que mató a su mujer y a un policía, pero... tú te pusiste a su nivel esa noche —siguió diciendo Carina, aprovechando la tensión que se había apoderado de sus cuerdas vocales.

Beccah volvió en sí al notar que el silencio la envolvía en un abrazo demasiado frío. Y es que Tanner volvía a guardar silencio. Cuando la había consolado tardes atrás porque temía que los Benedict fueran a por ella.

Su traición la azuzó.

Cogió aire, decidida a defenderse.

—No creo que lo sea. Cumplí con mi deber, proteger a la ciudadanía de un peligro inminente viene con mi placa. Como bien has dicho, Parker mató a su mujer y a un compañero, y hubiera cometido más crímenes de no haberle detenido. Eso fue lo único que hice. Evitar más muertes —sentenció.

Carina quiso ponerlo en duda, Rebecca vio cómo se adelantaba un poco más en el sofá y abrió la boca para replicarle. Por suerte, Irina llegó en ese momento del colegio.

Y su madre convenció a Tanner para ir los cuatro a comprar la cena. Rebecca no estaba invitada, por supuesto. Según ella, así se decidió para que su prometido pudiera desempaquetar las maletas y Rebecca pudiera ponerse cómoda. Al parecer, Carina quería volver a jugar a ser una Montgomery y necesitaba a Roth para ello.

Era una táctica pésima para demostrarle a todo el mundo que Tanner seguía bebiendo los vientos por ella.

Fue tan efectivo que a Becks le dieron ganas de golpear a *su novio* para hacerle entrar en razón, ¡nunca lo había visto tan ensimismado!

Ni siquiera una ducha de agua caliente le quitó de encima el mal humor. Fue a ver a su amiga. Amanda estaba bañando a Cam y fue un consuelo pasar una hora con ella.

—Tanner está manso como un corderito porque Carina lo tiene acobardado, Becks. Un paso en falso y perderá a Irina.

Becca lo entendía, pero le encendía admitir que no la había ni mirado, ni siquiera la había besado en los labios como recibimiento. Menuda farsa, qué relación tan consolidada.

—No sé yo —insistió Rebecca con semblante triste, sin dejar de acunar a Cameron en brazos—. Se le veía tan... absorto. Como si estuviera frente un fantasma del pasado. Me he sentido tan sola e invisible...

—Tienes que luchar sin que se note que lo estás haciendo.

Amanda estaba duchándose, aprovechando que alguien sostenía a Cameron en brazos y que no tenía que estar asomada cada dos por tres por la mampara a ver qué ocurría en la cunita.

—Ya...

—Carina quiere que pierdas los papeles —siguió diciendo su mejor amiga por encima del repiqueteo del agua—. Si la insultas, si te vuelves en su contra, lo usará en el juicio.

—Menuda lagarta —susurró—. Intentaré controlarme, Amanda, pero...

—Nada de peros. —Su cuñada cogió la toalla que colgaba de la mampara y salió envuelta en ella segundos más tarde.

—¡Si incluso se ha atrevido a insinuar que Remington y yo somos amantes!

Su amiga gruñó como respuesta, pero no se rindió y no la dejó marchar a

casa hasta que estuvo segura de que Rebeccah estaba más calmada. Gracias a Amanda, Becks pudo rehacer su coraza y regresar a la casa con los hombros cuadrados y el mentón alzado.

Si Carina sabía cómo herirla sin conocerla, Amanda conocía bien cómo insuflarle una buena dosis de autoestima.

Carina no ayudó a preparar la cena, no acostó a los niños ni se ofreció a lavar ni un mísero plato; a Rebeccah no le importaba cocinar, fregar y leer un cuento de buenas noches a Irina y a Roth, aunque eso interrumpiera su cena. Al contrario, le encantaba. Pero le crispaba que su invitada fuera tan maleducada.

Sobre todo porque se había pasado parte de la velada lanzándole pullas e insinuaciones. Carina iba a por ella y, viendo que Tanner no salía en su defensa, le era sencillo dirigir todo su veneno en su dirección.

Cuando terminó de fregar la cocina, fue al salón. Tanner había preparado una cafetera antes, en completo silencio. Estaba desanimada, pero no pensaba irse a dormir así como así.

Se sentó junto a él, Carina mirándola con una fijeza inquietante. Rebeccah entendía que la estudiase, pues era otra figura materna que aparecía de repente en la vida de su hija, pero no encontraba motivo para el odio que chispeaba en sus ojos.

—Le estaba diciendo a Tanner lo generoso que fue adoptando a Roth — comentó la otra.

—Es la hija de Brenda —intentó ser suave, sabía que Tanner no llevaba bien la muerte de su hermana, nunca terminaría de superarlo—. Es lógico que aceptase hacerse cargo de Roth.

—Es muy sacrificado.

No lo es, quiso decir Rebeccah, pero Tanner habló por primera vez en su lugar.

—Se trata de amor, Carina. No es un sacrificio ayudar a la gente que te quiere y que quieres.

Carina enmudeció. Desde su llegada, Tanner se había comportado como si no tuviera personalidad. Pero había aparecido de nuevo el hombre rudo y enfurecido con el que solía hablar por teléfono. Y aquello no le gustaba un pelo, y mucho menos ver cómo Rebeccah Lennox le tomaba de la mano y le infundía ánimos con un buen apretón.

—Tanner nos ha comentado que no tenéis pensado tener hijos —dijo, mirándola de nuevo a ella.

Rebeccah casi escuchó la pistola dispararse, pues Carina sabía lanzar dardos envenenados. Y tenía buena puntería, la condenada, pues la había herido en lo más hondo.

Bien, ella también sabía jugar sucio. Estaba segura de que a Carina le gustaba tener a todos los hombres a sus pies. Hacerle creer que Tanner la adoraba, aunque en esos momentos no lo demostrase como debía, sería un golpe certero en su ego de diva.

Sonrió como si fuera la mujer más feliz del mundo y se apoyó en el hombro de Tanner, que estaba tenso como las cuerdas de una guitarra.

—Bueno, es que preferimos estar... solos. Ya sabes, la pasión es agotadora —y respiró hondo, como una adolescente soñadora—. Además, ya somos cuatro y nos va muy bien así.

—No quiero que creas que mi hija va a llenar ese vacío, Rebeccah.

Esa mujer era detestable.

Y que Tanner la dejase hacer cuando arremetía contra ella era crispante.

Por suerte, la llamaron por teléfono y pudo escapar de aquel infierno donde estaba sola frente una hiena con ponzoña en los colmillos.

—Disculpad —sin perder la sonrisa, se levantó y caminó a paso rápido hasta la cocina, donde había dejado el móvil—. ¡B.B!

Por poco se puso a llorar.

Llevaba sin saber de él desde su traslado al rancho. Por más mensajes que le mandase y llamadas que le hiciese, su mejor amigo no respondía nunca. Se había encerrado en sí mismo.

Y si a esa pena se le sumaba lo mal que se sentía aquella noche por culpa de Carina y Tanner, la combinación era peor que un cóctel molotov.

—Siento haber tardado tanto en llamarte de vuelta, pero...

—No —lo cortó, apoyándose en la encimera—. Está... bien. Fue culpa mía. Debí haberte contado lo de Tanner antes. Pero estaba esperando ver dónde me llevaba esta relación y...

Boqueó como un pez, incapaz de continuar. Aquella farsa escocía, la asfixiaba como dos manos asiendo su cuello. Era horrible engañar a alguien tan querido y honesto como lo era Brian.

—Te entiendo, Reb. Siento mucho no haberlo hecho antes —la voz de B.B sonaba rota.

Cerró los ojos, las lágrimas quemaban contra sus párpados.

—Feliz año, Brian.

—Feliz año, pequeña Rebeccah.

El instinto policial se entrometió en aquel momento tan bonito que estaba dándole ánimos para regresar al salón. Desvió la mirada hacia Carina, que estaba a pocos pasos de ella, con su taza de té en la mano. Era una cotilla.

—Tengo que dejarte, hermano —dijo sin apartar los ojos de aquella desagradecida maleducada.

B.B casi rio al otro lado de la línea y, si bien un deje de amargura teñía su carcajada, Beccah reconoció a su amigo. Su paz. Lo mucho que la quería. Y eso sirvió para colgar con calma y dejar el teléfono en el bolsillo de su tejanero roto.

—¿Ocurre algo, Carina? Si buscabas el baño, está más allá, no aquí.

—Conozco muy bien esta casa, Rebeccah. Tanner no ha cambiado nada en mi ausencia, ni un mueble. ¿Lo sabías?

Joder, intentó poner cara de póquer, pero estaba segura de que su rival se había dado cuenta que había estado descompuesta unas milésimas de segundo.

Cuando creía que podía ganar aquella batalla y tener la guerra en el bolsillo, Carina la abofeteaba y la hacía ver que estaba quedando en ridículo. Estaba perdiendo, no importaba las pequeñas victorias que conseguía si los *rounds* eran de la ex de Tanner.

—Verás, he venido a advertirte, querida.

Encima osaba burlarse de ella. Aquella mujer no tenía vergüenza, y de tenerla, no conocía límites.

—No me digas —espetó con una risa desnuda de cualquier emoción. Se cruzó de brazos y alzó una ceja, un gesto altivo que arrancó una mueca de desdén por parte de Carina—. Adelante, no te cortes.

—No pienso permitir que uses a Irina para tener tu propia familia feliz.

Rebeccah se echó el pelo hacia atrás, realmente divertida y ofendida por el comentario. ¡Cómo si Carina fuera la madre del año! ¡Había renunciado a ver a su hija, por Dios! ¡Apenas pasaba con ella dos o tres días del año! ¿Qué madre haría algo así por cosas tan simples como dinero y comodidad?

—No pienso permitir que tú me des clases de maternidad, Carina —su dedo la señaló—. No eres una madre ejemplar. No eres nadie en la vida de Irina y lo sabes. No te importa ella, nunca lo ha hecho. Igual que tampoco te importa Tanner. Pero escúchame bien —en cuanto avanzó un paso, la otra lo reuló; al fin y al cabo, era policía y sabía cuándo y cómo imponerse—. Yo ya tengo mi propia familia. Fuiste tú quien la dejó escapar y ahora intentas recuperarla a marchas forzadas. Pero la vida no funciona así. Pienso pararte los pies, *querida*.

Carina soltó el aire, golpeada por aquellas palabras siseadas. La envidia relució en su piel como si fueran diamantes ante el sol, pero Rebeccah pasó por su lado, ignorándola.

—¿Beccah?

Fulminó con la mirada a Tanner, que se quedó plantado en el sitio al ver el enfado que desprendía aquella mujer.

Subió al dormitorio, sabiendo que él no la había seguido. Era un cobarde que no era capaz de ver sus faltas. No había visto lo mucho que la había hecho sufrir dejándola a la merced de Carina, sobre todo cuando él sabía lo dañina que podía llegar a ser.

No le dio el placer a esa mujer de dar un portazo.

Se sentó en el borde de la cama y se inclinó hasta que los codos reposaron en sus muslos. Frustrada, trémula, se cubrió el rostro con las manos.

No había perdido los papeles por completo, se había contenido. Había callado muchas cosas, sobre todo por Irina. Si se dejaba llevar por la ira, podía dar la imagen equivocada y Carina podía usarlo en el juicio en su contra.

Se dejó caer en la cama, los brazos abiertos en cruz.

¿Cómo plantarle cara a semejante persona? ¿Cómo enfrentarse a alguien que destilaba maldad por cada poro de su inmaculada piel? No eran los celos los que hablaban, tampoco su orgullo femenino. Era la realidad, llamando a su puerta. Esa mujer no le daba buenas vibraciones. Era como tener una presencia negativa en la casa, estaba consumiéndola.

Escuchó los pasos subir las escaleras. No dejó de mirar el techo cuando Carina y su silencioso prometido pasaron frente su puerta. Escuchó cómo se encerraban en la habitación de invitados. Pensaba lavar las sábanas varias veces, con lejía, cuando se fueran.

Tanner entró minutos más tarde. Había ido a comprobar que los pequeños seguían dormidos.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido? Carina ha dicho que le has hablado de malos modos en la cocina —siseó en voz baja.

El enfado que se apreciaba en su voz terminó de herirla. Le dolió tanto que Beccah estuvo a punto de sollozar y lanzarse a su pecho para golpearle con los puños. Sólo bufó por la nariz, se levantó y cogió su bolsa de trabajo. Había dejado en ella el uniforme esa tarde, limpio y bien planchado.

—¿Dónde vas? ¿Huyes?

—He abandonado mi puesto de trabajo dos horas antes por ti, me toca

recuperarlas al amanecer.

—¿Vas a dormir en comisaría? —La tomó del brazo pero ella se soltó de un tirón.

—Ni me toques, Tanner —Su índice se levantó hacia él también—. Has permitido que me atacase a su antojo desde que ha llegado, así que no me vayas de mártir.

—Carina no te ha atacado.

—¿De veras? ¿Hemos estado en la misma habitación todo este tiempo?

—Estás sacando las cosas de quicio, Rebeccah.

—¿Qué yo...? ¡Esto es el colmo! ¿Por qué la defiendes? —Se apartó de él y se quitó la sudadera para dejarla sobre una silla y se calzó las bambas—. Entiendo que fue importante para ti y que te tiene en la cuerda floja pero...

Cuando vio cómo él guardaba las manos en los bolsillos del pantalón, se dio cuenta de que el prometido de Carina se comportaba exactamente igual que él. No porque fuera estúpido, lo poco que había hablado con él en la cena demostraba que era listo y un hombre con experiencia. Pero estaba enamorado de esa mujer y el amor te ciega.

Su cuerpo liberó toda la tensión. Los hombros se le hundieron y el desasosiego empezó a hacerle cosquillas en el lagrimal.

—Sigues enamorado de ella —Su sonrisa, cínica, bastó para que él se removiera, incómodo—. Dime, ¿te imaginas que es a ella a quien le haces el amor cuando me follas?

—¡No digas tonterías!

Quiso tomarla de los brazos, acercarla a su cuerpo, pero ella no se lo permitió. La vio herida de verdad y el agujonazo de duda y culpa lo mordió en el corazón.

Se preguntó, en horas, si realmente la había dejado tan desamparada como insinuaba.

Se preguntó si Carina le había dicho la verdad; él sabía mejor que nadie que era la mejor tejiendo artimañas creíbles donde ella jamás resultaba ser la culpable de lo ocurrido.

Se preguntó si se había portado tan mal con Rebeccah, que le estaba haciendo un favor para impedir que su ex le arrebatase a Irina.

—Buena suerte, Tanner —Ignorando el conflicto que se desarrollaba en su mente, Rebeccah cogió la mochila y salió del dormitorio.

Se detuvo en el último peldaño de las escaleras y miró hacia arriba, pero no

había nadie en la penumbra. Sólo silencio y un par de grados de calidez gracias a los radiadores. De nuevo, él no la había seguido. Le estaba dando la razón... y la espalda.

Qué idiota había sido.

Se dio cuenta de que no podía marcharse. Si Carina oía el coche, no sólo sabría que había vencido, sino que podía alegar en el juicio que la relación no era tan sólida como creía y que se marcharía de la vida de Irina de un momento a otro. No podía inventarse una urgencia, el pueblo hablaría de ello a la mañana siguiente si existiera de verdad; qué sencillo sería de que Carina supiera que había sido todo mentira.

Debía quedarse allí, en el rancho, quisiera o no.

Soltó el pomo del porche interior que daba al exterior y retrocedió sintiendo que flotaba en una nube. Carina era la mejor actriz del momento. Mientras, Rebeccah era la protagonista y no recibía ningún reconocimiento por su esfuerzo y talento. Sí, aquella era la realidad que la golpeaba.

No quería dormir bajo el mismo techo de Tanner.

Caminó hacia una de las puertas principales y la golpeó con suavidad. Una y otra vez, como si fuera un mantra, un ritmo que la tranquilizaba como sólo lo haría una tisana.

—¿Rebeccah?

—¿Puedo pasar la noche aquí? No contigo, en el sofá —aclaró, al ver cómo Nick fruncía el ceño.

—Claro, pasa.

Le quitó la mochila de la mano y rodeó su hombro con un brazo para hacerla entrar, comprendiendo sin necesidad de preguntar que Carina había traspasado ciertos límites y que su hermano no había sabido pararle los pies.

La llevó hasta la cocina, dónde preparó una tetera.

—No te lo ha contado, ¿a qué no? —Nicholas sacó dos tazas y le puso las bolsitas de tila. Luego echó el agua caliente y buscó el azúcar en un armario—. Tanner todavía no lo ha asimilado, la visita de esa víbora no le ha ayudado nada a aceptar lo que ha pasado.

—No sé de qué hablas.

Nicholas se sentó frente a ella y durante unos minutos miró la taza, ni la probó ni movió la cuchara para deshacer el azúcar. Llegó a haber tanto silencio en la cocina que Rebeccah se preguntó si habría soñado lo que acababa de decirle Nick.

Pero el *conboy* al fin habló:

—Esta mañana, Remington ha recibido una llamada de Trenton Finch. Era el abogado de papá.

Las guardias en la comisaría de un pueblo como Blue Valley incluía demasiadas horas muertas. Remington y Rebeccah se habían contado su vida con pelos y señales, incluso los detalles más insignificantes. Por eso, ella sabía que Finch era un abogado de Dallas, encargado del testamento del difunto Joe Montgomery, puesto que el padre de los hermanos Montgomery no había acudido a un letrado del pueblo.

—Tu padre murió hace años. Creí que todo estaba en regla.

—Lo estaba. Pero... —Nick se levantó y cogió una botella de brandy para echarle un buen chorro a su té. Rebeccah enarcó las cejas y un nudo se aposentó en la boca de su estómago—. Al parecer, tenemos dos hermanos.

Becks parpadeó. Como una autómatas, asimilando lo que Nicholas acababa de confesarle, cogió la botella que éste había dejado en un lado de la mesa y le imitó, echando una buena cantidad de brandy en su taza. Le dio un largo trago que le quemó dulcemente la garganta.

—¿Una relación extramatrimonial?

—Eso parece. Tienen un año menos que yo —Nick se echó hacia atrás y miró el techo—. Tenemos que hablar con tía Cindy, a ver si ella sabe qué pasó por esa época, pero...

Beccah pasó la mano por encima de la mesa para agarrar la suya y darle un apretón. Ahora que se fijaba, Nick estaba pálido bajo su tez bronceada. Debía ser durísimo descubrir que tu padre había estado con otra mujer y que había tenido hijos, de los cuales tú desconocías su existencia.

Eso explicaba que Tanner estuviera más allí que aquí. Pero no era culpa de Rebeccah que aquella verdad le hubiera estallado en las narices al mismo tiempo que el coche de Carina se aparcaba en la puerta.

—¿Tu padre lo sabía?

—Sí. Pero jamás pudo dar con ellos. O eso nos ha dicho Finch. Por eso no estaban en el testamento...

—¿Por qué ahora?

—Ha sido todo muy extraño. Tendremos que ir a Dallas a hablar con él, pero le ha dicho a Remington que ellos creían que papá los había abandonado a su suerte —resopló. Estaba claro que Joe no era capaz de abandonar a unos críos por miedo a perder a su esposa, pues un vaquero asume las consecuencias de sus

errores, nunca huye de un problema—. Pero había sido cosa de su madre. Les ha engañado durante años, Beccah.

¿Por qué las mujeres despechadas manipulaban así a los niños? Inocentes criaturas, cuánto sufrimiento les causaba un corazón herido que no sabía lo que era el perdón.

—¿Y ahora han descubierto que fue todo una artimaña?

—Sí. Creo que sí. ¡Ah! ¡Esto es un desastre!

Rebecca quiso levantarse, abrazarle, prometerle que todo iría bien.

Pero también quería correr hacia la casa de Tanner, meterse bajo las sábanas, a su lado, y hacerle la misma promesa.

Él te ha alejado, le recordó una vocecita interior que le resquebrajó el alma.

Se inclinó para besarle la mano a su amigo y él le sonrió con ternura, agradecido por su comprensión. No debía ser fácil para tres hermanos, que habían además visto morir a su hermana mayor, descubrir que nunca habían sido cuatro, sino seis.

Otros dos Montgomery aguardaban en otro lugar del país.

Qué caprichoso era el destino.

Qué vueltas daba la vida.

Qué secretos escondía el futuro.

Y el pasado, por supuesto.

Sería un proceso lento que abriría heridas. Para ninguno de los tres hombres que vivían en aquel rancho sería sencillo perdonar a su padre por haberle sido infiel a su madre. Sin embargo, Rebecca creía en ellos y en su sentido común. Aceptarían a esos dos hermanos con los brazos abiertos. ¿Qué culpa tenían ellos de haber nacido en una relación escondida a ojos del mundo?

—Todo se verá, Nick.

—Gracias por escucharme, Rebecca. Remington puede contárselo a Amanda. Tanner a ti...

—No lo ha hecho —le interrumpió con un murmullo.

Obviamente, Nick la ignoró por completo, pese haberla escuchado a la perfección.

—Pero yo no tengo a nadie. Decirlo en voz alta me ayuda a asimilarlo, pero contárselo al espejo es de locos —Se levantó y llevó las tazas vacías al fregadero. Volvió a mirarla—. Gracias, de verdad.

—No hay de qué —Beccah quiso tomar la mochila que había dejado en la jamba de la puerta, pero él fue más rápido y se la cargó al hombro. Le dio un

golpe de cadera que lo hizo sonreír—. La familia está para eso, para ayudarnos en los malos momentos. Siempre puedes contar conmigo, espero que lo sepas.

—Venga, ven arriba. Tengo un dormitorio para los niños y otro de invitados. Puedes pasar allí la noche —la incitó a subir las escaleras. Le sonrió, el dolor de la verdad revelada todavía chispeando en su mirada—. Vamos. No voy a aprovecharme de ti, Rebeccah.

—Lo sé. —Lo siguió hasta la habitación que iba a ocupar esa noche. Lo abrazó como despedida—. Gracias, Nick.

—No hay de qué —Nicholas le devolvió sus palabras, así como el abrazo y la mochila—. La familia está para eso, para ayudarnos en los malos momentos. Siempre puedes contar conmigo, espero que lo sepas.

CAPÍTULO 13

Carina se llevó a Irina a pasar el día fuera y Tanner llevó a Roth con Cindy. Estaba en el café y adoraba tener al pequeño tras la barra, para poder mimarlo a batidos y chocolatinas.

Se había citado con sus hermanos en *La Cabaña Azul*, cerca del mediodía. Fue el primero en llegar. Se abrió una lata de cerveza, una bolsa de patatas fritas y se sentó en el hueco de la chimenea. El lugar era mucho más acogedor que antes de la llegada de Amanda. Ahora estaba decorado de forma más familiar, con diferentes tonos de azul.

Amanda había cambiado la vida de los Montgomery.

Y Rebeccah estaba cambiando la suya. Tanner ya se había acostumbrado a ver delantales colgados del gancho de la puerta de la cocina. A tener una fotografía de ella con sus sobrinos en el mueble del salón. A las velas aromáticas en la cómoda del dormitorio. A ver perfumes femeninos junto a su colonia y su *aftershave*. A que la colorida ropa de Rebeccah estuviera junto a la suya.

¿De verdad tenía Beccah motivos para irse en mitad de la noche? ¿Era posible que no hubiera prestado atención la tarde anterior y que fuese ella quién tuviese razón y no Carina?

Nicholas interrumpió su dilema abriendo la puerta. Estaba hablando por teléfono. Un comprador quería un semental que el rancho ya no podía sostener tras su crianza. Parecía estar contento y orgulloso, estaría cerrando el trato.

Tanner quiso golpearlo. Sabía que Rebeccah había dormido en su casa.

—Perdona —Nick se guardó el móvil en el bolsillo trasero—. Creo que la semana que viene tendremos que despedirnos de *Bourne*.

—Es una lástima —admitió él, sabiendo que estar molesto con su hermano era absurdo.

Remington llegó cuando Nick fue a la cocina a por una cerveza. Le dio otra al policía, que había entrado en la cabaña protestando:

—Espero que valga la pena, Tanner. He dejado a Cameron con Amanda en el café y siendo mi día libre... lo veo estúpido.

—Necesitaba una reunión de hermanos. De hombres.

—No me extraña —Bufó Remington abriendo su lata y dándole un trago—. Con esa bruja en casa, cualquiera se mantiene cuerdo. Y más después de

descubrir lo de papá...

Los tres se removieron. No querían hablar de ello, no estaban listos todavía. Necesitaban digerir la información, asimilar que tenían dos hermanos más en algún lugar del país.

—Yo ya sé lo que ocurre. —El pequeño de los tres se sentó en el sofá y robó de encima de la mesa auxiliar la bolsa de patatas. Nick se pasaría la vida entera comiendo patatas fritas. Lisas, onduladas, de jamón. De queso, de cebolla. Ganchitos. De colores. Las patatas fritas eran como la vida, o las mujeres. Pura variedad, diversión—. Rebeccah ha dormido en mi casa.

—¿Qué ha pasado?

—Es Carina —respondió el mayor, la garganta seca y las manos cubiertas por una fina capa de sudor.

—No me jodas, Tanner, que eso ya lo suponía.

—Anoche, Carina me dijo que Rebeccah estaba siendo muy grosera con ella. Cuando le pregunté, me dijo lo contrario. —Un suspiro escapó de entre sus labios—. Que era Carina quien la atacaba. Me acusó de no saber verlo.

Nicholas meneó la cabeza y se llevó a la boca un puñado de patatas. Creía a su nueva cuñada. Carina era un mal bicho. Rebeccah era jodidamente dulce.

Remington también creía en su compañera. A ciegas. La conocía lo suficiente, así que sabía que no se inventaría algo así, a diferencia de Carina.

—Y tú dudas de Rebeccah —Remington no solía preguntar, afirmaba; cosas de su instinto policial.

A Tanner se le erizó el vello de la nuca y logró hacer bajar el nudo de la garganta con un trago de cerveza.

—Es que es idiota, nuestro hermano mayor —añadió Nick.

Remington lo cogió de la camisa y lo obligó a levantarse.

—Estás loco. ¡Carina te jodió la vida y está aquí para quitarte parte de la custodia de tu hija! ¿Por qué diablos no ves la clase de mujer qué es?

—¿No notaste ningún ataque de Carina a Rebeccah ayer? —el tono de su otro hermano era más calmado.

Pero Tanner se sentía mejor con la rabia incontenida de Remington que con la fingida indiferencia de Nick. Merecía algo de agresividad, un golpe que le devolviera la cabeza a su sitio...

—No. Yo... —Miró las puntas desgastadas de sus botas mientras se libraba de los brazos de Remington—. Estaba absorto mirándola.

—Dime que te refieres a Rebeccah.

Tanner levantó la cabeza y esbozó una sonrisa que viajaba entre la tristeza y la vergüenza.

—No, Nick. A ella. A... Carina.

—Sujétame, Nicholas, o le parto la cara ahora mismo —Remington se arremangó las mangas del jersey—. ¿Tienes una mujer espectacular a tu lado y te embobas mirando a semejante víbora?

—Es que... la veo tan distinta. Brilla con luz propia. Está más atractiva que nunca y lo nuestro siempre fue puro fuego —Se defendió, sonando como un quinceañero sobrehormonado.

No era tan difícil de entender que cuando tu gran amor se presenta de nuevo, es normal que tu mundo se ponga bocabajo y todo pierda sentido y la lógica te abandone. Pero Tanner estaba hecho un lío, no entendía por qué ver a Carina de nuevo lo había afectado de aquel modo, no cuando hacía tiempo que no pensaba en ella como mujer o amante.

Remington volvió a tomarlo de la camisa y lo estampó contra la pared que había junto la chimenea. Sus rostros estaban muy cerca, sus torsos se rozaban al respirar. Tanner lo había visto así pocas veces: el rostro enrojecido, el vello de la barba erizado y las aletas de la nariz dilatadas, la mirada grisácea rebosante de furia.

—Si le haces daño a Rebeccah, te las verás conmigo. Es una buena amiga y es legal. Si lo pasa mal por tu culpa, te juro que voy a hacer que te arrepientas de haberte comportado como un cerdo egoísta.

Lo soltó, cogió su cerveza a medio tomar y se fue, dejando el anorak olvidado en el respaldo del sofá y con el eco del portazo martilleando contra la consciencia de Tanner, que apuró su lata en busca... de algo que le calentase el corazón y no le hiciera sentir tan sucio.

—¿Tú qué opinas, hermanito?

Nick dejó la bolsa de plástico en la mesa y se inclinó hacia delante, hasta que los codos se apoyaron en los muslos.

—Creo que estás cometiendo un error. Carina puede ser guapa, pero cada vez que abre la boca, su atractivo disminuye. Rebeccah quizá no sea tan despampanante, pero su forma de ser la hace preciosa —Se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él, aunque los dos sabían que estaba más que implicado en aquello.

Sentía más por Beccah que por Carina y estaba, sin saber qué mujer lo atraía más. Como si no fuera obvio. Estaba engañándose a sí mismo, ¿pero cómo

reconocer algo que te tiene acojonado?

—Noto que estoy una encrucijada.

—Aunque todo esto sea una mentira para no perder a tu hija, creo que Becks es una buena mujer. No merece que no la defiendas ante Carina.

—No sé qué hacer, Nick.

—Oh, sí. Sí que lo sabes.

Tanner cogió aire. No había prestado atención a lo ocurrido el día anterior y la había acusado sin recordar lo mal que Carina se lo había hecho pasar durante su matrimonio.

Además, todos defendían a la mujer de la cual él dudaba. Por algo sería.

El error no podía estar en ella. Sino en él.

Se sentó en el sofá. Se sentía exhausto. No había pegado ojo en toda la noche y la falta de sueño hacía mella en él...

Porque Rebeccah se había ido.

Por su culpa.

Se obligó a recordar las palabras que Carina había pronunciado desde su llegada. Tan melosa con él, tan suave, como si su prometido no estuviera delante. Pero con Rebeccah...

Desgranó cada recuerdo hasta que tuvo claro que Carina le había vuelto a engañar.

Porque si Beccah le había respondido mal en la cocina, a solas, sin duda se lo tenía bien merecido.

Incluso había osado llamarla asesina, cuando había acabado con la vida de Parker por una necesidad. O decir que Remington y ella eran más que compañeros de trabajo.

Joder, había estado tan ciego que había metido la pata hasta el fondo. Y ahora que todas las piezas del rompecabezas estaban en su sitio, vio lo patético que había sido al creer que su pasado era mejor que el presente. Merecía esa tunda por parte de Remington.

—¿Dónde vas? —preguntó Nick, que acababa de volver la cocina con una segunda bolsa de patatas en la mano.

Tanner estaba en la puerta, poniéndose la gruesa chaqueta para protegerse del invierno. Era mediodía pero estaban a dos grados en la calle.

—A comisaría, tengo que pedirle perdón a Rebeccah.

Nicholas sonrió y con la boca llena de crujientes patatas, gritó, para que su hermano lo escuchase desde las escaleras del porche:

—¡*Comprade fffores y bomfones!*

—No se preocupe, señora Horseman. Si la alarma se ha disparado por error, no acudiremos —le aseguró mientras anotaba un par de cosas en la ficha—. Pero llame a su empresa de seguridad —Se quitó las gafas, porque le escocían los ojos de tanto llevarlas—. Quizá haya algún problema con los sensores que dan a la terraza.

La puerta principal se abrió y Rebeccah levantó la cabeza.

Tanner se acercó hasta la silla que había frente a su escritorio y, chaqueta en mano, se sentó. Aunque no llevase puestas las gafas, reconocería su figura y su rostro en cualquier lado, por más borroso que estuviera.

Rebeccah intentó esconder su sorpresa. Y la rabia que empezaba a deslizarse por su estómago. Había esperado ver a Phil. Su compañero había ido a por unos bocadillos calientes y estaba ansiosa por verlo llegar. No había probado bocado desde la cena.

—No hay problema, se lo aseguro. Estas cosas pasan... —Respondió a la vecina—. Muy bien, señora Horseman. Sí. Le preguntaré por la alarma cuando la vuelva a ver. Sí —intentó que la sonrisa que no tenía se notase en su voz—. Por supuesto. Adiós...

Dejó el teléfono en su soporte y enarcó las cejas en dirección a Tanner, que tenía la nariz roja por el frío.

Esperó a que le dijera algo. Que la acusase de ser mala persona por quererlo volver en contra de su exmujer, cuando él siempre había asegurado detestarla. Que le dijera que no fingiría frente a su familia cuando visitasen el pueblo.

Porque Tanner no estaba allí para disculparse.

Rebeccah sabía que la discusión de anoche tendría que seguir su curso. La había cortado por lo insano, por no soportar el dolor que le causó saber que Tanner aún deseaba y quería a Carina. Pero era el momento de hacerle frente, así que cogió aire y se preparó para la tormenta que se avecinaba.

—Tanner, si has venido a hablar de...

—Lo siento —la interrumpió.

—... lo que ocurre ¿espera qué? —Se echó hacia atrás en la silla, noqueada.

—Lo siento mucho. Debí haber confiado en ti y no lo hice. Debí haber estado más atento a lo que decía Carina y ponerla en su lugar —alargó una mano

por encima del escritorio y se encontró con sus dedos. Se los acarició al ver que ella no hacía ademán de apartarse—. No volverá a pasar. Confía en mí. Por favor.

Beccah buceó en su mirada, buscando la verdad. Y vio un arrepentimiento sincero. Cuando sus dedos se entrelazaron, Tanner le explicó que se había dejado deslumbrar por la belleza clásica de Carina y que había olvidado su pérfida lengua.

Fue duro oírle decir que todavía la encontraba atrayente, sobre todo teniendo en cuenta que, como persona, Carina no tenía nada en especial.

Los celos la empezaron a sacudir. Primero fue un rasguño y luego el golpe llegó como dado por una bola de demolición que la dejó en ruinas. Los hombros se le encorvaron y los ojos se le humedecieron.

Ayer sentía rabia por ver que le era indiferente, que estaba en un segundo plano y que no la defendía. Pero ahora la irritación se había esfumado y sólo quedaba envidia, celos. Incluso sentía lástima de sí misma por sentir cosas hacia Tanner, con lo sencillo que era mantenerse apartada del género masculino y centrarse en su soledad.

—No pienso en ella cuando te hago el amor, Rebeccah.

—No quiero hablar más del tema —Se soltó de su agarre y se levantó.

—Pero yo sí. No quiero que te creas menos que ella...

Llegas tarde, quiso espetarle. Pero se calló. Meneó la cabeza, recordándose que debía mantenerse fuerte. No caer.

—Está bien.

—No finjas crearme, Rebeccah —la hizo encararlo tomándola por los hombros. Sus manos dejaron de ser bruscas cuando ascendieron por su cuello hasta acariciarle los pómulos. La delicadeza del gesto le acuó la mirada—. Te aseguro que no había vuelto a pensar en Carina desde que superé nuestro divorcio. Cuando he estado contigo, sólo tú has ocupado mi mente. No me he corrido pensando en ella, era tu nombre el que gritaba.

—¡Beckie ya traigo los...! —Phil abrió la puerta y su sonrisa se borró de golpe—. Lo siento. Lo siento...

Se marchó a toda prisa, ni tiempo había tenido de poner un pie en comisaria.

Rebeccah quiso reír por la interrupción, pero no pudo moverse del sitio ni apartar los ojos de Tanner.

Se sentía vulnerable, desnuda. Qué paradójico, ¿no? Él ya la había visto sin ropa, pero no se había atrevido a ir más allá de la piel. No tenía motivos para ello, pero por alguna razón, se sentía frágil.

Se soltó de él con cuidado y retrocedió unos pasos.

¿Qué demonios le estaba haciendo Tanner para hacerle sentir cosas que nunca había sentido antes?

Por más que quisiera dar rienda suelta a los pensamientos que se amontonaban en la punta de su lengua, no era capaz de articular palabra.

—Rebeccah...

—Ojalá pudiera creerte —admitió, sosteniéndole la mirada.

Tanner gruñó, odiándose por hacerla llorar, y se lanzó contra ella con un movimiento que la tomó desprevenida. Le agarró el rostro con las manos y la besó.

Se dejó llevar y las bocas de ambos se devoraron con fiereza, como si quisieran medir fuerzas, cuando ninguno de los dos tenía la batalla ganada. Sus lenguas se enredaron en un baile desesperado que les robó el aliento.

Cuando él la soltó, las lágrimas ya estaban secas sobre sus pómulos.

—Esta noche te haré olvidar todas estas inseguridades, amor. Y te voy a hacer gritar hasta que Carina se escandalice y se dé cuenta de que tú eres quien está en mi vida.

Beccah arrugó la nariz y sus ojos se oscurecieron como el chocolate fundido.

—No pienso ser tu juguete para que le demuestres que...

Tanner la acalló poniéndole la mano sobre la boca; no le gustaba lo que estaba insinuando y le dolía que lo creyera capaz de tratarla de ese modo tan denigrante.

—No eres mi juguete ni mi venganza, ni nada por el estilo. Quiero darte placer. Y si resulta que la habitación de Carina está cerca y no somos lo suficientemente silenciosos... no voy a disculparme por ello.

Ella le mordió la callosa piel de los dedos y él la soltó con una queja mezclado con una carcajada.

—¿Y los niños? —su mirada era tan desconfiada, que Tanner sintió de nuevo las ganas de besarla para hacerle ver lo bella y original que era. Pero se contuvo.

—Duermen como los ángeles. Sólo se despiertan con las tormentas. Habrá que rezar para que no llueva. —Le guiñó un ojo y luego la abrazó. Su picardía había desaparecido y ahora sus brazos rezumaban ternura. La vulnerabilidad de Becks se esfumó, un torrente de emociones se instaló en su pecho y la hizo relajarse entre sus brazos. Ahora se sentía mejor. Más comprendida y menos sola —. Lo siento mucho. De verdad.

El torso de Tanner vibraba cuando hablaba y Beccah levantó los brazos para enterrar los dedos en su espalda. Y así acercarlo a ella. Rebeccah se refugió en su voz.

—Prométeme que me ayudarás a controlar a Carina. —Lo miró unos momentos, levantando la cabeza, pero sin deshacer el abrazo—. No me sirven las palabras. Demuéstramelo.

—Te prometo que no volverás a enfrentarte a ella, amor.

Cerró los ojos y su corazón se acompasó con el de Tanner.

Lo creía, por algún extraño motivo era capaz de perdonar y olvidar. Ella siempre aprendía de los errores. De veras que estaba convencida de que Montgomery iba a protegerla del veneno de su exmujer.

Era tan sencillo hacerlo y dejar que todo el dolor y la ira se desvanecieran...

Como si nunca hubieran existido.

Ese tipo no merecía a Rebeccah. La había visto llegar a comisaría esa madrugada y su aspecto le había provocado una punzada en el pecho. Estaba ojerosa y pálida, y sus hombros lucían curvados. No se había ni siquiera molestado en ponerse un gorro o una bufanda, como si la tristeza reflejada en su rostro la escudase del frío.

Verla tan decaída le había partido el corazón.

Estaba seguro de que era cosa de Tanner Montgomery. La tarde anterior lo había seguido un rato, sólo para ver cómo se comportaba con esa otra mujer con la que paseaba al atardecer. Al parecer, era su exmujer. Y la miraba de un modo...

Tanto que decía amar a Rebeccah, y estaba deseando a otra.

Y estaba jugando a la familia feliz con ella, ¡cómo si su Rebeccah fuera un juguetito al que podía usar!

Ese hombre merecía morir.

Pero suficiente sería con quitarle a su chica y hacerla feliz.

Así aprendería que se debe cuidar lo que se tiene.

Él sabría mimar a Rebeccah. La amaría. Le haría el amor. La cuidaría y trataría como una reina. Incluso podría dejar la policía, él le daría todo lo que le pidiera. Jamás le faltaría de nada.

Levantó la cabeza y a través de la ventana frontal del coche, los vio salir de la

mano, sonriéndose. Parecían divertidos y estaban más cariñosos de lo habitual. Él la abrazaba y la besaba en la cabeza mientras caminaban hacia el todoterreno de él.

¿Habían hecho las paces?

Bueno, aquello era un gran revés, debía admitirlo.

Se obligó a soltar el volante, en algún momento había hundido las uñas en el cuero.

Que Tanner Montgomery hubiera logrado su perdón no significaba nada. Volvería a meter la pata y él podría acercarse a Rebecca, consolarla, hacerle ver que ese hombre no era merecedor de su calor, su cuerpo y su corazón.

Y, si esa relación terminaba yendo viento en popa... bien, entonces tendré que pasar a la acción, pensó mirando la guantera, como si pudiera ver a través de ella.

Sonrió sombríamente. Había practicado mucho con la Magnum, no pensaba negar que le encantaría tener que usarla y saber qué se sentía al apretar su gatillo.

CAPÍTULO 14

El fin de semana pasó y con él se marchó Carina y las nubes que cubrían el cielo.

Rebeccah no se sentía mejor por su marcha, porque su oscura sombra aún se cernía sobre ellos, pero debía admitir que su humor no era tan inestable como cuando la tuvo de invitada.

Preparó el desayuno para los niños, también sus fiambreras para la hora del almuerzo.

Aquella rutina tan familiar y cotidiana empezaba a hacer mella en ella, que se repetía que no tenía que acostumbrarse a ese tipo de cosas. En cuanto sus hermanos mayores fueran a visitarla a Blue Valley, todo acabaría. Volvería a su antigua casa, a la soledad y el silencio.

Era deprimente.

—¡Rebeccah!

Irina se había despertado sin necesidad de que ella fuera a buscarla. Estaba excitada porque había pasado el fin de semana con su madre. Y, si bien había llorado cuando la vio marchar, ahora estaba contenta como nunca. La idea de pasar seis meses con ella le parecía espectacular. Si el juez tenía en cuenta su opinión, Tanner estaría perdido.

Le dolía ver a su hija eligiendo por encima de todo a una madre materialista que la había considerado un estorbo durante tantos años.

Y, siendo sincera consigo misma, Rebeccah también tenía envidia de Carina. De que contase con el amor incondicional de Irina. De ver que la pequeña la adoraba tanto pese a todo.

Durante las fiestas navideñas, había sido como su madre, pero ahora la verdad se había impuesto con crueldad. Siempre estuvo ahí, claro, pero ella no lo había visto, tan cegada estaba por el amor que esos pequeños despertaban en ella...

—Buenos días, princesa —La alzó en brazos y le besó la mejilla. La sentó en su silla—. ¿Qué te parece beicon y huevos revueltos para desayunar?

—¡Genial! —gritó, mostrando todos sus dientes al sonreír.

Rebeccah le besó la cabecita, ojalá pudiera ser siempre así.

Le dio un vaso de zumo y otro de leche y fue a por Roth. El niño era diferente a la niña, pero eso también lo hacía adorable. Los quería por igual, los

extrañaría tanto cuando regresase a su casa...

Le costó la vida misma despertarlo, pero al final lo convenció para que bajase a desayunar. Tuvo que prometerle que el fin de semana haría tortitas, pero lo logró.

Tanner llegó justo a tiempo: desayunaron todos juntos con Nick, ya que ambos hermanos habían empezado a trabajar en el rancho dos horas antes. Remington ya debía estar en comisaría y Amanda también debería estar en el café, vigilando a su niño desde los fogones.

—¿Estás bien? —le preguntó Nick mientras Tanner vestía a sus hijos.

Rebeccah estaba poniendo platos y tazas en el lavavajillas. Fregaría ella misma en un momento, pero temía mancharse el uniforme. Se incorporó mientras cerraba la puerta y sonrió.

—Me siento libre.

—Eso es bueno. Pero deberías vigilar a mi hermano —Nick miró hacia atrás para asegurarse de que estaban solos—. Lo de papá, enfrentarse a Carina por ti y ver que Irina está ciega con ella lo ha dejado hecho polvo.

Sí, sabía lo mucho que le había costado a Tanner plantarle cara a Carina. Sobre todo porque ella tenía la sartén por el mango. Le sería tan sencillo convencer al juez de que Rebeccah no era buena para Irina, de que Tanner estaba volviéndose gruñón con la niña desde que tenía nueva novia...

Maldita bruja.

Era odiosa.

—Lo cuidaré bien —prometió.

Nicholas se marchó, más tranquilo sabiendo que Beccah cumpliría su promesa, y la dejó sola con sus pensamientos...

Interrumpidos por Tanner, que entró para tomar los almuerzos de los niños. Estaba demacrado, le recordaba a ella cuando se pelearon y se fue a dormir a casa de Nicholas.

Le dolía verlo así.

Quería abrazarlo y sanarlo, asegurarle que todo iba a ir bien, ¿pero cómo jurarle algo que no podía cumplir? ¿Cómo prometerle que no le arrebatrían a su hija y que iba a superar, tarde o temprano, que su padre le hubiera dado dos hermanos con otra mujer que no era su madre?

—¿Estás bien, Tanner?

Él la besó en los labios como despedida. Rebeccah saboreó una triste sonrisa y odió todavía más a la exesposa de Tanner por hacerlo tan infeliz incluso desde

la distancia. Era horrible ver un hombre fuerte y vivaracho tan alicaído.

Desde que Carina se fue, asegurándole que el proceso seguía, hasta nueva orden, en marcha, se había encerrado en sí mismo.

Por eso a Rebeccah, aquel lunes, no le parecía tan brillante como debería tras la marcha de aquella bruja. Tanner no le había hablado prácticamente nada desde la noche anterior, había pasado parte de la noche en el salón viendo la televisión, dejándola sola y preocupada por él. Le había ofrecido una tila, compañía. Él siempre le pedía que se fuera a descansar sin apartar la mirada del televisor y sin dejar entrever ninguna emoción en su voz.

Se sentía apartada, pero entendía por qué, así que no podía enfadarse con él.

—No te preocupes, amor —le aseguró con un murmullo mientras se marchaba. La miró por encima del hombro—. He caído otras veces antes, me levantaré de nuevo.

El silencio de la cocina cayó sobre ella como una losa, que se llevó la mano hasta los ojos, apretando fuerte, hasta que sus párpados protestaron por la presión.

Se sentía culpable por haberlo empujado al borde del precipicio. Quizá si no le hubiera pedido ayuda con Carina y la hubiera soportado ella sola, permitiendo que él comiese de su mano...

¿Habría Carina recapacitado?

¿Habría decidido echarse atrás en la revisión de la custodia de la niña?

—No te culpes —le dijo Cindy horas más tarde, cuando fue a almorzar a la cafetería. Amanda la apoyó al instante, Cameron bien pegado a su hombro. Les había contado lo sucedido y cómo se sentía al respecto, necesitaba la opinión de sus amigas—. Esa mujer es malvada. Estuvieras tú o no, lucharía por destrozarle la vida a Tanner. Se la querrá llevar de todas formas.

—No entiendo por qué quiso conocerte si seguramente ya sabía antes de venir que nada iba a cambiar —suspiró Amanda.

—Porque es muy mala —insistió la tía de los Montgomery. Dejó un trapo sobre la barra con un golpe seco—. Me preocupa que su maldad se lleve por delante esta familia.

—Espero que no.

—Cindy, ¿y lo de sus hermanos? ¿Tú sabías que tu cuñado había... bueno? —Amanda estaba roja como un tomate. Ella había sido la otra en una ocasión y no se atrevía a juzgar a la madre de aquellos dos Montgomery ilegítimos.

La regenta del *Coffee's Valley* suspiró y se masajeó el cuello unos momentos.

—Sé que cuando Nick nació, mi cuñada tuvo una gran depresión post-parto y que las cosas estuvieron feas entre ellos. Imagino que se lió con otra cuando tuvo que ir a una feria de caballos en Dallas y... no sé si mantuvieron el contacto, pero supongo que de ahí nacieron Caroline y Lion.

Sí, Finch les había vuelto a llamar y les había confirmado que sus hermanos se apellidaban Caroline y Lion Reeves; su madre había cambiado de apellido para que los Montgomery no la encontrasen y, por consiguiente, sus hijos habían tenido su apellido. Los gemelos se llevaban once meses y diez días con Nick y vivían en California desde que tenían dos meses de vida. Caroline era profesora de arte en un instituto. Lion era médico.

—Espero que todo salga bien... —la voz de Rebeccah fue apenas un susurro, cortado por la melodía de su móvil—. Dime, Tanner.

—Acaban de llamar del colegio. Roth está enfermo... ¿podrías...?

Menudo lunes, pensó.

—Sí, claro, no hay problema —Consultó el reloj que había en la pared y empezó a bajar del taburete—. Llegaré allí en unos diez o quince minutos. ¿Das aviso tú o...?

—Dile a mi tía Cindy que llame. Estás en la cafetería, ¿no?

Era increíble que se supiera su horario, aunque Rebeccah no se lo tomó a mal ni vio en el gesto algo controlador. Ella siempre había sabido los horarios de B.B o de sus novietes cuando había tenido alguno. Incluso se sabía el de Spencer, para saber cuándo llamar a su casa para charlar con él.

—Eh... sí. Yo se lo digo —Dejó encima de la barra un par de billetes—. No te preocupes... nos vemos en el rancho —guardó el teléfono en el pantalón—. Roth se encuentra mal, voy a recogerlo al colegio. Lo llevaré al ambulatorio... ¿podéis llamar para decirles que voy yo a buscarlo?

—Claro. Yo me encargo —Cindy no pudo evitar una mueca—. Dinos algo cuando salgas del médico por favor.

Rebeccah asintió como respuesta y salió de la cafetería a paso rápido. Quería llegar cuanto antes al colegio. Si Roth había pedido que avisasen a Tanner, realmente debía encontrarse mal. Irina era más teatrera que él para esos casos, toda la familia Montgomery la había avisado de ello cuando la niña se empachó de comida en Navidad.

Cindy cogió de nuevo el trapo y, ladeando la cabeza, empezó a secar más vasos.

—Está hecha toda una madraza.

—Más que Carina, eso seguro —Bufó Amanda, mientras buscaba en la agenda de Cindy el número del colegio con la mano que no sujetaba al bebé—. Quiere a Roth.

—Tal y como Remington quiere a tu pequeño —La sonrisa de Cindy se dulcificó—. No son necesarios lazos sanguíneos para amar a un pequeño con toda tu alma. Ser padre no es sencillo, pero sentir el amor que provoca un hijo sí.

Amanda se dejó abrazar por Cindy y sus sabias palabras. Aquella mujer era un pozo de verdades, algunas más duras que otras, pero admiraba que fuera capaz de ser tan honesta.

Tenía razón. Lo veía en los ojos de su marido cada vez que éste miraba a Cameron. Nunca había temido que no lo quisiera lo suficiente por no ser su padre biológico, pero aún ahora se emocionaba cada vez que los veía juntos. Había una conexión entre padre e hijo que le ponía la piel de gallina...

Cindy marcó el teléfono.

—Sólo me preocupa que Carina vuelva a Irina en contra de la muchacha y el caos estalle en el rancho. Algo me dice que Rebeccah no soportaría semejante rechazo.

Roth había pasado por unas anginas bastante agresivas. Estuvo tres días en cama y tardó un par más en reponerse. El domingo estaba bien e insistía en que quería aprender a montar a caballo... y Tanner cedió.

Los Montgomery tenían un pacto: los niños siempre montarían acompañados y sólo aprenderían a manejar un caballo a partir de los doce años. Una forma de protegerlos, decían. Rebeccah no sabía si era muy extremista o no, no sabía cuán peligrosos eran los caballos con los niños y se mantuvo al margen.

Esa tarde, Rebeccah estaba metiendo con meticulosidad la ropa seca en el cubo cuando unas carcajadas infantiles llegaron hasta ella. Se acercó disimuladamente a la barandilla de la terraza, pues la lavadora estaba en un pequeño cuartito de aquel gran blancón, que compartían los tres ranchos.

El corazón se le derritió al ver a Tanner jugando con Roth. Estaban con un potrillo, que parecía haber congeniado muy bien con el niño. Quería ser vaquero como su papá. Un buen ejemplo a seguir.

Montgomery no quería que Roth estuviera cerca de los sementales más fuertes ni de las yeguas más agitadas, no quería desobedecer el pacto familiar.

Pero había decidido mostrarle poco a poco los secretos del rancho y del negocio de la familia.

Para eso, le había regalado su primer sombrero de *comboy*. Estaba desgastado, señal de que él lo había usado primero, hacía ya unas cuantas décadas. Pero al niño le había gustado tanto que Rebeccah dudaba que pudiera convencerlo para dormir sin él esa noche.

En esos momentos, Roth echó a correr hacia Tanner, que se agazapó y, con un grito de guerra, lo atrapó en el aire en cuanto el pequeño cuerpecito se lanzó a por él.

Lo levantó en brazos, por debajo de las axilas y dio vueltas con Roth, que empezó a reír de nuevo.

Era un pozo de tranquilidad verlos así de bien. Roth estaba totalmente repuesto y Tanner poco a poco recuperaba su forma de ser. Había sufrido mucho al ver al pequeño con fiebres tan altas, incluso lo sumergió en la bañera repleta de hielos.

Rebeccah se mordió el labio inferior ante la ternura de la escena, teñida de los colores del temprano ocaso invernal.

Ver a Tanner en la faceta de padre siempre la derretía por dentro.

Se había enamorado de él.

El cubo de la ropa seca por poco se le cayó al suelo ante aquella revelación, que había estado ahí últimamente y Beccah había preferido ignorar. Por eso se había sentido tan dolida con él cuando dejó que Carina la atacase. Por eso había creído en sus disculpas aquella mañana, en comisaría. Por eso se sentía tan colmada cuando hacían el amor. Por eso su dolor era el de ella.

Se apartó de la barandilla como si estuviera en llamas y entró en la casa. Dejó la ropa encima de la mesa de la cocina y se apoyó en ella después de quitarse el anorak, pues el miedo la estaba acalorando.

Hacía mucho tiempo que no tenía ataques de pánico, desde que pasó lo que pasó y tuvo que pedir el traslado a una comisaría más tranquila.

Ella no podía enamorarse.

Al menos, no de un hombre como Tanner Montgomery.

Iba a sufrir.

Porque para Tanner aquello sólo era una obra de teatro que terminaría en pocas semanas, en cuanto su hermano apareciera en el pueblo y se largase después de comprobar que su hermana tenía un novio decente.

No podía respirar, los brazos y las piernas empezaron a no responderle y una

fuerte jaqueca empezó a recorrerle la mandíbula hasta rodearle el cráneo y hundirse en su nuca.

Para él solo se trataba de un juego. Sexo por las noches y cariños fingidos durante el día. Le era más sencillo que a ella, sin duda, que no podía referirse a él con ningún nombre cariñoso. Mientras que Tanner la llamaba *amor*.

Amor...

Wallace.

—¿Rebeccah?

Amanda estaba parada en la puerta, observándola con los ojos abiertos como platos.

En la neblina de su desasosiego, la visión emborronada por las lágrimas, no vio la preocupación que había en los ojos almendrados de su mejor amiga.

Apenas podía articular palabra, pero logró pedir ayuda:

—Avisa... a Remington.

Su cuñada asintió y fue corriendo a su casa, donde su marido estaba bañando a Cameron. La había visto tan alterada que no cuestionó que le pidiera que fuese a por Remington y no a por Tanner.

Éste se enteró porque Amanda fue a buscarlo después, cuando vio que Remington cogía a su compañera por los hombros y la obligaba, con voz calmada, a ir hasta el sofá.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras caminaba hacia la casa.

—No lo sé. He ido a pedirle un poco de salsa de tomate cuando la he visto así. Estaba muy pálida, Tanner. Creo que le costaba respirar... —Las lágrimas brillaron en sus ojos y cambió a Cameron de brazo—. Creo que es un ataque de ansiedad. ¿Pero y si...? ¿Llamamos a emergencias?

—Esperaremos un poco, a ver si logramos calmarla. Se arreglará todo, tranquila —le aseguró antes de empezar a subir las escaleras hacia su casa—. Lleva a Roth con Nicholas, por favor.

Pero no las tenía todas consigo, había dicho demasiado pronto que todo iba a salir bien.

Si Rebeccah estaba enferma o estaba sufriendo algún tipo de crisis respiratoria, lo aprendido en la Academia no le serviría de nada a su hermano. Rezaba para que tuviera un ataque de ansiedad, como decía Amanda; eso siempre era reversible. No agradable, pero podía dejarse atrás con tranquilidad, infusiones y meditación.

Solo de imaginar que estaba enferma se le encogía el estómago y se moría de

miedo, como cuando Brenda les confesó que estaba muriéndose. Era como si una mano entrase en sus costillas a través de la piel y tirase de su corazón para sacárselo del pecho.

Los encontró en el sofá. Rebeccah tenía el rostro escondido entre las rodillas mientras Remington estaba agazapado frente a ella. Sus ojos grises se clavaron en él mientras le acariciaba la espalda y seguía hablando, como si siguieran estando solos:

—Poco a poco Rebeccah, eso es. Respira. Respira conmigo...

Tanner se sentó con cuidado a su lado. Remington le animó a frotarle la espalda y cuando apartó la mano, Tanner le sustituyó.

Durante unos segundos, la rigidez volvió a apoderarse de Rebeccah, pero tan pronto como la tensión llegó... se fue. Seguramente se había sorprendido de notar su presencia junto a ella, pero su cuerpo estaba acostumbrado al de Tanner, eran familiares como la vida misma.

—Ahora levanta suavemente la cabeza... —Remington le tomó la cara entre las manos y la enderezó un poco, obligándola a mirarlo a los ojos—. Bien. Ahora vas a echarte hacia atrás, cerrarás los ojos y te tomarás una valeriana. Dejarás que Tanner te lleve a la cama y te vas a tomar un par de días libres.

—¡No! ¡No me... obligues!

A Tanner se le erizó el vello de la nuca. Nunca había oído ese tono lastimoso en Rebeccah, era como si una mujer sin ganas de vivir se hubiera apoderado de ella.

—Sí, Rebeccah. Tienes que dormir —insistió Remington—. Descansar unos días.

—Si me quedo en la cama, me... dará por pensar —de nuevo le costaba respirar.

¿Pensar en qué?

¿Qué demonios estaba pasando allí?

—Amanda, por favor prepárale la valeriana —pidió Remington, antes de volver a mirar a su amiga—. Vamos, respira conmigo. No dejes que la ansiedad te domine. Eso es —la alentó mientras le agarraba ambas manos y le daba ánimos—. Todo pasó ya, Rebeccah. No fue tu culpa. Respira... Coge aire, expúlsalo. Bien, así. Hazlo conmigo...

Tanner frunció el ceño. Algo había pasado en la vida de Rebeccah, algo lo suficientemente fuerte como para quebrarla en aquellos momentos.

Y era algo que Remington sabía... mientras que él, su *pareja*, lo desconocía

por completo. Era lógico que su hermano supiera todo de ella, trabajaban juntos. Eran muchas horas. Y hacía meses que se conocían.

Era sorprendente que una mujer tan viva como Rebeccah tuviera demonios persiguiéndola. No lo hubiese dicho nunca. Creía que sus únicos malos momentos tenían que ver con la muerte de sus padres, que por eso se había hecho sus tatuajes; con la muerte de Parker.

Le preguntaría más tarde...

Pero no la presionaría. No quería verla así de nuevo, lo mataba encontrarla tan indefensa.

Remington asintió en su dirección. Se entendieron a la perfección después de tantos años viviendo puerta con puerta, habitación con habitación.

—Vas a sentarte ahora, Rebeccah. Si te mareas, dímelo y vuelves a inclinarte hasta que su tronco toque los muslos, ¿vale?

—Poco a poco, amor... ven aquí.

La ayudó a sentarse mejor en el sofá y la abrazó contra su costado mientras le susurraba que todo mejoraría. Su respiración era irregular, pero pronto fue normalizándose.

La calma estaba inundando el cuerpo de Rebeccah, que estaba encogida sobre sí misma. Ver cómo sus mejillas recuperaban el color y sus pestañas se secaban, sin más lágrimas contenidas que querían ser derramadas... él también empezó a relajarse.

No quería pensar qué significaba que verla sufrir lo afectase tanto, al igual que, si pudiera se adueñaría de su dolor.

—Respira... —le susurró.

Amanda dejó la valeriana sobre la mesita auxiliar y Remington le señaló la puerta con la cabeza. Su esposa lo esperó en el umbral y se apoyó en él cuando sus dedos se entrelazaron. Su hermano le dijo con los labios, sin emitir sonido alguno, que si lo necesitaba, fuera a por él. Tanner asintió con los ojos, temía asustar a Rebeccah haciendo cualquier gesto brusco.

Respirando hondo, apoyó su barbilla sobre su cabeza, el olor de su champú envolviéndolo como una banda sonora triste y melancólica.

Rebeccah se aferró a sus brazos cuando la puerta se cerró tras Remington y su esposa. Necesitaba librarse de aquellas cadenas que le aprisionaban el corazón, pero no sabía cómo hacerlo cuando pasado y presente se fundían ante sus ojos.

No podía confesarle a Tanner lo que sentía, pero podía explicarle la peor de sus pesadillas, una vivencia que preferiría eliminar de su memoria y que no podía

dejar atrás.

Tenía derecho a saberlo. Al fin y al cabo, pasaría con él el aniversario de la muerte de Wallace, el Día de San Valentín... y, posiblemente, otro ataque de ansiedad la golpease ese día.

—Lo vi morir.

Tanner abrió los ojos, el corazón empezó a latirle a un compás acelerado. No sabría decir el tiempo que había cobijado a Rebeccah entre sus brazos, pero sabía que ella había tardado varios minutos en dejar de temblar. La apartó de su cuerpo lo justo para poder mirarla a los ojos. Ella le devolvió la mirada sin expresión alguna, los labios entreabiertos.

—¿A quién viste morir, amor?

Ella parpadeó y su barbilla se contrajo en una mueca que contenía el llanto.

—Al salir de la Academia, me asignaron un compañero. Fueron varios años de amistad, de compañerismo y respeto. Incluso terminamos viviendo juntos. —Hipó y se cubrió la boca con la mano. Volvía a temblar. Tanner le acarició el pelo—. Wallace era un buen tipo. Una mañana... —Pestañeó, cerrando los ojos con fuerza cada vez que sus párpados se cerraban—. No sé por qué tuve que salir del coche, pero yo le pedí que... lo detuviera. Estaba rodeándolo cuando hubo un tiroteo. Estaban robando en la joyería frente la cual habíamos aparcado.

Una risa nerviosa se apoderó de ella, que apoyó la frente en su hombro. Tanner la sostuvo por los codos, notando que empezaban a arderle los pulmones.

—Apenas tuve tiempo de sacar la pistola y acercarme al lugar. Un ladrón abrió la puerta y al verme, levantó el arma hacia mí. Me quedé paralizada... —Una lágrima escapó para deslizarse por su mejilla—. Wallace se interpuso entre la bala y yo. Su pistola solo disparó una vez después del impacto. El ladrón murió. Lo vi caer, Tanner —sollozó y se abrazó a él—. Tenía tres heridas de bala y, ¡Dios! Si yo hubiera reaccionado a tiempo, si no... si no me hubiera quedado ahí, parada... ¡el miedo me dominó y no desenfundé mi arma! ¡Ese ladrón vació su cargador contra Wallace y yo no pude evitarlo!

—Shhh... no, Beccah...

—Si yo hubiera disparado primero, ¡Wallace seguiría vivo! —La ansiedad la golpeó justo en el pecho, dejando sus pulmones vacíos de aire—. ¡Yo tendría que haber muerto ese día! ¡Esas balas iban... iban para mí, Tanner!

—Ya está, amor, ya está...

La aferró con fuerza, hundiendo una mano en su pelo, notando el cráneo contra la palma. Debió ser horrible presenciar aquello.

—No fue culpa tuya.

Rebeccah se guareció en sus brazos.

Ni siquiera sus hermanos sabían lo ocurrido, ni Brian; sólo sabían que su compañero de patrulla había muerto en acto de servicio, pero no sabían lo herida que estaba desde entonces. Era una muñeca rota con el corazón destrozado, Wallace se lo había desgarrado muriendo de aquella forma.

No había querido tatuarse nada tras la muerte de Wallace, no se creía digna de ello.

En vez de volcar su dolor en la tinta y la aguja, había cogido el coche y se había puesto a conducir sin rumbo durante días, aprovechando que el capitán y la comisaria le habían dado una semana de vacaciones, para que se acostumbrara al duelo.

Así había llegado a Blue Valley.

No había entrado en ningún lugar ni se había relacionado con nadie, sino que había observado sus calles a través de las gafas de sol y bajo el refugio de una gorra. La tranquilidad que había en el lugar logró calmar su corazón; había sido una casualidad escuchar que el jefe del cuerpo se jubilaría en breves. En cuanto había regresado al coche, había llamado a su superior para pedir el traslado y sus jefes no dudaron en ofrecerle la vacante.

Apoyó la cabeza en la curva de su cuello y dejó que Tanner la cargase en brazos para subirla al dormitorio.

Cuando la dejó en la cama, quiso apartarse para ir a por una manta... pero Rebeccah lo cogió de la manga de la camisa para retenerlo junto a ella.

—¿Quieres ser mi Valentín, amor?

Tanner tragó saliva ruidosamente, una daga hundiéndose en su puño.

Temía preguntar qué significado tenían para ella aquellas palabras...

Rebeccah, que había estado mirando al techo con las lágrimas recorriéndole las sienes, ladeó la cabeza para mirarlo. Su sonrisa estaba rota, triste. Como su voz.

—Eso fue lo... —Su cuello se tensó, el llanto la estrangulaba— último que me dijo.

Él se echó a su lado y volvió a apretarla contra su torso.

Ahora entendía por qué Rebeccah se había enfadado con él antes de Nochevieja y se odió por haber sido tan insensible, aunque estuviera nadando en el desconocimiento.

Él la llamaba así porque era una forma de recordarle que se pertenecían, y

porque se sentía cómodo tratándola con tanta familiaridad.

Pero había habido otro hombre que había usado esa palabra antes. Y él sí lo había dicho con sentimiento. Incluso se lo había demostrado salvándole la vida a costa de la suya.

Se sintió miserable, sucio. Le gustaría arrancarse la lengua y luego arrastrarse durante meses por el lodo de la vergüenza hasta que lo perdonase.

Le cogió una mano y besó lenta y largamente el pulso acelerado que latía en su muñeca. No sabía cómo consolarla, cómo llegar hasta Rebeccah e intentar ayudarla a superar la muerte de su amigo.

Era bueno dando consejos a sus hermanos porque era el mayor y tenía más experiencia que ellos en la vida, se creía un tipo romántico que guiaba al resto hacia sus verdaderos sentimientos cuando la gente no se atrevía a verlos. Pero era horrible intentando subir los ánimos de la gente que le rodeaba, era un inepto.

—Lo siento mucho, Rebeccah. Si hubiese sabido antes lo mal que te sentaba que te llamase así...

—No... —Ella se cogió a la mano que la agarraba y la acercó a su pecho—. No dejes de llamarme así.

—No quiero que lo veas a él cuando me mires a mí.

¿Por qué demonios había dicho aquello? No era el momento de hablar sin pensar, aunque sirviera para ver que realmente lo pensaba. Ignoró esa parte de sí mismo, la cual estaba celosa de un muerto, decidió odiarse por ello más tarde. Ahora lo principal era Rebeccah, conseguir calmarla.

Ella levantó los ojos hacia Tanner cuando sus palabras penetraron en su cerebro.

Leyó un deje de celos en su mirada y se reconoció en él. Pensar que le hacía el amor con una parte de su mente centrada en Carina la había destrozado, así que imaginaba cómo se sentía al pensar que le recordaba a Wallace y todo lo que había dado por ella en sus últimos minutos de vida. Tanto sacrificio, tanto amor, tanta vida...

—No lo hago, Tanner. No sois la misma persona, nunca lo seréis.

—Bien...

Cuando le pidió entre susurros que custodiase su sueño, Tanner cerró los ojos. Negarse no era una opción, no la consideraba siquiera. Estaba a sus órdenes, haría lo que Rebeccah le pidiera.

—No pienso dejarte sola. Duerme tranquila. Si tienes una pesadilla, te sacaré de ella.

Con esa promesa bien presente, esperó a que se durmiera para desnudarla, ponerle un fino camisón oscuro, cogerla en brazos y meterla bajo las sábanas y cubrirla bien con el cobertor. Envío un mensaje a Nick, cuya respuesta no tardó en llegar: él cuidaría de los niños esa noche. Beccah era adorada por la familia y si ella no estaba bien, todos los Montgomery la apoyarían hasta que mejorase.

Además, si sufriera otra crisis, los niños se asustarían.

Se sentó en el borde de la cama y la observó dormir. Había encendido la luz del cuarto de baño y entornado la puerta para que la sombra de la lámpara acechase sobre ellos e iluminase lo justo. Así alumbraba el dormitorio sin peligro de despertarla.

Hacía tiempo, su hermano Remington le había asegurado que a Rebeccah le hacía bien tener a Amanda como amiga, que ambas estaban resquebrajadas. Apoyándose la una con la otra hacían piña. Ahora entendía por qué Rebeccah tenía grietas en el corazón y porque había escapado de una vida aparentemente perfecta de la ciudad para aterrizar en un pueblecito pequeño, rodeado de montañas y donde el polvo y los caballos eran de lo más abundantes.

Rebeccah llevaba sobre los hombros un peso que no le tocaba cargar. Aquella culpabilidad la mataba por dentro. Debía dolerle, debía impedirle ser feliz del todo.

Tanner tenía que hacerle entender que aquello no era vida.

Cogió aire.

¿Qué hacer para que dejase atrás todo el miedo y culpabilidad que la atrapaban en el pasado?

¿Cómo ayudarla cuando en esos momentos él también se sentía atrapado en unas arenas movedizas que lo engullían cada vez más? Descubrir que tenía dos hermanos pequeños lo había trastocado.

¿Cómo evitar que Becks naufragase cuando él ya estaba flotando en alta mar, esperando que todo terminase?

Cuando Rebeccah se despertó, era de madrugada. Tanner estaba tumbado a su lado, acariciándole el brazo con las falanges de una mano. Una forma de hacerle ver que no estaba sola incluso en sueños.

—Siento mucho haber dado este espectáculo.

La ansiedad no podía controlarse, Tanner lo sabía. Había sufrido un par de ataques de pánico en su vida, un secreto que no pensaba contarles a sus hermanos. Aquel sentimiento de pesadez y miedo te paralizaba y te dejaba sin aire ni sentido común...

Le sonrió con mimo. No quería que Beccah creyera que era malo mostrar lo que sentía. No creía que un ataque de ansiedad fuera signo de debilidad o de una persona demasiado sensible. Él conocía bien lo horrorosos que podían llegar a ser los demonios y que, de vez en cuando, decidían asomar la cabeza para recordarte que seguían estando allí. No era reprochable.

—No has dado ningún espectáculo. No pienses en eso, Rebeccah. Eres humana y tienes derecho a sentir. Amor, pena, rabia —Le besó la sien y luego resiguió el contorno de su mejilla con la nariz—. Ven conmigo.

Ella frunció el ceño y miró por encima de su hombro para ver que el despertador marcaba las dos de la mañana.

—¿Ahora?

—Sí.

CAPÍTULO 15

Tanner condujo hasta *La Cabaña Azul* en silencio. Era un trayecto corto, mínimo. Un minuto, dos si llovía. A pie era un poco más largo, pero seguía siendo una nimiedad.

Ayudó a Rebeccah a bajar del todoterreno, él se conocía el camino de sobras. Estaba cansado de recorrerlo, sabía dónde había piedras y raíces aún en la oscuridad, pero ella no. Tenía miedo de que se tropezase de camino a la cabaña, él la guiaría tomándola de la cintura.

Estaba envuelta en una bata gruesa, mientras que él llevaba la ropa de esa tarde. No se había cambiado, no quería perderla de vista mientras dormía. Por eso el frío de la calle los siguió al interior de la casa.

Encendió la chimenea y la hizo sentarse justo enfrente. Se cubrió con una manta y se sentó junto a ella, cuyos ojos estaban fijos en la pequeña fogata que ardía y crujía frente a ella, consumiendo la madera y calentando la estancia. Parecía no notar el frío, tan absorta estaba en sus pensamientos y aquello lo preocupaba. La tristeza es como un ángel de la muerte, que te atrapa y te abraza con dulzura para destruirte.

La observó durante unos segundos. No parecía la Rebeccah de siempre.

—¿Lo amabas?

Con un parpadeo, Rebeccah pareció regresar al mundo real. Lo había escuchado.

—No. —Sus ojos descendieron hasta perderse en la alfombra. Tanner apreció la culpa en su voz y se pasó la mano por el pelo—. Muchas noches he deseado hacerlo, poder decir que fue un sentimiento recíproco, intenso como el que más. Pero... —Encogió un hombro mientras los ojos le resplandecían por las lágrimas.

Tanner la ayudó a continuar, vio que la pena volvió a atragantarla.

—Era un buen amigo.

—Era el mejor. No me malinterpretes —Beccah carraspeó para aligerar el llanto que la asfixiaba de nuevo y cerró el puño varias veces para ahuyentar la ansiedad que se apoderaba de sus manos—. Brian, mi amigo tatuador, es mi pilar más importante. Sin él, no sería nadie. Pero... Wallace fue muy importante para mí, soy la poli que soy gracias a él. Fueron mucho años de amistad y convivencia.

Sí, vivir juntos debió unirlos muchísimo. Y en su trabajo era importante tenerse el uno para el otro, pues se cubrían las espaldas constantemente. Era cuestión de vida o muerte, aunque en el caso de esta peculiar pareja se había hecho demasiado real...

Ella misma lo había dicho cuando Carina estuvo de visita. Ahora que no estaba bajo su embrujo de belleza, Tanner era capaz de recordar todas las conversaciones que se dieron.

Se tragó un suspiro.

—Lo querías, pero no del mismo modo que hacía él. Eso no es malo, Rebeccah. —Le acarició el pelo, desenredádoselo con delicadeza usando sólo los dedos—. Los sentimientos no se eligen. El amor aparece o no, pero no puedes... simplemente forzarlo.

Ahí estaba, el Tanner romántico que sus hermanos conocían y buscaban de vez en cuando, a veces porque necesitaban consejo, o simplemente para burlarse de las cursilerías que escapaban de su boca.

Pero Rebeccah no pensó que fuera empalagoso.

La sonrisa cínica y desnuda de emociones que se dibujó en sus labios la llevaba directamente a él.

Sí, los sentimientos tenían su propio rumbo y los de ella la estaban atando a un hombre que la consolaba y la excitaba, pero que no tenía intención de darle nada a cambio.

—¿Sabes la historia de la cabaña, Rebeccah?

¿Y quién no?

—Todo el pueblo lo sabe. Blue Valley asegura que *La Cabaña Azul* tiene la esencia original del lugar —le miró de soslayo—. Fue muy bonito que tu abuelo la construyera para tu abuela, Tanner. De verdad.

—El amor lo puede todo... supongo. Tardó mucho tiempo en construirla, pero fue un regalo perfecto —Pasó un brazo sobre sus hombros y la abrazó— El amor siempre nos da regalos. A veces nos hace caer, pero siempre nos recompensa con momentos felices.

—Te casaste con Carina y luego te divorciaste. ¿Te compensó el pasado cuando todo lo que habíais construido juntos se rompió?

Carina y él eran otra historia.

Sus abuelos habían tenido un romance precioso, uno de esos amores que todos quieren vivir y que, a la par, temen conocer. Sus padres también se habían enamorado, hasta el punto que el destino había decidido que murieran juntos, tal

y como habían vivido parte de su vida, independientemente de lo sucedido en Dallas.

Ese era el ejemplo que valía para él, para sus hermanos.

Su matrimonio fallido con Carina no era algo que quisiera recordar y que no pensaba ofrecerle a Rebeccah.

Sólo soportaba los agrios recuerdos por Irina, porque era lo más bonito que le había pasado nunca.

—Wallace no es Carina. Él era un hombre íntegro y consecuente, y te amaba más de lo que Carina jamás podrá albergar por otra persona en su corazón — Apoyó su mejilla en su sien, el pelo haciéndole cosquillas en la barbilla.

Y era cierto.

Él se hubiese interpuesto entre Carina y una bala un millón de veces durante su matrimonio, pero ella no lo hubiera hecho en ningún momento. Era triste, y duro, darse cuenta de que habías amado a una persona con todo tu ser y que ésta no te había devuelto nada, dándote miguitas de pan, como si no merecieras más.

—Duele recordarlo —murmuró ella.

Y duele más pensar que le he olvidado, pensó Rebeccah.

No estaba enamorada de Wallace, nunca lo había estado, pero no podía evitar sentir que le debía algún tipo de amor porque habían sido muy buenos amigos, porque su vida sin él se hacía cuesta arriba y porque había muerto por salvarla.

Le era leal hasta extremos que ni ella conocía.

Y ahora se sentía atrapada en el sentimiento de culpa y en el miedo de sufrir, porque Tanner iba a destrozarla. Sus pedacitos se harían más pequeños y la coraza que la cubría se reforzaría hasta aislarla del mundo exterior. La armadura seguiría abollada, lo estaría mucho más probablemente, y las lágrimas soldarían los rasguños haciendo de ellos cicatrices. Unas que arrastraría de por vida y que le impedirían tener un gran amor.

Lo había esperado toda la vida, soñándolo en silencio.

Convencida de que encontraría a *esa* persona que sanase sus heridas, que reparase sus defectos y que la hiciera feliz por encima del bien y el mal.

Y se había enamorado del hombre que sólo le ofrecía una farsa.

Del único que nunca le daría lo que buscaba.

¿La teoría de que el primer amor nunca se consigue y que se encuentra un segundo, más calmado y reconfortante? Pamplinas. No habría segundo amor de su vida porque ningún otro hombre entraría en su acorazado corazón y apartaría de allí a Tanner.

Joder, ¿por qué pasaba de Wallace a Tanner con tanta facilidad?

Era desleal hasta para eso.

Se odió tanto que se abrazó las rodillas hasta que sus muslos aplastaron sus senos y escondió el rostro. Quiso llorar, quiso ser presa de un ataque de ansiedad de nuevo. Sufrir, eso era lo que merecía en esos momentos.

Oyó a Tanner suspirar y se dejó arrastrar hasta su cuerpo, sólido, cálido... *vivo*.

—No puedes permitir que la muerte de Wallace siga afectándote de este modo. Estás perdiéndote el lado bonito de la vida y él no querría eso para ti. Quería que siguieras aquí —ella se estremeció ante sus palabras, él continuó—: No hagas que su muerte sea en vano. Vive como si mañana fuera tu último día, Rebeccah. Ama, sueña, salta, canta, como si tu corazón fuese a dejar de latir de un momento a otro. Haz que cada latido cuente, que cada momento valga la pena. Así, si un día te reencuentras con Wallace en otro lugar... —le alzó el rostro tomándola suavemente de la barbilla—, podrás decirle que su gesto valió la pena y que su pérdida te enseñó a sumar y ganar buenos momentos.

Rebeccah se refugió en el hueco de su hombro.

No supo qué la impulsó a besarle la piel, pero lo hizo. Fue un gesto suave y tierno, no había nada sexual en él. Necesitaba aquel contacto para sentirse reconfortada y poder divagar en sus palabras: tal vez Tanner tenía razón, quizá debería vivir la vida como si fuera a morir al día siguiente. Ser feliz y aprovechar el tiempo que Wallace le había regalado evitando que la bala la matase a ella.

Pero era difícil tener ciertas intenciones para con la vida cuando esta no dejaba de ponerte obstáculos para ser feliz...

—Nunca entenderé por qué te levantas con tanta energía, Wallie... —Había refunfuñado ella una mañana, mientras esperaba que la tostadora escupiera sus dos panecillos—. Yo hasta que no me he tomado dos cafés no soy capaz de pensar con normalidad. No hablemos de sonreír.

Wallace, que estaba leyendo el periódico, había levantado la cabeza en su dirección y su sonrisa se había ensanchado. Siempre desprendía positivismo y luz, a diferencia de Rebeccah, cuyas ojeras y ojos mal desmaquillados emanaban hosquedad cada mañana. Siempre habían sido como la luz y la oscuridad, de lo más distintos.

—Cada día es una nueva oportunidad de ser feliz, de aprender cosas nuevas, de conocer gente maravillosa. Quién sabe si mañana despertarás, hay que vivir el momento —Había respondido él.

Carpe diem.

El lema de Wallace. Él lo había tenido impreso en el cuerpo, cubriendo su antebrazo de una forma discreta. Cuando murió, Rebeccah había querido tatuárselo en el mismo lugar, con el mismo tipo de caligrafía, pero no se vio capaz.

A lo mejor... debería hacerlo. Acudir al estudio de B.B cuando regresase a la ciudad de visita y recordar de una forma distinta a su compañero de piso.

Y pasar página de una vez por todas.

Para ser feliz... como él habría querido, como Tanner se estaba encargando de recordarle.

Tanner estaba allí en aquellos momentos, como ella.

Pero Wallace ya no.

Se sentó en el regazo de Tanner mientras desperdigaba besos en su rostro, las manos afianzadas en sus hombros, la manta que los cubría en el suelo. Él la sujetó por la cintura. Tenía los ojos cerrados y dejaba que aquellos labios calientes y húmedos le recorrieran los pómulos, la barbilla, los párpados, la mandíbula.

Rebeccah se había enamorado de él por su forma de ser. Tan natural y maravillosa, a veces refunfuñón y otras romántico y otras tan... sensual. Era un hombre con mil facetas y ella adoraba cada una de ellas, porque juntas lo formaban a él.

Tal vez, con la convivencia, Tanner se enamorase de ella. Era una posibilidad. Rebeccah dudaba que fuera a suceder, pero había una probabilidad.

Sólo una.

Y estaba dispuesta a apostar por ella.

Seguramente saldría con el corazón roto.

Seguramente Tanner no se fijase en ella como una pareja romántica, dado el desastre que resultó ser su primer matrimonio.

Seguramente sus esperanzas caerían en saco roto.

Sin embargo, Rebeccah se agarraría a ese clavo ardiendo hasta el último instante. Y cuando cayera al abismo, si caía, se consolaría pensando que lo intentó y que había vivido al día, creando momentos mágicos, recuerdos que almacenar para siempre y que, algún día, dejarían de escocer.

Era una kamikaze.

Sí, por qué negarlo, tenía miedo. Mucho miedo. Miedo de salir escaldada, miedo a que Tanner le rompiera el corazón, miedo a tener que ver cómo se

enamoraba de otra mujer en vez de fijarse en ella, miedo a que la dejase indefensa, miedo a que no pudiera ver lo mucho que lo amaba.

—Rebeccah...

Ambos abrieron los ojos, las narices rozándose, los senos de ella acariciando el torso masculino cada vez que cogía aire. El aire estaba condensado a su alrededor como una corriente eléctrica que los abrazaba.

—¿Vas a besarme?

Rebeccah no había querido que la situación se le escapase de las manos... en esa dirección. No quería que aquello pasara. Al menos, no esa noche.

—Quiero decir... —Las manos de Tanner vagaron hacia abajo, hasta levantarla por los glúteos, haciendo que su rostro quedase unos centímetros por encima del suyo—, besarme de verdad.

Los ojos de Rebeccah se volvieron color miel mientras enrollaba las piernas en las caderas del hombre, para sentirse más cómoda. Bajó la cabeza. Cuando sus labios se apoderaron de los de él, ambos cogieron aire por la nariz en un silbido de lo más erótico que los inflamó a ambos.

Tanner le permitió llevar las riendas. Dejó que lo saqueara todo a su paso, adueñándose de cada recodo de su boca, adueñándose de su sabor y su calidez.

Él se limitó a apretar más fuertemente su trasero para atraerla hacia él, necesitaba sentir cada pulgada de su cuerpo contra el suyo, casi de forma enfermiza.

Necesitaba tenerla cerca. Con Rebeccah estaba descubriendo un mundo nuevo en la cama. Cuando ella lo acariciaba, cuando lo estrechaba entre sus brazos, cuando se volvía atrevida para darle placer, cuando lo besaba. Un hormigueo cálido y burbujeante se apoderaba de sus entrañas, haciendo que su vientre se contrajera como nunca antes lo había hecho.

Y no le ponía nervioso descubrir que había una nueva sensación en su interior.

Se rendía ante ella tal y como se rendía ante la mujer que la había causado.

A Rebeccah se le escapó un gemido cuando Tanner se dejó caer hacia atrás, dejándole sentada a horcajas sobre su prominente erección, que quería escapar de los apretados vaqueros. Encajaban en el lugar exacto. Se sintió húmeda al instante. Era asombroso lo rápido que se excitaba cuando se trataba de Tanner.

Y, por unos segundos, se permitió odiarse por ignorar así el recuerdo de Wallace, desterrándolo a un segundo plano. Pero aquel hombre lo acaparaba todo, su cuerpo la llamaba como si fuera su amo...

Vives, Rebeccah, pensó. No te martirices por estar viva.

Siguió besándolo, contoneándose contra su bragueta al ritmo que lo besaba y su lengua jugaba con la de él.

Tanner ronroneó, estaba al límite. Aquella mujer tenía el poder de destruirlo con crueldad y ternura al mismo tiempo. *La Cabaña Azul* iba a incendiarse como siguieran así.

Las sensaciones que despertaban el uno en el otro eran magníficas, magnéticas.

—¿Vas a hacerme el amor? —preguntó Rebeccah en un balbuceo, cuando arqueó el cuello para que la boca de Tanner le lamiera la yugular.

Tanner sonrió contra la base de su cuello mientras le abría la bata que la cubría. Estaba deseando arder.

Arder con ella.

—Te prometí enseñarte a montar... —Susurró él mientras le mordía el mentón y le arrancaba la bata y le quitaba el camisón por encima de la cabeza—. Creo que es un buen momento para eso.

Rebeccah rezongó.

—Prometiste enseñarme a montar *a caballo* —se quejó ella, aunque tenía las mejillas encendidas.

—Hoy que tendremos un paseo distinto —sugirió Tanner mientras recorría el contorno del sujetador con la nariz.

CAPÍTULO 16

A Tanner se le contrajo el corazón y la boca del estómago cuando vio a Rebeccah caminar hacia las cuadras, entretenida en hacerse una coleta alta. Llevaba unos vaqueros desgastados que amenazaban con romperse a la altura de la rodilla y un jersey de lana. Incluso se había puesto un chaleco de pelo sintético para no pasar frío.

La encontró guapísima con aquellas botas de vaquera que le había comprado, como regalo.

Y es que necesitaba verla sonreír más a menudo. Cuando le contó lo de su amigo Wallace, su felicidad se apagó. Poco a poco fue recuperándose, volviendo a ser la de antes, pero todavía quedaba un resquicio de miedo en sus ojos. Lo apreciaba cuando la miraba. Lo mataba saber que lo estaba pasando mal.

Cuando llegó a su lado, agachó la cabeza y la besó. Fue un beso rápido, pero suficiente como para calmarlo.

—Estás guapísima.

—Son estas botas. Tienen algo especial.

—Por eso las compré en Dallas nada más verlas —le guiñó un ojo.

Esa semana sus hermanos y él se habían escapado un día a Dallas. Había sido un día intenso, pero había tenido un tiempo de descanso para ordenar sus pensamientos. Mientras se tomaba un café en un centro comercial, había visto aquellas botas y había imaginado a Rebeccah desnuda, usando solo esos tacones gruesos y llevando su sombrero de *comboy*. Una imagen que le había electrizado por dentro, haciendo que corazón ardiera. Las había comprado en el acto, le había importado bien poco que el precio fuera desorbitadamente escandaloso.

Aquello había ocurrido cuando habían ido a ver a Finch.

Al parecer, su padre no había incluido en el testamento a sus hijos porque los daba por perdidos. ¿Cómo dejar dinero y tierras a dos críos que habían desaparecido del mapa? Los había buscado durante años. La madre de Tanner había estado siempre al corriente de todo y había animado a Joe a contarle la verdad a sus hijos, pero éste jamás había querido hablarles de unos hermanos que nunca conocerían. En vano. Hasta ahora, que ellos habían descubierto la verdad.

No querían dinero, ni la finca. No querían nada de su padre, la herencia les daba igual.

Sólo querían conocer a la familia e intentar mantener una relación con ellos, aunque fuera un trato cordial.

Pero los Montgomery no tenían esa idea. La familia estaba unida siempre. Nunca podían estar ahí por obligación o educación, el vínculo tenía que ir más allá y ser profundo, importante. De seguro que lo conseguirían crear si todos ponían de su parte.

Volvió al presente cuando Rebecca le dio un apretón de manos. Era habitual que Tanner se perdiera en sus pensamientos y fuera ella quien lo hiciera regresar a la realidad.

—¿Lista?

Rebecca miró un momento sus manos entrelazadas y sonrió un poco más.

—Lista.

La llevó hasta las cuadras y ella fue directa hasta *Verona*, una yegua española muy tranquila. Era preciosa, de un color blanco manchado. Las había presentado días atrás. Beccah se había enamorado de ella al instante, un momento único.

—Es muy bonita —la agente Lennox había sonreído de verdad en días. Lo había mirado con la fascinación titilando en su mirada castaña—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tienes que conocerla. Ganártela. Tenéis que confiar la una en la otra para que esto salga bien —le había explicado—. Por eso es tan complicado dominar caballos salvajes. No confían en ti y tú intentas enseñarles un comportamiento nuevo para ellos.

—¿Y cómo se hace eso?

—Vas a cuidarla unas cuantas mañanas.

—Me parece bien —Rebecca no se había echado atrás—. ¿Cómo me acerco a ella para que no me vea como una amenaza?

—*Verona* es muy tranquila. Además, está acostumbrada a los humanos —Tanner había rebuscado en un armario—. Por eso los criamos aquí, para que se habitúen a nosotros. Ten —le dio un cepillo—. Ve hacia ella, pero hazlo tranquila. Si vacilas, retrocede. Huele tu miedo.

—No tengo miedo.

Tanner no lo había dudado. Rebecca era realmente valiente, podría con un caballo, aunque aún ahora estaba convencido de que los nervios le retorcían el estómago.

—Hazlo de lado o de frente, el caballo tiene que verte en todo momento. Eso es, muy bien, amor. Sigue hablándole, pero baja un poco más la voz... —y

un escalofrío le había lamido la espina dorsal cuando el tono de Rebeccah bajó. Le pareció tan tierno... como si hablase con un niño pequeño—. Lo estáis haciendo muy bien, las dos.

Después de días aseándola y cepillándola, *Verona* prestaba atención a todo lo que Rebeccah le decía y no se amilanaba ante su presencia. No la veía como una amenaza. La chica le hablaba y el caballo escuchaba. Rebeccah la cepillaba y *Verona* se lo permitía. Incluso comía terrones de azúcar de su mano, directamente. No le mordía, era delicada cogiendo el azúcar.

Era una armonía perfecta, por eso Tanner sabía que aquel día era el ideal para que Becks montase de una vez por todas.

Le explicó cómo ponerle el equipo de monta a la yegua, era imprescindible que todo estuviera bien sujeto, sobre todo en cuanto a la chincha se refería. La ayudó a colocar la silla, que pesaba como un muerto. Rebeccah era fuerte y dura, la placa pedía sacrificios, pero aquello era demasiado. La colocaron sobre la mantilla con cuidado para no dañar al animal.

—Imagino que lo peor ya ha pasado —jadeó ella.

Tanner sonrió y le calzó su sombrero de *comboy*, arrancándole una carcajada. Qué bonito era hacerla reír, se sentía el hombre más poderoso y afortunado del mundo.

—Venga, tenemos que arreglar las chinchas. Si no están bien ajustadas, podrías caer.

—¿Sin la chincha la montura no está bien sujeta?

—Exacto. Podrías hacerte daño. No quiero... correr ese riesgo.

Se volvió hacia el equipo restante y no vio cómo ella se ruborizaba. No pensaba negar que estaba encantada con la idea de que Tanner se preocupase por ella.

Las tijerillas las puso él y sólo se giró hacia Beccah cuando tuvo las riendas en las manos, a sabiendas que todo estaba en orden y de que la yegua estaba lista para ser montada.

Rebeccah estaba ensimismada mirándolos. Tanner tenía un don natural para los caballos, trataba a *Verona* con un encanto especial que la emocionó. Aquel hombre vivía por y para el rancho, no encajaría en ningún otro sitio. Aquel era su lugar, su hábitat natural.

Ajeno a lo mucho que se derretía ella ante su profesión, dejó que Beccah sacase al caballo de la cuadra y lo llevase hasta el círculo de arena donde entrenaban y domaban a los caballos, mientras le hablaba:

—Nunca te pongas detrás de ella. Si se asusta, te puede dar una buena patada. Siempre delante o a su lado. —Le palmeó suavemente el trasero para que se acercase un poco más al cuello del animal—. Bien.

Rebecca estaba muy atenta a sus instrucciones para subir al animal. Primero tenía que poner un pie en el estribo, apearse, con la mano en la montura, y pasar la otra pierna por encima de la silla. Deslizarse, sentarse sin ser brusca y dejar el otro pie en el estribo.

La teoría parecía fácil, pero la práctica... falló dos veces. Se sintió poderosa cuando se aferró a las riendas, ¡estaba montada en un caballo y se sentía tan libre! ¡Tan alta! Las apretó con fuerza, los nudillos se le pusieron blancos. Igual que la mente cuando, miró hacia el rancho y se dio cuenta que no tocaba suelo y que ahora dependía de la yegua, que no parecía molesta ni enfadada por tener nueva jinete.

Verona se movió un poco hacia un lado. Y Rebecca casi gritó cuando notó aquella masa de músculos y huesos moverse bajo sus glúteos.

—Se mueve... —Susurró, horrorizada. Ahora aquello era real, no era un toro mecánico ni mucho menos.

—No temas —la voz de Tanner sonó muy cerca, muy bajita y con un tono muy calmado. La relajó casi al punto—. Los animales son capaces de notar tus emociones, los caballos los qué más. Si estás asustada, lo mejor es que te ayude a desmontar... puede ser peligroso —le contó.

—Estoy bien. Sólo... emocionada.

Tanner la creía. Parecía una niña pequeña, y le gustó aquel cambio en Rebecca.

—Recuerda lo que te comenté anoche.

La noche anterior, mientras se ponían el pijama y se metían en la cama, Tanner le había explicado varias cosas básicas: cómo sujetar las riendas; cómo usarlas para mandar sobre la dirección que el caballo debía tomar; cómo usarlas sin hacerle daño al animal; cómo darle indicaciones con las piernas a Verona con cuidado de no hacerle daño con los estribos, pues sólo debía usarlas rodillas y sin ser muy ruda...

Y muchas cosas más.

—Lo recuerdo casi todo. ¿Estoy bien derecha? —cuando Tanner asintió, se obligó a relajar los dedos—. ¿Tengo las manos bajas y alineadas para que las riendas no le hagan daño a Verona?

—Todo está bien. Si hicieras algo mal, ya te lo hubiese dicho —Tanner la

apaciguó tocándole un momento el muslo, dada la diferencia de altura—. Me preocupas tú, pero también ella, Rebeccah. No permito que mis caballos sufran.

Ella jamás lo había puesto en duda.

—¿Y ahora qué?

—¿Aburrida? La primera clase siempre es la más teórica y...

Rebeccah bufó. Le encantaba verla enfurruñada, aunque de seguro lo estaría fingiendo y terminaría por sonreírle. Era adorable cuando fruncía las cejas y los labios, aunque había oído decir a varios jóvenes del pueblo, aquellos que se habían enfrentado a ella borrachos y habían terminado pasando la noche entre rejas, que aquella expresión le daba un aspecto demoníaco.

Él sabía que no era así.

Era capaz de ver más allá. Sus sonrisas eran cegadoras, sus mejillas se teñían de un leve rosado. Era bromista y lista, y la diversión y la inteligencia refulgían en sus ojos.

—Relaja las caderas.

Rebeccah entornó los ojos en su dirección, fulminándolo desde las alturas con la mirada.

—Eres lo peor.

Tanner quería reír, pero se controló y se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa pícaro en los labios.

—Te enseñé a montar, amor, no es mi culpa si me encuentras irresistible.

Su nueva alumna gruñó y *Verona* movió la cabeza arriba y abajo. Tanner decidió centrarse de nuevo en la lección y se obligó a mostrarse impasible.

Aunque Rebeccah estaba demasiado arrebatadora ahí arriba, con el sombrero de *cowboy*.

—Mantente siempre recta, pero no te tenses, es peor si no estás relajada...

—empezó a contarle, aplicando una leve presión en la base de su espalda para que se irguiera—. Hoy no saldrás del recinto, pero si seguimos así y veo que estás preparada... podríamos salir a pasear a la montaña. Allí encontraremos pendientes y para entonces tendré que enseñarte a cómo mover la espalda según si el caballo necesita subir o bajar.

—Sueno complicado.

—¿Más que aburrida no estarás agobiada?

—Abrumada —lo corrigió Rebeccah, respirando hondo—. Vale, ¿y ahora qué hacemos?

—Es el momento de que camines un poquito, amor.

Rebeccah se dejó caer en el sofá con pesadez, casi gimiendo, y se acomodó mejor contra las almohadas.

Estaba destrozada, nunca pensó que pasear en círculos sobre un caballo fuera agotador. ¡Apenas había estado una hora sobre la montura! Pero su cuerpo se lo había tomado como si hubiera participado en un triatlón.

Se consoló diciéndose que Tanner le había asegurado que era normal las primeras veces, que una vez el cuerpo se acostumbra a la monta, es como ir en bici.

—¿Estás bien?

Rebeccah levantó la mirada hacia el pequeño de los Montgomery y aceptó la taza de té que le ofrecía.

Nick les había acompañado hacia el final con su semental. Era un extraordinario jinete y un buen maestro, como su hermano mayor. La había ayudado a desmontar, bromeando constantemente con Tanner:

—Vamos, hermanito, deja que sea un caballero. Pero no te pongas celoso.

La había tomado de la cintura cuando vio que tenía los pies totalmente fuera de los estribos y la había dejado en el suelo con delicadeza. No la había soltado hasta comprobar que estaba pisando firme y que conservaba intacto su equilibrio.

Nicholas Montgomery era una caja de sorpresas, pero también estaba dentro de una llena de misterios. Era como una muñeca rusa. Cada capa ocultaba algo distinto de él y Rebeccah tenía la sensación de que Nick se cubría tanto por una mujer...

—Estoy hecha polvo —admitió, sonriendo detrás de la taza antes de darle un sorbo a la infusión.

—¿Agujetas?

—Culpable —rio ella.

Nicholas le acompañó en la carcajada, y así los encontró Tanner después de acostar a los niños. Se apoyó en la puerta, aprovechando que ninguno de los dos estaba pendiente de él, y observó cómo Nick le recomendaba tomarse un vaso de agua con azúcar un par de días en ayunas.

Le gustó verlos tan unidos, como si fueran amigos desde niños. No tenía celos, no había ningún sentimiento oscuro moviéndose por su sangre, espeso y

peligroso. Nicholas seguía enamorado del recuerdo de su primera novia; no importaba los lustros que pasasen, su amor de adolescencia seguía apuntalado dentro de él. Sin embargo, aunque tuviera el corazón libre de emociones como aquella, Tanner no lo veía como una amenaza. Ningún hombre debía serlo. No consideraba a Rebeccah de su propiedad, la mujer se pertenecía a sí misma y por eso decidía sobre su vida ella sola.

Pero tenía miedo de que dejase de ser suficiente para ella.

Tenía casi cuarenta años y se sentía tan inseguro como un chaval de dieciséis.

¿Y si ella dejaba de desearlo? ¿De encontrarlo atractivo? ¿Qué pasaría cuando se marchase del rancho? ¿Cuánto tardaría en encontrar un hombre que supiera que le encantaba que le mordieran el lóbulo de la oreja, que recorriera su cintura como quien acaricia una guitarra? ¿Cuánto tardaría otro hombre en recorrer con la lengua sus dos tatuajes después de él?

Joder, la cabeza iba a estallarle. Todas aquellas preguntas sin respuestas lo agobiaban y presionaban justo en el centro de su pecho. El corazón dolía. El estómago dolía. Las sienes dolían.

Rebeccah dolía.

¿Pero por qué?

¿Cuándo había empezado a verla de otro modo que una amiga o una buena amante que lo hacía reír y lo hacía pensar fuera de la cama?

Rebeccah se volvió hacia él, quizá había notado su presencia.

—¿Crees que agua con azúcar será suficiente? —le preguntó Rebeccah, cruzando una pierna sobre la otra con sumo cuidado.

Caminó hacia ellos y se sentó en el borde de la mesa auxiliar, que soportó su peso con estoicidad. Le apartó un mechón de pelo del rostro y se lo escondió tras la oreja, aprovechando luego para acariciarle fugazmente la mejilla y la mandíbula con el pulgar.

¿Habían sido imaginaciones suyas o a Rebeccah se le había cortado la respiración?

—Creo que mañana te levantarás como nueva si vas a descansar ahora.

—Tienes razón. Ha sido un día largo y mañana doblo turno —Bufó antes de levantarse con una pequeña sonrisa—. Buenas noches, Nick.

Le dio un beso en la mejilla a Nicholas. Cuando se giró hacia él, le depositó un suave beso en los labios que lo hizo cerrar los ojos los pocos segundos que duró.

Su corazón latía tan rápido que Tanner supo que ambos querían más. Quería

seguirla hasta el dormitorio y aumentar el dolor que debía sentir en los abductores.

—Buenas noches, amor.

Beccah también habló en susurros mientras le mesaba el pelo:

—Te espero arriba. No tardes.

Sí, quería ir con ella y dejar a Nick a su suerte, era mayorcito y sabría entretenerse solo. Pero en vez de subir con ella las escaleras y arrinconarla en el cuarto de baño, se sentó en el lugar que había ocupado ella en el sofá. Su hermano intentaba esconder una sonrisa, pero no lo logró.

—Anda, ve. Te mueres de ganas.

—Cállate —pidió, echándose hacia atrás y cerrando los ojos.

Nick se levantó y estiró los brazos hasta que los huesos de los hombros y de la espalda crujieron. Bostezo incluido.

—Empezó como un juego pero ahora la cosa ha cambiado, ¿eh? —preguntó—. Se te ha metido bajo la piel, Tanner. Sólo necesitas aceptarlo de una vez por todas, antes que sea demasiado tarde.

—No sé de qué... me estás hablando.

Nick se acercó a él, de repente demasiado serio. Sus ojos brillaban con un toque casi sobrenatural, su boca apretada en una delgada línea. Incluso sus hombros parecían temblar en aquel cuadro de estilo militar. Tanner sintió la solemnidad del gesto más que verla.

—¿Recuerdas la noche que aconsejamos a Remington? ¿Esa en la que analizamos sus sentimientos hacia Amanda cuando vivía en *La Cabaña Azul*? Ahora Remington no está aquí, pero creo que me perdonara darte este consejo sin su presencia —le puso la mano en el hombro y le dio un ligero apretón, mientras sus miradas se desafiaban la una con la otra sin ninguna rivalidad—. Si te duele el pecho cuando recuerdas que pronto se marchará; si sufres cuando la imaginas con otro o... si te sientes morir cuando te paras a pensar en que pronto te perderás el momento exacto en que se queda dormida a tu lado... piénsalo bien —lo soltó y se encogió de hombros, como si la cosa en verdad no fuera con él—. Tanner, dale un par de vueltas. Quizá te hayas enamorado.

—Yo no creo en el amor. Ya lo viví una vez y...

—¡Y una mierda que no! —Nicholas no solía hablar así y Tanner esperó a que el fuego de su interior se calmase—. Eres un jodido romántico, el hombre más cursi de los tres Montgomery. Tú crees en el amor aunque te hayas golpeado contra un muro, una y otra vez —Nick golpeó repetidas veces la palma abierta

con la otra mano, cerrada en un puño—. No importa cuánto daño te hayan hecho, una parte de ti siempre va a creer que hay una mujer hecha a tu medida, que te dé lo que Carina no te dio.

Quizá su hermano tenía razón. Tal vez estaba siendo un hipócrita diciendo en voz alta que el amor ya no estaba hecho para él.

—Los cuentos de hadas existen en tu mundo, mientras que en el mío sólo hay descampados y árboles podridos... No dejes pasar esta oportunidad, Tanner.

—Debes olvidarla, Nick. Pasa página —El mayor leyó el dolor en sus ojos y decidió ahondar en él, por primera vez en muchos años—. Olvida a Ray, porque no va a regresar a Blue Valley.

Una sonrisa desnuda de emociones apareció en los labios de Nicholas.

—No seas idiota, hermano. Si la amas, no dudes. No la dejes marchar, no todos tenemos tu suerte.

Tanner suspiró cuando su Nick giró sobre sus talones y se marchó, cabizbajo, las manos escondidas en los bolsillos del pantalón.

Se había acostumbrado a Rebeccah, era cierto. A su presencia. A hacerle el amor con soberana lentitud, otras veces con urgencia. A tenerla al lado. A afrontar las mañanas a su lado, también a dormir junto a ella cada noche. La echaba de menos cuando tenía turno nocturno en comisaría y luego no podía parar de besarla cuando la veía al día siguiente.

¿Y si sólo estaba siendo egoísta porque tenía miedo a la soledad? A su edad, con dos niños... ¿quién iba a aceptarlo y a quererle?

¿Era eso lo que le ocurría con Rebeccah Lennox o estaba enfrentándose a la mujer de su vida?

¡Maldito fuera Nicholas por meterle ideas extrañas en la cabeza!

CAPÍTULO 17

Rebeccah entrelazó las manos y apoyó la barbilla bajo ella, los codos afianzados con firmeza contra el escritorio. Observaba las fotografías que tenía delante, buscando en aquellos papeles algo que la llevase hasta el causante de semejantes estropicios.

Era escalofriante saber que había un lunático tras ella.

La primera imagen había sido tomada la tarde anterior. Su antigua casa había sido puesta patas arriba. Todos los muebles que había en ella estaban destrozados, rotos y rajados. Al principio le había parecido un simple robo, aunque su casera le había asegurado que no había echado nada en falta.

Pero esa mañana había recibido un aviso. A las afueras de Blue Valley habían encontrado un coche de alquiler. Calcinado. No había ningún cuerpo en su interior, por no decir que había una prueba más que dejaba claro que no había sido ningún accidente.

Junto al coche había un bidón de gasolina medio quemado y, a su lado, un montón de piedrecitas que formaban dos simples palabras: *Rebeccah Lennox*.

Fuera quien fuera la persona que había causado semejantes daños, la buscaba a ella.

Rebeccah dudaba que, una vez pudieran localizar la empresa que poseía el vehículo, diesen con el tipo que la había hecho arder. Su experiencia en la gran ciudad le decía que aquel tipo había rellenado los papeles bajo una identidad falsa; sólo esperaba que tuviera un aspecto característico y que la recepcionista que le entregó las llaves del todoterreno pudiera hacer un retrato robot.

Desvió la vista hacia el ordenador. En la pantalla aparecía una fotografía de archivo, de un diario de lo más conocido. En él salían los hermanos Benedict. La instantánea había sido tomada en la fiesta de compromiso de Parker, así que los rostros de sus hermanos no habían podido cambiar mucho en ese tiempo...

Suspiró para sus adentros y apagó la pantalla.

Era inútil dejar que las pesadillas y los escalofríos la dominasen.

Era policía, por el amor de Dios, y estaba armada y capacitada para disparar. Si había alguien en busca de venganza, esperaría a que fuera a por ella y le pararía los pies.

Pudo con Parker, podría con el chiflado que le iba detrás y que se atrevía a

destronar su casa y quemar un coche a las afueras de su nuevo hogar.

—Deberías irte a casa, Rebeccah.

Se quitó las gafas, dejándolas junto a la libreta dónde apuntaba todas las teorías que se le ocurrían para explicar los hechos...

—Si me marchó, no podré dejar de pensar en lo sucedido y necesito estar activa, Phil. Pero gracias —Le sonrió y aceptó el té que le tendía.

—Deberías llamar a Tanner. Entiendo que se marchó por un motivo importante, pero si hay alguien que te ha fijado como su objetivo, no deberías estar sola en estos momentos. Es... demasiado peligroso —su compañero había titubeado, pero la verdad que escondían sus palabras eran como puños afilados clavándose en su pecho.

Volvió a mirar las fotografías y las guardó dentro de su cuaderno, tenerlas delante le provocaba sudores fríos.

No pensaba negar que estaba espantada, sólo un idiota sería capaz de soltar semejante mentira, y más ante un compañero tan perspicaz como Phil. Pero prefería centrarse en aquella extraña investigación que regresar al rancho y enfrentarse a su solitaria y fría cama.

—No te preocupes. —Cómo dolía fingir que todo iba bien con Montgomery—. Tanner vuelve mañana a última hora. Y prefiero quedarme aquí a pasarme la noche en vela pensando en... todo esto.

Phil suspiró, porque Rebeccah era una cabezota, y preparó una cafetera. No era un café tan rico como el de Cindy, pero para pasar la noche, bastaría. Se negaba a dejarla sola, aunque esa noche librarse. Su esposa lo entendería. Adoraba a Rebeccah, decía que era la hermana que jamás había tenido.

La miró por encima del hombro. Rebeccah se había vuelto a poner las gafas y miraba la pantalla de ordenador totalmente concentrada. Tenía el pulgar rascando sus dientes, los labios moldeándose a su puño cerrado.

Pero algo le decía a Phil que su compañera tenía la mente muy lejos de comisaría y que sus ojos no leían nada de lo que aparecía en el ordenador.

No se equivocaba.

Beccah sentía una fuerte opresión en la garganta, en las sienes, como si estuviera al borde del colapso. Y es que ya había perdido a Wallace, incluso había visto morir a un compañero a manos de Parker Benedict el pasado verano. Si había un loco tras ella, no le hacía ni pizca de gracia saber que Phil estaba con ella.

Si le ocurría algo a su nuevo amigo, no se lo perdonaría jamás.

Demasiadas muertes sobre sus hombros.

—¿Rebeccah? —Desvió los ojos hacia él cuando se sentó frente a ella—. Todo está bien —Phil le dio un trago al café—. He echado el cerrojo y no pienso despegarme de la pistola. ¿Por qué no te acuestas un rato?

—No puedo.

En esos momentos, si se acostaba, tendría pesadillas. Otro motivo por el cual no se atrevía a marcharse a casa y meterse en la cama.

—Voy a hacer una llamada —Rebeccah se levantó y salió al porche. El frío se le metió en los huesos, se había dejado dentro de comisaría la chaqueta. Se sentó en los escalones y llamó a Remington—. Hola.

—¿Dónde estás? —la voz de su jefe sonó atronadora—. Vengo de la cabaña y...

—Le he cambiado el turno a Phil —se abstuvo de decirle que su amigo se negaba a dejarla sola; empezó a tiritar—. Necesito estar... activa, lejos de *La Cabaña Azul*.

Remington suspiró al otro lado de la línea.

—Tanner regresa mañana Beccah. No vais a poder estar así siempre, tenéis que hablar.

Sí, por supuesto que iban a tener que hablar. Pero a ella no le apetecía, su estado de ánimo tendía a menos infinito, hasta enterrarse bajo tierra.

—Creo que dejó muy claro que no le importo en absoluto.

—Estaba nervioso, Rebeccah. No sé qué te dijo, pero no puedes culparle por no pensar con claridad en esos momentos.

Rebeccah comprendía que Tanner estuviera al borde de la histeria la última vez que se vieron, de veras que lo hacía. Pero eso no significaba que dolieran menos todas las palabras que se habían cruzado.

Carina había muerto.

A finales de la semana pasada, su exmujer había cogido el coche tras una acalorada discusión con su prometido. No se sabía si se había equivocado de pedal o había pisado el acelerador adrede, pero Carina no había frenado en una curva. El todoterreno había caído por un barranco dando varias vueltas de campana tras impactar con un árbol. Los servicios de emergencia habían tardado cinco horas en encontrar el vehículo.

Nada habían podido hacer por ella, si bien Rebeccah había leído en los informes policiales que Carina no había muerto en el acto.

Nunca se habían llevado bien, pero jamás le había deseado tal mal, semejante

final...

Irina había perdido a su madre.

Tanner se había ido con la niña y con Nick, al funeral, y pasarían unos días en Baltimore. La familia de Carina quería mimar a la niña y darle ya su parte de la herencia.

Rebeccah entendía que Tanner se hubiese marchado con la cabeza en otra parte. Su ex, la mujer con la que había compartido varios años de su vida, la madre de su hija... había muerto. Así, de repente.

Ya ni siquiera habría juicio para reclamar su custodia.

Todo había cambiado de la noche a la mañana.

Pero no entendía que la hubiera tratado con tanto desprecio cuando ella sólo había querido ayudarle a pasar aquel mal trago. Había recibido un golpe emocional tras otro cuando ella sólo pretendía echarle una mano.

—Déjame ir contigo. Nicholas puede seguir ocupándose del rancho, así no paralizáis la actividad y yo...

Tanner la había interrumpido con una expresión que no dejaba lugar a dudas que su *palabrería* lo irritaba.

—Esto es algo que tengo que hacer yo solo. Con mi familia —había dicho él—. Si vienes conmigo, sólo conseguirías violentar a la familia de Carina. No me darías el consuelo que necesito, me serías una carga, Rebeccah. Serías un problema.

No había llorado, pero faltas no le habían faltado. De algún lugar, Rebeccah había sacado su lado más orgulloso y lo había impuesto por encima de cualquier otro. Incluso había podido alzar la barbilla con altivez.

—Se supone que soy tu pareja. Y creía que éramos amigos antes de todo esta... pantomima. Y que por ello... te podría ayudar.

Increíble que, pese a todo, le hubiera soltado la excusa de la falsa pareja. Sólo había querido ser su punto de apoyo como él había querido serlo cuando le contó lo de Wallace.

Había sido en vano.

Tanner se había cerrado en banda.

—¿Ayudarme? Tu ayuda no le devolverá a Irina la madre que ha perdido.

Más palabras hirientes habían venido después de aquellas. Estallidos de rabia, gritos... e impotencia. Ella había soportado todo serenamente, si bien había terminado con los brazos en jarras, decidida a no tolerar ni una falta de respeto más.

Tanner estaba cargando las maletas. Y él había sido claro: cuando volviera, si Rebeccah estaba dispuesta a atener razones y quedar como buenos amigos, debería irse a *La Cabaña Azul*.

—¿Me echas? ¿Y qué pasa con nuestro trato? ¡Yo cumplí! —había espetado, cogiéndolo del brazo para impedir que metiera la última maleta dentro del coche.

—Cuando venga tu hermano, puedes regresar al rancho de nuevo. Fingiremos. Pero mientras... preferiría que no vivieras aquí. Por supuesto —había añadido él, sin expresión alguna en los ojos—, estos días puedes dormir aquí.

—Hasta que vuelvas —había susurrado ella, sintiéndose como un deshecho.

Lo había soltado y había entrado en el rancho como si nada sucediera, la furia bullendo en su interior sin reflejarse en el exterior. No había querido ver cómo se marchaba, aunque el motor del todoterreno fue como un disparo justo en el pecho.

Se estremeció, el frío colándose en sus huesos y haciéndola suspirar. El presente era tan jodido como el pasado.

Quizá Tanner se había dejado llevar por la situación, pero no la había llamado para pedirle perdón desde su marcha. Ni tan siquiera le había cogido el teléfono, cuando Rebeccah sólo llamaba para saber cómo estaba la niña.

—Da igual, Remington. Ahora eso ya no importa.

—Está bien —Su amigo le devolvió el suspiro. No quería entrometerse en su vida de pareja—. Si me necesitas, llámame.

—Lo haré.

Guardó el móvil y se frotó los brazos. Le castañeaban tanto los dientes, que era un milagro que hubiera podido hablar con Remington por el móvil sin tartamudear. El viento helado de la noche amenazaba con causarle una buena jaqueca, pero su dolor de cabeza ya tenía un causante.

Alguien iba tras ella.

—Voy a darte caza antes de que tú me caces a mí, hijo de puta —susurró.

Entró en comisaría y se sentó en su silla. Phil le había dejado unas galletas junto a los informes y sus notas. Se sonrieron. Rebeccah le dio un mordisco a una e intentó ignorar los escalofríos que le erizaban el vello de los brazos.

—Antes de venir a Blue Valley, detuve a unos cuantos delincuentes. Creo que es pronto para que estén en libertad, pero quizá alguno ya ha salido de la cárcel —dijo en voz alta, a la hora, echándose atrás en su silla. Phil la miró desde su escritorio—. ¿Qué te parece?

Su compañero rumió unos segundos y terminó por asentir.

—Creo que es un buen comienzo. Al menos, tenemos algún hilo del que tirar mientras esperamos información de la empresa de alquiler.

Rebecca le agradeció el tono suave con otra sonrisa y se pasó toda la noche buscando detenidos que ya hubieran salido de prisión. No era una agente dada a las detenciones, pero alguna había tenido que hacer...

Sólo había un nombre que había llamado su atención.

Simon Caery se había pasado un control de alcoholemia y se dio parte a todas las patrullas. El coche era robado, por eso no se había detenido. Fue ella quien lo encontró; al detenerlo por desacato a la autoridad, su expediente reveló que Caery resultaba ser un ladrón de bancos que ya había hecho de las suyas en tres o cuatro ocasiones...

Le habían rebajado la condena seis meses por buena conducta.

Estaba libre.

—¿Tienes su localización? —Phil se puso tras ella para observar el ordenador.

—Se mudó a Carolina del Norte justo después de quedar libre. O eso dice aquí.

—¿Está limpio?

—Hace poco que está en la calle. Dudo que haya podido hacer de las suyas. Y no ha podido encontrarme tan rápido.

Aun así, contactó con su casera, deshaciéndose en disculpas por las horas.

Al parecer, Caery no escondía su pasado a nadie. Era más, quería disfrutar de su libertad, y por eso colaboraba en una asociación sin ánimo de lucro desde hacía un par de días. También trabajaba de noche en una pizzería, preparando masas y pedidos.

—Cuando le conocí, vi tanto arrepentimiento en sus ojos que no pude evitarlo y se lo recomendé a mi hermano —había dicho su casera—. Tiene una pizzería, ¿sabe? Y creo que el chico encaja mejor ahí que un local de esos donde reinsertan a los expresidarios...

Esa mujer adoraba a su nuevo inquilino y, sin duda, Rebecca no veía en ese nuevo Caery el chico de veintidós años al que le había colocado las esposas tiempo atrás.

Simon no iba tras ella, su instinto apoyaba la versión de la casera. El chico merecía otra oportunidad. Pues, sospechoso descartado. Estaba como al principio.

El móvil vibró sobre la mesa, captando su atención.

Era un mensaje de B.B.

Llevaba tantos días sola en la cabaña, sin Tanner, que la otra tarde se había derrumbado. Le había llamado, apenas podía contener el llanto.

—Te necesito.

—No llores, me matas cuando lloras —había respondido su mejor amigo al otro lado de la línea—. Cálmate. Respira.

—No tengo a nadie...

En esos momentos, Beccah no había sido consciente de lo que decía.

—¿Ha sido ese Tanner, verdad?

—Ven a Blue Valley, por favor —le había pedido, incapaz de decir más, pues el llanto la estrangulaba.

—En dos días me tienes ahí, Reb.

Y había cumplido.

En el mensaje, B.B le decía que acababa de aterrizar y que estaba a la espera de que le dieran un coche en el aeropuerto.

Rebecca respiró tranquila y el corazón dio un triple salto mortal en su pecho. Le gustaba saber que su mejor amigo iba a ir a verla a Blue Valley y, ya que Tanner iría la noche siguiente a hablar con ella, estaría bien tener un punto de apoyo cuando todo terminase.

Porque lo suyo iba a terminar.

Si Tanner estuviera arrepentido de su comportamiento, la hubiera buscado antes. Tal vez no cara a cara, pero un mensaje o una llamada... treinta segundos de su tiempo no era tanto pedir, pero no se los había concedido. Rebecca prefería ser realista.

—Phil... ¿te importa si me voy en un rato?

—Cógete la mañana libre. Remington no tardará en llegar —Phil le hincó el diente al donut que acababa de ir a comprar al *Valley's Coffee*. El sol ya despuntaba.

—No le digas nada de todo esto... por favor.

—No puedes pedirme eso, Beccah. Es nuestro jefe, un buen colega. Y tu mejor amigo aquí.

Derrotada, sabiendo que su compañero no podía mentir a un superior, fue a los vestuarios y se cambió.

CAPÍTULO 18

Rebeccah se había duchado y había dormitado un poco en el sofá, pues Blue Valley estaba algo retirado del aeropuerto. Brian no llegaba, así que le dio tiempo a preparar un poco de almuerzo: café y huevos revueltos, que a B.B le apasionaban.

Suspiró y se echó el pelo hacia atrás.

Llevaba un buen rato observando la fotografía en blanco y negro que pendía de la pared.

Eran los abuelos de Tanner el día de su boda. Un día maravilloso, se veía en sus sonrisas y en su mirada, congelada y sin color. El amor que sentían el uno por el otro traspasaba el papel especial en el cual estaba encerrado aquel precioso recuerdo.

Rebeccah acarició el cristal.

Había creído que podría tener eso con Tanner, lo había deseado con todas sus fuerzas. Como si el Universo realmente estuviera dispuesto a conspirar a su favor y concederle ese deseo.

Amor, dedicación, pasión, atención, ganas de solucionar los problemas que surgieran.

Se había equivocado, nunca tendría eso con Tanner Montgomery.

Allí mismo, en *La Cabaña Azul*, se había dicho que no se rendiría sin luchar y ya había luchado... para nada.

Se había dicho que, si bien, Tanner le rompería el corazón, recogería los pedazos con la cabeza bien alta.

Pero dolía igual.

Sólo esperaba que la visita de Brian la confortase. Le contaría la verdad, le era indiferente si Spencer o Marcus se enteraban de que aquello no había sido real. No se sentía capaz de seguir aparentando.

Llamaron a la puerta y el corazón le dio un brinco. Miró la puerta casi con temor, cosa ridícula pues sabía quién había al otro lado... y no era Tanner Montgomery, ramo de flores en mano y una disculpa pendiendo de sus labios.

Corrió hacia ella y la abrió de un tirón. B.B la esperaba en el porche, sonriendo con suavidad, salvándola de sí misma sin saberlo. La recibió con los brazos abiertos cuando Rebeccah se lanzó contra su pecho.

—Te he echado de menos —lloró Rebeccah contra su hombro.

—Yo también te he echado de menos, Reb.

La acompañó hasta la cocina, silbando, admirando la cabaña. Como tatuador, adoraba todo lo artesanal y el abuelo de Tanner había hecho un gran trabajo con *La Cabaña Azul*. Toda de madera y piedras, era una armonía bellísima.

—Te gusta, ¿eh?

—No tengo palabras para describirla —Brian bajó la cabeza y le sonrió—. Deja que lo haga yo. Sé preparar unas cuantas tostadas francesas, vete al sofá. Tienes cara de no haber dormido.

Rebeccah obedeció y se sentó en la silla de la cocina, observando cómo él preparaba la comida y la mesa del salón.

—Comemos y nos echamos una siesta. Tienes cara de cansada... —La llevó hasta la silla de madera de la mesa—. Ahora... ¿vas a contarme qué te pasa? Me llamas llorando y me pides que venga a verte, así que no te atrevas a decir que te dio un arrebato.

Rebeccah casi sonrió.

—Es Tanner.

Brian servía el café. Levantó las cejas en su dirección.

—¿Te ha hecho daño?

—No... —Le cogió la mano por encima de la mesa—. Pero no estoy bien. Me ha... roto el corazón y creo que... ni lo sabe.

B.B cerró los ojos y se echó hacia atrás en la silla, que crujió bajo su peso. El rubor de sus mejillas disminuyó, pero Beccah aún veía latir con fuerza la vena hinchada de su cuello. Los tatuajes a color que tenía sobre la piel parecían cobrar vida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, entrelazando sus dedos con los de ella.

Rebeccah le contó la farsa, cómo sus hermanos involucraron a Tanner en todo aquello. Le explicó, roja de vergüenza y sin poder mirarlo a la cara, cómo decidieron engañarlos a todos.

—Nos fuimos a vivir juntos y... ¡qué tonta! —Se le escapó una risa nerviosa—. Eso ya lo sabes.

—Sigue... —la animó Brian.

Beccah se soltó de sus dedos después de varios minutos. Empezó a retorcerse las manos, en un intento fallido de esconderle a B.B lo mucho que le temblaban.

Lo siguiente que le explicó fue la visita de Carina, lo mal que Tanner se

comportó en su presencia. No podía esconder lo mal que se había sentido cuando él la había dado de lado aquel fin de semana, había sido muy duro. Intentó suavizar lo sucedido.

Brian iría a por él en cuanto se encontrasen si creía que se había pasado de la raya.

Aun así, no pudo evitar que su amigo se levantase, derribando la silla.

—Maldito sea...

—Brian, se equivocó. Se disculpó —intentó defenderle.

B.B arqueó las cejas.

—Pedir perdón no es suficiente, a veces. El arrepentimiento y el aprecio son palabras que no pueden expresarse si no es demostrándolos.

—Lo hizo —Rebecca se levantó y le cogió suavemente el rostro para que la mirase—. Luego dio la cara por mí, te lo aseguro.

Brian rezongó, pero asintió y volvió a sentarse. Apenas sonrió cuando Beccah le dio un beso en la mejilla para calmarlo.

—Si lo arregló todo... ¿Cómo ha podido romperte el corazón?

Rebecca también regresó a su silla y se sirvió un vaso de agua. Lo observó unos segundos, viendo sin ver.

—Me enamoré de él. Todo era perfecto —Parpadeó para alejar las lágrimas que quemaban bajo sus párpados—. Creí que podría enamorarse de mí. Me equivoqué.

Brian cogió aire y se frotó la nuca. Sus ojos eran duros y oscuros como obsidiana, Beccah nunca le había visto tan enfadado y desanimado.

—¿Te acostaste con él?

Los recuerdos ardientes la asaltaron pero no la excitaron ni la ruborizaron. Fueron como un cuchillo en el estómago, dolían demasiado. Cerró los ojos, las pestañas temblaron cuando los apretó con fuerza. Vio puntitos negros alrededor de su mejor amigo cuando se atrevió a mirarlo de nuevo.

—B.B...

—¿Lo hiciste? —el tono de su mejor amigo fue brusco, sonó a reprimenda.

Asintió, incapaz de decirlo con palabras. Nunca le había gustado hablar de esos temas. Con nadie, ni siquiera con algunas compañeras de comisaría. Y admitirlo delante de B.B la cortaba.

—El roce hace el cariño, o eso dicen.

—No siempre.

Fue un susurro, más para sí misma que para Brian, pero él la oyó. Y esbozó

una sardónica sonrisa.

—Tienes razón.

Rebecca quiso preguntarle a qué se refería, porque se había tensado cómo un gato eriza el pelaje del lomo.

Unos golpecitos en la puerta se lo impidieron.

Sólo los Montgomery y Phil sabían que estaba viviendo en *La Cabaña Azul*, así que no se sorprendió al ver a Amanda en el porche, junto al prometido de su hermano: Maxwell Summers, agente del FBI.

—Hola, cielo —Su mejor amiga le sonrió y le apretó la mano—. ¿Cómo estás?

—Bien —Le devolvió la sonrisa—. ¡Hola, Max! ¿Qué haces aquí?

El federal le dio un fuerte achuchón, cortando su pregunta de cuándo había llegado a Blue Valley.

—¡Ay, mi niña! Si quieres mañana nos vamos de fiesta. ¡Amanda, tú y yo y mucho tequila!

—Max... si no te importa que lleve acompañante, no me parece mal plan — se hizo a un lado una vez los pies volvieron a tocar suelo—. Él es Brian, mi mejor amigo. Ha venido un par de días, a hacerme compañía. Brian, ellos son Amanda, y Maxwell.

B.B desplegó ante ellos su encanto natural, y Rebecca olvidó lo rígido que había estado desde que se sentaron a almorzar para contarle su extraña relación con Tanner. Y es que, cuando Brian sonreía, los tatuajes desaparecían y sólo perduraba su carisma.

—¿Dónde dormirás? —El ceño de Amanda se frunció mientras colocaba mejor a Cameron contra su hombro—. El sofá es muy estrecho para alguien tan... quiero decir...

—¿Ancho de espaldas? —La ayudó Becca, tragándose una sonrisa con poco disimulo. Amanda estaba adorable cuando se ruborizaba y la timidez la aturullaba.

—Eso.

—Dormiré con ella —B.B le rodeó un hombro con un brazo—. Conozco a Reb desde que levanta un palmo del suelo, no corre peligro conmigo. Hemos dormido juntos varias veces.

Amanda arrugó la nariz. Rebecca también vio cómo Max arrugaba la frente. Comprendía que no entendiesen que hubiera tanta intimidad entre ellos, que fueran capaces de compartir cama sin acostarse, pero Becks se negaba a dar

explicaciones a nadie. No lo había hecho jamás, no en lo referente a B.B, por lo cual no iba a empezar a hacerlo ahora. Asimismo, Tanner no la había tratado precisamente bien la última vez que se vieron, tanto él como su familia podían interpretar su amistad con Brian como les diera la gana...

—Bueno... em.... —Amanda cambió el peso de pie, incómoda—. Nosotros deberíamos irnos ya o llegaremos tarde... Hemos quedado a comer con Remington, ¿os apetece venir?

Que sus amigos no comprendieran el tipo de amistad que la unía a B.B no impedía que éste les hubiera caído bien y que quisieran conocerlo mejor.

—Tenemos que terminar de ponernos al día —Rebecca recuperó la sonrisa—. Quizá... ¿a la hora de la cena?

Sin embargo, las dos sabían que no cenarían juntos. Tanner llegaría de Baltimore sobre esa hora y, una vez acostase a los niños, se pasaría por la cabaña para hablar con ella.

Amanda fue la primera en bajar los escalones, la siguió Max, que les lanzó una última mirada por encima del hombro.

¿Qué había visto Maxwell en ellos para mirarles de ese modo? Rebecca se sentía incómoda ante el escrutinio, pero algo le decía que el examen visual no iba dirigido a ella, sino al armario de dos por dos que tenía al lado, cubierto de tatuajes.

¿Por qué no confiaba en él? No lo conocía en absoluto...

¿Estaría Max juzgando a B.B por sus tatuajes?

No, claro que no. Maxwell era homosexual, tenía una mente muy abierta: tatuajes, pendientes, orientación sexual... Beccah lo conocía lo suficiente como para saber que su nuevo amigo no caía en tópicos y que le importaba bien poco la apariencia física o los gustos sexuales de una persona. Factor importante, dado que poseía un don especial para captar la esencia natural de las personas más allá de la fachada que daban al mundo.

¿Qué había visto en B.B? Rebecca juraría que Max le estaba enviando alguna señal, para que viera algo que le había pasado por alto en la personalidad de su amigo...

¿Pero qué?

—¿Pasa algo? —le preguntó Brian al ver cómo cerraba la puerta con la preocupación afilándole el rostro.

Becks volvió a la realidad con un pestañeo. Volvió a sonreír, pintándose una sonrisa en los labios de una forma casi forzada. Aquellas sonrisas tan embusteras,

tan fingidas, empezaban a ser habituales en ella, sobre todo esos días.

—No, no. Nada —meneó la cabeza, diciéndose que las miraditas de Max eran imaginaciones suyas—. Pensaba en que no he terminado de contarte lo de Tanner.

B.B le señaló el sofá. Andorreó frente la chimenea limpia mientras Rebeccah le contaba lo mucho que Tanner le había ayudado en los malos momentos, lo bien que se lo había pasado con él aprendiendo a montar...

Echaba de menos esos tiempos, no podía negarlo.

—Pero algo ha pasado para que se desate el infierno en tu paraíso, Reb —se cruzó de brazos.

Rebeccah no podía de dejar de mirarse las manos. Observaba cada arruga de sus palmas y recordaba cómo se había irritado su piel ante las riendas del caballo. No podía apartar la vista. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo, a aquella mañana en la que aprendió a montar.

—Su ex... murió. Fue un accidente, horrible —se estremeció—. Cuando le sugerí acompañarlo al funeral, él...

Con un bufido cargado de dolor, se interrumpió. Decirlo en voz alta era más doloroso que recordarlo, porque hacía más real el duro rechazo que Tanner le había regalado.

Puso los pies en el borde de la mesita de café en un intento de sentirse mejor en aquel sofá que hora se le antojaba duro y estrecho.

—Se puso hecho un basilisco, Brian.

B.B detuvo su caminata y dejó caer los brazos a los costados.

—Te lo mereces.

Ante sus palabras, Rebeccah bajó los pies y se inclinó hacia delante. El corazón por poco se le detuvo, nunca habría creído que Brian le clavaría semejante puñal en la espalda. Podía comprender que no compartiera su punto de vista, pero no entraba en su cabeza que fuera tan... cruel.

—¿Cómo dices?

—No deberías habértelo tirado. Tuvo tu cuerpo y se cansó de ti —prácticamente se lo escupió. Su rostro lucía diferente, más desencajado... como si la odiase. Si sus palabras no convirtieran su sangre en lava, si no la enfadase verse en aquella situación, Rebeccah sin duda se habría puesto a llorar—. Eres una puta, Reb.

El insulto la hizo levantarse como impulsada por un resorte. Aquello era demasiado, no pensaba soportarlo ni permitirlo.

—¿Cómo te atreves?

—¡Eres una cualquiera, Reb!

No lo reconocía, era como si Brian fuera otra persona. Una más oscura y despiadada que la que había conocido hasta el momento. Quizá había sido ese deje de tenebrosidad lo que había hecho saltar las alarmas de Max... y que ahora hacían sonar las suyas.

Rebecca lo abofeteó, el eco del golpe resonó en *La Cabaña Azul*, como si se hubiera tratado de un disparo.

Brian gruñó. El bofetón le había dejado la cabeza ladeada, sus dedos bien definidos en su mejilla. Nunca hubiera imaginado que llegaría a alzarle la mano, pero tampoco había imaginado que se comportaría de aquel modo tan despreciable con ella.

Cuando la miró, Rebecca supo que había cometido un error. Tuvo miedo, porque aquel hombre no era el amigo dulce y entregado que había sido siempre. Ahora era una versión distorsionada del Brian que adoraba, cubierta por una maldad que ella misma había visto varias veces en otras personas.

La última vez que vio semejante fiebre en los ojos de un hombre...

Parker Benedict.

Los fantasmas del pasado la rodearon en un abrazo helado, el miedo la paralizó, el aire no llegaba a sus pulmones...

No notó el puñetazo que él lanzó en su dirección. Ni siquiera notó el dolor. El golpe que llegó a su rostro la dejó sin conocimiento en el acto, haciendo que cayera, desmadejada como una muñeca de trapo, a los brazos de aquel monstruo.

CAPÍTULO 19

Remington se dejó caer en la silla después de saludar con un beso a su mujer, a su hijo y a su sobrino, Roth. Una vez pudo estirar las piernas, cuan largo era, bajo la mesa, le tendió la mano a Max, su mejor amigo.

—¿Cuándo has llegado?

—A primera hora de la mañana. Lawrence —dijo, refiriéndose a su prometido y hermano mayor de Amanda— vendrá mañana por la noche.

—Me encanta que vengáis a pasar un fin de semana al mes con nosotros — Amanda apoyó la cabeza en el hombro de Maxwell y le dio un beso en el hombro, por encima del jersey—. Es bueno tener a la familia cerca.

—Sobre todo si esa familia está compuesta por buenos amigos —Max se carcajeó, encantado con los mimos.

Las cejas de Remington se arrugaron. Sí, los amigos más cercanos eran los hermanos que uno podía escoger. Eran personas importantes con quienes desearías compartir sangre, pero con los que debías conformarte con compartir parte de tu corazón...

Rebeccah.

Quizá con Max, que era del FBI pudiera echar luz sobre aquel caso que lo preocupaba en exceso. No se trataba de un vecino cualquiera del pueblo, sino de su compañera, de su amiga, de su cuñada.

—Estoy preocupado.

La conversación que había mantenido con Phil hacia un rato lo había dejado intranquilo.

Amanda, que acababa de subirse la camiseta y bajarse la copa del sujetador especial, pegó a Cameron a su pecho para que comiera la toma del mediodía. Lo miró con los ojos oscurecidos, no le gustaba ver a su marido tan inquieto.

—¿Qué ocurre?

—Es Rebeccah.

—Ah, sí —Max se rascó el cuello—. Amanda me ha contado lo ocurrido con tu hermano. Es un tema espinoso, pero comprendo a Rebeccah...

—No, no es eso —el jefe de policía le robó el refresco a su esposa y le dio un buen trago. A esas horas, entre semana, la cafetería de su tía Cindy estaba a reborar y tardaría un buen rato en llevarle su agua y su hamburguesa doble—.

Hay alguien que va tras ella. Removieron el lugar donde había vivido antes de trasladarse al rancho, y ayer quemaron un todoterreno de alquiler en las afueras, dejando su nombre escrito al lado, con piedras.

—Ay, Dios —Amanda se horrorizó—. ¿Tenéis alguna pista? ¿Algo?

—No hay demasiado. Sea quien sea quien lo haya hecho, lo hizo con cuidado para no dejar huellas.

—Dices que el todoterreno era alquilado —el rostro de Max había cambiado por completo y ahora era inescrutable, su máscara de federal colocada en su sitio—. ¿Os han enviado los datos de la persona que cogió ese coche?

—Tienen que llamar a comisaría en unos minutos. Ha sido complicado identificar el vehículo, pero... no tardarán en avisar a Phil de quién lo alquiló.

—¿Y si es un nombre falso? —Amanda se mordió el labio inferior—. Quiero decir, si yo tuviera intención de perseguir a alguien no daría mi verdadera identidad. Usaría otro carnet, otro nombre.

Pero los policías de Blue Valley ya habían contemplado esa posibilidad, no tenían muchas esperanzas de encontrar una persona real tras el nombre y apellido que apareciera en el contrato de alquiler.

—Phil confía en que la dependienta que le atendió pueda hacernos un retrato robot, pero por teléfono va a ser difícil. Estamos solicitando colaboración a otras comisarías —Remington se frotó los ojos y suspiró—. Me jode que Rebeccah no me lo contase cuando se encontró todo esto.

No le gustaba saber que su mejor amiga se había encerrado en sí misma y volvía a llevar una losa sobre los hombros, sin permitir que nadie compartiese el peso ni la ayudase a sobrellevarlo.

—Joder —siseó Max, comprendiendo que Rebeccah estaba bien jodida.

El puño de Remington se estrelló en la mesa, los vasos y los platos temblaron y tintinearón. Todos los comensales de la cafetería lo miraron, sorprendidos. Los Montgomery no eran temperamentales, al menos no en público. Los tres hermanos eran pacíficos, sonrientes, educados, ver a Remington tan alterado era extraño y novedoso.

—Mi hermano debería estar aquí para protegerla —siseó, ignorando todas las miradas de sus vecinos.

—No te preocupes —Amanda intentó calmarlo con una sonrisa, aunque Remington veía el recelo en sus ojos de color del chocolate—. No está sola. Ha venido a verla un amigo suyo. Brian. ¿Recuerdas que nos ha hablado mucho de él? Se quedará con ella en *La Cabaña Azul* un par de días.

—Sí, supongo que él puede cuidarla.

—Pues a mí no me da buena espina —Max agitó la cabeza, los labios formando una línea recta y estrecha—. Hay algo en ese tipo que me dice que no es de fiar. Temo que Rebeccah se haya metido el enemigo en casa.

—Se conocen desde pequeños —Amanda parecía casi ofendida por la insinuación de su cuñado.

—Todo el mundo tiene dos caras, princesa. Tú lo sabes mejor que nadie. Parker contigo era todo un caballero, hasta que un día dejó salir toda la maldad que tenía en su interior y te enseñó lo agresivo e irrespetuoso que podía llegar a ser —Maxwell suspiró y le acarició el pelo, odiando tener que recordarle los malos momentos que había pasado con ese desalmado.

Remington se levantó para abrazar desde atrás, y desde las alturas, a su esposa. Temblaba toda ella. Notaba el pasado acechándola y quería espantarlo a cualquier precio.

—¿Crees que ese... tal Brian... es peligroso? —casi tartamudeó.

Espero que no, pensó su marido.

—Sólo sé que hay algo en él que no me gusta. Y mi instinto no suele fallar, Remington, tú lo sabes. De veras espero estar equivocado —no escondió una mueca.

—Pronto lo sabremos.

Reb estaba a su merced.

Por fin, Rebeccah sería suya... después de tantos años amándola, viendo como siempre sus ojos se posaban en otro, por fin estaba con la persona correcta.

Él.

Nunca se había sentido tan seguro ni eufórico.

Lo más seguro era que Rebeccah se resistiera al principio. Ese Tanner Montgomery del diablo había cegado su razón, pero no le preocupaba en absoluto su intransigencia. Brian le haría ver que él era su media naranja, el único dueño de su corazón. El único capaz de hacerlo latir, de romperlo y recomponerlo todas las veces que le diera la gana.

No importaba si su querida Reb se oponía a él las primeras semanas. Era una gata salvaje, adoraba su carácter fuerte indomable, pero B.B sabría cómo manejarla. La moldearía a su antojo y ella vería que estaba enamorada de él, que

siempre lo había estado y que siempre lo estaría.

Y le perdonaría el puñetazo, el secuestrarla en la cabaña de las fincas de los Montgomery.

Si había perdonado a ese rancho por haberla tratado mal delante de su exmujer, también le haría alguna que otra concesión a él.

Y si no, pensó Brian con la Magnum quemándole bajo la cinturilla de los pantalones, le haría ver que perdonarlo era su única opción.

CAPÍTULO 20

Rebeccah se despertó, pero no abrió los ojos. Le latía con fuerza el pómulo izquierdo, le palpitaba, le quemaba, y sabía muy bien por qué. Al igual que sabía que estaba atada al a cama de cuatro postes que había en el único dormitorio de *La Cabaña Azul*.

Estaba raptada de nuevo.

Quiso gritar, pero se mordió la lengua hasta notar un punzante dolor y el metálico sabor de la sangre.

El miedo corría por sus venas a la velocidad de la luz y el pulso estaba disparado, pero no había adrenalina en su cuerpo, ni valentía suficiente como para empujarla a planear un plan de huida.

Se trataba de B.B, maldita sea.

¿Cómo no había visto la perversidad que había en él? Se había perdido mil veces en sus ojos, creyendo que eran su refugio máspreciado. ¿Cómo había pasado por alto la maldad que chispeaba en ellos?

Era él.

Él le había despojado de todo aquello que tenía fuera del rancho, él había quemado el todoterreno y lanzado un aviso por escrito hacia su persona. Quizá para llamar su atención, o tal vez ya tenía su plan bien atado en su mente después de la llamada para pedirle que fuera a Blue Valley.

Honestamente, Rebeccah no comprendía cómo había hecho todo aquello y llegado a Blue Valley esa mañana, ni si aquel extraño percance entraba en sus planes. Y no quería comprenderlo.

Las lágrimas se escaparon entre sus párpados cerrados y el desazón fue tal, que ya no pudo seguir escondiendo que estaba despierta.

—Buenas tardes, mi amor.

Que la llamase de aquella forma fue horrible. Rebeccah notó las arcadas en lo más hondo de su garganta y tuvo que tragar saliva para no ladear la cabeza y devolver parte del almuerzo.

—Suéltame, Brian.

Cuando él enarcó una ceja y la comisura derecha de su labio se elevó en una sonrisa cínica, Rebeccah se incorporó en la cama como pudo, pues tenía ambas manos esposadas a uno de los postes.

No pensaba suplicar, tenía ciertos principios y demostrar que le temía y que estaba indefensa no formaba parte de ellos. Quizá estaba siendo devorada por un ataque de pánico, pero lo pensaba ocultar el máximo de tiempo posible. B.B no podía darse cuenta de que estaba completa y absolutamente a su merced, sabiendo que estaba en desventaja era suficiente.

Brian levantó la Magnum. Era un ejemplar magnífico, pero Beccah no podía admirar el arma, pues sólo veía cómo él la acariciaba con la otra mano. Como si fuera su amante, un objeto demasiado preciado.

¿B.B sabía disparar?

—Podrías pedírmelo bien, ¿no te parece, Reb?

—Ni en sueños —espetó, el labio superior temblando por los nervios.

Cuando él se levantó, tragó saliva. Odiaba verle así. Desnudo de cintura para arriba, sin cinturón y con el botón de los pantalones tejanos desabrochado. No le gustaba para nada la combinación sumada al hecho de estar maniatada a una gran cama doble.

No pienses en eso, se dijo obligándose a respirar hondo.

Aunque tampoco habría imaginado jamás que B.B la encerraría, así que ahora ya no sabía dónde estaba en el límite de ese hombre.

—Eres muy terca, querida Rebeccah, pero no te preocupes. Adoro esa parte de ti, no quiero que cambies nunca... —se sentó a su lado, más cerca que antes, y ella recogió las piernas para que no la tocara—. Estás preciosa, ¿te has visto?

El muy cretino la había desnudado y le había puesto un vestido corto color marfil que tenía en la maleta. Solo lo había usado una noche, pero lo tenía siempre con ella por si alguna vez surgía la ocasión. Y es que no tenía un hogar fijo, por lo que siempre llevaba sus pertenencias encima.

—Odio este vestido.

—Lo sé, lo sé —movió la mano con la que llevaba la pistola y Rebeccah notó el sudor resbalándole por la espalda, porque el dedo estaba bien colocado en el gatillo—. Pero me encanta verte con él e imaginar que lo vas a usar en nuestra boda. ¿Qué me dices?

Sus dedos tatuados se extendieron en busca de su cabellera, queriendo atrapar el mechón más cercano a la mejilla. Como si el gesto fuera de adoración, de un enamorado más. Ella giró la cara, asqueada, los dientes atrapando la cara interna de la mejilla; él se interrumpió, y Rebeccah estaba segura de que estaba sumando puntos para ganarse otro puñetazo.

Pero... ¿casarse con él?

Antes prefería lanzarse de una avioneta sin paracaídas.

—Vamos, Reb, me lo estás poniendo muy difícil.

Lo fulminó con la mirada, de algún lugar sacó fuerzas suficientes como para encararlo y hacerle creer que de verdad no le tenía miedo.

—¿Fuiste tú quién quemó el todoterreno?

—Llevo mucho tiempo observándote... en cuanto supe que estabas con Tanner Montgomery, lo dejé todo y vine para aquí. Fue tan sencillo esconderme... —su sonrisa fue siniestra. Rebecah pegó la espalda al cabecero. Brian estaba totalmente ido—. Y cuando me llamaste para pedirme que me quedase contigo un par de días, Dios, me abriste el cielo.

—Si llevas aquí tanto tiempo, ¿por qué hacerme creer que llegabas esta mañana?

—Porque así no levantaba sospechas... ¿para qué me tomes por un psicópata? Yo no estoy loco —sus labios se curvaron en una mueca que destilaba tristeza—. Estoy enamorado de ti.

Nunca se le había pasado por la cabeza: ella sólo lo veía como un buen amigo, mientras que B.B la miraba con otros ojos...

Aquel descubrimiento le hubiera hecho sentir culpable en otro momento, pues no le correspondía y nunca podría amarle de otra forma que no fuera siendo amigos. En aquellos momentos pero, le resultaba indiferente saber cuáles eran los verdaderos sentimientos de B.B hacia ella.

Cogió aire y se cuadró de hombros todo lo que las esposas que la sujetaban le permitieron.

—¿Qué quieres de mí, Brian?

—Te quiero comer entera.

Rebecah casi sollozó cuando la mano de Brian se afianzó con fuerza en su muslo desnudo.

¿Qué pasaría si le daba una patada? ¿Si se resistía?

Estaba en inferiores condiciones, él estaba armado. Si tan sólo pudiera desatarse y arrebatarle la pistola...

Cerró los ojos cuando los labios húmedos de su secuestrador empezaron a recorrerle el cuello. Intentó no llorar cuando la mano empezó a acariciarla de arriba abajo, acercándose demasiado a las braguitas.

—Quiero besarte... —Susurró él en su oído.

Otro hombre la hubiera encendido con su ronco murmullo, pero estaba fría como una estaca de hielo y no sentía placer alguno. Sólo miedo. Miedo de lo que

pasaría, miedo del dolor, miedo de cómo quedaría ella tras aquel encuentro, miedo de quedar siempre bajo su yugo.

Cuando el cañón de la pistola se puso bajo su barbilla, obligándola a alzar el rostro hacia él, supo que podía terminar muerta si no le daba lo que quería.

Y, como si se tratase de una revelación, supo lo que tenía que hacer.

Era su única opción, aunque no quisiera hacerlo.

Entreabrió los labios y dejó que los de B.B se apoderasen de su boca sin compasión.

Cerró los ojos e imaginó que era Tanner quien la besaba, quien la obligaba a ladear la cabeza y, en un acto de dominación, la hacía estremecer recorriendo su lengua con la de él. Sólo usando la imaginación y sacando fuerzas de lo más profundo de su pecho, podía responderle el beso a Brian con la pasión que reclamaba, como si le perteneciera.

Impura. Así era como se sentía.

Se removió, notó las esposas clavársele en la piel de las muñecas y puso los dedos como garras, mientras jadeaba. Estaba frustrada, había creído que no estarían tan duras. Por suerte para ella, el amor propio de Brian estaba por las nubes, creía tenerla bajo su control y que estaba frustrada porque no podía tocarlo.

Por supuesto, Beccah ya había previsto que pensaría de esa forma tan retorcida y egocéntrica. Típico cuadro psicológico criminalista.

Pensaba usarlo en su favor.

—Sabía que dentro de ti había un pedacito para mí, mi amor.

Pestañeó varias veces para poder mirarlo sin lágrimas emborronando su visión. Se mordió el labio inferior y dejó caer los hombros en señal de rendición.

—Brian, *por favor* —imploró sin esconder las lágrimas en su voz, pues B.B sabía que era orgullosa y que no era de las que rogaban—. Suéltame y baja el arma. Tú ganas. Te necesito.

—¿Cómo sé que no quieres soltarte para huir?

Por supuesto, no iba a ser tan sencillo.

—Porque si quisiera resistirme a ti, te hubiera golpeado con los pies —y movió un poco las piernas para recordarle que no las tenía sujetas como las manos.

Él dudó, no las tenía todas consigo, pero finalmente sonrió. Dejó la Magnum sobre la mesita de noche y cogió una pequeña llave del bolsillo trasero de los pantalones vaqueros. Ella se mordió el labio inferior y fingió sonreír cuando él le

besó el antebrazo, antes de introducir la llave en la primera cerradura.

Se obligó a ceñirse al plan que había trazado...

En cuanto notó que los brazos caían sobre sus costados, Rebeccah ignoró el dolor que le había causado la rígida posición y se lanzó al cuello de Brian. Lo besó con fuerza, mordiéndole el labio inferior, aferrándose a sus hombros como si la vida le fuera en ello.

Le iba en ello, sí.

Él la tomó de la cintura para acercarla más a su cuerpo. Sin dejar de besarla, la tumbó del todo en la cama y empezó a subirle el bajo de la falda. Rebeccah nunca creyó poder besar y usar las manos al tiempo de forma consciente, siempre se dejaba llevar cuando la besaban, pero esa vez era tan distinta...

Recorrió sus hombros y echó los brazos hacia atrás para agarrarse a la almohada cuando la boca de Brian descendió hacia su cuello, dispuesto a ir más allá.

Con un movimiento ágil, cogió la Magnum de la mesita de noche y lo golpeó con ella. Él aulló y se hizo a un lado, maldiciéndola a gritos. Rebeccah le dio un empujón y lo remató dándole otro golpe con la culata en el abdomen.

Sin soltar la pistola, corrió hacia el salón y se agarró al primer mueble que encontró cuando sus pies, enfundados en unos tacones terriblemente altos, resbalaron.

—Dios mío... —susurró, los ojos abiertos como platos por el pavor, cuando vio lo que la había hecho trastabillar.

—No saldrás viva de aquí, zorra.

Rebeccah se giró, el pelo golpeándole el rostro. Reculó lo que pudo y levantó la pistola hacia Brian, que se había apoyado en la jamba de la puerta. Daba miedo, tan despeinado, la sangre de la herida de la cabeza cubriéndole parte del rostro...

Estaba dispuesto a matarla. A matarse.

—Si te acercas, dispararé.

Lo había hecho una vez. Si había podido matar a Parker Benedict para salvar la vida de Amanda, también sería capaz de apretar el gatillo para salvar la suya.

La sonrisa sin emoción alguna que Brian le dedicó fue espeluznante.

—Hazlo, mi amor. Mátame. Pero... —Cogió un mechero de encima del mueble donde ella se había apoyado—. Antes de que mi corazón se detenga, tu querida cabaña arderá hasta los cimientos. Y tú con ella.

Beccah perdió fuerza y las manos le temblaron durante unos instantes.

Si Brian soltaba el mechero, cuya llama sólo se apagaba si la tapa caía, y el fuego tocaba el suelo, la gasolina con la que B.B había el salón se prendería.

Tenía razón: no saldría viva de allí.

Brian se acercó un paso hacia ella. A estas alturas, ambos sabían que, pese a tener la Magnum, era Rebeccah quien iba a perder.

—Tenías planeado incendiar *La Cabaña Azul* desde el principio.

Ya parecía Remington: más que preguntar, afirmaba.

—Sí, vine pensando en hacerte mía y en llevarte bien lejos de este pueblucho de mala muerte —se encogió de hombros—. Pensaba demostrarles a esos Montgomery que no pueden retenerte a su lado, ¿y qué mejor manera que acabando con su queridísima cabaña?

Rebeccah cerró los ojos, se tambaleó y se apoyó en la mesa. Se volvió para poder apoyar las manos en ella, el mango de la pistola quemándole los dedos y clavándosele en la tierna piel de la palma.

—Aún puedes recapacitar, mi amor.

Era horrible que la llamase así.

—Estás loco —susurró Rebeccah y, reprimiendo un sollozo, se revolvió cuando Brian le quitó la pistola, su cuerpo excesivamente pegado al suyo.

Estaba acorralada entre la mesa y el gran cuerpo de Brian, volvía a estar maniatada, pero de forma distinta. Y lo odiaba del mismo modo. Se sentía tan indefensa, qué estúpida había sido por no ver en Brian la locura que los arrastraría a los dos al infierno...

El mechero estaba de pie sobre la mesa, el fuego titilaba, todavía la llama prendida; la mesa seguía intacta, tal y cómo la habían dejado tras el almuerzo, y sólo el suelo estaba colmado de gasolina.

—Me encanta cómo hueles...

Becks apartó la cabeza cuando la nariz de B.B buscó su nuca entre el pelo. Maldito perverso, se estaba excitando, lo notaba en la base de su espalda.

Y ella solamente quería que aquella maldita pesadilla terminase, de una forma o de otra, pero que llegase a su fin lo antes posible. No podía pensar con claridad, así que aquello era lo único que su cerebro repetía como un mantra.

Estaba perdida.

Levantó la vista, borrosa por el torrente de lágrimas que pronto se desbordaría por sus mejillas. La fotografía en blanco y negro de los Montgomery le sostuvo la mirada. Fue como un reproche, como si no soportasen la idea de saber que Beccah se había rendido.

Más no podía hacer nada contra Brian, que era más fuerte y astuto. Además, de resistirse demasiado, *La Cabaña Azul* ardería.

Con ellos dentro.

Cerró los ojos.

¿Cómo habían llegado hasta ese extremo? Todavía esperaba despertarse y que Brian se riese de aquel sueño tan horrible y surrealista.

Pero era real.

El dolor que sentía en las muñecas y en la mejilla era demasiado intenso como para ser causado por su subconsciente. Tampoco se imaginaba las manos de Brian acariciándole los costados, buscando el bajo de la falda, su respiración acelerada susurrando demasiado cerca de su oído.

—Brian...

Cogió aire y se removió para apartarse un poco de él.

—Lo siento.

—¿Qué sientes, mi amor?

—¡Esto! —exclamó.

Se giró entre sus brazos, el llanto navegando sus pálidas mejillas.

Su golpe fue certero.

Brian jadeó por la sorpresa y la soltó, posiblemente asaltado por el dolor y el miedo a la muerte. Porque sabía que moriría en pocos segundos. Se llevó la mano al cuello.

—Zo-zorra...

Rebecca se llevó también las manos a los labios, espantada por lo que acababa de hacer. Pero sabía que coger el cuchillo usado durante el almuerzo y hundírselo en el cuello era la única forma de sobrevivir.

Matar a Parker fue duro.

Pero matar a su mejor amigo, porque había perdido el juicio y era un peligro real e inminente... jamás podría mirarse al espejo de la misma forma. El terror y la culpa desfigurarían de por vida su reflejo y la forma de ver el mundo.

Los psicólogos le dirían que no era un monstruo, que lo había hecho en defensa propia.

Sin embargo, siempre recordaría la imagen de B.B, la mano en el cuello, agarrando el mango del cuchillo. Tambaleándose, la vida escapándosele por la herida que le había seccionado la yugular.

—¡No!

Rebecca se inclinó para impedir que el cuerpo inerte de Brian cayera sobre

el mechero, pero el destino se había confabulado en su contra y le había dado a B.B lo que ansiaba: el mechero salió disparado ante su peso y cayó sin cerrarse al suelo, incendiando con un rugido el parquet y dándole a Beccah la certeza absoluta de que iba a morir también allí.

Lanzó un grito al darse cuenta de que las llamas viajaban a través del suelo a una velocidad imposibles de detener.

Se apartó de la mesa hasta tropezar con la pared, perdiendo los zapatos por el camino. Sus ojos estaban fijos en el fuego, que devoraba ya la alfombra y avanzaba hacia la puerta, dejándola sin vía de escape.

Beccah jamás había querido que la cabaña desapareciera. Era el símbolo de un gran amor y ahora quedaría reducida a nada. Meras ceras, escombros.

Por su culpa...

Caminó con cuidado de no quemarse, aunque las piernas desnudas hormigueaban ante el calor que las rodeaba. Se torció el tobillo y tuvo que apoyarse en la cómoda, que no tardaría también en perder la batalla contra el fuego.

Observó, casi sin dar crédito a lo que sucedía, cómo la mesa y el cuerpo de Brian empezaban a verse lamidos por las ágiles y letales llamas.

El techo crujió y elevó los ojos hacia allí. En cuestión de segundos, el incendio se había propagado a las columnas de madera y ya enfilaba camino por las cortinas, puertas y ventanas. Los cristales empezaban a calentarse, temblaban; Beccah sabía que pronto estallarían en mil pedazos. El techo tampoco tardaría en venirse abajo.

No había escapatoria.

Brian la había condenado.

Morir no le daba miedo. Nunca le había temido a la muerte, quizás por eso siempre había querido ser policía. Creía en la reencarnación. Y estaba convencida de que había algo esperándola cuando su vida terminase.

—Todo final es un nuevo comienzo, Rebeccah —solía decir su padre.

Casi sonrió ante el recuerdo.

Lo único que no le gustaba de la muerte era dejar gente atrás. Gente que la echaría de menos y la lloraría. Odiaba pensar en sus hermanos sin ella; si bien eran un incordio, sus ganas de emparejarla venían dadas por el amor que sentían por ella. No querían verla sola.

Confiaba en que la perdonasen por irse así, tan joven, de forma tan inesperada.

Ojalá hicieran piña como los hermanos Montgomery tras la muerte de Brenda, y lograsen salir a flote con el tiempo. Beccah quería que sonrieran al recordarla.

Miró sobre su cabeza y vio que tenía el retrato de los fundadores de aquel santuario al alcance. Tomó la fotografía de la pared con dedos temblorosos y la tos cosquilleando en su garganta, el calor del incendio y los nervios la asfixiaban y le adormecían las piernas.

El hombre que aparecía en la imagen se parecía muchísimo a Tanner.

Ojalá todo hubiera sido diferente, pensó Rebeccah. Tal vez nada de aquello hubiera ocurrido si hubiera hecho las cosas de otro modo.

Tosió de nuevo, el humo era insoportablemente denso y oscuro.

Se suponía que tenía toda la vida por delante cuando el sol salió por el horizonte esa mañana.

Se suponía que tenía que ver a Tanner, discutir con él y recibir una despedida, quizá una disculpa. Se lamería las heridas en soledad y, con el paso del tiempo, se acostumbraría a ser de nuevo solo una amiga de la familia.

Se suponía que, con el paso de los meses y de los años, su corazón dejaría a Tanner en un rincón y se enamoraría de otro hombre. Y se casaría, no porque sus hermanos quisieran, sino porque así lo había decidido ella. Y tendría hijos, los criaría en una preciosa casita de dos plantas, a lo mejor no en Blue Valley. Adoptaría a un perro, tal vez luego otro. También unos pocos peces, por los niños.

Ya era tarde.

Iba a reunirse con Wallace en el otro lado, y con sus padres. Al menos no estaría sola hasta ser otra persona, con otro cuerpo y misma alma. Y podría decirles que había sido, pese a todo, muy feliz. Había tenido buenos amigos en la vida, había trabajado de lo que le gustaba, había gozado de independencia, había amado, había reído y había conocido la felicidad gracias a momentos duros y desalentadores.

Se aferró a esos recuerdos felices cuando notó que su cuerpo ya no respondía y empezaba a desvanecerse. Se aferró a Wallace, a Remington, a sus hermanos, a Amanda, a Nicholas, a todos sus sobrinos, a Irina y a Roth.

Y, por supuesto, pensó en Tanner... antes de que todo se volviera negro.

CAPÍTULO 21

Tanner detuvo la *pickup* frente su casa. Observó el rancho, las tres viviendas unidas bajo la misma fachada y comunicadas por un porche cubierto. Miró por el retrovisor y, no muy lejos, vio los restos carbonizados de *La Cabaña Azul*. Sólo quedaba la piedra, ennegrecida por el humo y por las llamas.

Bajó de la ranchera y se puso el anorak. No fue capaz de entrar en la preciosa edificación que tenía ante sí. Giró sobre los talones y, con las manos enterradas en los bolsillos, caminó en dirección contraria.

De pequeño, *La Cabaña Azul* había sido su refugio. Sus hermanos preferían la casa del árbol, pero Tanner acudía allí en busca de paz mental.

Cuando creció, le dio esperanzas. La habían construido para celebrar el amor. A su yo adolescente le gustaba fantasear con la mujer de su vida gracias a *La Cabaña Azul*: cómo la conocería, cómo se llamaría, cómo sería...

Al casarse con Carina, la cabaña le empezó a ser indiferente. Era ahora cuando veía que era porque no vivía el tipo de amor que sus abuelos y sus padres tuvieron.

Su hermana Brenda volvió después de años lejos de la familia y de Blue Valley. Vivió en ella durante su enfermedad. Tras su muerte, la cabaña volvió a ser el refugio de Tanner, una especie de santuario.

Pero ahora, frente a sus cimientos calcinados y una montaña de ceniza y roca inservible, veía que no era tan importante como siempre había creído.

Lo eran las personas que la conocían y creían en ella.

Como Rebeccah... que por poco había muerto allí.

Cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos de una tarde que no olvidaría jamás. Todos los minutos y segundos de lo sucedido a su llegada al pueblo iban a perseguirlo para siempre, nítidos como si acabasen de sucederle.

Tanner tenía previsto llegar a Blue Valley por la noche, pero Irina no se había encontrado muy bien esa mañana y habían decidido volver antes de tiempo. Así podría hablar con Rebeccah; la última vez que se habían visto no la había tratado bien y quería disculparse por haberse comportado como un desgraciado.

Pero antes de ir a la finca, había pasado por comisaría. Con las prisas, se había dejado las llaves de su casa dentro y no había querido que la primera vez, en días, que veía a Rebeccah, fuera para algo tan frío como pedirle su copia.

Así que había acudido a Remington, mientras Nick esperaba en el coche con una acatarrada y afónica Irina.

—¡Buenas tardes! —había entrado subiéndose los cuellos de la pesada chaqueta—. ¿Y esas caras?

Todos lo habían observado con el rostro pálido y los ojos hundidos. Incluso Maxwell estaba allí, y lo había mirado con el ceño arrugado. No obstante, se había vuelto alerta al ver a su cuñada tan espantada.

—¿Qué pasa?

—Aquí está... —Remington lo había ignorado por completo y se había inclinado hacia la pantalla del ordenador con más interés de lo habitual.

—¿Ya lo tienes? —ignorando asimismo a Tanner, Phil se había colocado tras la silla de Remington para mirar la pantalla también. Había silbado, Tanner recordaría esa tarde de por vida—. Sin duda, este tío no es fácil de olvidar.

—¿Puedo mirarlo? —Max se había acercado a Remington.

—Por favor, sí. Quiero saber si tu intuición se equivocaba o no, ¿es el amigo de Rebeccah, Max?

—¿Qué amigo de Rebeccah? ¿Qué demonios está pasando aquí? —había bramado Tanner, mientras Maxwell volteaba la pantalla para ver la fotografía. Había mirado a Amanda en busca de respuestas, pero su cuñada sólo pudo sollozar y apretar con más fuerza a Cam contra su pecho. Asustada como tiempo atrás, como cuando su ex había llegado a Blue Valley con intención de llevársela.

—Mierda —Había exclamado Maxwell, captando su atención—. ¡Es él! ¡Lo sabía, joder!

—¿Quieres decir...? —Su hermano se había levantado. La última vez que lo había visto tan desencajado fue cuando Parker secuestró a Amanda—. ¿Y están solos en la cabaña? ¡Joder, no!

—¡Remington! ¿Qué cojones pasa? —había gritado.

Remington lo había metido a empujones en el coche patrulla. Durante su ausencia, había aparecido un loco que iba tras Rebeccah. No tenía nombre, sin huellas habían podido rastrear a ese tipo, que había usado una identidad falsa en todo momento. Por suerte para la policía, la chica de la tienda de alquiler de coches había hecho un retrato robot del acosador. Decía que era un hombre peculiar e inolvidable, y el retrato robot lo corroboraba.

Se trataba de Brian, el mejor amigo de Rebeccah. Él el chiflado que la amenazaba. Y estaban solos en *La Cabaña Azul*.

Lo cual no era bueno. Aunque Becks fuera buena policía, se guiaba mucho por las emociones. B.B era su gran amigo de la infancia. Su traición podía costarle la vida por no atreverse a herirle.

Habían llegado cuando la cabaña ya ardía y las ventanas estallaban, escapando de sus marcos con un estallido agudo, muy parecido a un quejido, un adiós...

—No... —Había susurrado al bajar del coche.

Horrorizado.

Muerto de miedo.

Rebecca estaba dentro, lo había sabido porque el coche estaba aparcado frente al porche. Y porque había algo en su interior que se había marchitado al ver aquel infierno. Había sido como si una parte de su corazón estuviera acompasado a la vida de Beccah y, cuanto menos latía el de ella, más sufría el suyo.

Remington había intentado retenerle, pero había entrado en la cabaña sin importarle no salir vivo de ella. Su hermano se había quedado con su anorak colgado de las manos, llamándolo a gritos, recordándole que tenía dos hijos a los que cuidar. Había ignorado sus súplicas y había roto la puerta principal de una patada. Había sido sencillo, estaba a nada de ser polvo.

Las llamas lo habían devorado todo, estaban por todas partes. Primero había localizado un cuerpo sobre la mesa, pero era demasiado grande como para tratarse de Rebecca, así que había barrido con la mirada el lugar. No había sido fácil, el humo era denso y estaba concentrado en un espacio muy pequeño.

La había visto a los pocos segundos. Había corrido hacia ella, notando el calor del fuego acercándose peligrosamente a su ropa y a su cuerpo. La había tomado en brazos tras comprobar que su pulso latía. Estaba viva, pero cubierta de hollín y apenas respiraba.

Si no salía pronto de *La Cabaña Azul*, él también se ahogaría con tanto humo y acabaría aplastado por el techo, que ya se había empezado a desmoronar en la cocina, causando un gran estruendo que lo había sacudido. Había esquivado una viga del techo, que había caído sobre el sofá y le había rozado el hombro, haciéndole una herida a través del jersey.

Remington lo estaba esperando en la puerta, parecía gritar algo a los bomberos, que acababan de llegar. Había tomado a Rebecca en brazos y la había alejado de la cabaña, mientras Phil lo había cogido a él por un brazo y lo había ayudado a bajar las escaleras del porche.

Los bomberos habían intentado extinguir el fuego, pero ya era demasiado tarde.

Abrió los ojos y la desoladora imagen que lo esperaba tras los párpados volvió a provocarle un nudo en el estómago. Entre tanta ceniza había un pedacito de Rebeccah.

Apenas la había visto después de sacarla de la cabaña. La ambulancia se la había llevado y en el hospital ningún Lennox le había permitido entrar en la habitación. Después, le dijeron que Rebeccah no quería verlo.

Tanner la entendía, por más doloroso que fuera.

Al fin y al cabo, la había dejado sola en *La Cabaña Azul* por no saber gestionar sus sentimientos. No tenía excusa, sabía que nada justificaría haberle hablado de la forma en que lo hizo cuando se vieron por última vez. Pero había estado tan nervioso...

Suspiró y regresó al rancho, cabizbajo. Toda la familia estaba reunida en la cocina de Remington, lo estaban esperando para el almuerzo de media mañana. Habían preparado chocolate, una forma de hacer que los niños se olvidasen por unos momentos de lo sucedido con Carina y con Rebeccah. Tanner agradecería algo caliente que le quitase el frío de los huesos, si bien sabía que era imposible que le calentase el alma.

Dejó la chaqueta en el porche cubierto y subió de dos en dos los escalones hacia la casa de Remington.

—¿Has podido verla, papi? —Irina corrió hacia él al verlo entrar y se agarró a su pierna.

Ahora que Carina no estaba, Irina se aferraba a la figura materna de Beccah para sobrellevar el dolor. Pero ella tampoco estaba, Tanner no osaba mandar un mensaje pidiéndole que fuera a ver a los niños. No merecía que Rebeccah le hiciera semejante favor.

Si tan sólo la hubiera escuchado aquel día y le hubiera pedido que fuera con él a Baltimore...

Brian no habría estado a solas con ella y no habría encendido la cabaña. Eso era lo que había declarado Rebeccah cuando Max y Remington la interrogaron; él había rociado el lugar y luego había amenazado con quemarlo. Un accidente en defensa propia y todo había ardido.

El móvil de Amanda sonó. Salió corriendo de allí, pues Cameron dormía en su cunita portátil y temía despertarlo. Le tocó el hombro al pasar por su lado, mostrándole su apoyo.

Ella también estaba afectada por lo sucedido. Las pesadillas habían vuelto a ella, los demonios volvían a devorarla al revivir lo ocurrido con Parker Benedict.

—No, cielo, Beccah estaba durmiendo —mintió Tanner, mirando de nuevo a su hija.

Spencer no le había dejado entrar en el ático que los hermanos Lennox habían alquilado en la zona del valle. El lugar estaba al otro lado del pueblo, era un barrio relativamente nuevo, mucho más moderno y de estilo urbanita que el resto de Blue Valley, más rural, rodeado de ranchos en las afueras. Por poco le había golpeado para echarlo, aunque Tanner no le temía a sus puños. Ya había probado sus afilados nudillos cuando llegaron al hospital y les contó que su relación con Rebeccah era una mentira, y que Brian por no haber sabido protegerla.

Cogió a la niña en brazos y se sentó con ella en su regazo.

—Papi... ¿está Rebeccah enfadada con nosotros?

Su voz teñida de lágrimas le partió el corazón, fue un mazazo difícil de digerir. Abrazó con ternura a Irina contra su pecho, ¿qué otra cosa podía hacer...?

—¿Por qué iba a estarlo, cariño?

Tanner levantó la cara hacia su hermana, era ella quien había hablado.

Caroline se parecía muchísimo a Brenda. A excepción del pelo, que estaba teñido de rubio.

Su hermana pequeña había aparecido por sorpresa, se había plantado en su puerta hacia tres días, con una pequeña maleta y mirada decidida. Quería conocerles y había cogido el primer avión. Lion había prometido volar hacia Blue Valley en cuanto pudiera cogerse unos días de fiesta, él también quería estrechar lazos con los Montgomery de Texas.

Line, como le gustaba que la llamasen, había encajado con rapidez en la familia.

A través de Finch, se había realizado un análisis de sangre. Lion había adelantado el proceso de reconocimiento de ADN gracias a sus compañeros de hospital. Al día siguiente de lo sucedido en la cabaña, habían tenido la confirmación de que los cinco eran hijos del mismo hombre.

Y sabiendo que eran realmente familia, había sido sencillo abrirse ante Line.

Era atractiva, cariñosa, se había enamorado a primera vista de sus sobrinos y tenía un don natural para tratarlos. A Tanner le gustaba su dulzura y su honestidad. Era tan expresiva que saltaba a la vista que no sabría mentir,

tampoco lo hacía. Aunque también era una gata salvaje, tenía carácter, algo había dejado entrever.

—Porque no viene a vernos. Y sus hermanos... no nos dejaron verla cuando estaba malita en el hospital —Irina hizo un puchero y apartó la taza de chocolate caliente que, con disimulo, tío Nicky había empujado en su dirección.

Quizá Spencer le había dado un buen puñetazo a Tanner, pero él no había dudado en devolvérselo cuando tampoco dejó pasar a sus hijos a la habitación 812. Rebeccah adoraba a Roth y a Irina, estaría encantada de recibir su visita. Nunca les negaría la entrada, no a ellos dos.

Quiso gruñir y apretar los puños, pero se contuvo.

—Rebeccah está malita, princesa. Tiene que dormir mucho, recibírnos a todos no la dejaría descansar —le aseguró él, preguntándose cómo podría hacerle entender a su hija.

—Sabes que papá no te mentiría, o le crecerá la nariz... —Nick sonrió con mimo y cogió a Roth en brazos cuando éste bajó de su trona, dispuesto a ir a ver los dibujos—. No tan deprisa, campeón. Estás castigado, ¿recuerdas? Nada de tele hasta esta noche...

—¡Jo! —el niño se cruzó de brazos e infló los carillos—. Yo *quiedo* dibujos.

—Irina, Rebeccah pronto volverá —le aseguró Remington, intentando no reír por cómo las mejillas del niño se sonrojaban en exceso. Estaban hablando de algo serio, necesitaba estar concentrado en su sobrina para no defraudarla; Irina ya había sufrido bastante con la muerte de su madre—. Papá tiene razón. Tiene que dormir mucho mucho mucho, para así poder volver con vosotros y jugar muchísimo.

—¿Seguro?

La esperanza brilló en su rostro y ¿quiénes eran ellos para arrebatarle esa luz en medio de tanta oscuridad?

—Te lo prometo. —Con una sonrisa, Tanner le secó las lágrimas y le besó en la frente.

Odiaba engañarla, pero no quería verla llorar más. Demasiadas lágrimas derramadas por Carina, no quería ni podía permitir que también la marcha de Rebeccah la dejase devastada.

—Toma, cielo. Come un poco...

Le dio una pasta para que la mojase en el chocolate y un doloroso nudo se afianzó en la boca de su estómago al ver a su hija jugar con el bollo, hundiéndolo una y otra vez en el tazón. Lo hacía sin ánimo y no parecía

dispuesta a comérselo. Aquella niña no era su Irina, era una versión abatida y aburrida, y se le despedazaba el alma saber que no podía hacer nada para evitarle el dolor, ni ayudarla a sobrellevarlo. El psicólogo del hospital donde le hicieron la autopsia a Carina le había dicho que la apoyase, pero que dejase que tuviera su propio periodo de luto.

Cómo si fuera tan sencillo, pensó... ver cómo se apagaba lo consumía también a él, maldición.

—¿Cómo está? —le preguntó a su hermano Remington, llamando así su atención, dejando fuera de la conversación a Irina y a Roth.

Los ojos de éste refulgieron con tristeza. Tanner esbozó una leve mueca que ninguno de sus hijos vio: ninguno de ellos sabía cómo se encontraba Rebeccah, no se lo habían dicho.

La echaba de menos. Dormir sin ella era con seguridad imposible, por no decir que el sentimiento de culpa también le provocaba insomnio. No oír su voz ni ver su sonrisa era un tormento, más sabiendo que Rebeccah no se encontraba bien.

Quería cuidarla. Quería ser él quien la arropara por las noches, quien le preparase la comida y la distrajese cuando la cama se pareciera a una prisión. Quería poder ponerle hielo en las heridas, y cambiarle los vendajes de las quemaduras.

El fuego le había dañado la piel de las piernas, los brazos y parte del rostro. Los médicos habían hecho un gran trabajo. Los cuidados del hospital y los que vendrían en los próximos meses la ayudarían a recuperarse al cien por cien, si bien posiblemente le quedase alguna marca en los antebrazos.

—La señorita Lennox está viva gracias a usted, señor Montgomery. Y no quedará marcada, apenas algunas manchas o deformaciones en los brazos —había dicho el médico.

Pero ya era bastante como para fustigarse de por vida.

Rebeccah ya no vería la misma mujer en el espejo cuando saliera de la ducha, o cuando se probase un vestido o se pusiera un biquini.

—Acabo de hablar con Max —Amanda se sentó en el regazo de su marido y apoyó la mejilla contra la de él—. Al parecer, un compañero suyo del FBI tuvo una novia arquitecta, que trabaja para una buena constructora. Intentará conseguir su número, o eso me ha dicho.

—Siendo una ex, no tengo tan claro que le coja el teléfono a Max —suspiró Nicholas, calentándose las manos con la taza de chocolate caliente.

Todos sabían que pensaba en Ray London, su primera novia. No había sabido nada de ella desde que su relación terminó. Si bien ninguno de los Montgomery tomaban a Ray por rencorosa, dudaban que, de llamarla Nicholas, en caso de que éste tuviera su número de teléfono o supiera cómo y dónde localizarla, se mostrase especialmente amable con él cuando supiera quién era.

—Max no es su ex —recalcó Remington, el entrecejo fruncido—. Tal vez sí responda al teléfono y se plantee echarnos una mano reconstruyendo la cabaña.

—Sí. Sino, buscaremos a alguien que la devuelva a la vida. *La Cabaña Azul* no puede morir —declaró Tanner, peinando el pelo de Irina con los dedos—. Es una parte de la familia, un miembro más. No pienso permitir que un loco nos la arrebatase así como así.

Nick apoyó su hombro contra el de él, quizá porque él también sabía suficiente de desamor como para ver que sus palabras escondían algo más.

—Ella regresará —le susurró a Tanner, aquello sus hermanos no tenían por qué escucharlo—. El amor puede con todo.

El mayor no se vio con fuerzas de negar sus sentimientos, su hermano pequeño tenía razón: la tenía bajo la piel, grabada como un tatuaje invisible. Rebeccah era la mujer de su vida, no tenía ninguna duda, pero no sabía cómo enfrentarse a todo aquello sin verse superado.

El amor sucedía así, no te daba opción. Ocurría. Simplemente... lo sentías. No podías provocarlo ni arrancarlo de tu pecho.

Y había necesitado ver la cabaña arder con Rebeccah dentro para aceptar de una vez por todas que estaba enamorado de ella, para admitir que el miedo a perderla se debía a que la amaba más de lo que jamás pensó que se podía amar a una mujer.

Había sido un idiota, que había necesitado entrar en *La Cabaña Azul* para darse cuenta de que se había marchado a Baltimore sin ella por miedo, por miedo a sentir más y que ella no quisiera compartir su tiempo ni su cama una vez la farsa terminase. Porque la muerte de Carina precipitaba el final de aquel teatro.

Prefirió hacerle daño a ella poniéndose una estúpida e inservible coraza antes de permitir que fuese Rebeccah quien le destrozase el corazón.

Y es que si Carina lo había quebrado con el divorcio, ¿cómo quedaría su mundo cuando Beccah se marchase del rancho y volviera a ser sólo una amiga?

Era un cobarde. No podía echarle en cara a Rebeccah que no quisiera saber nada de él, cuando Tanner a veces tampoco se soportaba a sí mismo. Tenía casi cuarenta años, demonios. No era un crío con las hormonas revolucionadas y el

corazón dubitativo. Se había comportado tan mal con ella...

—No siempre puede con todo, Nick —le devolvió el murmullo—. Tú no has tenido suerte con Ray.

—Tengo toda la vida para volverla a encontrar.

Tanner frunció el ceño. Su hermano parecía dispuesto a esperar toda la vida, solo y sin formar una familia propia, si con eso Dios ponía en su camino de nuevo a Ray London. Aunque ya fuera en la vejez, aunque fuera una oportunidad efímera y tierna, en vez de eterna y pasional.

Si Nicholas, que merecía recuperar a Ray, no podía tener la mujer de su vida a su lado... ¿por qué debería él tener su final feliz con Rebeccah?

CAPÍTULO 22

Rebeccah tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento. Estaba mareada, la calefacción estaba demasiado alta. Pero no protestó ni una sola vez, se concentró en respirar para no hiperventilar. Pronto sólo fue consciente del traqueteo de las ruedas sobre la tierra.

Quizá fueron las leves sacudidas o que los analgésicos empezaban a hacerle efecto, pero pronto todos sus músculos se aflojaron, el pecho dejó de dolerle y respirar ya no le pareció tan difícil.

Estaban en las afueras de Blue Valley, quizá era donde iban el motivo por el cual empezaba a relajarse. Estaba harta del apartamento donde sus hermanos la tenían custodiada, y necesitaba ver árboles y respirar el olor de los caballos.

El todoterreno enfilaba directo hacia los terrenos de los Montgomery.

No osó abrir los ojos hasta que el motor dejó de vibrar. No había querido ver los restos de *La Cabaña Azul*, pues no se perdonaría jamás no haber podido evitar que el incendio empezase.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Miró de reojo a Spencer con las cejas arqueadas, dejándole claro que no pensaba discutir de nuevo sobre eso.

Su hermano llevaba horas insistiendo que no debía presentarse en el rancho, que ignorase el mensaje de Nicholas Montgomery, pero para ella no era tan sencillo.

Se trataba de Irina y de Roth, no de algo superficial que pudiera dejar pasar así como así.

Sus hermanos habían hecho barrera contra todo Montgomery, impidiéndole a su propio jefe ir a verla, pero ese encierro terminó. Había plantado cara, dejándose de simples enfados y discusiones que no llegaba a ningún sitio. Se había vestido y se había plantado en la puerta: si no la llevaba alguno de ellos al rancho, pensaba llamar a Remington o a Nick para que fuera a recogerla. Iba a ver a Remington, a su esposa y, sobre todo, iba a ver a la nueva generación de la familia, les gustase a sus hermanos o no. Iba a achuchar a Cameron y pensaba jugar con Irina y Roth hasta caer rendida, esos niños no tenían culpa de que sus hermanos fueran tan cabezotas ni que Tanner se hubiese peleado con ella.

Nadie la convencería de lo contrario, estaba decidida a hacerlo.

Su hermano Jacob se asomó desde el asiento de atrás, su aliento acariciándole la oreja.

—Podemos entrar contigo.

—Sólo voy a jugar un par de horas con dos niños. ¿Queréis de dejar de comportaros como una pandilla de tiranos aburridos, por favor? —siseó, soltando el cinturón de seguridad y bajando del coche—. Id a hacer turismo, el pueblo tiene rinconcitos con encanto. Id al *Valley's Coffee*, decidle a Cindy que pago yo lo que pidáis. Pero dejadme respirar —añadió, recalcando cada sílaba. Y cerró de un portazo.

Caminó hacia la puerta. Estaba tan enfadada con sus hermanos que casi ni notaba los leves pinchazos de dolor que sufría en los gemelos a cada paso que daba, todavía cojeaba.

No la dejaban sola en ningún momento, ¡no se daban cuenta de lo agobiada que se encontraba con tantos cuidados! Se creían sus sirvientes, no le dejaban hacer nada, no la dejaban salir de la cama.

Dormir, comer, leer y ver el televisor del dormitorio, en eso se había convertido su día a día. Nada más, qué aburrimiento.

Habían pasado dos semanas desde que le dieron el alta, podía vivir sola, aunque sus hermanos creyeran que estaba inválida y que necesitaba de una manada de cuidadores. Se sentía un poco mal por pensar así de ellos, pues estaban en Blue Valley para cuidarla, renunciando a su familia y a sus trabajos durante semanas, pero eran agotadores hasta niveles insospechados.

—Nuestras mujeres son fuertes, y tienen padres y hermanos que las ayudan con los niños —repetían al unísono siempre que les preguntaba cuándo pensaban marcharse del pueblo—. Ahora nuestro deber es cuidarte y convencerte de que vengas con nosotros. ¿Quieres que nos vayamos de Blue Valley y te dejemos tranquila? Ven con nosotros.

No, no pensaba marcharse del pueblo, aquel era ahora su hogar. Quizá estaba lleno de malos recuerdos, pero también la ciudad. Había huido tras la muerte de Wallace, pero no podía escapar siempre de los infiernos que la vida provocaba a su paso. No pensaba seguir desapareciendo sólo por una mala vivencia.

Llamó a la puerta y respiró hondo. Nick le había asegurado que Tanner no estaría en casa, que se marcharía en cuanto llegase, para no incomodarla.

Lo cierto era que ella quería verle. No porque tuvieran una conversación pendiente, a esas alturas ya le daba igual en qué punto se encontraba su relación.

Lo echaba de menos, era tan simple como eso. Había pasado llorando

muchas noches: ¿por qué no iba a verla? ¿Por qué no se preocupaba por saber cómo se encontraba?

Porque no te ama, no le importas tanto como él a ti, le dijo una vocecita en la cabeza, pisoteándole un poco más el corazón. Sus hermanos han llamado, han querido verte, ¿qué ha hecho él?

—Ya encontrarás a alguien que te quiera y que luche por ti con uñas y dientes —susurró.

Pero, ¿por qué Rebeccah tenía la sensación de que siempre sería una muñeca agrietada, defectuosa, y que nadie la aceptaría en semejante estado? ¿Acaso los hombres se asustaban cuando veían que les gustaba una mujer que costaba el triple de conquistar? ¿Tan complicado era que una mujer llena de fisuras encontrase la felicidad?

Nicholas le abrió la puerta. Sonrió al verla al otro lado del umbral, la hizo entrar y sólo la abrazó cuando la puerta se cerró. Lo hizo con cuidado.

—Me alegra tanto que estés bien... —Susurró contra su pelo mientras le daba un beso en la cabeza—. Menudo susto nos diste, Beccah.

—Lo siento —se soltó de él y dejó que le besase la mejilla.

—¿Te duele?

—No, ya no. Estoy bastante bien —le aseguró, sonriéndole para calmarlo.

Él le agradeció el gesto con un último abrazo.

De la mano, Rebeccah se dejó guiar hasta la casa de Remington. Se sentía una desconocida en un lugar al que había llegado a considerar su hogar.

Allí saludó a sus mejores amigos, que la esperaban con los brazos abiertos.

Remington por poco la levantó del suelo y Rebeccah juraría que tenía los ojos llorosos por la emoción. Su amigo era un hombre duro, pero desde que se había enamorado dejaba salir con más facilidad sus emociones, ya no temía mostrarlas. Amanda le dio un abrazo y la colmó de besos. Beccah jamás la había visto tan eufórica, casi rozaba la histeria.

—Así que tú eres Rebeccah. Encantada de conocerte, soy Caroline Reeves.

La rubia que tenía ante sí era bellísima, de piel blanca y ojos claros y profundos. Le cayó bien al instante, había algo en la candidez que desprendía que la hacía especial.

—Me alegra conocerte. ¿Cuándo llegaste?

—Hace unos días. Pero mañana ya regreso a Los Ángeles —lo comentó apenada, había conectado con sus hermanos y su cuñada, e irse ahora se le hacía duro. Tenía la sensación de que, una vez lejos de Blue Valley, aquel vínculo se

desvanecería. Le daba miedo perder a sus hermanos por la distancia—. Tengo mil cosas que hacer y se me acaban los días de permiso.

Los dejó a solas a los pocos minutos. Quería hacer unas llamadas. Pero Rebeccah estaba segura que quería darles privacidad, si bien a ella su presencia no la molestaba.

—Deberías ir al psicólogo —le sugirió Amanda mientras le entregaba a Cameron, que le sonreía cada vez que Rebeccah le acariciaba las mejillas poniéndole caras para hacerlo reír—. Lo que te pasó...

—No es el primer mazazo que me da la vida, Amanda. Te aseguro que... terminaré por dejarlo atrás —levantó fugazmente la vista hasta ella—. Hay cosas que jamás se superan, siempre se quedan dentro de ti. Como un quiste en el alma, o un tatuaje sin tinta. Pero de ti depende dejar que sea una herida abierta de por vida... o una cicatriz más. Conseguiré cerrar este capítulo, te lo prometo.

Hacía unos pocos días había sido el primer aniversario del fallecimiento de Wallace. Había querido viajar a la ciudad, ir a su tumba, pero sus hermanos no le permitían bajar a la calle, ¡cómo para pedirles regresar un par de días a casa! ¡La obligarían a no marcharse jamás!

Así que se había conformado con encender unas velas.

Y hablar con él.

No lo hizo en voz alta, si bien pensó en qué le diría si lo tuviera delante, como si tomasen un café. Fue reparador. Le habló de su llegada a Blue Valley, de los motivos por los cuales se había alejado de todo lo que habían creado juntos; de lo mal que lo pasó cuando tuvo que matar a Benedict, de su miedo a que sus hermanos la persiguieran. Le contó su farsa con Tanner y en, como aquel juego, se convirtió en algo peligrosamente verdadero. Le explicó la pelea que tuvieron cuando Carina murió, también de la mala pasada de Brian y del incendio de *La Cabaña Azul*.

Le había servido para darse cuenta de que la muerte de Wallace no había sido su culpa.

Fue mientras el reloj movía sus manecillas y las horas pasaban, en tanto ella miraba por la ventana, recitando en su cabeza aquel monólogo sincero e improvisado...

Había comprendido muchas cosas, el duelo había escampado para dejarle ver con claridad que Wallace había decidido interponerse entre las balas y ella. Si hubiera sido al revés, si Rebeccah hubiera apartado a su compañero para recibir ella la muerte, no le hubiera gustado que se culpase.

Porque lo habría decidido ella. Sola, sin que nadie la obligase ni la dijera que era eso lo que debía hacer.

Amanda le acarició el pelo.

—Lo siento. Tratándose de Brian, debe ser duro.

—Mucho —admitió.

—Tienes razón. Los fantasmas pueden colarse dentro de nosotros. Tienen la llave de nuestra mente... —su amiga miró a su hijo—. Pero tenemos derecho a ser felices, a vivir una vida normal. Después de todo lo que nos ha pasado, merecemos poder cerrar esa puerta para siempre y me niego a creer que los demonios del pasado siempre van a estar al otro lado, insistiendo en derribarla.

Quería creer que Amanda tenía razón y que recuperaría la cordura tarde o temprano. No confiaba en sanar su alma por completo, sólo en repararla lo suficiente como para no ser un simple reloj que funciona con cuerda.

Cada vez que cerraba los ojos, veía a Brian sobre ella, notaba sus labios saqueando los suyos. Lo veía con el cuchillo hundido en el cuello, la satisfacción desdibujándose en su expresión para dar paso al terror y a la incredulidad.

Era horrible.

Carraspeó, dándose cuenta que llevaba varios segundos abstraída.

Apenas consiguió esbozar una sonrisa, le devolvió el bebé a su madre.

—Esperemos que el tiempo los ponga en su lugar.

—Esperemos, Rebeccah —Amanda le sonrió usando la esperanza de pintalabios.

—Perdonad —Nick asomó la cabeza por la puerta, el sombrero de *cowboy* bien calado—. Tanner acaba de marcharse, Beccah. Vía libre.

Tanner se había pasado toda la tarde dando tumbos por el valle, por los pueblos de los alrededores. Había mirado tiendas, preguntándose si los niños necesitaban ropa, si tenía la despensa llena o si debía comprarle algún detallito a su sobrino Cameron.

Cuando llevaba casi dos horas lejos de casa, decidió regresar. No aguantaba más, tenía que volver a su hábitat natural y olvidarse de compras odiosas e innecesarias.

Se estaba volviendo loco.

Saber que Rebeccah estaba en su salón, jugando con sus hijos, lo alteraba.

Quería verla, quería estar con ella, observar lo bien que se llevaba con Irina y con Roth. Sin embargo, no podía acercarse al rancho.

Dolía verse excluido.

Sacó a *Verona* de la cuadra y la montó, sin molestarse en prepararla para el paseo. Si perdía tiempo preparando la silla y demás, terminaría abandonando y entrando en casa.

La hizo cabalgar durante minutos por la finca, necesitaba alejarse de allí. Ignorar las ganas que tenía de acercarse a Rebeccah y abrazarla era un sobreesfuerzo que lo iba a dejar agotado.

Debes respetarla, se dijo.

Si ella no lo quería allí, debía concederle eso. Se lo debía. Si quería soledad y espacio, Tanner estaba más que dispuesto a dárselo.

Sólo esperaba que no fuera eternamente, moría sin ella.

Había tardado mucho en darse cuenta de que estaba enamorado de Beccah, pero ahora que era consciente de sus sentimientos, se sentía morir cada minuto que pasaba lejos de ella.

Sin hablarle. Sin verla. Sin hacerla sonreír.

Sin acariciarla. Sin hacerle el amor.

La noche había caído hacía rato cuando hizo que la yegua diese media vuelta. El invierno acortaba los días y Tanner estaba más que acostumbrado a montar a caballo cuando el sol ya no estaba en ningún punto del cielo.

Era curioso que, cuando el sol estaba sobre su cabeza, no lo estuviera en otra parte del mundo.

Siempre le había sorprendido lo peculiar que era la naturaleza y todavía le costaba creer que, quizá, en otro lugar del planeta, hubiera un tipo subido en un caballo, sufriendo el mismo mal de amor que el suyo, disfrutando del sol de la mañana.

¿Cuánta gente estaría en el hospital en esos momentos, esperando la llegada de un hijo o esperando un último adiós? ¿Cuántas parejas estarían iniciando una relación en ese mismo momento y cuántas estarían alejándose para siempre? ¿Cuántas estarían haciendo el amor y cuántas estarían llorando por un corazón roto? Los humanos no solían ser consciente de lo enorme que era el planeta, de las vidas que albergaba, de los acontecimientos que se sucedían momentáneamente, haciendo que los cimientos de esas vidas se hundieran o se elevaran hasta lo más alto.

Dejó a *Verona* en su establo, notando cada músculo de su cuerpo agarrotado.

Nicholas le palmeó el hombro. Acababa de revisar una yegua que iba coja y estaba por allí de casualidad, pero viendo a Tanner tan pálido, no quiso que estuviera más tiempo en las caballerizas.

—Vamos, ve a casa.

—¿Se ha ido ya?

Nick vaciló. Finalmente, negó con la cabeza, pues mentir era inútil. El corazón de Tanner dio un vuelco. Juraría que su hermano había oído el estruendo de ese latido contra sus costillas.

—¿Por... qué? Debería... haberse ido ya... —notaba la lengua pastosa y los nervios oprimiendo su estómago, pero, maldición, se trataba de Rebeccah.

—Irina quería que le diera la cena y ha accedido a preparársela —su hermano pequeño se encogió de hombros y avanzó la barbilla en dirección a la puerta—. Sé inteligente y lucha por ella, aprovecha esta oportunidad. No seas idiota. Si yo tuviera aquí a Ray...

—Lo sé —intentó sonreír, pero lo cierto era que, pese a la neblina de su propio dolor, podía ver la desesperación en Nick.

Fue hacia la casa. Más bien, echó a correr al ver que los hermanos de Rebeccah todavía no habían pasado por allí para recogerla. Eso debía ser buena señal, todavía tenía unos minutos para estar con ella. Aunque fuera en presencia de los niños y la conversación fuera simplemente para disimular. Le daba igual cómo, sólo quería verla.

Comprobar que estaba bien.

Ella había puesto de condición no verle mientras estuviera con los niños; si bien nadie había dicho nada de cenar.

Subió los escalones de dos en dos y siguió las risas.

El corazón empezó a saltarse latidos y la boca se le secó al darse cuenta de que las carcajadas que lo guiaban a la cocina eran de Irina. ¿Cuánto hacía que su hija no se reía de aquel modo?

Rebeccah era un bálsamo para el alma de Irina, era imposible no amarla.

Se encontró a su familia reunida alrededor de la mesa: Roth se comía el pescado sin rechistar e Irina se carcajeaba con lo que Rebeccah le decía, su plato ya vacío. Ella también sonreía, se le formaban esas adorables arruguitas alrededor de los ojos, símbolo que era feliz.

Podría haber tenido eso en su vida si se hubiera atrevido a dar rienda suelta a sus emociones. Todos los sentimientos que tenía en él se desbordaron y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta, las rodillas le temblaban: ¿cómo podía haber

sido tan estúpido de echarla de su vida?

CAPÍTULO 23

Supo el momento exacto en que Rebeccah sintió su presencia, apenas segundos después. Su sonrisa se congeló en el rostro y sus pestañas parpadearon antes de que sus labios empezaran a empequeñecerse. Ladeó la cabeza y sus ojos se encontraron.

—¡Papá! —Irina había seguido su mirada y vio a su padre.

Tanner se obligó a sonreír y caminar hacia la mesa. Besó a su hijo en la cabeza.

—Bien hecho, campeón. —Luego abrazó a Irina—. Buenas noches, princesa.

—Papá, Rebeccah ha jugado con nosotros y nos ha preparado la cena —la niña tenía un brillo en los ojos que emocionó todavía más a Tanner—. ¿Puedes convencerla para que nos lea un cuento para dormir?

Levantó la mirada hacia ella. Rebeccah había empezado a recoger los platos sucios, se sentía fuera de lugar. Como él. Lo miró unos momentos cuando la llamó con suavidad ya no parecía tan contenta como cuando estaba con los niños a solas.

—¿Te quedas? —preguntó, con un hilo de voz—. Por favor.

—¡Sí, Beccah, quédate! —impidiéndola responder, Roth golpeó la mesa con el tenedor, causando un gran estruendo.

—Roth, compórtate.

—Pero papi... —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Puedo quedarme un poquito más —susurró ella.

Irina y Roth saltaron de sus sillas para correr a abrazarla. Rebeccah se agazapó y los recibió con los brazos abiertos. Tanner tragó saliva al ver cómo cerraba los ojos y el amor que sentía por los niños iluminaba su cutis, incluso tiraba de sus labios.

—¿Por qué no vais con papá para que os ponga el pijama y subo en cuanto haya recogido la mesa?

—No es necesario, Rebeccah —empezó él pero, cuando sus ojos de avellana se hincaron en él con la intensidad de un disparo, supo que obedecería con tal de no hacerla sentir peor de lo que ya debía sentirse.

Esperó a que Roth se terminase la fruta pelada y ya cortada y los subió a su habitación. Le temblaban las manos mientras les ayudaba a ponerse el pijama,

sólo de recordar lo sucedido la última noche que Rebecca y él acostaron a los niños, se le secaba la garganta.

Rebecca no tardó en subir. Arropó a los niños y aceptó, sin mirarlo a los ojos, el taburete que Tanner le ofreció. Odiaba que le retirase la mirada, que esquivase sus ojos, pero no podía obligarla a soportarlo.

Le prometió no fallarle en lo que a Carina se refería, y lo había hecho de nuevo cuando murió. Quizá no era excusa, pero...

Se apoyó en la pared, mientras ella leía un cuento con voz dulce y melodiosa. Rebecca siempre había sabido mantener a los niños fuera de sus discusiones.

Observó las heridas que tenía en el rostro. Las quemaduras ya no eran más que heridas que sanaban en una parte de su frente y en el rabillo del ojo. Le dolía verlas. No porque fueran horripilantes, él las había visto en carne viva al sacarla de *La Cabaña Azul*. Le dolía verlas porque se consideraba culpable, en parte, de lo sucedido.

Buscó las quemaduras de sus brazos y piernas, pero a través de la gruesa ropa de invierno no era posible apreciar las vendas.

Se incorporó cuando Beccah se volvió hacia la puerta. Se encararon sin miedo.

Pasó por su lado como si nada.

Más Tanner quería hablar, así que la siguió escaleras abajo. La encontró en el salón, cogiendo su abrigo y echándoselo por encima con soltura. Le tendió la bufanda y ella lo miró como si tuviera dos cabezas en vez de una.

—Gracias —la tomó con cuidado de que sus dedos no se rozasen.

Si lo tocaba, estaría perdida. Rebecca no soportaba estar cerca de Tanner y no pedirle que la abrazara. Estaba haciendo un gran esfuerzo por contener aquellas palabras dentro de su garganta. Desconocía tener tanto autocontrol, pero sí sabía que no aguantaría mucho más. Tenía que salir del rancho, lo antes posible.

No te quiere, no le importas, se recordó a sí misma mientras cogía su gorro de lana.

Lo pilló mirándola con fijeza, tardó una milésima de segundo en darse cuenta que no la miraba a ella, sino las quemaduras de su rostro. Quiso morderse la lengua, pero no pudo.

—¿Tan repugnantes te parecen?

—¿Qué? —las mejillas de Tanner se encendieron. ¿De vergüenza o de indignación?— Claro que no. Te recuerdo que las vi antes de que te las curasen.

Rebecca se aplacó ante el comentario. Movi6 un momento el hombro, lo notaba r6gido. Acababa de recordar que 6l la hab6a salvado de la caba6a y de las llamas. No hab6a ca6do en que ten6a que agradecer6selo.

Hab6a sido una ego6sta.

—Gracias por... salvarme la vida, Tanner —lo expres6 de coraz6n.

—No fue nada —busc6 su mejilla con la mano y Rebecca apart6 el rostro, un ramalazo de llanto subi6 por su cuello hasta hormiguitar en el puente de la nariz

—. Rebecca... me gustar6a hablar contigo.

Lo mir6, sorprendida. 6Quer6a hablar con ella? 6A esas alturas?

—6Ah, s6? —se sent6 en el brazo del sof6 y se cruz6 de brazos—. Te escucho.

Tanner cogi6 aire y meti6 las manos en los bolsillos de los vaqueros. Ard6a en deseos de hundir los dedos en su cabellera. Se domin6. No quer6a seguir disgust6ndola.

—Ver6s... —se balance6 sobre la punta de las botas—. Quer6a... quer6a disculparme. Cuando Carina muri6, estaba fuera de m6. La vida de mi hija iba a cambiar y yo... no pod6a ahorrarle ese sufrimiento —desvi6 un momento los ojos—. Pagu6 contigo mi malestar y lo siento much6simo.

Rebecca se deshizo un poco la bufanda, le costaba respirar. Llevaba tanto tiempo esperando esa disculpa, tant6simo, que ya no estaba tan segura de querer aceptarla.

Y as6 se lo hizo saber.

—6No crees que llegas un poco tarde? De eso hace... semanas, Tanner.

Que Rebecca no fuera condescendiente con 6l, sino que sonase agotada, hizo que Tanner se encogiera levemente sobre s6 mismo.

—Lo s6.

—Pudiste haberte disculpado mucho antes —se levant6 con pesadez—. Estoy muy confusa. Antes deseaba que vinieras y me pidieras perd6n, pero ahora... siento que mi vida ha cambiado y que esa discusi6n fue hace siglos.

Tanner asinti6, comprendiendo esa sensaci6n. El tiempo volaba m6s deprisa a medida que te hac6as mayor y una peque6a distancia de tiempo parec6a un mundo.

S6, hac6a una eternidad que estaba lejos de Rebecca.

—Lo mejor ser6 que me marche a casa.

—No te marches a6n, por favor.

Había sido una súplica. No obstante, había parecido una orden.

Y Rebeccah estaba dolida y aturdida, pero su carácter seguía latente en algún lugar: aquellas palabras fueron como una llama prendiendo una mecha.

Ah, había echado de menos el fuego que chispeaba en los ojos de Rebeccah cuando se enfadaba. Cuando se dejaba llevar por la ira, era la mujer más hermosa del mundo. Quizá era porque sus mejillas se sonrojaban, sus labios se entreabrían, ofendidos, y su respiración se aceleraba.

—¿Y por qué no puedo irme todavía?

—Esta es tu casa, Rebeccah.

Lo miró como si acabase de confesarle que era de otro planeta.

—¿Qué estás diciendo? —fue un susurro, pero Tanner lo escuchó.

—Déjame cuidar tus heridas, Beccah —Se acercó un paso—. Sé que puedo cuidar de ti. Sé que si vuelves aquí, al rancho, podemos...

—Para... ¡para! —Rebeccah lo cortó con una mano en la frente—. ¿Qué insinúas? ¿Qué podemos seguir como si nada hubiera pasado? Acabas de disculparte... ¡porque me trataste fatal! ¡Hasta me echaste de tu casa, Tanner! ¡Me tuve que mudar a la cabaña por ti!

Oírlo de su boca pequeño, sintiéndose una hormiga insignificante.

—Yo... —el sentimiento de culpa lo ahogó, y se sintió tan acorralado que dejó escapar sus pensamientos a borbotones—: ¡Te fuiste, maldita sea! ¡Podrías haberte quedado en el rancho en vez de hacerme caso! ¡Sabes de sobra que digo cosas que no siento cuando estoy enfadado?

Rebeccah movió la cabeza, incrédula por la acusación.

¡Como si ella viviera en su cabeza! ¡Como si ella fuera capaz de saber sus verdaderas intenciones cuando sus palabras eran bien diferentes!

¿Y las mujeres eran las complicadas?

—¿Tenía otra opción, Tanner? —ella le gritó en respuesta. Se mesó el pelo, echándose la cabellera hacia atrás—. ¡Prácticamente me diste la espalda! ¡No me dejaste estar ahí cuando más me necesitabais tú y tu familia! ¡Yo no me fui! ¡Tú me perdiste primero! ¡Yo sólo te lo puse fácil! —cada palabra era un cuchillo afilado que se clavaba en el pecho del vaquero, pues la verdad era dolorosa... aunque la tuviera aceptada de hacía tiempo—. Me marché... por ti... —Una lágrima le resbaló por la mejilla y Tanner no pudo secarla, pues ella se le avanzó de un manotazo—. Para no serte una carga... un problema... ¡Esas fueron tus estúpidas palabras!

—Lo sé, y no sabes cuánto lo siento... —Intentó acercarse a ella cuando vio

cómo los hombros de Rebeccah empezaron a temblar. No podía verla llorar. No lo soportaba, porque en su corazón moría un latido cada vez que la veía así—. Yo...

Rebeccah lo empujó. Él se dejó golpear y se tambaleó hacia atrás cuando sus puños volvieron a hundirse en su torso.

—¡Me dejaste sola! —Otro golpe, que Tanner de nuevo no se molestó en esquivar. Rebeccah se hizo a un lado cuando volvió a darle un empuñón y él no protestó—. ¡Defiéndete!

Al verlo menear la cabeza, su ira flaqueó. Ella también se tambaleó y se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Por qué? —murmuró.

Tanner adelantó una mano y le apartó el pelo de la frente, con sumo cuidado.

—No puedo defenderme, no cuando tienes razón —su suspiro llegó hasta ella, que levantó las pestañas en su dirección—. Te dejé sola cuando más te necesitaba. No me comporté como debía. No estoy orgulloso de haberte pedido que te fueras a vivir a la cabaña. Soy un desastre, ¿eh? —Esbozó una sonrisa impregnada de tristeza, si bien su intención no era darle pena—. Eres la más sensata de los dos.

Rebeccah lo siguió con la mirada cuando fue a sentarse a una silla. Quiso acercarse y consolarlo. Tal vez estaba cometiendo un error, dejándose llevar por el dolor, el despecho y el orgullo.

Cogió su bolso y se lo cargó al hombro. Ella también temblaba.

—Estamos donde lo dejamos, Tanner. Ahora mismo solo nos hacemos daño. Es todo tan reciente...

Tanner supo que la había perdido para siempre al ver como caminaba hacia la puerta con la cabeza gacha.

El dolor que le inundó el pecho era inaguantable; quien dijo que un corazón roto no podía doler físicamente, no se había enamorado de verdad.

Cuando pierdes el amor, duele. Cuando, además, lo pierdes por tu estupidez, el corazón se resquebraja con más facilidad y cada latido es una punzada insoportable de sufrimiento que te quita el aliento.

Rebeccah se detuvo en el vano de la puerta, el frío que había en las escaleras se coló en la casa. Volvió sobre sus pasos y sacó algo del bolso para dejarlo sobre la mesa. Tanner tragó saliva al ver que era la fotografía de la boda de sus abuelos. La familia la dio por perdida en el incendio.

Quiso darle las gracias por haber recuperado aquel pedacito de su vida, un

tesoro muypreciado, pero ella no le dio tregua.

—Siento muchísimo lo sucedido a *La Cabaña Azul*. Jamás me lo perdonaré. Debí haber impedido que Brian... —no pudo seguir.

—Te preferimos viva a ti antes que ese recuerdo —susurró Tanner, levantándose.

Como si se hubiera dado cuenta de cuáles eran sus intenciones, pues la silla crujió cuando la libró de su peso, Beccah lo miró por encima del hombro, obligándolo a quedarse en el sitio.

—Adiós, Tanner.

¿Cómo despedirse de Rebeccah cuando deseaba justo lo contrario? Fue incapaz de articular palabra.

Al verse solo, Tanner se apoyó en la gran mesa de madera de roble. Observó los rostros de sus abuelos, plasmados sin vida pero llenos de emoción en un pedazo de papel, que ahora lucía un extremo quemado, oscuro y arrugado.

Golpeó la gruesa hoja de madera con la palma abierta. Las agujas de dolor que le recorrieron la tierna piel fueron agradables, porque le hacían sentir. Era otro tipo de sufrimiento, uno distinto. Menos agudo. Y liberador, pues todo el dolor ya no estaba encajonado en su pecho.

Crecer es aprender a decir adiós cuando *debe* decirse adiós, se dijo. Era una lección que había aprendido con la muerte de sus padres y que era aplicable a cualquier ámbito de la vida. Lo hizo cuando Carina se divorció de él y debía hacerlo ahora que Becks se alejaba de él.

La puerta volvió a abrirse. Se giró, diciéndose que no podía ser Rebeccah. Sin embargo, era ella quien estaba bajo el umbral.

—Tanner.

Se acercó a ella para secarle las lágrimas que navegaban por sus mejillas. Recorrió sus pómulos con las yemas de los dedos, siguió hacia la barbilla. Eliminó la salada humedad de su piel haciéndola suya.

Cuando rozó sus labios, Rebeccah exhaló un trémulo suspiro y cerró los ojos.

Ansiaba besarla. Renunciaría a cualquier cosa con tal de tener un último beso que lo hiciera prisionero de ese mismo instante. Tomó su rostro con una mano, con la otra abarcó su cintura.

—Deberías marcharte —al ver como sus labios se apretaban en una mueca afectada por el beso, volvió a acariciar su boca con el aliento—. Si has vuelto para hacerme daño, hazlo, Rebeccah. Pero con las uñas. Quiero tus marcas en mi

espalda.

Ella meneó la cabeza y se apartó, antes de girar sobre sus talones y bajar de nuevo las escaleras, dejándolo solo.

Ambos se hacían la misma pregunta: ¿por qué habría regresado Beccah?

CAPÍTULO 24

Rebeccah no sabía por qué había vuelto a subir las escaleras, pero cuando estuvo en el porche cubierto, la mano en el pomo, algo la había empujado a dar media vuelta. Quizá había sido el orgullo, que se había desvanecido para dejar paso al raciocinio.

Y es que había visto a Tanner derrotado, demasiado alicaído. Nunca lo había visto de aquel modo. Ni siquiera cuando habían discutido tras la muerte de Carina. Era una mera sombra, un espectro. Incluso Rebeccah diría que había perdido peso.

Había sentido un tirón en el pecho al poner el pie en el primer peldaño y la sensación de que algo no iba bien se había acrecentado hasta el punto de ponerle el corazón en la garganta.

No le daba lástima, sólo la preocupaba... en exceso. Pese a todo, todavía era importante para ella. Muy importante. ¡Había sido su último pensamiento antes de desmayarse, creyendo que iba a morir!

Por eso había decidido subir de nuevo al rancho de Tanner, quería hablar con él. ¿Por qué quería que volviera a su casa, a vivir con ellos como si fueran una familia feliz cuando no se había preocupado por ella en las semanas que llevaba convaleciente? ¿Por qué, tan de repente, aquel cambio?

Eran demasiadas las preguntas que buscaban respuesta, huérfanas de sentido.

Cuando había llegado al piso superior, se lo había encontrado de espaldas a la puerta. Estaba apoyado a la mesa, como si la usase de ancla para no caer al suelo. Le había recordado demasiado a un alma en pena. Rebeccah quiso correr, abrazarlo, pedirle perdón por haberle gritado de aquel modo. En vez de eso, había terminado expulsando todo el dolor que su rechazo le había causado.

Lo había llamado, su nombre hormigueando en sus labios. Era la primera vez en mucho tiempo que lo pronunciaba así. Sin enfados ni reproches.

Él se había vuelto hacia la puerta con los ojos inyectados en sangre. Definitivamente, el Tanner que tenía ante sí no era el hombre al que estaba acostumbrada a ver.

Hasta que Tanner no le había secado las lágrimas de las mejillas, no se había dado cuenta de que se había aproximado. Rebeccah había querido recular e irse de allí, pero un beso la paralizó en el sitio.

Un millar de sensaciones y emociones la habían asaltado en ese mismo instante. Había cerrado los ojos, permitiéndose un último beso.

Ahora, mientras caminaba hacia el coche de sus hermanos, las ganas de llorar se agolpaban en sus ojos. Aquel beso había tenido un gusto amargo, a despedida. Pero también uno dulce, una bienvenida a los recuerdos más tiernos y excitantes...

—Al final has tardado más de dos horas —así la saludó Marcus, que estaba tras el volante—. Ya pensábamos que los Montgomery te habían convencido para que volvieras a vivir aquí.

Rebeccah puso los ojos en blanco, gesto que pasó desapercibido para su hermano, pues la oscuridad de la noche era de lo más engullidora en el interior del coche.

Cuando llegaron al ostentoso apartamento que los Lennox habían alquilado, Rebeccah fue directa a la cocina. Jacob le había dicho, nada más entrar, que quedaba cena en la encimera. Cogió un poco de pizza que los chicos habían comprado y se tomó un calmante sin servirse un vaso de agua.

Miró por la ventana. El valle se extendía ante ella, aunque no fuera capaz de verlo. Llevaba tantos días allí que ya se lo sabía de memoria. Estaba harta de esas vistas, por más bellas y espectaculares que fueran, sobre todo cuando el sol empezaba a esconderse tras las montañas.

Ella prefería las casitas adornadas con flores que había visto desde su antiguo dormitorio, o la explanada de tierra que olía a humedad y a animal salvaje, cuando vivió con los Montgomery. Aquella zona alta y rica que pretendía ser Chicago, cuando el pueblo estaba en medio de la nada, la sacaba de quicio.

—Se acabó —exclamó, abriendo la puerta del salón, donde sus hermanos disfrutaban de una buena película de tiros y puñetazos. Pausaron la película y todos se volvieron hacia Rebeccah—. Estoy cansada de vivir aquí y estoy cansada de que os creáis mis niñeras. Me las apaño sola, más bien de lo que pensáis.

—Sabemos que eres independiente, Becks. Sólo queremos lo mejor para ti —Bill se levantó y fue a abrazarla. Ella se hizo a un lado.

—No quiero ponerme violenta ni ser brusca, os agradezco mucho que estéis aquí, conmigo, pero tenéis una vida y una familia —respiró hondo—. Tenéis que volver y dejarme volar sola.

Sus hermanos no estuvieron de acuerdo y tardó más de una hora en hacerles ver que iba a estar bien en Blue Valley.

—¿Y piensas quedarte aquí para siempre? —Spencer negó con la cabeza,

como si no quisiera o pudiera creerlo—. Puedes pedir un traslado y regresar. La policía te trajo aquí sin consultarlo y...

—Yo pedí el traslado.

Todos ellos enmudecieron ante una verdad que Rebeccah había escondido durante un año. Se sentó mejor entre Marcus y Billy y se apoyó en éste último, que le besó la sien. Les explicó lo ocurrido con Wallace el día de San Valentín. Contárselo fue menos duro que al hacerlo con Remington, o con Tanner, quizá porque ya estaba en paz consigo misma.

—Debiste habérselo contado, te podríamos...

—¿Haber ayudado? —lo cortó ella, acariciándole la cara a Marcus—. No. Me veis tan frágil y pequeña que no os dais cuenta de que me robáis mi espacio. No digo que no aprecie los sacrificios que hacéis por mí, pero me asfixiáis demasiado y termino agobiándome más.

Spencer se arrodilló frente a ella y le secó las lágrimas. Qué llorona estaba últimamente.

—No queremos incomodarte. Pero eres nuestra hermana pequeña. La única niña, nuestra princesa. Tenemos que cuidar de ti. Sentimos mucho si te hemos hecho más mal que bien —le besó el dorso de la mano—. No sabíamos que Wallace había sido tan importante para ti.

—De haberlo sabido, te hubiéramos apoyado en tu decisión de venir aquí.

—Eres nuestra hermana, sólo queremos lo mejor para ti.

—Si tu felicidad está ahora en Blue Valley —Jacob le apartó el pelo de la cara, como cuando eran niños y el flequillo siempre la molestaba—, no insistiremos más en que nos acompañes a casa.

—Esta es ahora mi casa —susurró ella, escondiendo la cara en el hueco del cuello de Jacob, que la apretó con fuerza en su costado. Allí se sentía bien, un refugio incondicional que albergaba calidez y comprensión.

Jacob era el cuarto hermano más pequeño, luego iba ella. Quizá porque habían crecido jugando juntos, él era como medicina para su alma cuando todo iba a mal. Era su hombro sobre el que llorar.

Spencer era el más parecido a ella. Tenía carácter, malhumor, pero cuando quería era tierno como un osos de peluche. Aunque no era habitual que fuese cariñoso con nadie, excepto con sus gemelas. O con ella.

Billy era el más divertido y el más pesado en cuanto el amor. Rebeccah no sabría decir si era el más romántico, pero sí el que más había insistido, después de Marcus, en que encontrase a su media naranja lo antes posible.

Y es que Marcus era el más perspicaz y espabilado de todos los hermanos. Era el que llevaba la voz cantante, el cabeza de familia desde que su padre murió. Por supuesto, se lo tomó bien en serio: él estaba en las puertas de la treintena y no lo tenía tan crudo como ella, que contaba con diecisiete años y se encontró con cuatro figuras paternas custodiándola.

—Hablas de hogar, Rebeccah. Yo me pregunto...: ¿lo es Blue Valley o el rancho de los Montgomery?

Marcus le sostuvo la mirada, mientras el resto de sus hermanos, que la abrazaban y la colmaban de besos, se volvían hacia él con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué? —Rebeccah tragó saliva, sin dar crédito a su cabezonería.

—Estás enamorada de él.

Su familia entera enmudeció, como si saberla enamorada fuera una broma de mal gusto. Rebeccah incluso juraría que el ambiente se había enfriado.

—¿Por qué me miráis así? —se cruzó de brazos y los fulminó con la mirada—. Lleváis años pidiéndome que me enamore y ahora parece que la idea os provoca urticaria.

—Rebeccah... —Spencer se rascó el cuello—. ¿Estás enamorada de ese ranchero sí o no?

—¡Eh! ¡Es un oficio bien digno! —defendió a los Montgomery, levantándose del sofá para clavar un dedo en el pecho de Spencer—. Y... sí, estoy enamorada de Tanner.

—Mierda —oyó decir a Jacob.

—Qué cagada, tíos —rezongó también Billy, meneando la cabeza.

—¿Qué os pasa?

Marcus le tomó de las manos y la hizo sentarse de nuevo. Fue entonces cuando Rebeccah se percató de que su hermano se había quedado blanco como la cera. Se asustó, ¿qué pasaba para que sus hermanos se alarmasen tanto ante la idea de que amase a Tanner? Cuando les dijo que estaba saliendo con él, todos se alegraron de ello. ¿Qué había cambiado?

—Me estáis asustando.

—Te hemos... mentido.

—¿Mentido? —repitió ella, enarcando una ceja, incapaz de entender a qué se refería el mayor de los Lennox—. ¿Cómo... mentido?

—Pues eso, mentido —refunfuñó por lo bajo Marcus.

—Cariño, creíamos que era lo mejor... —empezó a excusarse Jacob, varias

gotas de sudor perlando su sien.

El corazón de Beccah dio un vuelco. ¿Qué demonios había pasado entre sus hermanos y Tanner? ¿Qué mentira era esa que espantaba tanto a todos ellos?

—¿Qué habéis hecho?

No quería saberlo, si bien por otro lado lo necesitaba para poder respirar de nuevo con normalidad.

Spencer fue el único que le aguantó la mirada y le dijo la verdad, la que todos temían tanto como ella.

—Tanner llama de tanto en tanto para saber cómo estás. Ha venido a verte varias veces. En el hospital, aquí...

—¿Cómo?

El corazón se le saltó varios latidos y notó las lágrimas emborronándole la mirada.

—¿Y por qué no lo he visto? ¿Por qué me entero ahora?

—Le dijimos que no querías saber nada de él.

Cuando ella había accedido a pasar la tarde con los niños, había pedido que Tanner no estuviera presente. Para protegerse. Comportándose como sus hermanos habían fingido todo ese tiempo, en su nombre.

Rebecca no tuvo fuerza ni a replicarle a Billy. Cerró los ojos para asimilar lo que aquello significaba. Empezó a temblar mientras un puñado de emociones nacían y se arremolinaban en su pecho, luchando dentro de ella para ser la primera: rabia, dolor, incredulidad.

Sus hermanos, esos que siempre se jactaban de protegerla y cuidarla hasta la saciedad, se habían creído con derecho a elegir sobre su vida, aprovechando un gran momento de vulnerabilidad.

No esperaba semejante traición por su parte.

Se sentía tan engañada que no era capaz ni de derramar las lágrimas que quemaban tras sus párpados.

Volvió a levantarse y extendió las palmas cuando sus hermanos hicieron ademán de acercarse. Todos ellos se apartaron, dejándole espacio. Se dedicaron a seguirla con la mirada cuando fue hacia la ventana. Apoyó la frente en el frío cristal.

Por eso no había sabido nada de Tanner en todo aquel tiempo. Y ella creyendo que era porque no le importaba.

¡Qué ingenua había sido!

Sus hermanos siempre habían querido controlar su vida. Ejercieron de padre

cuando éste murió. La presionaron a no entrar en la Academia, la presionaron para que se casara, incluso le preparaban citas a ciegas en contra de su voluntad. Y ahora se habían atrevido a escoger sus amistades.

Su corazón chilló y se removió, sangrando. Todos los reproches, gritos y golpes dirigidos contra Tanner esa noche volvieron hasta ella, como un *boomerang*. La golpearon, fue una bofetada de realidad que la quebró y la hizo sollozar.

—Rebeccah...

Se encogió para que los dedos de Spencer no alcanzasen su brazo.

Era humillante darse cuenta de que Tanner jamás le había dado verdaderos motivos para ser tan grosera con él.

—¡No me toques!

—Lo hicimos porque...

—¡No! No quiero saberlo. —Los encaró con los hombros alzados y el rostro compungido—. Sé que no lo habéis hecho con mala intención, *quiero creer* que no lo habéis hecho con mala intención. Pero tenéis que dejar de decidir por mí...

—Hermana... —Marcus se derrumbó en el sofá.

—Volved a casa y dejad que lama mis heridas.

Sus hermanos se miraron entre ellos antes de agachar la cabeza. Comprendían que Rebeccah necesitase distancia para pensar y perdonarles de corazón. Ahora que sabían que habían hecho mal, entendían su enfado y se flagelaban por el error que habían cometido juzgando a Tanner Montgomery.

Giró sobre los talones. Necesitaba salir de allí, le faltaba el aire en aquel apartamento. No era por la calefacción. Eran sus emociones. Bullendo y golpeándola.

Había sido tan idiota como el propio Tanner. Habían metido la pata hasta el fondo, cada uno a su manera.

Cuando cerró la puerta principal tras de sí y pulsó el botón del ascensor, pudo notar que una parte de ella se quedaba en el ático, con sus hermanos. Quiso regresar, quiso llorar entre sus brazos y que todo siguiera su curso, pero no era tan sencillo olvidar.

Había pasado semanas diciéndose que no era suficiente para Tanner, que él no la quería ni como amiga siquiera, cuando sí se había preocupado por ella. Su corazón había llorado demasiadas noches por él cuando sus hermanos habían tenido la llave de la verdad en su poder todo el tiempo, sin importarles lo más mínimo sus sentimientos o su opinión.

No era buena idea dar media vuelta, tenían que aprender que podía volar

sola.

En cuanto el frío de la noche la golpeó, miró a su alrededor. No se sintió desubicada. Conocía aquella zona del pueblo como cualquier otra, ella era la ley y se movía por todo Blue Valley. No tenía miedo de la niebla que la rodeaba hasta el punto de casi ni dejarle ver que había un metro más allá. Tampoco le importaba el frío y la lluvia fina que le mojaba la cara.

Se sentía seca, sin alma. Pesada y vacía. Abandonada.

Llamó a comisaría.

—¿Phil? —no dejó que su compañero saludase al ciudadano que llamaba a comisaría en busca de un servicio.

—No. Soy Remington. ¿Rebeccah? ¿Eres tú? ¿Pasa algo...?

Soltó el aire y lo vio perderse en el frío, como una nube blanca de humo de aquel que fuma un cigarrillo en la intemperie porque en el piso su esposa no le deja fumar.

—Necesito que me hagas un favor, Remington. Por favor.

CAPÍTULO 25

Tanner miró a Line, que acababa de dejar la maleta en el maletero abierto de la ranchera de Nick. Las manos callosas de Tanner cerraron el capó y luego se alzaron hacia ella. Caroline lo abrazó y su hermano mayor se lo devolvió.

—Te llamaré cada día, hermanita.

Ella tembló contra su pecho, no podía parar de llorar. Tanner la separó de sí, sujetándola todavía con un brazo y la mano libre le borró las lágrimas de las mejillas. Pese a vivir en un estado de playa y sol, su piel no cogía color. Y ahora sus mejillas estaban sonrojadas por tanto llanto.

—Créeme, Line. Te voy a llamar siempre que pueda. Y vas a terminar harta de mí, de Nick, de Remington.

Caroline negó con la cabeza, cerrando con fuerza los ojos. El maquillaje se corrió un poco, pero no le dio importancia.

—Tengo miedo.

—No debes —prometió Nick desde atrás, un pie ya dentro de la camioneta y la mano sujetando la portezuela del conductor.

—Perdimos a una hermana, Line. No vamos a perder a otra sólo porque nos separen un puñado de kilómetros —el escozor de sus propias lágrimas le hizo cerrar a él también los ojos. Volvió a abrazarla. La vida les había dado otra oportunidad. Line no era Brenda, tampoco querían sustituirla, pero tanto Remington como Nick y él pensaban cuidar a Caroline—. Te lo prometo, Line. No perderemos el contacto. Nunca más volveréis a ser dos.

Tardó cinco minutos en dejarla marchar. Suspiró. Nicholas tendría que consolarla en el aeropuerto y tragarse su propio desasosiego. Se habían acostumbrado a Line, a tenerla en casa. Que se fuera ahora era un gran revés, ojalá pudiera pedir el traslado y vivir con ellos. Sin embargo, Lion también tenía su vida en California y ninguno de ellos pensaba pedirle a Caroline que lo dejase solo allí. No sería justo sugerirles a ambos trasladarse hasta el medio de la nada, donde solo había polvo y caballos.

Embutió las manos en los bolsillos de la chaqueta y giró sobre sus talones. Tenía prisa por regresar a casa.

Había quietud en el lugar. Remington y Amanda se habían marchado de escapada, un par de días, con su bebé. Los niños estaban con Cindy. Nick no

regresaría hasta bien entrada la noche.

Subió hasta su dormitorio, dejando la chaqueta en una silla. Se acercó a la cama y se sentó en el borde. Le apartó el pelo de la cara a Rebeccah, que dormía plácidamente en ella.

La noche anterior Remington le había llamado de madrugada para decirle que Rebeccah estaba en comisaría. Se había ido de casa, al parecer, y su hermano la había ido a buscar. Lo había llamado a él cuando Rebeccah se había quedado dormida en una de las camas que tenían en la sala de descanso. Tanner había ido a buscarla, le había dado igual que fueran las tres de la madrugada. Ella apenas había notado que la cargaba en brazos, la montaba al coche y la subía hasta el dormitorio principal.

No se había despertado aún. Al contrario, se acurrucaba contra las sábanas y las mantas, abrazándolas y haciéndolas suyas.

Sonrió, todavía sin saber cómo reaccionaría Rebeccah cuando se despertase, después de estar casi doce horas durmiendo.

Pero ya pensaría en qué pasaría cuando abriera los ojos. Le encantaba verla dormir, aunque eso significase sacrificar sus propias horas de sueño. Le gustaría fotografiarla alguna noche: su sonrisa entreabierta, sus facciones relajadas, el pelo esparramado sobre la almohada y sus hombros. Era la personificación de la calma. Le daba paz sólo mirándola. Era un paisaje precioso. El más bonito del mundo; que se apartase el valle, el Gran Cañón o cualquier monumento europeo.

Como si ese pensamiento la hubiera empujado a salir de los brazos de Morfeo, Rebeccah se removió hasta despertarse.

Al principio miró a su alrededor, perdida, pues se había despertado en un sitio distinto al que se había acostado.

—¿Tanner? —Meneó la cabeza, confundida, cuando se incorporó sobre un brazo. Se mesó la melena, que caía sobre sus hombros en una maraña de ondas definidas y enredadas—. ¿Qué hago aquí?

—No tienes que dormir en comisaría teniendo nuestra habitación.

Ella se sentó en la cama, pasándose la mano por los ojos. El maquillaje que todavía llevaba se corrió sobre la piel, lo miraba con ojos entelados por el sueño y el aturdimiento.

—¿*Nuestra*?

—Nuestra —Tanner se arrimó a ella y le recorrió una ceja con el índice—. No te mentí cuando te dije que quería cuidarte y que podías regresar. Este es tu hogar, siempre lo ha sido.

—Tanner... creo que tenemos que hablar.

Él asintió, el corazón iba a salirse por la boca.

—No sabía que habías querido verme desde lo sucedido con Brian —Becks encogió un hombro al ver cómo Tanner entrecerraba los ojos, sin comprender—. Mis hermanos no me lo dijeron. Yo creí que... que no te importaba en absoluto. Y ayer, cuando fuiste tan amable conmigo... —Golpeó el colchón sin mucho ánimo—. Me enfadé porque pensé que te estabas burlando de mí y... —desvió los ojos, pero él vio que estaban anegados de lágrimas.

Tanner ahora comprendía muchas cosas. Se sintió más ligero y menos roto. Todo había sido un malentendido. El dolor causado podía enmendarse, ya no tenía motivos para sentirse desgarrado por dentro.

Rebecca no lo odiaba.

Notando que podía respirar mucho mejor que los últimos días, la atrajo hacia su cuerpo y la estrechó entre sus brazos.

—No pasa nada, amor.

—No me llames así —pidió ella, alejándose de su cuerpo como si fuera venenoso—. Por favor —añadió, suavizando su tono de voz—. Brian me llamó así el día que...

Tanner la interrumpió. No quería que reviviera a ese cabrón, todos los momentos que hubiera en la vida de Rebecca a partir de ahora, eran sólo de ella. Ese tipo no enturbiaría su vida ni su felicidad.

—Está bien, shhhh —le besó la frente acunando su rostro entre las manos—. No te preocupes, Becca. No te llamaré así nunca más...

—Metete en la cama conmigo y abrázame. Por favor —pidió ella, ruborizándose.

Tardó más bien poco en quitarse la ropa y quedar en camiseta interior y calzoncillos ante ella. Se tumbó a su lado, bajo las sábanas y los cubrió hasta el cuello. Buscó sus manos a tientas bajo todas las capas de ropa y las encontró. Rebecca cerró los ojos y dejó que sus dedos se entrelazasen.

—Lo siento muchísimo, de verdad.

—Yo también —admitió Tanner, sus palabras la hicieron abrir los ojos y le besó la mano—. Debí haber regresado antes para hablar sobre lo sucedido, debí haber luchado contra tus hermanos. Pero creí que no querías saber nada de mí y... me rendí. Siento mucho no haber dado todo lo que mereces.

—¿Crees que podemos solucionarlo y ser... amigos?

La sugerencia era insultante y fue como un mazazo directo a su corazón.

Tanner juraría haber oído el estruendo y caer cada uno de los pedazos que le quedaban, como cuando se rompe un espejo y todos los cristales se desprenden del marco hasta caer al suelo.

Debería confesarle lo que sentía, abrir la crisálida que era su corazón y dejar que sus sentimientos volasen hasta Rebeccah.

Ser desconocidos con muchos recuerdos en común no podía sucederles a ellos dos, imposible. Y si tenía que abrirse en canal y entregarle su latiente corazón, lo haría sin dudar.

—No.

—¿No? —preguntó Rebeccah, el terror reflejado en su rostro.

Había sido una negativa tan rotunda que hasta a él le había dolido pronunciarla.

Tanner negó con la cabeza.

—¿Por qué... no? —insistió ella.

—Yo no quiero ser tu amigo —le acarició la mejilla y Rebeccah ladeó la cabeza en busca de su contacto, como si fuera la última vez que estaban juntos así. Resiguió su cuello con la punta de los dedos—. Quiero ser más que eso... —al estar acariciándole la curva de los senos, pudo notar cómo Beccah contenía la respiración—. Quiero saber qué me depara el futuro durmiendo junto a ti, y quiero que me des la mano en cada cumpleaños y soples las velas a mi lado.

Clavó los dedos en sus costillas con suavidad; Rebeccah sonrió de medio lado, la emoción titilaba en sus pupilas con la luz del alba invernal.

—Eso suena a relación. De las duraderas —añadió, al ver cómo Tanner enarcaba las cejas para acercarla más a aquel precipicio emocional que la tenía al borde del infarto.

—Es lo que tiene el amor.

Rebeccah meneó la cabeza, impresionada por el peso de sus palabras. Observó unos instantes el techo. Sus ojos castaños adquirieron el color del otoño mientras una manada de pensamientos y sentimientos se enredaban entre sí.

Tanner se enamoró un poco más de su mirada cuando volvió el rostro de nuevo en su dirección.

—Quiero jugármela contigo —Rebeccah fue la primera en hablar.

El corazón de Tanner dio un vuelco.

—¿Apuestas por esto? —fue apenas un susurro.

—Todo o nada.

Con un movimiento rápido, la tomó de las manos y las inmovilizó a cada lado de su cuerpo, mientras se deslizaba sobre Rebeccah. Fue con cuidado de no aplastarla. Sus sonrisas se encontraron en un beso hambriento. Las manos de ella volaron hasta hundirse en su cuero cabelludo mientras que las de él descendían sobre su cuello hasta la clavícula.

Lo merecían, Tanner creía firmemente que tenían derecho a ser felices.

No habían tenido una vida fácil. Cada uno cargaba con sus propios fantasmas, era cierto, y eran personas dadas a decaer porque el peso del dolor les superaba a menudo. Pero juntos podrían sostenerse cuando las cosas se pusieran feas, de eso trataba la amistad y el amor. Mejores amigos y pareja, capaces de superar cualquier obstáculo.

—Supongo que eso significa que va a apostar todo por mí —Rebeccah atrapó el labio inferior con los dientes cuando Tanner fingió rumiar.

—Claro que sí, Rebeccah. No puedo ser sólo tu amigo, ¿lo entiendes, nena? Estoy enamorado de ti. Loca y eternamente enamorado de ti.

Ella sollozó y rio al mismo tiempo, mientras las piernas se le enredaban alrededor de las caderas.

—¿Eso significa que me correspondes?

—Idiota —Beccah parpadeó varias veces para alejar las lágrimas, sin perder la sonrisa—. ¿Crees que podremos superar todo lo sucedido? ¿El orgullo, el dolor, el miedo? Tú huiste y yo no te dejé explicarte. Somos dos trenes de mercancía que chocaran de un momento a otro, Tanner. ¿Y si nos seguimos haciendo daño?

—Me da igual, ya te lo he dicho —Tanner le guiñó un ojo pero se puso serio de forma repentina. La hizo girar entre sus brazos y Rebeccah terminó sentada sobre él—. Quiero que esto salga bien. No quiero nada más en este mundo. Y si la cagamos, ¿qué? Prefiero vivir contigo un mes de amor absoluto y que luego todo se vaya a la mierda, que dejarte escapar y no volver a besarte, ni volver a verte dormir.

Tanner acababa de ofrecerse en bandeja ante ella, dándole la llave de su felicidad y de su destrucción. Merecía recibir lo mismo. Rebeccah sabía que podía hacerlo, su corazón hacía tiempo que le pertenecía.

—¿Estamos locos por querer intentarlo, Tanner?

—Viste morir a tu mejor amigo, que estaba enamorado de ti. Tu otro mejor amigo creía estar enamorado de ti y murió casi acabando también contigo... —besó la leve quemadura que restaba en su rostro—. Yo vi marchitarse a mi

hermana por el cáncer y cuidado de su hijo sabiendo que sólo la conocerá por fotografías. Mi hija ha perdido a su madre trágicamente. Míranos. Somos un par de desgraciados.

—Gracias —lloriqueó ella.

—Merecemos ser felices, ¿no te parece?

Tanner la besó en la mejilla y le mordió la curva de la mandíbula, notando con gusto como el cuerpo femenino se estremecía sobre el suyo. Bajó por la garganta, su gemido vibró hasta deshacerse en su lengua.

—Si las cosas han sucedido de esta manera, es que el destino lo tenía planeado de este modo —le quitó el jersey, dejándola en sostén—. Deja de luchar contra esto, Beccah. Deja de luchar contra el miedo, ahora eres tú quien se está rindiendo.

—¿Contigo a mi lado recordándome cada día que me quieres? Así es imposible rendirse —su sonrisa fue tan radiante... que Tanner elevó el rostro para besarla y hacer suya esa línea curva que hacía temblar sus rodillas cada vez que se desplegaba.

—Nunca más volveré a dejarte sola —prometió Tanner, con solemnidad.

Ella rio y se echó hacia atrás para que él pudiera quitarse la camiseta interior. Ahora las carcajadas felices habían pasado a ser gemidos ahogados, acompañados por los coros de las sábanas al deslizarse alrededor de sus cuerpos.

Había soñado mil veces con Tanner diciéndole que la quería y ahora que ocurría no podía creérselo, no después de todo lo que habían pasado. Había sido una farsa muy real e intensa, llena de altibajos. Por no hablar de todas las peleas o discusiones.

Por suerte para sus corazones agrietados, restaban los buenos momentos, los importantes.

—Te quiero —a Rebeccah se le llenaba la boca con esas dos simples palabras.

Necesitaba decirlas, constantemente, por eso empezó a susurrarlas como un canto errático, mientras Tanner le besaba el cuello. En cuanto la tumbó en la cama de nuevo y empezó a moverse dentro de ella, supo que hacer el amor con aquella dicha llenándola por dentro era lo más erótico que existía.

—Me matas... —Tanner se apartó para poder mirarla a los ojos; sus dedos se afianzaron sobre los almohadones, entrelazados, tal y como estaban sus piernas —. Te quiero, Rebeccah Lennox.

EPÍLOGO

Rebeccah montaba a *Verona* con maestría. Era una buena alumna y nadie diría que hacía poco que había aprendido a montar, pues tenía un estilo y una técnica innata en una amazona.

Tanner la observaba desde el establo. Su esposa trotaba por el rancho junto a Nick, riendo, haciendo broma. Era la viva imagen de la felicidad.

Sonrió y se apoyó en la jamba de la puerta.

Ella jamás sabría lo sexy que se veía con aquellos tejanos, aquella camisa roja de cuadros que había robado de su armario, aquellas botas de *cowboy* y el sombrero que Tanner le había regalado poco después de llegar de Las Vegas.

No esperaron demasiado para casarse. Aprovechando que la familia al completo estaba de fin de semana, después de hacer el amor esa mañana, tomaron el primer vuelo que encontraron y se casaron con Elvis como testigo.

De eso hacía ya casi tres meses. Había sido un regalo volver a casarse, sobre todo porque en esta ocasión había llegado al altar con la mujer correcta. Quizá no era perfecta, quizá no tenía un cuerpo de escándalo. Quizá estaba agrietada y solía darle muchas vueltas a las cosas cuando no debería. Pero así era el conjunto que formaba la mujer de su vida.

Rebeccah Montgomery.

Ella condujo a *Verona* hasta el establo y Tanner se acercó para ayudarla a bajar de la montura. Sabía hacerlo por sí sola, si bien le gustaba hacerla deslizar hasta el suelo y besarla hasta hacer que sus pies flaqueasen en tierra firme. Y Beccah se lo permitía, encantada por sus atenciones.

—Hoy te veo especialmente contento, ¿ocurre algo? —le preguntó, resiguiendo su labio superior con un dedo.

Se sacó un papel del pantalón y se lo tendió. Cuando Rebeccah lo desdobló con minuciosidad y leyó lo que había anotado en él. Chilló y se lanzó contra su esposo. Lo hubiera placado y lanzado al suelo si Tanner no hubiera estado preparado para su arrebató de felicidad. La atrapó entre sus brazos y la alzó por las nalgas para que sus piernas se enrollasen en su cintura, como si Becks fuera un koala y él su árbol preferido.

—¿Cómo lo has...? ¿Cuándo? ¿Esto es en serio? —le preguntó, llena de emociones, aferrándose a sus hombros.

—Es en serio. —Le devolvió la sonrisa, maravillado por la felicidad que desprendía su esposa.

—Me has pedido hora en un salón de tatuajes. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas, nada tenía que ver con la primavera que ya caldeaba el mes de mayo.

—Se lo debes a Wallace, ¿no es cierto? —La sostuvo con un solo brazo y con la mano libre le deshizo la coleta baja que asomaba bajo el sombrero—. Vas a homenajearlo como querías.

—¿No te molesta que lleve un tatuaje en su honor? Quiero decir...

—Te amo —la acalló con un guiño, deshaciendo su corazón—. Sé qué lugar ocupa él en tu corazón y sé cuál es el mío. No hay problema, nena.

No había celos, ni envidias, sólo una confianza enorme y un amor transparente.

Rebecca lo abrazó y le dio las gracias en susurros ahogados, las lágrimas la estrangulaban hasta tensarla como la cuerda de un violín. Temblaba cuando Tanner la dejó sentada sobre un viejo barril que sólo servía de pura decoración, en un rincón del establo.

La dejó a solas con sus pensamientos, así que aprovechó para entrar a la yegua al establo y quitarle toda la parafernalia de montura.

—Él siempre me decía que quería que fuera feliz.

La miró por encima del hombro y dejó la pesadísima silla sin prestar especial atención dónde caía.

—¿Wallace?

—Muchas veces me dijo que encontraría el amor donde menos lo esperase. El muy idiota siempre decía que él me empujaría a los brazos de ese tipo —Becca no apartaba los ojos del papel donde constaba el logo del tatuador, la anotación de la cita que tenía la semana entrante—. Cuando murió, creí que se refería a que él era ese hombre y que yo no tardaría en darme cuenta que estábamos hechos el uno para el otro. Ahora... no lo tengo tan claro.

Tanner leyó sus pensamientos sin que estos se pronunciaran en voz alta; fue él quien le puso voz:

—Si no hubiera muerto, jamás hubieras venido a Blue Valley.

Rebecca asintió, alejada del establo.

De pronto, su mirada se afiló y su labio inferior fue capturado por los dientes. Parecía guardar un secreto de lo más succulento.

—Con Wallace hablamos muchas veces sobre nuestro futuro —levantó los ojos hasta él, estaban adquiriendo un tono fundido que él adoraba—.

Discutíamos sobre dónde nos casaríamos, cómo nos gustaría que fuera la decoración del salón de baile, incluso llegamos a decir cómo se llamarían nuestros hijos.

—¿Por separado? —no pudo evitar preguntarlo.

Rebeccah le lanzó una patada que no llegó a Tanner, ya que los separaban más de cinco metros. Él se carcajeó al ver su sonrisa, que dejaba en segundo plano la tristeza que bañaba su rostro.

—Tienes que cancelar la cita, Tanner. Hasta el año que viene, nada de tatuajes.

Él frunció los labios. Quiso adelantar un paso hacia ella, pero Becks habló antes de darle la oportunidad de preguntarle por qué quería alargar algo que llevaba tiempo rondándole por la cabeza.

—¿Qué te parece Paul si es niño? Si es niña, me gustaría que se llamase Annie.

Los ojos de Tanner volaron a su estómago, allí donde ahora los dedos de Rebeccah se hundían por encima de la camisa, apretando el papel contra la tela. Cuando volvió a levantar la mirada hacia el rostro de su esposa, en una muda pregunta, su sonrisa tímida y deliciosa fue toda respuesta.

—Aún es pronto, tenemos casi siete meses para decidir pero... ¿qué me dices?

Gritó y corrió hacia ella para levantarla en volandas.

La felicidad quizá eran pequeños momentos que se encontraban tras una tormenta de tristeza y dificultades, pero valía la pena pasar por cada diluvio si luego todos los instantes alegres eran tan buenos y memorables como aquel. Junto a ella.

—Gracias —susurró contra su pelo, su mano callosa apoyada sobre las de Rebeccah, sobre su abdomen.

AGRADECIMIENTOS

A ti, lector. Muchas gracias. Has creído en mí, en esta novela y en la historia de Rebeccah y Tanner. Espero de corazón que hayas disfrutado conociéndolos y que quieras regresar a Blue Valley.

Gracias a Romantic Ediciones y todo su equipo por confiar en mí. Gracias por dar vida a los hermanos Montgomery y tratarnos con tanto mimo. Sois fantásticos.

A mi familia, gracias por haberme apoyado en este sueño. Gracias por seguir leyéndome y perdonar el rato que no paso con vosotros por estar frente al ordenador.

Gracias a Marc, mi prometido. Gracias por sostenerme la mano en este camino lleno de letras. Ahora cobran sentido gracias a ti y son tuyas. Apuesto mi corazón por ti.

Gracias, Carol. Siendo mi lectora cero has ayudado a que los hermanos Montgomery sean como son. Blue Valley siempre será tu hogar.

Lyly, mi Ohana. Eres mi Carla cuando soy Cindy. Gracias por creer de nuevo en esta aventura.

Me dejo a muchas personas más, que me inspiran, que me respaldan de forma incondicional y me hacen querer absorber toda su esencia para darles vida dentro de los manuscritos. Pero vosotrxs sabéis quienes sois, Vicki, Marta Sebastián, compañeros de trabajo...

Gracias.

Gracias todos.